

# MÍRAME

DIANA CERDÁ



FINALISTA PREMIO

L A T R A M

Lectulandia

«Estás ciego» es el escueto mensaje que el inspector Jorge Altarriba recibe dentro de un paquete postal. Aunque lo que realmente atrapa su atención no es la nota compuesta por esas dos palabras, sino el contenido que la acompaña: un par de ojos humanos.

Dando por supuesto que tan macabro regalo está relacionado con el cuerpo horriblemente mutilado de un joven serbio, encontrado días atrás, el inspector Altarriba contactará con el comisario que está llevando a cabo la investigación de tan espantoso crimen para ofrecerle su colaboración.

Este le permitirá acompañarle en un inquietante paseo por el submundo de las bandas del este instaladas en Madrid, mostrándole, de manera alarmante, cuan familiarizado está el viejo comisario con los entresijos del negocio de trata de blancas que abastece los prostíbulos de media Europa.

La aparición de un segundo cadáver con las cuencas vacías hace saltar todas las alarmas de la prensa sensacionalista: hay un asesino en serie que disfruta arrancando los ojos de sus víctimas. Pero a pesar de las similitudes, Altarriba está convencido de que las dos muertes no son obra del mismo asesino.

Atrapado entre la creciente desconfianza hacia el comisario y la llamada de auxilio de una subyugante joven, peligrosamente ligada a uno de los cabecillas serbios, Altarriba tendrá que cuestionarse en quién puede confiar. Sus dudas le obligarán a tomar decisiones arriesgadas y a ocultar información muy valiosa, colocándole en una situación altamente explosiva.

Y mientras tanto, alguien le sigue los pasos de cerca, vigila a su familia y se divierte enviándole espeluznantes regalos. Alguien que está cerca, muy cerca. Cada vez más cerca.

**Lectulandia**

Diana Cerdá

**Mírame**

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2017

Título original: *Mírame*  
Diana Cerdá, 2015

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

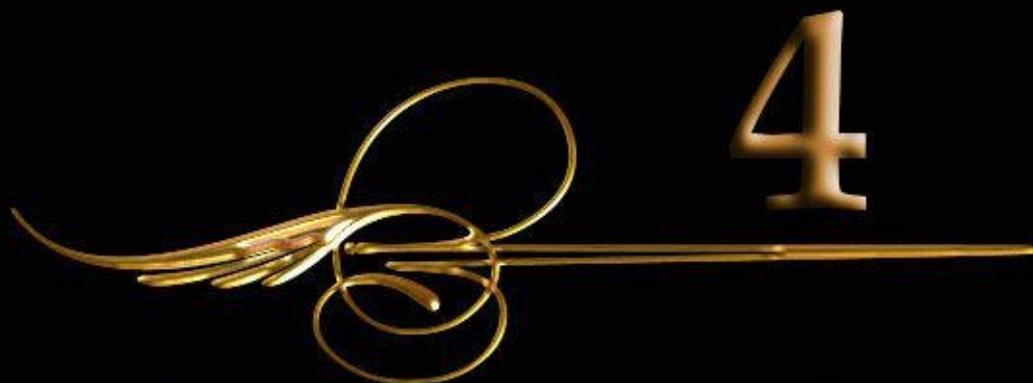
---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



Más libros,  
más libres



Aniversario

Se dice que el enamorado no ve, porque la pasión le ciega;  
yo afirmo que los indiferentes son los que no ven, porque les ciega la indiferencia.

Ángel Ganivet

Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en monstruo.

Friedrich W. Nietzsche

## PRÓLOGO

Les vio bajar del coche y supo que iba a morir. En lugar de salir a la carrera, como le exigía cada músculo de su cuerpo, se obligó a permanecer donde estaba. No tenía ningún sentido huir. Tarde o temprano le alcanzarían. Y él llevaba tiempo preparándose para cuando llegara ese momento.

Rebuscó por el bolsillo de su cazadora y sacó una fotografía de un tamaño algo más grande que las de carnet. Miró el rostro sonriente de la mujer y este le infundió nuevos ánimos para aceptar su destino. Sus ojos eran del color del mediterráneo en las tardes de verano y desde el mismo instante en que se vio reflejado en ellos supo que acabaría naufragando entre sus aguas. Repasó con el dedo el contorno de sus labios, acariciándolos por última vez. Evocó el sabor de su boca y recordó el temblor que sintió al besarla, cuando tuvo la certeza de que con aquel beso estaba firmando su sentencia de muerte.

No apartó los ojos de la fotografía ni cuando escuchó los pasos de sus perseguidores acercándose. Se negó a mirarles. No quería que vieran el miedo reflejado en su cara. Aunque sabía por qué iba a morir y lo aceptaba, no podía evitar que su cuerpo se estremeciera ante lo que iba a ocurrir. Volvió a centrar su atención en el retrato. Buscó en su memoria el instante mágico en que sus cuerpos se fundieron por primera vez. Por unos segundos volvió a sentir la calidez de su piel bajo las manos. Inspiró hondo reviviendo el aroma de su cabello. Y recordó que cuando ella le ofreció su cuerpo, él supo que tendría que entregar a cambio su vida.

Mantuvo la vista clavada en ella, incluso cuando los dos hombres llegaron junto a él. Quería que fuera su hermoso rostro lo último en ver antes de morir. Cuando le agarraron del pelo y tiraron de él hacia atrás, cerró los ojos. Pero no fue lo bastante rápido, ya que pudo atisbar, durante un instante eterno, el brillo afilado de un cuchillo acercándose.

## CAPÍTULO 1 - VIERNES

El inspector Jorge Altarriba salió de su despacho con intención de ir a comer. Tenía hambre, pero ignoraba que el destino planeaba mantenerle a dieta las próximas horas. O quizá días. Cruzó la enorme sala y se acercó al grupo de policías que se arracimaba alrededor de una de las mesas. En el centro del bullicio y sentado frente a la pantalla de un ordenador, Acevedo observaba con amplia sonrisa las reacciones de los policías.

Mario Acevedo era un reportero de sucesos que solía dejarse caer con frecuencia por la comisaría. Siempre traía jugosos cotilleos con los que granjearse la simpatía de los agentes y a cambio obtenía de estos alguna información un poco antes que sus colegas de otros periódicos.

Altarriba echó un vistazo sobre el hombro de uno de ellos y vio que estaban mirando una grabación hecha con un móvil. En el salón de una vivienda, una pareja de mediana edad había sido pillada infraganti por el hijo adolescente de ambos y un nutrido grupo de amigos. El matrimonio, completamente desnudo, trataba de echarles de la sala ante la turbación del hijo y el regocijo de los amigos. Como en una mala comedia, los intentos de los padres por cubrirse se veían frustrados por la actitud desafiante de los adolescentes que se pasaban la ropa de mano en mano entre gritos desvergonzados.

—Acevedo ¿cuándo te centrarás en el periodismo serio y dejarás esas payasadas? —preguntó Altarriba apartándose de allí—. Algún día acabarás protagonizando tú mismo uno de esos videos que tanto te gustan.

El aludido apartó un poco la silla para poder mirar al inspector que ya se alejaba y le dijo:

—¿Te puedes creer que me ha llamado uno de esos niñatos? —soltó una risotada antes de seguir—. Quería saber si mi periódico estaba interesado en comprar las imágenes, ya que son una pareja de famosillos. ¿Les has reconocido? —preguntó levantando las cejas y mostrando una sonrisa maliciosa.

Altarriba indicó con un gesto que el asunto no le interesaba en absoluto. Aun así, el periodista continuó:

—Menudo pedazo de cabrón está hecho el chaval. Como le he dicho que no nos interesaba lo ha colgado en YouTube.

—¡Qué hijo de puta! —contestó riendo el inspector—. Lo que deberían hacer es demandarle. Si conoces a la parejita, diles que yo les tramito la denuncia.

Se alejó de allí dejando que siguieran disfrutando del bochornoso espectáculo.

—¡Inspector, espere!

Se dio la vuelta y vio acercarse a una de las agentes llevando algo en la mano.

—Ha llegado esto para usted.

Era un paquete blanco, del tamaño de un sobre corriente, aunque muy abultado. Lo cogió y comprobó que era bastante liviano. Miró quién lo enviaba, pero los únicos datos que aparecían impresos eran su propio nombre y la dirección de la comisaría. Le dio la vuelta, pero tampoco allí había ningún dato que identificara al remitente. Trató de abrirlo. Estaba fuertemente sellado con cinta adhesiva, así que se acercó hasta una de las mesas para buscar unas tijeras.

Los policías seguían pendientes de la pantalla e intercambiaban comentarios obscenos seguidos por escandalosas risotadas. La misma agente le tendió unas tijeras y se quedó junto a él viéndole cortar el sobre y sacar de este una caja blanca de cartón. Parecía una de esas cajitas que se utilizan para guardar pequeñas piezas de bisutería. El inspector intercambió una divertida mirada con la mujer y esta le respondió con un encogimiento de hombros y una expresión expectante. Sostuvo la caja en su mano y la sopesó. Era muy ligera. Al agitarla no produjo ningún sonido. Levantó la tapa y miró el contenido. Su expresión cambió por completo. Dejó de sonreír y lanzó una exclamación.

—¿Qué ostias es esto?

Su voz atrajo todas las miradas. La policía se acercó y se puso de puntillas para ver el interior. Lanzó un pequeño grito antes de cubrirse la boca con la mano. El resto de sus compañeros habían abandonado la pantalla y se acercaron también. El inspector Altarriba dejó con cuidado la caja sobre la mesa y se apartó para que sus hombres pudieran echarle un vistazo al contenido. Sobre una fina lámina de espuma, llena de manchas parduzcas, descansaban dos ojos humanos.

Como un mecanismo bien engrasado, todos los miembros de la brigada que se encontraban presentes se pusieron en marcha siguiendo las órdenes que Altarriba comenzó a impartir. Debían confirmar cuanto antes que aquellos ojos eran humanos y sobre todo averiguar a quién pertenecían. Se dio aviso a los de la científica para que realizaran los pertinentes análisis de ADN y para que buscaran posibles huellas, tanto en la caja como en el sobre. Un técnico se dispuso a estudiar el matasellos de correos, a pesar de que no confiaban en que aquello arrojara ninguna luz sobre el remitente. Todos los esfuerzos se centraron en tratar de averiguar qué se ocultaba detrás de tan macabro regalo. Quizá el elemento al que más atención dedicaron fue a la pequeña nota que encontraron en el fondo de la caja, bajo la lámina de espuma. Se trataba de un pedazo de papel corriente, del tamaño de media cuartilla, doblado en varios pliegues, en el que estaba impreso con letras mayúsculas un escueto mensaje: «ESTÁS CIEGO».

Altarriba lo examinaba por quinta o sexta vez cuando se acordó del periodista.

—Dime que ese bocazas de Acevedo ya se había ido cuando abrí la caja —le preguntó a uno de los agentes que se encontraba a su lado.

El policía rehuyó su mirada y negó con la cabeza.

—¡Mierda!

Sacó el móvil para llamarle pero no tuvo tiempo de marcar. El teléfono comenzó a sonar en su mano. Reconoció el número de su exmujer y lanzó un bufido antes de descolgar:

—¿Qué pasa Susana? Estoy muy liado.

—Eso no es ninguna novedad. Supongo que por eso no has venido a la cita que teníamos con el director del instituto.

Altarriba soltó un improperio en voz baja. Levantó la cabeza hacia el techo y se rascó con fuerza la brillante calva en un gesto de frustración.

—Lo siento. Lo olvidé.

—No me sorprende. —Respondió la mujer con sorna—. Adam ha vuelto a faltar a clase. Ya lleva varios avisos y el director ha dicho que le abrirá un expediente si vuelve a repetirse.

—Hablaré con él.

—Deberías hablar con él.

—Acabo de decirte que lo haré —dijo exasperado.

—Me refiero a que hables con él de verdad, no a que me digas que vas a hacerlo.

El inspector contó mentalmente hasta diez antes de responder. La actitud de falsa calma que adoptaba su ex continuaba alterándole tanto como cuando estaban casados.

—He quedado para cenar con Adam esta noche, así que sacaré el tema.

—¿Cenareis los dos solos o también irá tu amiga Clara?

—Carla. Se llama Carla, no Clara.

—Vaya, lo siento —dijo la mujer en una entonación que desmentía la disculpa—. No sé por qué no asocio nunca ese nombre con ella. Lolita le iría mejor.

—¿Algo más? —preguntó Altarriba cortante.

—¿Qué te interese? Nada. —Y colgó sin despedirse.

Jorge Altarriba lanzó el teléfono sobre el escritorio y se disponía a salir cuando recordó de nuevo al periodista. Marcó el número y tamborileó con los dedos sobre la mesa mientras esperaba. Cuando Mario Acevedo contestó, el inspector fue directo al grano:

—Mario, soy Altarriba.

Que le llamara por su nombre de pila, en lugar de utilizar el apellido, puso en guardia al periodista.

—Inspector Altarriba, ¿en qué puedo ayudarle?

—Déjate de mariconadas. Sabes muy bien por qué te llamo. No puedes publicar nada hasta que sepamos de qué va todo esto.

—Eso se llama censura y tengo entendido que ya no se practica en este país. Por si lo has olvidado, existe la libertad de prensa.

—Acevedo, no deberías hablar sobre esto sin que tengamos más datos. Podría

tratarse de una simple broma y quedaríais como auténticos cretinos tú y tu periódico. ¿Es eso lo que quieres?

—Vamos Jorge, ¿de verdad crees que me voy a tragar semejante cuento? ¿Una broma? Los vi perfectamente y esos ojos eran tan reales como los tuyos o los míos.

—No digo que no lo sean, pero puede tratarse de... —Buscó una explicación convincente, pero al no encontrarla cambio de táctica—. Te pido a modo de favor que esperes un poco. Concédenos un par de días para que investiguemos a quién pertenecen. Te prometo que serás el primero en tener cualquier información que logremos descubrir.

—Hombre, sé realista. Acaba de caerme un caramelo del cielo y tú pretendes que me sienta a esperar y dejar que otros se lo coman. Lo siento pero no puedo hacerlo —hizo una breve pausa antes de añadir—, además en la redacción ya se han puesto en marcha. Estamos recopilando información sobre ese serbio que apareció muerto hace unos días y al que le faltaban los ojos. ¿Crees que son los de él?

El inspector permaneció callado, por lo que el periodista insistió:

—Adelántame algo y citaré tu nombre al completo, sin motes, en el artículo de mañana.

—En ese caso, no tengo ninguna declaración que hacer.

Altarriba colgó y comenzó a soltar una andanada contra a Acevedo en voz alta. Tuvo el detalle de hacer extensivos los insultos a todos los miembros de la prensa.

Sentado en su despacho, el inspector repasó los pocos datos que tenía sobre el caso al que acababa de referirse Acevedo. También él creía que el paquete recibido estaba de algún modo relacionado con ese asunto, pero le irritaba que la prensa hubiese atado cabos tan rápidamente. Además, no acababa de entender por qué se los habían mandado a su atención, ya que no era él quien estaba investigando dicho asesinato.

Lo que sabía era poco más que lo publicado en prensa. Cinco días atrás apareció el cuerpo de un varón degollado y al que le faltaban los ojos. El joven debió morir donde le encontraron, ya que estaba tendido en medio de un gran charco de sangre. El lugar era un solar abandonado cerca de un polígono del extrarradio de Madrid. Fue identificado como Goran Poljanovic, de veinticuatro años y nacionalidad serbia. Llevaba viviendo en España un tiempo y resultó ser un viejo conocido de la BCDE, la Brigada Central de Delincuencia Especializada, por lo que el caso fue asignado al comisario Oscar Espinosa, quien tenía una larga experiencia en la lucha contra las bandas organizadas de los países del Este.

Altarriba pidió el número de Espinosa y le llamó. Este contestó en tono abrupto y mientras el inspector se identificaba y procedía a explicarle el motivo de su llamada, se limitó a contestar con gruñidos que se confundían con monosílabos. Pero cuando mencionó a Goran Poljanovic su tono cambió.

—¿Me estás diciendo que habéis recibido por correo los ojos que le arrancaron a

Goran?

—Suponemos que son los suyos, pero hay que esperar los resultados del ADN. Los de la científica están en ello.

—Joder, esta sí que es buena. —Soltó un sonido que podría ser una risa y que acabó convertido en un ataque de tos.

Cuando pudo continuar hablando preguntó:

—¿Y por qué te los han enviado a ti? Creía que todo lo relacionado con las bandas del este lo llevábamos desde la BCDE.

—Le aseguro que soy el primer interesado en responder a esa pregunta. ¿Podemos vernos? Quiero saber algo más sobre ese Goran.

El comisario Espinosa tardó en responder y a Jorge Altarriba no le gustó la vacilación que transmitía su silencio.

—Tendrá que ser a última hora de esta tarde —dijo por fin el comisario—. En estos momentos me es imposible.

—Cuando quiera. ¿Dónde prefiere que nos veamos? ¿Me acerco hasta su comisaría?

—No —atajó con rapidez— mejor nos vemos en algún bar por el centro. ¿Sobre las ocho te va bien?

Altarriba se despidió con la sensación de que al comisario no le había gustado nada su petición de verse.

Llevaba esperando casi veinte minutos cuando le divisó entrando por la puerta. Aunque era la primera vez que se veían, el inspector Altarriba supo de inmediato que aquel hombre sesentón, de baja estatura y al que le sobraban cerca de cuarenta kilos, era sin duda el comisario Espinosa. Vestía un traje oscuro, de corte barato, y con brillantes rozaduras en los codos causadas por el uso. La chaqueta, dos tallas más pequeña de las que necesitaba, la llevaba desabrochada dejando ver una anticuada corbata de rayas oblicuas, azules y granate, que se bamboleaba sobre su prominente barriga. Tenía un rostro redondo, de frente ancha y con la línea del cabello en claro retroceso. Junto a las sienes todavía conservaba una poblada mata con la que trataba de compensar la desnudez de su frente y unos hirsutos mechones colgaban a los lados tapándole por completo las orejas. Caminaba clavando con fuerza los talones y su papada flácida acompañaba con gelatinosos temblores cada una de sus zancadas. Llevaba puestas unas gafas de sol y sujetaba bajo el brazo una ajada carpeta de tapas azules, con enganches elásticos en las esquinas.

Se sentó frente a él, dejó la descolorida carpeta en la mesa y apoyó los brazos sobre ella. Parapetado tras las gafas de sol observó al inspector Altarriba en silencio. Este esperó impasible a que Espinosa acabara con el escrutinio al que le estaba sometiendo. Era consciente de la enorme disparidad física que les diferenciaba. Al contrario que el viejo comisario, él tenía un cuerpo fibroso que trataba de mantener

en forma siempre que el trabajo se lo permitía; vestía de manera informal, pero con ropa de buen corte, y había asumido con valentía la escasez de cabello afeitándolo por completo cuando comenzó a ralear. Resultó una sorpresa agradable descubrir que muchas mujeres encontraban muy *sexy* una cabeza bien rasurada. Pero durante todo el tiempo que duró el examen, Jorge supo que Espinosa no estaba admirando su físico, sino que trataba de ver más allá de su aspecto y no estaba seguro de cuál sería el veredicto.

—Así que tú eres Altarriba, «el inspector Zidane» —dijo por fin con voz rasposa y tono burlón—. Se te veía más guapo en la tele.

Jorge esbozó una sonrisa sarcástica. Estaba un poco harto de tales comentarios, pero sabía que no podía hacer gran cosa para evitarlos, así que se limitaba a ignorarlos a la espera de que tarde o temprano la gente olvidara aquel mote. La prensa le bautizó así cuando investigaba unos asesinatos en serie que causaron una gran alarma social. Uno de los periódicos, tras su primera comparecencia en una rueda de prensa, tuvo la ocurrencia de resaltar el parecido físico que el inspector tenía con el exjugador madridista, Zinedine Zidane. El periodista que firmaba la crónica destacó que el inspector Altarriba no solo compartía con el futbolista una despejada cabeza, en todos los sentidos, sino que ambos lucían un permanente bronceado y una deslumbrante sonrisa. Aquellos argumentos de tan poca consistencia fueron suficientes para que toda la prensa se refiriera a él, a partir de entonces, como «el inspector Zidane». Cuando logró resolver con éxito ese primer caso el mote entró a formar parte de su currículum. Desde entonces tenía que soportar las bromas y comentarios de sus colegas a quienes divertía utilizarlo para referirse a él.

—¿Qué puede decirme de Goran Poljanovic, comisario?

—Será mejor que nos tuteemos. No me gustan las formalidades. —Se quitó las gafas de sol y las dejó sobre la mesa. Su ojo izquierdo estaba mucho más cerrado que el derecho, dándole el aspecto de un hombre eternamente desconfiado.

—Como quieras. ¿Qué tienes sobre Goran?

El comisario se recostó en la silla, la cual emitió un sonoro crujido, abrió la carpeta azul y dejó sobre la mesa unas fotografías. Jorge comenzó a mirarlas mientras el comisario le informaba:

—Goran Poljanovic, veinticuatro años. Llegó a España en el dos mil cinco. Era uno de los hombres de Milos Zeljac. ¿Has oído hablar de Milos?

Jorge negó con la cabeza y apartó con disgusto las fotografías. Estas mostraban el rostro de un hombre brutalmente golpeado, con un corte de bordes irregulares y sanguinolentos en la garganta, hecho con tal furia que casi había logrado cercenar la cabeza del resto del cuerpo. Pero lo que resultaba realmente nauseabundo era la visión de las cuencas vacías. Donde debían estar sus ojos aparecían unos huecos manchados de sangre que le daban al cadáver el aspecto de un hombre al que se le había negado cualquier compasión.

El comisario guardó las fotografías y le entregó a Altarriba un informe policial. A

este no le sorprendió que el comisario hubiera sacado de las dependencias un expediente, cosa que estaba prohibida, puesto que él mismo solía llevarse documentación a casa cuando se obsesionaba con alguna investigación.

—Como verás, Milos Zeljac tiene un bonito historial de detenciones. Es el cabecilla de una de las bandas serbias más activas en estos momentos. Su principal fuente de ingresos proviene del robo de coches de alta gama. Comenzó traficando con pequeñas armas, pero pronto se dio cuenta que los coches eran menos peligrosos y casi igual de rentables, así que cambió las pistolas por los BMW y los Mercedes. Ahora están muy demandados también los Lexus. De un tiempo a esta parte han comenzado a traficar con personas, mujeres en su mayoría, a las que introduce de manera ilegal en el país para venderlas a otras bandas que las explotan sexualmente.

El comisario sacó una nueva fotografía, perteneciente a la ficha policial de Milos Zeljac y se la entregó a Altarriba.

—Un chico encantador —dijo este—. ¿Y qué pasó con Goran? ¿Se fue de la lengua o trató de quedarse con una parte del negocio?

—Nada de eso —contestó el comisario—. Estamos aún investigándolo, pero parece que era leal a Milos. Este le encargó que se ocupara de la seguridad de su hermana, así que debía confiar en él. Todo apunta a que su muerte es cosa de alguna banda rival. No creemos que sea un trabajo hecho desde dentro.

—¿Por qué le sacaron los ojos? ¿Tiene algún significado especial?

El comisario negó con la cabeza. Levantó la mano derecha y asió con brusquedad el brazo del joven camarero que acababa de pasar por tercera vez junto a ellos sin prestarles ninguna atención.

—Dos cervezas. Pero sin esas mariconadas de jarras heladas.

El hombre se alejó con gesto ofendido cuando un nuevo grito del comisario le detuvo:

—Y tráenos algo para picar. Me muero de hambre.

Jorge esperó a que llegaran las bebidas y cuando volvieron a quedarse a solas le preguntó:

—¿Y por qué me han enviado los ojos a mí? ¿Qué pretenden con eso?

—No tengo la menor idea. Tengo... —el grueso policía carraspeó antes de seguir— algunos contactos a los que he llamado después de hablar contigo. Pero por ahora nadie suelta nada. Parecen tan sorprendidos como nosotros.

Altarriba comenzó a rascarse la cabeza con las manos. Se preguntaba si podía confiar en el comisario. Este pareció adivinar sus dudas por lo que añadió:

—Mañana podríamos hacerle una visita a mi viejo amigo Milos.

Jorge aceptó la oferta y decidió esperar hasta el día siguiente para mencionarle al comisario el mensaje que acompañaba a los ojos y hablarle de las fotografías que había recibido unos días antes. No estaba seguro de que estuvieran relacionadas con el caso, aunque su instinto le decía que debía ser así.

Era ya tarde cuando Jorge Altarriba abrió la puerta de su apartamento. Las luces estaban apagadas, excepto la pequeña lámpara del recibidor que Carla dejaba encendida cuando se acostaba antes de que él hubiera regresado. Algo que ocurría con frecuencia. Entró en el dormitorio a oscuras y se metió en el cuarto de baño. Necesitaba una ducha y confiaba en que el sonido del agua no despertara a la mujer que dormía plácidamente en su cama. Cuando se metió bajo las sábanas junto a ella, esta se dio la vuelta y le abrazó. Con voz soñolienta le preguntó:

—¿Qué tal la cena con tu hijo?

Jorge murmuró alguna cosa, le dio un beso y se maldijo en voz baja. Había olvidado por completo su cena con Adam. Estaría enfadado y mañana tendría que aguantar otro rapapolvo de su ex.

## QUINCE MESES ANTES

La señora Djokovic sigue hablando sin darse cuenta de que ya nadie le presta atención. ¿Es que no piensa callarse nunca? Alguien debería decirle que es viernes, por el amor de Dios. A través de la ventana veo que los de las otras clases ya han comenzado a salir de las aulas y están abandonando el instituto. Doy unos golpecitos a mi reloj con el índice e intercambio una mirada con Verónika. Esta se mete dos dedos en la boca y hace un gesto como si estuviera a punto de vomitar. Me rio en voz baja y oigo más risitas detrás de mí. Por fin la profesora deja de hablar sobre el asesinato del Archiduque de Austria y regresa al presente. Solo entonces parece advertir el griterío que llega desde el patio a través de la ventana y consulta el reloj que cuelga de la pared.

—Bien. Continuaremos con la Primera Guerra Mundial el lunes. Que paséis un buen fin de semana.

Recojo mis libros a toda velocidad y salgo disparada por la puerta mientras le digo a Verónika que se dé prisa. Comienzo a bajar los escalones de dos en dos, tropezando con otros estudiantes igual de impacientes que yo por llegar a la calle.

—¡Espérame! —oigo gritar a Verónika desde lo alto de la escalera.

Me detengo junto a la puerta para esperarla y saco de mi mochila la bolsita de los cosméticos. Me aplico un poco de brillo en los labios y me doy un toque de colorete en las mejillas.

—¿Crees que hoy estará? —me pregunta medio jadeante al llegar junto a mí. Me coge el tubo de gloss que todavía tengo en las manos y se da unas generosas pinceladas. Luego se suelta la coleta y se ahueca la melena con las manos.

—Espero que sí —digo nerviosa—. Si hoy tampoco le vemos me va a dar algo. Te juro que si no está, entro y pregunto por él.

Verónika se ríe y dice que no me atreveré a hacer tal cosa. Nos alejamos del instituto hablando sobre el chico que acapara todas nuestras charlas desde hace quince días.

Le vimos por primera vez dos semanas atrás, a la puerta del concesionario de coches que queda camino de mi casa. Estaba apoyado en un impresionante deportivo rojo, hablando con el dueño del negocio, mientras jugueteaba con las llaves del coche pasándolas de una mano a la otra. Llevaba unos vaqueros de marca que le sentaban de miedo y una cazadora de piel negra, con pinta de ser carísima. Era el hombre más guapo que habíamos visto nunca. Mucho más que Robert Pattinson o Paul Wesley.

Teníamos que cruzar por delante del concesionario para ir a casa, así que lo hicimos sin apartar nuestros ojos de él, incapaces de dejar de mirarle. Que ese día no se fijara en nosotras no nos impidió pasar todo el fin de semana especulando sobre quién podía ser. Alguien así no encajaba en un pueblo de mala muerte como este, sino

en una gran ciudad del estilo de Pristina o Belgrado. Y puede que tampoco allí. Más bien en lugares tan excitantes como Londres, París o Nueva York.

Verónika dijo que sería el hijo de algún multimillonario que estaba comprando un nuevo coche para sustituir su «viejo» deportivo del año pasado. Pero yo le dije que para eso no necesitaba venir a un pueblo tan apartado. Seguro que donde vivía tendría muchísimos más modelos para elegir.

Para mí que era algún actor famoso al que persiguen los *paparazzi* en cuanto sale a la calle y había decidido venir de incógnito a este pueblo perdido para poder estar tranquilo unos días lejos de los *flashes* y las entrevistas.

El lunes siguiente, al salir de clase, volvimos a pasar frente al concesionario. Las dos soltamos una exclamación de júbilo al mismo tiempo cuando, al mirar a través del escaparate, le vimos sentado en el interior de la tienda. Llevaba la misma cazadora negra y estaba más guapo aún de lo que recordábamos. Creo que nos oyó, porque dejó de hablar, giró la cabeza y nos miró.

Cuando sus ojos se clavaron en mí sentí como si una corriente eléctrica me atravesara de arriba abajo y me derritiera por dentro. Me puse tan nerviosa que se me cayeron los libros al suelo. Con la cara ardiendo de vergüenza me aparté de un salto y me pegué a la pared para ocultarme de su vista. El corazón me latía a mil por hora mientras Verónika daba saltitos a mi lado sin parar de reírse burlándose de mí. No nos dimos cuenta de que había salido a la calle hasta que le oímos hablar:

—Debe ser algo muy divertido. Podríais contármelo y así nos reiríamos los tres.

La risa se nos cortó de golpe y nos quedamos mudas, incapaces de responderle. Sus ojos eran de un azul intenso y tenía la sonrisa más impresionante que jamás había visto. Entonces nos hizo un guiño animándonos a contarle qué era aquello tan divertido y nos echamos a reír de nuevo. Él se unió a nosotras y los tres nos contagiarnos de una risa histérica, como si fuera la cosa más divertida que hubiéramos hecho nunca. Cuando por fin dejamos de reír se presentó y nos dijo que se llamaba Franky.

—¿Eres extranjero? —le preguntó Verónika con un gesto de coquetería que yo le había visto ensayar frente al espejo muchas veces.

—Soy de Belgrado, pero vivo en Estados Unidos. Los nombres serbios son demasiado difíciles para los americanos, así que todos me llaman Franky.

—¡En Estados Unidos! ¡Woow! Lo sabía —exclamé entusiasmada.

Nos contó que trabajaba en Los Ángeles, con gente del cine y del mundo de la moda, aunque no entendí muy bien en qué consistía su trabajo. Algo que ver con productores, directores de *casting* y no sé qué más. ¡Sonaba todo tan excitante! Aunque la verdad es que no me enteré de casi nada porque me quede hipnotizada por aquellos ojos azules y estuve todo el tiempo sonriéndole como una tonta sin atender apenas a lo que decía. Me encantaba ver la arruguita que se le formaba junto a los labios cada vez que sonreía y la manera que tenía de apartarse el pelo de la cara pasándose los dedos sobre la frente.

Fue una pena que el dueño del concesionario saliera tan pronto a buscarle, ya que parecía con ganas de seguir charlando con nosotras. Antes de despedirse nos lanzó un beso al aire, frunciendo los labios de una manera que me dejó casi sin aliento y nos dijo que esperaba volver a vernos pronto. Pero aunque hemos vuelto a pasar por allí cada día, a la salida de clase, no le hemos vuelto a ver desde entonces.

## CAPÍTULO 2 - SÁBADO

Altarriba sabía que su hijo madrugaba los sábados para ir al parque de skate. Le consideraba ya demasiado mayor para ese pasatiempo tan infantil, pero cuando lo comentaba con él, Adam se limitaba a encogerse de hombros y a lanzarle una de sus torvas miradas con las que parecía estar acusándole de algún delito imperdonable. Aunque era cierto que, desde que descubrió el kitesurf durante las vacaciones de verano, parecía haber perdido algo de entusiasmo por su antigua afición. Ahora apenas hablaba de los saltos que era capaz de dar sobre las tablas de skate. Su obsesión se había trasladado a las cometas de kite y a las previsiones de vientos, y hostigaba a sus padres con continuas peticiones para pasar los fines de semana en la playa.

Jorge hizo varios intentos de contactarle a través del móvil antes de decidirse a marcar el teléfono fijo de casa. Hablar con Susana era lo último que le apetecía en aquellos momentos, pero quería disculparse con su hijo antes de sumergirse en su trabajo.

—¿Quién es?

Le costó reconocer esa voz ajada y ronca.

—Susana, soy Jorge. ¿Estás bien?

—¿Qué hora es?

—Son las ocho y media. ¿Te he despertado? Pensaba que ya estarías levantada.

—No tengo que darte explicaciones sobre cuando me acuesto o me levanto. ¿Qué quieres? —Su voz volvía a ser tan ácida como de costumbre y Jorge supo que ahora ya estaba despierta.

—Quiero hablar con Adam, pero no me coge el móvil. Debe tenerlo apagado.

—Estará en el parque y no lo oírás. O puede que no quiera hablar contigo, después del plantón de anoche.

—Quería disculparme —dijo conciliador— surgió un...

—Siempre surge algo. ¿Qué excusa vas a darle en esta ocasión? ¿Un asesino de ancianas, un violador del parque, un atraco a mano armada? Con un trabajo tan importante —enfaticó con ironía la última palabra— es normal que se te olvide que tienes un hijo.

—Susana, no empieces de nuevo.

—No soy yo la que olvido todo lo relacionado con él. Yo vivo con él, por si también lo has olvidado.

—Déjalo ya. Le llamaré más tarde.

—¿Qué pasa, no quieres oírme? ¿No te gusta que te recuerde la clase de padre que eres?

—Tengo que irme. Me están esperando. —Intentó atajar.

—Siempre tan ocupado... ¿Recuerdas alguna vez lo que hizo tu hijo? ¿O también has olvidado eso?

—No estás siendo justa. Sabes que aquello... —Pero comprobó que de nuevo ella había colgado.

El inspector Altarriba salió de casa y se reunió con Espinosa diez minutos más tarde de lo acordado.

—¿Te has dormido? —le interpeló este mostrando una sonrisa torcida que armonizaba con su ojo medio cerrado.

—No —contestó desganado—. Problemas con mi ex. Y con mi hijo —añadió con una punzada de culpabilidad.

—¿Adolescente? —preguntó el comisario mientras arrancaba el coche y se incorporaba al tráfico. Al ver el gesto de asentimiento de Altarriba añadió—. Deberían desarrollar una vacuna contra la adolescencia. Eso sí que sería un avance científico.

Jorge no deseaba discutir con él sus problemas familiares por lo que dirigió la conversación hacia Milos Zeljac. Espinosa le informó que se dirigían a Boadilla del Monte, a escasos kilómetros de Madrid, donde Zeljac tenía una lujosa casa en la urbanización Montepríncipe.

—¡Joder! —exclamó Altarriba veinticinco minutos más tarde cuando aparcaron frente a una fastuosa mansión de dos plantas—. Debe ser un buen negocio eso de los coches si puede permitirse vivir en un sitio como este.

La casa estaba rodeada por un alto muro de piedra y junto a la puerta de acceso se veían dos cámaras de seguridad. Mientras Espinosa hablaba con alguien por el interfono, Jorge se dedicó a observar la propiedad. A través de la verja de hierro vio un cuidado camino de gravilla que desembocaba frente a unas escaleras de piedra bordeadas por unas balaustradas con columnas. Las habituales esferas usadas como remates habían sido sustituidas por cabezas de leones con las fauces abiertas talladas en piedra. Las observó preguntándose si serían una sutil advertencia para visitantes indeseados. Oyó un chasquido metálico y la verja comenzó a deslizarse franqueándoles la entrada.

Recorrieron el camino sintiéndose observados, a pesar de que nadie se había molestado en salir a recibirles. La puerta de la vivienda, de doble hoja y de una altura considerable, se erguía orgullosa al final de las escaleras, bajo un frontispicio de clara inspiración romana, sostenido por unas enormes columnas laterales. No tuvieron necesidad de utilizar el reluciente llamador dorado con forma de cabeza de león. La puerta se abrió en cuanto llegaron frente a ella.

—Sasa —dijo el comisario por todo saludo al hombre que les abrió.

—Comisario.

Los ojos del hombre, de un azul tan pálido que parecían casi blancos, apenas

miraron al comisario, pero escrutaron con detenimiento al inspector Altarriba. Este también le estudió a él sin disimulos. Era casi un gigante, pura carne de gimnasio: espalda ancha, cuello musculoso y bíceps muy marcados bajo las mangas de la camiseta. Tenía el cabello blanco, lo que le hacía parecer mayor, pero al observar sus rasgos con detalle se apreciaba que no habría cumplido aún los treinta. Mostraba unos labios finos fuertemente apretados y una mirada fría que dejaba adivinar una inteligencia despiadada. Jorge se dijo que era un mal tipo para tener como enemigo.

Le siguieron a través de un pasillo poco iluminado, cubierto por una mullida alfombra que amortiguaba el sonido de sus pasos. El inspector Altarriba no pudo reprimir un respingo cuando entró en el salón. La profusión de dorados, brillos y puntillas le dejó sin habla. Unas cortinas amarillas de estilo imperio, recogidas en los laterales con unas vistosas lazadas, cubrían toda la pared del fondo. Frente a ellas se veía un sofá y dos sillones orejeros revestidos con una pesada tela en tono burdeos. Completaba el conjunto un diván de terciopelo, con un estampado felino, que quedaba medio oculto bajo una colorida montaña de almohadones de seda. Tanto el tresillo como el diván tenían las patas y los brazos dorados. Tres espejos con marcos barrocos, también lacados en oro, se encargaban de multiplicar los destellos que lanzaban las lágrimas de cristal de una gigantesca lámpara. Y presidiendo aquella estancia, que parecía sacada de un mal sueño de las mil y una noches, había una enorme pantalla de plasma sintonizada en un programa de cotilleos que atronaba la estancia con los gritos e insultos de los entrevistados.

El comisario Espinosa observaba la reacción de su colega con una media sonrisa. Cruzaron una mirada y con un leve gesto le indicó que él ya estaba familiarizado con semejante obra maestra del mal gusto.

Sasa les indicó que tomaran asiento en uno de los sofás, cuyas patas talladas imitaban las garras de un león, pero antes de poder hacerlo apareció Milos Zeljac. Era mucho más joven de lo que Altarriba esperaba y su apariencia resultaba menos amenazadora que la de su guardaespaldas. Vestía pantalones de chándal y una camiseta empapada en sudor. Una pequeña toalla le colgaba alrededor del cuello.

—Comisario Espinosa, espero que disculpe mi aspecto, pero no esperaba visitas tan temprano. —Tenía un marcado acento eslavo y arrastraba las últimas sílabas al hablar—. Estaba haciendo un poco de ejercicio.

—Es bueno mantenerse en forma —convino el comisario al tiempo que se palmeaba su inmensa tripa—. Este es el inspector Jorge Altarriba, de la Brigada Central.

Milos se secó la mano en la toalla antes de tendérsela para saludarle.

—Yo le conozco —afirmó. Le señaló con el índice y entrecerró sus ojillos esforzándose por recordar—. Usted es el policía que detuvo aquel hombre que mataba mujeres antes de violarlas... «El inspector Zidane», ¿no es así cómo le llaman?

—No presto mucha atención a lo que la prensa dice sobre mí —contestó lacónico.

—Me alegra oír eso. Yo tampoco lo hago, así que tenemos algo en común.

—No creo que tengamos mucho más —murmuró Altarriba.

Milos sonrió y no pareció molestarse por el comentario. Se dejó caer en uno de los sillones y les indicó por señas que hicieran lo mismo. Dio una orden a Sasa en serbio y este bajó el volumen del televisor sin apagarlo.

—Bien comisario, ¿a qué debo su visita?

—He pensado que podríamos intercambiar un poco de información. Ya sabes, como dos viejos amigos.

Milos soltó una risita y se volvió para mirar a su esbirro, quien se mantenía en un discreto segundo plano.

—¿Has oído Sasa? El comisario nos considera sus amigos.

El rostro del interpelado no mostró ningún cambio. Sus rasgos parecían tallados en piedra.

—¿Y qué información tiene que pueda interesarme? —preguntó escéptico volviendo a mirar a los policías.

—Tenemos novedades sobre Goran.

—¿Han descubierto quién le mató?

—Todavía no —el comisario hizo una pausa para añadir cierto dramatismo antes de continuar—, pero hemos encontrado sus ojos.

Al inspector Altarriba no le pasó por alto el chispazo de alarma que centelleó en los ojos de Milos y la forma en que enderezó su espalda.

—¿Los ojos de Goran? ¿Los han encontrado?

—Digamos más bien que ellos nos han encontrado a nosotros.

—No acabo de entenderle, comisario.

—Los enviaron por correo dentro de un sobre.

El serbio clavó la mirada en un policía y después en el otro. Parecía estar decidiendo si hablaban en serio o simplemente trataban de tomarle el pelo. Estiró la toalla que seguía colgando de su cuello y se secó de nuevo las manos.

—¿Cómo saben que son los de él? —dejó escapar un sonido silbante al pronunciar las eses.

El comisario le dedicó una de sus torcidas sonrisas.

—Vamos Milos, no tenemos muchos cadáveres a los que les hayan arrancado los ojos. Estamos esperando a que el ADN lo confirme, pero apostaría algo a que son los de Goran.

Milos permaneció callado unos instantes y cuando volvió a hablar su voz sonó tranquila.

—Esa sería una buena noticia. Los padres de Goran se sentirán reconfortados de poder enterrar el cuerpo de su hijo completo cuando lo mande de vuelta a Zarkovo.

En aquel momento Altarriba percibió un ligero movimiento a su izquierda. Miró hacia allí y vio una puerta entreabierta que daba a la cocina. En las pulidas baldosas del suelo se reflejaba la sombra de alguien que se mantenía oculto y a la escucha.

Milos Zeljac, que continuaba hablando con el comisario, percibió de inmediato que algo había captado su atención.

—Pero qué desconsiderado soy. No les he ofrecido ni un café. ¿Desean tomar alguna cosa? —preguntó al tiempo que se levantaba—. Yo necesito beber algo después de tanto ejercicio.

En ese instante asomó por la puerta una mujer que atrajo la mirada de todos los presentes. Parecía muy joven, apenas una adolescente, vestida con unos simples vaqueros y una holgada camiseta. Llevaba su larga melena, rubia y un poco ondulada, recogida en una coleta medio suelta que caía descuidada a un lado de su cara. No usaba ni rastro de maquillaje, por lo que su piel se veía muy pálida, casi translúcida. Sus labios, carnosos y muy definidos, resultaban demasiado sensuales para aquel rostro de líneas infantiles. Pero fueron sus ojos los que captaron la atención del inspector Altarriba. Estaban enmarcados por unas cejas muy curvadas hacia los lados que le conferían una expresión desafiante, pero el brillo apagado de su mirada negaba cualquier atisbo de rebeldía. Aquellos ojos, de un azul intenso, reflejaban una enorme tristeza.

—Ljubav, has madrugado. Deja que te presente. Estos son el comisario Espinosa y el inspector... Lo siento, no recuerdo su nombre.

—Inspector Jorge Altarriba —le recordó este.

—Esta es mi hermana, Jelena.

Espinosa se limitó a saludarla con una inclinación de cabeza sin moverse del asiento, pero Altarriba se levantó y se acercó hasta ella.

—Son los policías que investigan la muerte de Goran —le informó su hermano.

La joven bajó la mirada e ignoró la mano que le tendían.

—Tengo entendido que era tu guardaespaldas —dijo Altarriba en tono amable.

—Yo... él era mi...

—Goran era su chófer —atajó Milos—. Mi hermana no conduce y Goran se encargaba de llevarla con el coche cuando necesitaba ir a alguna parte.

El inspector esperó una confirmación por parte de ella que no llegó. La voz de su hermano interrumpió de nuevo.

—¿Serías tan amable de prepararme uno de mis batidos? ¿Les apetece? —ofreció a los policías.

A pesar de que estos rechazaron la invitación, él insistió:

—Por favor, Ljubav, estoy casi deshidratado. Se buena y tráeme uno.

Cuando la joven abandonó la habitación Milos se sintió obligado a aclarar:

—Mi hermana es muy impresionable. Está muy afectada por la muerte de Goran y prefiero que no escuche ciertos detalles.

Retomaron la conversación que había interrumpido la llegada de la joven. Espinosa deseaba saber si el hecho de arrancarle los ojos y enviarlos por correo tenía algún significado que a ellos se les escapaba. Milos les confesó que estaba igual de sorprendido y que no acertaba a encontrar una explicación para semejante crueldad.

Esa última observación sonó sarcástica en sus labios, a pesar del tono circunspecto en el que fue dicha.

—Así que no tienes la menor idea de por qué quisieron arrancarle los ojos para luego enviárselos al inspector Altarriba.

Milos dio un respingo al oír aquello:

—¿Se los enviaron a usted, inspector? Creí que había dicho que no pertenecía a la BCDE.

—Y así es. Trabajo en la sección de homicidios y desaparecidos de la Brigada Central.

—¿No era la BCDE quien estaba investigando la muerte de Goran? —preguntó acusador encarándose con el comisario Espinosa—. ¿Porque los han enviado entonces a un inspector de homicidios?

—Esperábamos que tú nos pudieras contestar a esa pregunta —respondió el comisario con la misma acritud.

Milos volvió a coger la toalla que había tirado sobre el brazo del sillón y se secó el cuello con brío. Tras meditar durante unos instantes acabó negando con la cabeza y contestó irónico:

—No tengo la menor idea de lo que significa todo esto. Lo único que se me ocurre es que alguien haya querido gastarle una broma al *Inspector Zidane*.

Altarriba se frotó la cabeza en un gesto de exasperación. Dejó de hacerlo en cuanto Jelena reapareció en la sala llevando un gran vaso de cristal rebosante de un líquido rosado. Se lo entregó a su hermano sin apenas mirarle. Este se lo agradeció efusivamente ante la indiferencia de ella. Los policías cruzaron una mirada y, convencidos de que no lograrían ninguna información por ahora, se levantaron para despedirse.

—Si se le ocurre alguna otra explicación, llámeme —dijo Altarriba. Y tendiéndole una de sus tarjetas añadió—. Para que no se le vuelva a olvidar mi nombre.

Milos sonrió y la guardó en el bolsillo sin molestarse en mirarla, encaminándose hacia la salida seguido por el obeso comisario. Antes de marcharse Altarriba se acercó a la muchacha.

—Lamento lo de su amigo. —Le tendió la mano y ella titubeó antes de estrechársela—. Si recuerda cualquier cosa sobre Goran que pueda ayudarnos a esclarecer su muerte, llámeme. Su hermano tiene mi número.

Los ojos de la muchacha miraron a su hermano y se apartaron con rapidez. Musitó algo y se alejó del policía. Aprovechó el momento en que los cuatro hombres salieron por la puerta para guardar en sus vaqueros la tarjeta que el inspector había deslizado en su mano al despedirse.

Durante el camino de regreso el comisario Espinosa le preguntó a Altarriba si no le

molestaba que le gente se refiriera a él como «el inspector Zidane».

—Estoy acostumbrado y trato de no darle demasiada importancia. Cuando la prensa empezó a llamarme así, después del asunto del repartidor, pensé que lo olvidarían en un par de días. Pero luego...

—¿El asunto del repartidor? Creía que ese mote te lo pusieron cuando lo del violador del retiro.

—Esa fue la segunda vez. Comenzaron a llamarme «el inspector Zidane» cuando investigué los asesinatos de varias personas mayores que vivían solas. ¿No lo recuerdas? —preguntó sorprendido—. En pocas semanas aparecieron siete ancianos, cinco mujeres y dos hombres, muertos en sus casas con evidentes signos de violencia. Descubrimos que lo único que tenían en común, a parte de la edad y del hecho de vivir solos, era que acudían al mismo supermercado.

—Sí, sí. Ahora lo recuerdo. El repartidor del súper que les llevaba la compra. ¿Se cargó a siete? Joder, no recordaba que hubieran sido tantos.

—Son los que pudimos probar, pero estoy convencido de que hubo algunos más.

—Así que cuando te encargaste del caso del violador ya tenías experiencia con ese tipo de asesinatos —comentó el comisario.

—Bueno, en realidad, me asignaron ambos casos al sospechar que podía tratarse de un asesino en serie. Yo acababa de regresar de Estados Unidos tras finalizar un programa de adiestramiento en Quántico y había tenido una buena formación sobre el tema.

—¿Estuviste en Quántico? ¿En el programa de intercambio de formación con los del F. B. I.? —preguntó con cierta admiración.

Altarriba miró por la ventana antes de responder:

—No fue tan excitante como suena. Fueron dos años de mucho entrenamiento físico, largas horas de clases teóricas y un extenuante horario resolviendo todo tipo de casos prácticos sobre asesinos en serie, asesinatos en masa y cosas por el estilo. Durante el tiempo que estuve allí...

El sonido del móvil le interrumpió. Lo sacó del bolsillo y se aclaró la garganta antes de responder:

—Inspector Altarriba.

Escuchó, asintiendo con frecuencia y lanzando imprecaciones cada vez más encolerizadas. Cuando colgó comenzó a rascarse la cabeza.

—¿Algún problema? —preguntó el comisario.

—La prensa está aireando la noticia como si se tratara de un nuevo asesino en serie. Mencionan el cuerpo de Goran encontrado con las cuencas vacías y hablan de los ojos recibidos por la policía, dando por sentado que pertenecen a dos víctimas diferentes. Y están comenzando a especular sobre cuántos más morirán antes de que asignen el caso al inspector Zidane.

—Malo —musitó Espinosa—. No es bueno que los periodistas intenten dictar cómo o quién debe investigar cada caso.

—El comisario general quiere convocar una rueda de prensa antes de que empiece a cundir el pánico. Ha reunido ya en comisaría un equipo para decidir la mejor manera de enfocar todo el asunto.

—Eso atraerá a los carroñeros amarillistas todavía más. ¿No sería mejor esperar a los resultados del ADN? Si se confirma que los ojos del paquete son los de Goran la teoría del asesino en serie se desmoronará por sí sola.

—Eso mismo creo yo. De todas maneras, han llamado al laboratorio para meterles prisa. Esperemos que lleguen pronto esos resultados.

Al entrar en comisaría Altarriba recordó que aún no se había disculpado con su hijo. Se disponía a llamarle cuando un agente le informó que estaban esperándole en el despacho del inspector jefe.

—Iré enseguida. Necesito ir al baño —se justificó.

Entró en el aseo y marcó de nuevo el número de su hijo. Esta vez le respondió a la primera:

—Hola papá.

—¿Qué tal Adam? ¿Dónde estás?

—En el skatepark.

—¿Estás con amigos?

—... Sí.

La ligera vacilación que percibió en su voz le confirmó que su hijo mentía.

—Estás solo, ¿no?

El muchacho soltó un bufido que su padre percibió como si lo hubiese soltado junto a su oído.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó el chico apremiante.

—Quería disculparme por el plantón de anoche. Quedé con un compañero para hablar sobre...

—Déjalo. Ya estoy acostumbrado.

En su tono no había ningún rastro de reproche. Tan solo la simple constatación de un hecho. Jorge percibió la indiferencia con que su hijo aceptaba el abandono en que le tenía y se sintió mal.

—Escucha. Ahora ando un poco liado, pero te lo compensaré. Lo prometo.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Pues..., no sé. Ya pensaré en algo.

—A mí se me ocurre una manera —aventuró el joven.

—¡Ah! ¿Y de qué se trata?

—Podrías ayudarme a comprar el kite.

Jorge lanzó una carcajada antes de responder:

—¿Así que ahora vas a pasarme factura por mis olvidos?

—Joder, no es eso, papá.

—Creía que estabas ahorrando para comprar esa cometa de la que te has encaprichado.

—Es que hasta las de segunda mano valen una pasta. No conseguiré ahorrar lo suficiente antes del verano.

—Bueno, déjame pensarlo. ¿Te apetece que comamos juntos mañana?

—¿Tú y yo? ¿O vendrá también Lolita?

—Adam, no me gusta que la llames así. Su nombre es Carla.

Su hijo no respondió, por lo que él insistió:

—Bueno, ¿qué dices? ¿Comemos mañana?

—Vaaale.

Y al igual que su madre, colgó sin despedirse.

Altarriba entró en la sala y cinco cabezas se volvieron para mirarle. Se sentó e intercambió una sonrisa con la única mujer que estaba presente.

—¿Lo has leído? —le soltó a bocajarro su jefe lanzando sobre la mesa un periódico.

Jorge le echó un vistazo y comprobó que lo firmaba Mario Acevedo.

—Al menos no han mencionado que los ojos fueron enviados a tu nombre — señaló uno de los presentes.

—Todavía tendré que darle las gracias a ese bocazas —masculló, dejando de nuevo el periódico sobre la mesa y mirando de reojo al hombre sentado junto a su jefe. Perteneecía al departamento de las relaciones con la prensa y Jorge lo consideraba un trepa sin escrúpulos. En el pasado habían mantenido más de un enfrentamiento y ninguno de los dos trataba de ocultar la poca simpatía que se profesaban. El inspector jefe atajó el malhumor de Altarriba diciendo:

—Hay que actuar con rapidez y anticiparnos a las especulaciones de cualquier tipo.

—¿Por qué no esperamos a tener los resultados del laboratorio? —preguntó Altarriba.

—Porque llevo toda la maldita mañana recibiendo llamadas de unos y otros exigiéndome explicaciones —le contestó su jefe.

El hombre del departamento de información miró a Altarriba y en un tonillo condescendiente dijo:

—La prensa está ávida por encontrar cualquier noticia que les permita desviar la atención de esta maldita crisis y poder ofrecer a su público una pequeña tregua de tanto desastre económico.

—¿Y crees que el público recibirá con alivio la noticia de que hay un nuevo psicópata suelto? —preguntó el inspector irónico.

—No digas chorradas. Lo que no queremos es que utilicen todo esto como excusa para canalizar hacia nosotros el resentimiento de la gente. Los ánimos están bastante

exaltados con la que está cayendo para añadir más leña al fuego. Creo que deberíamos dar una rueda de prensa y desmentir estos absurdos rumores de raíz.

Altarriba se disponía a contestarle cuando su jefe le preguntó:

—¿Habéis sacado algo en claro de ese serbio?

—Nada —contestó Altarriba malhumorado—. Niega saber cualquier cosa al respecto. Pero ha puesto en duda que sean los ojos de Goran.

Los sentados a la mesa entrecruzaron varias miradas, pero ninguno se atrevió a expresar en voz alta la pregunta que flotaba en el aire. Fue la mujer la que acabó señalando:

—El periódico no menciona el mensaje.

Jorge consideró varias explicaciones para ello:

—Acevedo se había marchado ya cuando lo encontramos. La nota estaba en el fondo de la caja y no la vimos hasta que llegaron los de la científica. Así que no sabe nada sobre eso.

—Podría ser una amenaza dirigida en ti en particular —insistió la mujer.

Jorge dejó de frotarse la cabeza y respondió con un encogimiento de hombros. Luego aventuró:

—Quizá no es más que un desequilibrado buscando un poco de atención.

—Precisamente es lo que debemos evitar —intervino de nuevo el hombre del departamento de información—. Por eso no debería ser Altarriba quien apareciese en la rueda de prensa. —Se inclinó para mirarle de frente y con una falsa sonrisa se justificó—. Nada personal contra ti, Jorge. Pero si comparece de nuevo *el Inspector Zidane*, aunque solo sea para desmentir el rumor, todos darán por sentado que se trata de un nuevo caso de asesinatos en serie.

—Creo que es lo más inteligente que te he oído decir nunca —respondió Altarriba con otra sonrisa igual de falsa.

Al responsable de información le sorprendió que el inspector claudicara con tanta facilidad. Consideraba que tener unos minutos de gloria frente a las cámaras de televisión era casi lo único por lo que merecía la pena trabajar en aquel departamento. Por eso no entendía que hubiera logrado asestarle un golpe a Altarriba sin que este presentara ninguna batalla. Aguardó receloso algún contrataque, pero al ver que este se mantenía en silencio, pensó que sin duda estaba asistiendo al declive de la brillante estela del *Inspector Zidane*.

Susana se levantó del sofá y caminó descalza hasta la cocina. Tropezó con la puerta y estuvo a punto de soltar el vaso que llevaba en la mano. Se apoyó, un poco tambaleante, en la encimera y se frotó la parte dolorida del pie donde se había golpeado. Abrió la nevera y buscó el zumo de naranja. Comprobó desolada que el cartón estaba casi vacío y vertió todo el contenido en el vaso. ¡*Qué mierda! Tendré que salir a comprar antes de que regrese Adam*. Luego abrió el congelador, sacó una botella de líquido transparente y acabó de llenar el vaso. Probó la mezcla y la sacudió un escalofrío involuntario. *No está mal. Aunque solo sabe a vodka*.

Regresó a la sala con la bebida en la mano y se tumbó de nuevo en el sofá. Volvió a mirar la mancha de humedad que había en el techo. Si tuviera ánimos para ello, podría dibujar su contorno con los ojos cerrados. Era incapaz de calcular cuántas horas había pasado mirándola. ¿Diez, cincuenta, doscientas? Para estimarlo con precisión tendría que recordar cuándo comenzó a formar parte ella misma del inerte mobiliario de la casa. Aunque más que un mueble se sentía como una pieza de ropa vieja y usada. Eso era. Se había convertido en una gastada chaqueta de punto abandonada en el interior de un armario, acumulando polvo y sintiéndose acechada por las desalmadas polillas. Estaba segura de que si lograba mantenerse inmóvil el tiempo suficiente, aquellas diminutas mariposas se abalanzarían sobre ella y comenzarían a devorarla. Quizá era lo mejor. Adormecerse arrullada por el sonido de sus diabólicos aleteos e ir transformándose en polvo lentamente. Puede que se apiadaran de ella y le enseñaran el secreto de su mágica metamorfosis. También ella podría dejar de ser un gusano para renacer en el cuerpo de una bella y joven mariposa. Una bella y rubia mariposa... El sonido del vaso al estrellarse contra el suelo la despertó.

## QUINCE MESES ANTES

Verónika me matará cuando se lo cuente. Me siento un poco culpable y con la sensación de haberla traicionado, porque sé que ella también está coladita por Franky, pero... ¿Qué podía hacer yo? ¡Es tan guapo! La verdad es que me ha pillado por sorpresa, porque creía que era Verónika la que más le gustaba de las dos. Pero me alegro de que no sea así. Quizá ella ya sospechaba algo, ya que resultó raro que no quisiera venir cuando Franky nos invitó a dar una vuelta con el coche. ¡Con lo que mola ese descapotable!

Tendría que haber visto cómo hemos salido del *parking*. Aún no había acabado de abrocharme el cinturón cuando Franky ha pisado el acelerador a fondo y el coche ha salido disparado con tanta fuerza que me he quedado pegada al respaldo sin apenas poder moverme. ¡Y cómo chirriaban las ruedas! ¡Qué pasada!

Al principio me he puesto un poco nerviosa por lo rápido que conducía, pero creo que se ha dado cuenta de que tenía miedo, porque ha reducido la velocidad y en lugar de coger la autovía de Belgrado se ha desviado para meterse por caminos más tranquilos. Entonces sí que he disfrutado. Con la música a toda caña, la capota bajada y los dos solos en la carretera.

—Estás preciosa con el pelo revuelto —me ha dicho Franky.

Yo he fingido no haberle oído para que volviera a decirlo.

—Digo que estás preciosa —ha dicho gritando para hacerse oír sobre el ruido del aire. Y luego me ha guiñado un ojo de esa manera que solo él sabe hacer. ¡Qué subidón!

Ha sido un momento perfecto: el sol dándome en la cara, el viento agitándome la melena, el coche rugiendo entre los campos de maíz y, sobre todo, el hombre más guapo del mundo sentado a mi lado. He cerrado los ojos y he deseado que ese viaje no acabara nunca. Me sentía tan bien, tan eufórica, que necesitaba sacar toda esa energía de mi cuerpo. Así que me he soltado el cinturón, me he puesto de pie y he levantado los brazos. Y mientras el viento intentaba derribarme, he comenzado a gritar a pleno pulmón: «Waaaaaaahhhhhhh».

Franky me ha mirado como si se me hubiera ido la olla, pero luego ha comenzado a gritar él también. Ha sido tan divertido que, cuando me he dejado caer sobre el asiento, los dos hemos comenzado a reírnos. Nos ha dado tal ataque de risa que Franky ha tenido que detenerse a un lado de la carretera para evitar que nos estrelláramos.

Me sentía tan feliz que le he soltado:

—Me gustaría seguir por esta carretera y no parar hasta llegar al fin del mundo.

—Hagámoslo —me ha respondido él sin pensárselo ni un segundo.

Y ha sido entonces cuando él también se ha quitado el cinturón, se ha inclinado

sobre mí y... ¡Me ha besado!

¡Oh, Dios mío! ¡Qué beso! Nada que ver con los besos escurridizos y nerviosos de Marko Jacovic cuando me invitaba al cine. Este ha sido un beso de los de verdad, igual que los que se dan en las películas. Sus labios eran increíblemente suaves y cálidos y cuando ha deslizado su lengua húmeda en mi boca he sentido que todo mi cuerpo se tensaba como si fuera la cuerda de un arco preparándose para disparar. Durante un largo instante mi cerebro ha dejado de funcionar y solo era capaz de sentir el sabor de su boca y el olor de su cuerpo pegándose al mío. ¡Y que olor! Era tan embriagador que cuando ha dejado de besarme todo ha comenzado a dar vueltas a mí alrededor como si estuviera en una noria. Sentía las piernas flojas y el cuerpo me temblaba más que si estuviera hecha de gelatina. Me ha costado un rato poder respirar con normalidad otra vez.

Durante el camino de vuelta, Franky me ha cogido la mano un par de veces y se la ha llevado a los labios para besarla. ¡Es tan romántico!

¡Dios! No sé si podré esperar hasta el próximo viernes para volver a verle.

## CAPÍTULO 3 - DOMINGO

Le despertó el sonido estridente del teléfono. Había planeado pasar la mañana del domingo en casa, dormitando junto a Carla hasta la hora de la comida. Desde que ella se mudó a vivir con él, unas semanas atrás, apenas habían tenido tiempo para disfrutar de su recién estrenada intimidad y deseaba compensarla por las horas de soledad de los últimos días. Después compartirían con Adam una comida relajada en el Tony Roma's. A su hijo le encantaban las costillas de ese restaurante y Carla sobrellevaba esa imposición gracias a las abundantes ensaladas que ofrecían. Quizá por la tarde podrían acercarse al cine a ver alguna de esas películas para las que nunca encontraban tiempo. Pero aquella llamada dio al traste con sus planes.

—Buenos días inspector —saludó la voz al otro lado del teléfono—. Siento llamarle tan temprano un domingo, pero como pidió que le avisáramos en cuanto tuviéramos los análisis del laboratorio...

—No pasa nada, Morales. No estaba dormido —mintió—. ¿Han llegado los resultados?

—Acabo de recibirlos.

El agente permaneció callado dándole tiempo para que acabara de despertarse.

—¿Y bien? Suéltalo ya. ¿Son los de Goran?

—No. Lo siento.

—¿Estás seguro? ¿No puede tratarse de un error?

—No son los suyos, inspector. Han introducido la información en la base de datos de ADN, pero seguimos sin saber a quién pertenecen.

Jorge se incorporó en la cama, se pasó la mano por la mejilla y después por la cabeza. Su áspero roce le recordó que necesitaba un buen afeitado.

—Estaré ahí en media hora.

Carla le observaba con sus grandes ojos castaños. Su rubia melena estaba desparramada sobre la almohada y fruncía los labios en un mohín de contrariedad.

—¿Te vas? —preguntó con tristeza—. Dijiste que hoy pasaríamos el día juntos.

—Lo sé, cielo, pero ha surgido algo importante.

Se inclinó sobre ella y la besó en el cuello. La mujer no reaccionó como él esperaba. Jorge se deslizó de nuevo bajo las sábanas y la abrazó. Ella dejó que la rodeara con sus brazos pero no le devolvió las caricias, sino que se mantuvo rígida a su lado. Jorge supo que estaba decepcionada y un poco enfadada.

—Escucha —comenzó a susurrarle— ¿por qué no sigues durmiendo, mientras me acerco a comisaría? Te prometo que en menos de una hora estaré de vuelta y no saldremos de la cama hasta que me supliques que te deje ir porque te mueres de hambre.

La mujer soltó una risita y comenzó a relajarse, brindándole por fin su cuerpo

para que lo acariciara. Ese mismo cuerpo que minutos antes mantenía tenso y que ahora le ofrecía cálido y tentador. Jorge consideró la posibilidad de quedarse un rato más junto a ella. Comenzaba a tener una erección y deseaba hacerle el amor, pero temía que si se marchaba en cuanto acabaran, el humor de Carla se estropearía para el resto del día. Así que optó por levantarse y meterse bajo la ducha. Tendrían tiempo más tarde.

Cuando Jorge se marchó, prometiendo regresar en una hora, Carla ya estaba totalmente despierta. Sabía que sería inútil seguir en la cama esperándole, así que se levantó y buscó su móvil.

—¿Te he despertado? —preguntó a modo de disculpa. Soltó una risita culpable al oír la respuesta de su interlocutor—. Jorge acaba de irse.

Habló durante unos minutos y por fin admitió con voz apesadumbrada:

—Creo que esto es un error.

Sus ojos comenzaron a empañarse. La persona con la que hablaba debió intuirlo y decir algo al respecto, porque Carla contestó:

—No estoy llorando. Es solo que... ¡Joder, Felipe! ¿Por qué no me lo impediste?

Siguió escuchando y apartó algunas lágrimas de sus mejillas.

—Ya sé que lo intentaste, pero tendrías que haber sido más convincente.

Cuando acabó de hablar se metió bajo la ducha y lloró sin temor a que alguien la escuchara.

La promesa que le hizo a Carla de regresar en una hora se evaporó en cuanto llegó al despacho. El informe confirmaba que los ojos del paquete no eran los de Goran. Era una mala noticia. En cuanto la prensa lo supiera se cebarían llenando páginas y más páginas sobre un nuevo asesino en serie. Debían encontrar cuanto antes al desgraciado propietario de aquellos ojos si querían detener la tormenta que se avecinaba. Así que pasó toda la mañana revisando con sus hombres cualquier información sobre desaparecidos que pudiera estar mínimamente relacionada con el caso.

Solo recordó que había quedado para comer con su familia cuando su estómago comenzó a rugir. Echó un vistazo al reloj y comprobó con alivio que llegaría a tiempo. Se levantó para ponerse la chaqueta y su móvil comenzó a sonar de nuevo. No reconoció el número por lo que decidió no contestar. No tenía ánimos para responder a las mismas preguntas de otro periodista. Se disponía a marcar la tecla de rechazar llamada, pero cambió de opinión en el último instante.

—¿Quién es?

—¿Inspector Altarriba?

Reconoció de inmediato el acento eslavo de aquella cálida voz.

—Hola Jelena.

—Tengo que hablar con usted. Es importante.

—Me alegro de que me hayas llamado. —Usó un tono tranquilizador, ya que percibía el nerviosismo de la mujer.

—¿Podemos vernos ahora?

—Claro. ¿Por qué no vienes a comisaria? Te esperaré.

Ella rechazó esa idea y su inquietud pareció aumentar.

—Es mejor un lugar público, un bar o un café. Nadie debe saber que hablo con usted.

—Entiendo. Déjame pensar... ¿Conoces un restaurante llamado Tony Roma's, en la calle Génova?

—Sí conozco. Es lugar perfecto.

Percibió un ligero suspiro de alivio.

—Inspector, es muy importante que nadie vea que hablamos juntos. Usted espera dentro de restaurante. Yo entraré para ir a servicios. Cuando me vea, usted me sigue. Hablaremos allí.

—¿En el cuarto de baño? —preguntó sorprendido.

—Nadie debe vernos juntos. Es muy importante.

Jorge consideró aquella extraña petición.

—De acuerdo. Salgo para allá.

—Tardaré un poco. Estoy todavía en casa. —Y le advirtió—. Inspector, venga solo. No diga a comisario gordo.

—¿El comisario Espinosa?

—Prometa que no dirá nada a él.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre con el comisario?

—Usted prométalo —insistió impaciente.

Jorge percibió un ligero matiz de miedo.

—Está bien. No hablaré con nadie hasta escuchar lo que quieres decirme.

—Gracias inspector. Espero que esto sea lo correcto.

Los domingos Tony Roma's estaba lleno de gente joven y familias con niños. Aunque el local era grande, cuando Jorge llegó quedaban pocas mesas libres. Consiguió una desde la que pudiera vigilar la puerta de entrada y se sentó mirando hacia la calle. Carla llegó pronto y, aunque trató de disimularlo, Jorge supo que estaba contrariada. La llegada de Adam no suavizó el ambiente. El joven llegó vestido con esa ropa que su padre detestaba. Pantalones vaqueros con la cintura tan caída que amenazaban con caer al suelo al menor movimiento; sudadera llena de desgarrones en los codos y letras ilegibles en el pecho; el cabello largo y pegajoso tapándole casi toda la cara; y aquel odioso clavo que le atravesaba el labio inferior. Jorge recordó lo furioso que se puso el día en que le vio llegar a casa con semejante adorno. Era lo último que

deseaba ver en el rostro, ya de por sí tan torturado, de su hijo.

Adam había sufrido, desde muy joven, un acné virulento que dejó sus mejillas terriblemente marcadas. Las cicatrices significaron un terrible estigma a la hora de relacionarse con gente de su edad, así que su personalidad, de naturaleza retraída, fue derivando hasta convertirle en un auténtico inadaptado social. Jorge trataba de hacerle entender que su actitud y aquella indumentaria descuidada, no le ayudaban a mejorar las cosas, pero su hijo parecía sordo a cualquier intento de su padre por hacerle cambiar.

El joven se sentó a la mesa, dejó el monopatín sobre una silla vacía y ojeó el menú.

—Podrías saludar al menos —dijo su padre irritado.

—Hola.

—¿Qué tal Adam? —preguntó Carla sin mucho entusiasmo.

Durante unos minutos todos fingieron estar decidiendo qué comer y permanecieron callados leyendo la carta. Llegó un camarero, que con machacona eficiencia tomó nota de los mismos platos de siempre y regresó al cabo de unos minutos con las bebidas.

La comida pareció mejorar el ánimo de los tres y pasados los primeros minutos comenzaron a intercambiar comentarios triviales de manera más relajada. Jorge se obligó a sacar el tema de las faltas de clase. No le apetecía mantener una nueva discusión con su hijo, pero le había prometido a Susana hacerlo. Tal y como temía, Adam no le puso las cosas fáciles.

—El instituto es un asco. Al tío de tecnología no lo aguanto, así que paso de ir a su clase.

—¿Y ya está? ¿Pasas de ir a su clase?

Su hijo no se molestó en contestar. Siguió royendo la costilla que tenía en las manos.

—Tienes que ir, te guste o no el profesor. El director ha amenazado con abrirte un expediente si vuelves a faltar a clase.

Adam agarró el vaso de Coca-Cola y se lo acercó a la boca sin limpiarse los labios pringados de salsa.

—Tienes la obligación de ir a clase —continuó su padre—. Si no lo haces podrían expulsarte.

—Hablas como un poli.

Su padre se quedó mirándole sin saber cómo seguir. Intercambió una mirada con Carla pero esta le indicó con un gesto que no la involucrara en la discusión.

—Es que soy un poli. Y sé cuáles son mis obligaciones. Pero tú pareces no tener muy claras cuáles son las tuyas.

Adam apartó por fin los ojos de la comida y le miró. Había un claro desafío en su mirada. Pero se mantuvo callado y dejó que su padre soltara de nuevo el ya conocido discurso sobre las responsabilidades y las obligaciones. Escuchó encerrado en su

mutismo habitual sin dar muestras de que nada de aquello fuera con él.

Jorge comenzaba a perder los nervios por la impasibilidad de su hijo cuando vio entrar por la puerta a Jelena. ¡Casi se había olvidado de ella y de lo asombrosamente bella que era! Dejó inacabada la frase y soltó un bufido. Se pasó las manos por la cabeza, fingió estar pensando cómo seguir y vigiló por el rabillo del ojo el recorrido de la joven. Al ver hacia donde se dirigía, se levantó exclamando:

—Es imposible hablar contigo cuando te cierras de esa manera. Ahora vuelvo. Tengo que ir al baño.

Abandonó la mesa seguido por la mirada desconfiada de su hijo, quien se llevó un dedo a la boca y comenzó a mordisquearse las uñas.

Para llegar a los servicios había que bajar unas escaleras y recorrer un pequeño pasillo en forma de L. Estaba vacío cuando Jorge llegó, así que observó las dos puertas de madera que había a ambos lados tratando de decidir en cuál de ellas entrar. Empujó con cautela la que tenía pintado un tosco rostro femenino, confiando en que dentro no hubiera otras mujeres en aquel momento. Jelena estaba al fondo, frente al último lavabo, retorciéndose las manos con nerviosismo. Iba vestida con un traje blanco demasiado elegante para un sitio como aquel. Llevaba el pelo suelto, mostrando una hermosa cascada de bucles dorados que caían sobre sus hombros. En las orejas, unos pequeños brillantes lanzaban destellos con cada movimiento de su cabeza. Un maquillaje discreto disimulaba las ojeras bajo sus ojos y daba un poco de color a sus labios. Jorge la observó admirando una vez más aquella temprana belleza que ya comenzaba a manifestarse y pensó que llegaría a convertirse en una mujer realmente seductora. Antes de acercarse, comprobó una a una las puertas de las cabinas. Todas estaban vacías.

—Un lugar extraño para una cita —dijo sonriéndole—. ¿Qué es eso tan importante?

Ella no respondió a su sonrisa. Sus ojos tenían un brillo extraño y Jorge supo que era el miedo el que los hacía parecer tan intensos. La joven echó una mirada nerviosa hacia la puerta y bajó la voz:

—Sé quién mató a Goran. Le diré todo lo que sé, pero necesito su ayuda.

—¿Quién ha sido? —preguntó en tono grave al tiempo que borraba la sonrisa.

Ella negó con la cabeza.

—Antes tiene que prometer que ayudará a escapar.

—¿Escapar de quién? ¿De tu hermano?

La mujer titubeó antes de continuar.

—Usted no le conoce. Mi hermano es hombre peligroso. Es... —Buscó una palabra para definirle, pero su vocabulario era limitado—. Siempre encuentra modo de hacer venganza.

—Vengativo —le aclaró—. ¿Mató a Goran para vengarse?

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Mi hermano es listo. Él no hace cosas malas. Manda otros para hacerlas.

—Entiendo. ¿Por qué ordenó matar a Goran?

Los ojos de Jelena se humedecieron y la joven los desvió hacia el suelo. Respiró con dificultad antes de seguir:

—Goran quería irnos lejos de aquí. Los dos juntos. Él y yo. Sin decir a mí hermano.

—Estaba enamorado de ti. —Dedujo el policía—. ¿Tú también le querías?

La mujer asintió con la cabeza y sus hombros comenzaron a agitarse. Mantenía la cabeza baja y Jorge supo que estaba tratando inútilmente de controlar los sollozos. Se acercó para consolarla, pero ella le rechazó.

—No he venido para llorar —dijo orgullosa—. Si usted ayuda yo daré información importante.

—¿Qué tipo de ayuda? —preguntó.

—Quiero pasaporte nuevo, con nuevo nombre. Y un lugar para yo esconder, hasta que Milos ya no me busque.

Jorge la miró con el ceño fruncido. Lo que le pedía no era fácil de obtener sin una buena razón. Tendría que hablar con el inspector jefe y no estaba seguro de que este le apoyara.

—Tendrás que darme algo para convencer a mis superiores de que tu oferta es seria. ¿Tienes alguna prueba de que tu hermano está detrás de la muerte de Goran?

Jelena no respondió a la pregunta, sino que comenzó a hablar, con voz cálida y arrastrando las palabras:

—Goran y yo siempre juntos desde que llegué. Él acompañaba a sitios y enseñó cómo vivir aquí cuando vine. Era amigo de Milos y mi hermano confiaba con él. Poco a poco fue también mi amigo, pero Milos no gustó ese cambio. Habló con Goran y dijo que tenía planes para mí y que era mejor que él no fuera mi amigo. Goran dijo que entendía y que ayudaría con planes, pero me lo contó porque no gustaba planes.

—¿De qué planes hablas?

—Hay otro serbio aquí en Madrid, Radovan Siznic, que es muy poderoso. Más que mi hermano. Siznic conoció a mí en Belgrado y pidió a Milos que trajera aquí para conocer mejor. Mi hermano es muy ambicioso. Siempre quiere más. Y cuando Siznic interesó por mí, él ofreció ser su... učesnik. ¿Cómo dice español?... Socio. Juntos tendrán más poder. Mi hermano quiere a mí para ser socio de Siznic.

—Y Goran era una amenaza para esos planes.

—Yo no gusto de Siznic. Él es muy..., siempre dice cosas feas, habla a gritos, pega mujeres. Conmigo habla diferente, pero sé que es teatro, ¿entiende?

Jorge confirmó que comprendía y la animó a que siguiera.

—Dije a Goran que nunca estaría con Siznic. Quería estar con él. Goran siempre decía cosas bonitas y cuidaba que nadie molestaba a mí. Prometió que iríamos juntos,

pero era secreto hasta que todo estuviera preparado.

—Y tu hermano lo descubrió.

—No sé cómo enteró. Teníamos muy cuidado siempre. Pero el día que Goran apareció muerto yo sabía que fue Milos.

La mujer respiró hondo y preguntó:

—¿Recuerda cómo llama mi hermano a mí?

Jorge trató de recordar.

—Le oí un par de veces llamándote por un nombre que no era el tuyo, pero no recuerdo cuál era.

—Él llama a mi Ljubav. Significa «amor» en serbio.

—Un apelativo cariñoso.

—Cariñoso no. Cruel.

Jorge levantó las cejas indicándole que no entendía.

—Así llamaba Goran a mí cuando estábamos solos. Es manera de decir mi hermano que sabe lo que ocurría y que por eso murió Goran. Me recuerda, cada vez que llama Ljubav, que Goran está muerto por mi culpa.

Jorge no supo qué decirle. Le parecía una crueldad muy retorcida la que mostraba Milos con su hermana al utilizar esa palabra. La mujer le observaba esperando una reacción por su parte, así que le preguntó:

—¿Tienes alguna prueba de todo esto?

—No necesito pruebas. Sé que es así. Conozco mi hermano.

Jorge comenzó a frotarse la cabeza con brío. Aunque creía lo que Jelena acababa de contarle, no podía acusar a Milos sin ninguna prueba y veía difícil conseguir un nuevo pasaporte sin una justificación más sólida.

—Sé dónde guarda los ojos de Goran —añadió ella.

Jorge levantó la cara y la miró incrédulo.

—¿Ha guardado sus ojos? ¿Para qué?

—Los ojos de Goran habían visto lo que no debían ver —comenzó a llorar de nuevo. Las lágrimas descendieron por sus mejillas de manera pausada, como si se tratara de una suave lluvia, pero no detuvo su narración—. Creo que Milos quiere ofrecerlos a Siznic para demostrar que ha resuelto problema.

—Por eso se sorprendió tanto cuando le dijimos que teníamos sus ojos —dijo Jorge pensativo—. Sabía que no podían ser los de él.

—Así descubrí que los tenía. Cuando ustedes marcharon mi hermano fue a comprobar si seguían en el mismo lugar. Yo vi donde guardaba.

—Encontrar esos ojos en su poder sería suficiente para acusarle del asesinato. Con algo así podré convencer a mis superiores para que te ayuden.

—Consiga pasaporte y un lugar para esconder a mí y diré dónde están. También diré más cosas, pero ahora tengo que marchar. Llevo demasiado tiempo aquí y no quiero que Sasa baje a buscar a mí.

La cara de Jorge se transformó al oírla. Alzó la voz algo más de lo que hubiera

deseado cuando preguntó:

—¿Has venido con Sasa? ¿Has traído a ese matón hasta aquí?

Abandonó el cuarto de baño apresuradamente y ella le siguió. Antes de que él doblara el pasillo, la mujer le asió por el brazo y le obligó a detenerse:

—Yo nunca sola. No está permitido —se defendió sorprendida por la reacción del policía.

Él dejó de caminar y la miró:

—Por Dios, Jelena. Debiste avisarme. Mi hijo y mi novia están ahí arriba. No quiero que Sasa sospeche siquiera que existen.

—No tienes que preocupar. Sasa espera en puerta. No entra porque él fuma. Ahora tenemos comida con amigos en otro lugar, pero dije que necesitaba usar baño urgente.

—Espero que tengas...

Oyeron pasos bajando la escalera. Altarriba se llevó un dedo a los labios para indicarle que callara. La mujer se apartó de él justo cuando Adam asomó por el pasillo.

Este se quedó mirándoles. Observó a la joven en silencio y un rictus de repulsa apareció en sus labios. Al llegar junto a su padre le dijo entre dientes:

—Podría ser tu hija.

El desprecio de su voz sacudió a Jorge como una bofetada.

—No es lo que crees.

Le puso una mano sobre el hombro para explicarle, pero su hijo se soltó con un movimiento brusco:

—Eso dices siempre. También a mamá le decías que no era lo que ella creía, ¿verdad, papá?

—Estás equivocado. No es nada de lo que piensas...

—¿Qué sabes tú de lo que yo pienso? Te crees muy listo, pero en realidad no sabes nada.

Se apartó de su padre y pasó junto a la mujer sin mirarla. Luego entró en el baño de hombres.

—Lo siento —dijo Jelena.

Jorge sacudió la cabeza quitándole importancia. Hablaría con su hijo y se lo explicaría más tarde. La mujer le dijo que volvería a llamarle y subió apresurada las escaleras. Jorge esperó unos segundos antes de seguirla. Cuando llegó a su mesa, vio que estaba vacía. Buscó a Carla por la sala y al no verla miró hacia la puerta. Un escalofrío le sacudió. Carla estaba en la puerta de entrada, fumando y hablando con Sasa. Al lado de este, Jelena esperaba cabizbaja a que acabara su cigarrillo.

Cinco minutos más tarde volvían a estar los tres sentados en la mesa, pero los ánimos no habían mejorado en absoluto. Jorge aplazó la conversación con Carla para más

tarde. Por ahora deseaba aclarar la situación con su hijo. Comenzó a explicarle que la mujer con la que hablaba era una testigo en un caso importante que estaba investigando. Le contó que se trataba de un tema en el que andaba metida la mafia serbia y que cuanto menos supieran del asunto mejor sería para todos.

Adam le escuchaba con la cabeza medio escondida en la capucha de su sudadera. Seguía mordiéndose las uñas y de vez en cuando lanzaba miradas a hacia los lados, sin dar muestras de estar interesado en lo que su padre le explicaba.

—Está relacionada con esos ojos que me enviaron por correo. Sé que has oído hablar de ello estos días, pero prefiero que no sepas nada más. Por tu propia seguridad. Espero que me creas, porque es la verdad.

—Si tanto te preocupa nuestra seguridad —dijo por fin, escupiendo un trozo de uña al suelo— podrías pasar de vez en cuando por casa. —Miró a Carla, pero ella desvió los ojos—. Mamá te necesita.

—¿A qué te refieres? ¿Le ocurre algo?

—Os dejaré solos —anunció Carla levantándose del asiento.

—No hace falta que te vayas —dijo Adam poniéndose él también en pie y cogiendo su skate—. Yo me voy. Quédate con mi padre.

El tono en que fue dicha esta última frase resultó insultante. Jorge sintió deseos de abofetear a su hijo y zarandearle hasta hacerle entrar en razón. Pero se limitó a ordenarle, casi en voz baja:

—Siéntate.

Aquel tono autoritario sorprendió a Adam, quien volvió a sentarse y permaneció abrazado a su skate. Su padre continuó:

—Estoy harto de tu actitud. Va siendo hora de que te comportes como un adulto. Dime qué ocurre. ¿Qué pasa con tu madre?

—Si te molestaras en aparecer por casa...

El teléfono de Jorge comenzó a sonar. Lo sacó del bolsillo y vio que era de la comisaría.

—Espera un segundo —dijo mientras contestaba la llamada.

Carla, que había vuelto a sentarse, se fijó que Adam seguía destrozándose las uñas.

—Deberías dejar de hacer eso.

Él no se molestó en mirarla.

—Fíjate en el modo en que acabó la Venus de Milo —insistió ella, con la esperanza de que ese viejo chiste ayudara a rebajar la tensión, pero el chico se limitó a cambiar de dedo y continuó como si no la hubiera escuchado. La mujer se encogió de hombros y abandonó cualquier intento de entablar conversación.

Jorge guardó el teléfono en su bolsillo y le dijo a su hijo:

—No hemos acabado con este tema. Seguiremos hablando más tarde. Pero ahora tenemos que irnos.

Los dos supieron por el timbre de su voz que algo importante había ocurrido.

Jorge pidió la cuenta y, cosa inusual en él, les informó:

—Ha aparecido un nuevo cuerpo. También le faltan los ojos.

El lugar estaba ya acordonado cuando llegó. Vio dos coches patrulla y algunos técnicos trabajando cerca del cadáver. Al ser domingo, el inevitable grupo de curiosos apiñados alrededor de las cintas policiales era mayor de lo habitual. El cuerpo había sido encontrado muy cerca de un parque que, en esa tarde primaveral, estaba lleno de gente: jóvenes padres paseando sin prisas con carritos de bebés; ancianos arrebuados en sus abrigos tratando de sentir, a través del amasijo de ropa, la tibia caricia del sol; adolescentes desafiando a la gravedad con bicicletas y patines; tímidas parejas ajenas al entorno, pendientes tan solo de la proximidad del otro. Jorge se detuvo a contemplarlos y sintió un inesperado acceso de nostalgia. ¿Cuándo fue la última vez que paseó por un parque? Trató de hacer memoria y evocó los primeros meses después de conocer a Susana. No lograba recordar ni una sola ocasión en que hubieran paseado por un parque cogidos de la mano. Avanzó un poco en el tiempo y revivió el nacimiento de su hijo. Tampoco guardaba ningún recuerdo de aquella época. Aunque estaba seguro de que en alguna ocasión lo habrían hecho, era incapaz de desenterrar ninguna imagen de él y su familia disfrutando de una plácida tarde en un parque.

Desechó esos melancólicos pensamientos con un manotazo y pasó por debajo de las cintas policiales. Se acercó a uno de los agentes y le pidió un resumen de lo ocurrido.

—Lo encontraron aquellos chicos —señaló hacia un grupo de adolescentes que se mantenían apartados del resto.

Un par de agentes estaban hablando con ellos y tomando notas. Los jóvenes no parecían muy afectados. Más bien daban la impresión de sentirse excitados con ese inesperado protagonismo.

—Estaban buscando algo con lo que construir una rampa —continuó explicando el agente—. Ya sabe, para poder dar saltos de esos en el aire, y al retirar unos tablones lo vieron.

Altarriba miró hacia donde le indicó el agente.

—Estaba casi sepultado bajo un montón de cartones y tablas.

—¿Alguno de ellos le ha reconocido?

—No creo que se hayan fijado mucho —informó el policía—. Su aspecto es bastante desagradable. Debe llevar varios días muerto. Y lo de sus ojos...

—¿Los han encontrado? —preguntó Altarriba señalando a los agentes que rastreaban la zona.

—Todavía no.

Uno de los agentes que hablaba con los jóvenes le pidió al inspector que se acercara.

—Creo que se trata del *Naranjito* —dijo uno de los muchachos—. Siempre andaba por aquí. Y la camiseta esa —señaló hacia el cadáver que seguía sin cubrir— es una de las suyas.

—¿*El Naranjito*? ¿Ese era su nombre? —preguntó Altarriba.

—Bueno, así es como le llamaba todo el mundo. Siempre llevaba camisetas con ese dibujo de una naranja con brazos. Creo que eran de cuando las olimpiadas de Barcelona.

El inspector intercambió una mirada con uno de los agentes y ambos recordaron al mismo tiempo.

—El *Naranjito* de los mundiales de fútbol. Joder, eso fue hace... ¿Cuándo fue el mundial de fútbol? ¿En el 92?

—No, eso fueron las olimpiadas. El mundial fue antes.

—En el 82 —respondió uno de los chicos—. Se lo pregunté un día —dijo en tono de disculpa.

—¿Y usaba camisetas de hace treinta años?

—Nos dijo que encontró un montón de cajas llenas de camisetas en uno de los almacenes abandonados donde dormía. Cuando se cansaba de una la tiraba y se ponía otra. Siempre las llevaba. Tenía mazo.

—A mí quiso venderme unas cuantas —añadió otro de ellos—. Pero eran una mierda.

Todos comenzaron a reír ante la absurda idea de ponerse una camiseta con una rechoncha naranja impresa en ella. Fueron aportando cada uno la información que tenían sobre el pobre desgraciado.

Solía merodear por el parque y le gustaba observar a los grupos de chavales que iban hasta allí a practicar con los patines y las bicicletas. Siempre llevaba en la mano alguna botella de alcohol barato y pasaba el día dormitando entre borrachera y borrachera. Los fines de semana recorría los diferentes grupitos de jóvenes que quedaban en el parque para beber y les pedía una ayuda para rellenar la botella que llevaba. Aquello se había convertido en parte del ritual del botellón. El *Naranjito* se acercaba a un grupito, les soltaba unos versos subidos de tono, que ya todos conocían de sobra, y les pedía «una pequeña aportación para el poeta». Todos accedían, pues sabían que era la forma más rápida de librarse de sus inagotables recitales. Luego se dirigía al siguiente grupo y comenzaba la misma farsa. Al final de la noche acababa tirado en algún rincón del parque durmiendo la mona. En los meses de más frío se refugiaba en la entrada del metro más próxima o en algún almacén abandonado.

—¿Solía discutir o pelearse con alguien? —preguntó Altarriba.

—Qué va. Era un tío de lo más pasota. Siempre iba a su rollo. Solo se acercaba si veía que tenías alcohol, si no ni te miraba.

—¿Nunca se enfadó nadie con él?

—No. Por aquí le conocía todo el mundo. No era mal tío. Un poco pillao, pero no era un broncas.

—¿Alguno recuerda cuando lo vio por última vez?

—Ayer no vino por aquí —dijo el primer chico que le había reconocido— y el viernes tampoco.

—¿Y durante la semana? —insistió el policía.

—Yo no vengo por esta zona. Me pilla lejos —dijo uno de ellos.

Ninguno recordaba la última vez que le vieron con vida. El inspector se alejó de los chicos y se dirigió hacia donde estaba el cadáver. El médico forense se incorporó cuando le vio llegar.

—Lleva varios días muerto —le dijo a modo de saludo—. Es un varón, cincuenta y tantos. Le han extraído los ojos, pero aparte de eso, no hay otras heridas ni golpes visibles. De todas maneras no podré decirte mucho más hasta que no lo llevemos al anatómico. Está cubierto de mugre y es imposible ver nada si no le lavamos antes. Debía ser un indigente por el aspecto que tiene y el estado de la ropa.

—¿Se defendió? ¿Hay signos de lucha?

—Ya te digo que en el estado en que está es imposible saberlo. Pero hay algo extraño.

El médico le indicó con la mano que observara el lugar alrededor del cuerpo.

—¿No ves nada raro? —preguntó tras esperar unos instantes.

Altarriba rodeo el cadáver con cuidado. Antes de mover un pie se aseguraba de no estropear nada que pudiera aportar alguna luz sobre lo ocurrido. Cuando dio una vuelta completa se alejó un poco y comenzó a mirar por el suelo. Parecía estar buscando algo. Finalmente se acercó hasta el forense, que le miraba con gesto desafiante.

—No hay sangre.

—Exacto.

—O sea, que no le sacaron los ojos aquí.

—Puede que sí... —dijo enigmático el médico.

—Y tampoco hay signos de haberlo arrastrado.

El forense lanzó una mirada a la tierra que rodeaba el cadáver como si no la hubiera visto hasta entonces. El inspector Altarriba se pasó la mano por la cabeza y comenzó a rascarse detrás de la oreja.

—Quizá le mataron en otro lugar, le sacaron los ojos y luego tiraron el cuerpo aquí. En ese caso hubo más de uno, ya que debieron cargar con el cuerpo si no lo arrastraron por el suelo.

El médico se incorporó, sacudió la tierra que se le había adherido al pantalón y se alejó de allí, dejando al inspector musitando teorías en voz alta.

Altarriba llegó a la comisaría cuando estaba anocheciendo. Pensó en llamar al comisario Espinosa y hablarle sobre el nuevo cadáver encontrado en el parque. Las similitudes con el caso de Goran eran evidentes, por lo que su opinión podía ser

importante, pero recordó la advertencia de Jelena pidiéndole que no avisara al comisario gordo. Se preguntó qué motivos tendría la joven para desconfiar de él y decidió que sería mejor esperar a saberlo antes de revelarle nueva información. Rebuscó por el cajón de su escritorio hasta que encontró una antigua agenda de teléfonos. Cuando localizó el número que buscaba lo marcó con la esperanza de que siguiera perteneciendo a la misma persona.

—¿Rosana? Soy Jorge Altarriba.

—¡Dios mío, Jorge! Cuanto tiempo sin hablar contigo. ¿Cómo estás?

Intercambiaron algunas frases de cortesía antes de abordar el tema por el que llamaba.

—Escucha, necesito un piso de acogida para una mujer.

—Sabes que los casos de malos tratos los tienes que derivar a asuntos sociales para que evalúen la situación de la mujer y estudien la idoneidad de...

—No se trata de un caso de malos tratos —la interrumpió.

—¿De qué se trata entonces?

Le explicó que necesitaba esconder, durante unas semanas, a una mujer que podía ayudarles a resolver un asesinato. La trabajadora social le escuchó, pidiéndole de vez en cuando que aclarara algún detalle.

—Sin que haya interpuesto una denuncia, será difícil que nos permitan alojarla en un piso de mujeres.

—Solo será durante un par de semanas —insistió él— y deberá figurar con un nombre falso. Nadie debe saber dónde está.

—¿De verdad crees que su vida corre peligro? Podríamos solicitar una orden de protección y darle uno de los teléfonos de telealarma.

—No creo que acepte estar bajo vigilancia de la policía. Me parece que no confía mucho en nosotros.

—Me lo pones difícil —murmuró la mujer—. Déjame hacer unas llamadas y veré que puedo hacer. Te llamaré mañana.

Antes de despedirse se sintió obligado a recordarle:

—Te pido máxima discreción, Rosana. No hables de esto con nadie. Solo conmigo.

Cuando colgó, abrió de nuevo el cajón para guardar la agenda y sacó unos folios doblados que estaban escondidos bajo un montón de carpetas. Los desdobló y observó con el ceño fruncido las imágenes. Eran unas fotografías que había recibido días atrás por correo electrónico. Ahora se arrepentía de haber borrado ese correo después de imprimir las imágenes. Se trataba de dos fotografías de él mismo en las que aparecía con una gran cruz negra tachándole los ojos.

## QUINCE MESES ANTES

Me miro en el espejo antes de salir. Este vestido de mi hermana me queda genial. Y los taconazos que me ha dejado Verónika son una pasada. Espero no trastabillar y caerme. Me moriría de vergüenza. Lástima que mi hermana se haya llevado su barra de labios. Con ese carmín tan rojo seguro que me echaban por lo menos dieciocho años. Aunque Franky dice que prefiere mis labios sin ningún tipo de pintura. ¡Es tan mono...!

Tengo que darme prisa, porque estará a punto de llegar. Si mi hermana no hubiera tardado tanto en arreglarse... Total, para ir a cenar con sus amigas no hacían falta tantos remilgos. He estado a punto de ponerme a gritar cuando la he visto cambiarse de blusa por tercera vez. Creí que no se marcharía nunca. Parecía que estuviera demorándose a propósito, como sí sospechara algo. «*¿Seguro que prefieres quedarte aquí sola? Puedo dejarte en casa de Verónika y te recojo cuando acabe de cenar*».

Me lo ha preguntado al menos veinte veces. ¡Qué pelma!

—Vete ya, pesada. Estaré bien y aprovecharé que no está mamá para ver en la tele lo que me dé la gana.

—La echo de menos —ha dicho—. Tengo ganas de que vuelva.

Ha sonado tan apenada que por un momento he temido que fuera a echarse a llorar y decidiera quedarse en casa.

—Yo también la extraño, pero se merece estas pequeñas vacaciones. Tenía muchas ganas de volver a visitar Belgrado después de tantos años y sobre todo necesitaba comprobar por ella misma que nuestro hermano está viviendo en un lugar decente. Ya sabes cómo se preocupa por todo.

—Lo sé y seguro que lo están pasando muy bien juntos. Pero es que la casa está tan vacía sin ellos...

Así que he tenido que empujarla hasta la calle para que se marchara de una vez. En diez minutos he tenido que cambiarme de ropa y tratar de borrar las marcas que me dejan los elásticos de la coleta en mi melena.

Un último vistazo al espejo antes de abrir la puerta. En mi cara apenas se nota la agitación que me sacude por dentro. Tan solo me delata un brillo desacostumbrado en mis ojos. Estoy tan nerviosa que siento como si me hubiera tragado una pelota de tenis y la tuviera atascada en la boca del estómago. Tengo las manos sudadas y resbalan sobre la manija de la puerta cuando abro para salir a la calle.

Afuera ya es noche cerrada y aparte del pequeño farol de nuestra fachada solo se ven otras dos luces mortecinas en las casas vecinas. Recorro con pasos inseguros el camino de tierra que llega hasta la carretera. No quiero arriesgarme a dar un resbalón en la oscuridad. Espero que Franky no se retrase. ¡Tengo tantas ganas de conocer a toda esa gente de la que siempre habla!

Miro hacia la derecha, en dirección opuesta al pueblo, esperando ver aparecer las luces del coche y cuento impaciente los minutos, preguntándome por qué no está aquí todavía. De pronto oigo el sonido de unos pasos acercándose. Me doy la vuelta y el corazón se me detiene al ver de quien se trata.

—¿Marija? ¿Qué haces aquí en la calle?

¡Mierda! ¿Por qué ha vuelto tan pronto? Si no hace ni un cuarto de hora que salió de casa.

—Anja. ¿Qué... que ha pasado con tu cena? —preguntó con voz entrecortada.

—Nada, he olvidado coger el libro que me pidió Dragana, pero ¿qué haces vestida así? ¿Y aquí sola en la oscuridad?

¡Oh, mierda, mierda, mierda! ¿Por qué todo tiene que salirme mal? Aguanto las ganas de llorar y trato de controlar el temblor de mi voz para que Anja no lo note. Pero no se me ocurre ninguna excusa, así que comienzo a balbucear, soltando palabras inconexas. Mi hermana corta mi parloteo fulminándome con la mirada. Está realmente enfadada cuando pregunta:

—¿Se trata del tipo ese del descapotable rojo, verdad? Esto es cosa suya.

—¡Oh Anja! Tú no lo entiendes. Franky es maravilloso y... me gusta mucho. — Mi voz recuerda al lloriqueo de una niña pequeña y me odio por ello.

—Prometiste que no le verías a solas, Marija —dice decepcionada—. Eres demasiado joven. Solo tienes quince años.

—No estaremos solos —exclamo atisbando cierta esperanza—. Me ha invitado a una fiesta en casa de unos amigos. Habrá mucha gente, así que no estaremos solos.

—¿Una fiesta? ¿Dónde? —Mi hermana ya no se fía de mí—. ¿Y por qué no me lo has dicho?

—Porque no me hubieras dejado ir —admito bajando la voz— y me hace mucha ilusión conocer a sus amigos. Son gente famosa, del cine y todo eso. Hasta puede que esté allí Taylor Lautner.

—¿Quién? —pregunta intrigada.

—El hombre lobo de la saga Crepúsculo. Es muy amigo de Franky.

Y justo en ese instante oigo el sonido inconfundible del deportivo. Se detiene junto a nosotras y Franky me mira con el ceño fruncido. Espero que no se enfade conmigo. «*Será mejor que no hables con nadie de la fiesta. Para evitar a los curiosos que siempre tratan de colarse*» me dijo. Y he cumplido mi promesa, porque ni siquiera a Verónica le he dicho para que necesitaba sus zapatos.

—No me dijiste que traerías a una amiga, Marija. —En su voz detecto ese matiz irritado que indica que algo no le gusta.

—¡Oh, Franky! Ella es mi hermana Anja y... —Me siento tan contrariada que no sé cómo seguir. Todo está saliendo fatal.

—Y acabo de pillarla tratando de escaparse para irse de fiesta —dice mi hermana en tono cortante y lanzándole una dura mirada.

A Franky no parece importarle su hostilidad, porque baja del coche y se acerca

hasta ella tendiéndole la mano.

—Así que eres su hermana. Ya veo que la belleza de Marija es cosa de familia. — Y le dedica su sonrisa más seductora.

Mi hermana duda antes de aceptar su mano. Veo que le observa de arriba abajo, entre recelosa y sorprendida. Seguro que también piensa que es el hombre más guapo que ha visto nunca.

—Franky, explícale que no estaremos solos —le pido suplicante—. Dile quién estará allí. ¿Verdad que puede que venga Taylor Lautner?

Él deja de mirarla y me sonrío, de esa manera que hace que me derrita por dentro.

—La verdad es que no pensaba decírtelo hasta que llegáramos, porque quería que fuera una sorpresa, pero...

—¿Decirme qué? —pregunto entusiasmada, olvidando que mi hermana está dispuesta a impedir que acuda a esa fiesta.

Franky lanza una carcajada desenfada y se aparta un poco de nosotras para apoyar el trasero contra el coche. Luego saca el móvil del bolsillo de la elegante chaqueta que lleva y lanzándonos un guiño nos pide que nos mantengamos calladas mientras hace una llamada.

—*Hello, Dimitri! This is Franky. Can I bring one more guest tonight?*

Mi Hermana cruza una mirada conmigo. Aunque no me sonrío, ya no parece tan enfadada.

—*Yes, in about ten minutes...* —Franky sigue hablando en inglés por lo que solo entiendo parte de lo que dice—. *Brad Pitt? That's great. They're going to love it.*

Al oír ese nombre las dos nos miramos de nuevo sin apenas atrevernos a respirar. No puedo evitar que una enorme sonrisa se dibuje en mi cara y creo que mi hermana también está haciendo esfuerzos para ocultar su entusiasmo. Franky acaba de hablar con su amigo y vuelve a guardarse el teléfono en la chaqueta. Luego se acerca a nosotras y en tono enigmático pregunta:

—¿Por qué no nos acompañas a la fiesta, Anja?

—Yo... no puedo. He quedado a cenar con mis amigas. —Pero su voz delata lo mucho que le apetece cambiar de planes.

—¡Oh, por favor! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Anja! —suplico dando pequeños saltitos alrededor de mi hermana y entrelazando mis manos como si estuviera elevando una plegaria.

Ella se ríe y Franky la acompaña con su risa fresca y divertida.

—Pero es que estarán esperándome...

—Escucha —propone él—, ven con nosotros. La casa de mis amigos está a tan solo diez minutos de aquí. Podrás conocerles y comprobar por ti misma la clase de fiesta que es. Además, acaba de llegar un invitado sorpresa —y señalándonos con un dedo acusador añade sonriendo—, aunque me temo que para algunas ya no será tanta sorpresa.

Mi hermana sigue dudando, pero entonces Franky adopta su pose de chico bueno

y responsable y añade en tono formal:

—Cuando te convenzas de que Marija está en buenas manos puedo llevarte al restaurante con tus amigas. Te prometo traerla de regreso a la hora que me digas.

Sé que mi hermana solo necesita un último empujón para dejarse convencer, así que abro la puerta del coche y le digo con voz chillona, imitando a nuestra madre:

—Anja, sube al coche. No me hagas repetir las cosas.

—Quizá debería cambiarme y ponerme algo más... —insinúa indecisa.

Franky le tiende la mano para ayudarla a subir al coche mientras le asegura que está perfecta.

—Además no debemos perder tiempo, porque nuestro invitado sorpresa —y nos guiña un ojo con gesto cómplice— solo se quedará media hora. Está cansado y quiere acostarse temprano. Mañana comienzan a rodar unas escenas muy cerca de aquí... —deja de hablar y poniendo cara de arrepentimiento dice—, pero no debería contaros nada de todo esto.

De camino a la fiesta las dos estamos tan excitadas que hablamos sin parar, interrumpiéndonos la una a la otra y acribillando a Franky con todo tipo de preguntas. ¿De verdad está rodando una película por aquí cerca? ¿Y quién es la protagonista? ¿Qué tipo de película es? ¿Quién la dirige? Franky trata de responder a todo, pero nuestra curiosidad es insaciable.

## CAPÍTULO 4 - LUNES

El lunes por la mañana, mientras se afeitaba, el inspector Altarriba escuchó la noticia en la radio y le inquietó el enfoque que la prensa estaba dando a todo el asunto. Hablaban de la última víctima «del asesino de los ojos», cuya investigación estaba a cargo del *Inspector Zidane* y añadían algunos datos biográficos sobre el vagabundo que el propio Altarriba desconocía. Su nombre real era José Luis López Valbuena, de cincuenta y cuatro años de edad. Tenía antecedentes que se remontaban a veinte años atrás, cuando fue detenido por conducir en estado de embriaguez tras chocar contra otro vehículo. En el accidente nadie resultó herido de gravedad, pero le fue retirado el permiso de conducir. En el momento de su muerte no tenía trabajo ni domicilio conocidos, por lo que se solicitaba la cooperación ciudadana para localizar a algún familiar del fallecido. Altarriba estuvo tentado de llamar a la emisora y pedirles que cuando recibieran dicha información tuvieran la amabilidad de compartirla con el *Inspector Zidane*, antes de incorporar a dichos familiares al circo mediático que preparaban.

Al llegar a comisaria se dirigió al despacho del Inspector jefe. Comentaron otros temas de trabajo antes de que Altarriba decidiera abordar el asunto que le preocupaba. Informó a su superior sobre la conversación mantenida con Jelena el día anterior y le expuso su idea de ocultarla temporalmente en uno de los pisos de acogida para mujeres. Luego le pidió ayuda para conseguirle un pasaporte nuevo. El inspector jefe le escuchó con atención mientras valoraba las implicaciones que aquello podría tener.

—¿Has hablado ya con el comisario Espinosa? —preguntó cuándo Jorge acabó de relatarle la entrevista.

—Todavía no —dijo en un tono que alertó a su jefe.

—¿Y por qué no? Esto deberían llevarlo los de la BCDE.

—He pensado que podríamos esperar un poco antes de involucrarles.

—¿Esperar a qué?

—Quiero hablar de nuevo con Jelena. Me dijo que no quería meter en esto a Espinosa.

Su superior dejó que las gafas se le deslizaran por la nariz y le miró por encima de ellas. Levantó las cejas y le preguntó suspicaz:

—¿Es guapa esa Jelena?

—Eso no tiene nada que ver —respondió en una entonación que su jefe encontró excesivamente defensiva—. Me pidió de manera explícita que no avisara a Espinosa y sospecho que tenía algún motivo para ello.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Es guapa?

Los dos hombres mantuvieron los ojos clavados en el otro en lo que pareció un

duelo silencioso. Altarriba acabó bajándolos y reconociendo que, aunque sí era una mujer atractiva, su belleza no había influido en la decisión de aceptar la oferta.

—Jorge, no quiero otra movida como la de hace un año. No estoy con ánimos para acallar nuevos rumores de que te has liado con otra testigo.

—No me lie con una testigo. El caso ya estaba cerrado cuando comencé a salir con Carla —y para demostrar su compromiso añadió— a día de hoy sigo con ella.

—También seguías con tu mujer cuando la conociste. Y eso no te detuvo.

—No creo que deba dar explicaciones sobre mi vida privada.

—Sí debes darlas, si esa vida privada interfiere en las decisiones que tomas en tu trabajo. No es una buena idea seguir adelante sin informar a los de la BCDE.

Supo que aquello era una orden encubierta y decidió no insistir hasta no conocer mejor el terreno que pisaba.

—Informaré al comisario —dijo, levantándose para irse—, pero primero averiguaré por qué la hermana de Milos desconfía de él.

—Entonces, averígualo antes de hacer nada más.

Salió del despacho irritado por la actitud de su jefe. Le molestaba que hubiera sacado a relucir esa historia. Era cierto que había conocido a su actual novia durante la investigación del caso del violador del retiro, cuya última víctima había sido una compañera de Carla. Las dos trabajaban en una agencia de viajes y la información que Carla aportó, sobre los horarios y recorridos que seguía su amiga cuando salía a correr por el retiro, fue crucial para poder detener al violador. Y aunque desde un principio Jorge se sintió atraído por ella, la investigación le mantuvo tan ocupado que no consideró la idea de pedirle una cita hasta que el caso no estuvo resuelto. Para entonces su matrimonio con Susana estaba haciendo agua por todas partes. Pero eso no impidió que saltaran todo tipo de rumores sobre su relación con la principal testigo del caso.

Entró en su despacho y cerró la puerta con un golpe más fuerte de lo necesario. Se sentó, apartó de un manotazo las carpetas que alguien había dejado sobre la mesa en su ausencia, buscó el número de teléfono de la casa de Milos y confió en que fuera la propia Jelena quien contestara. Dejó que sonara varias veces y cuando estaba a punto de colgar escuchó una voz grave que contestaba en serbio. Pidió hablar con la señorita Zeljac.

—¿Quién pregunta por ella?

El lento arrastrar de las palabras le confirmó que era el gigantón llamado Sasa quien hablaba.

—Soy el inspector Altarriba. Necesito hacerle un par de preguntas relacionadas con la muerte de Goran.

—Se lo diré al señor Zeljac y le llamaré cuando llegue.

—Es con su hermana Jelena con quien quiero hablar.

—También le diré eso al señor Zeljac.

Jorge colgó con la convicción de que Sasa no se había molestado en anotar el

número de teléfono que le dio antes de despedirse.

Apoyó los codos en la mesa y comenzó a masajearse la cabeza con la yema de los dedos. Cerró los ojos y trató de mantener a raya los recuerdos que la conversación con su jefe había despertado. Intentó no pensar en los últimos días de su matrimonio, cuando tanto para él como para Susana comenzó a ser una dura carga sobrellevar la presencia del otro tras el precipitado regreso desde Estados Unidos. No quería recordar las noches en que volvía a casa de madrugada, tras interminables jornadas laborales cuya única finalidad era llegar agotado, sin más ánimos que los de sumirse en un sueño que nunca lograba ser reparador. Para él fue una bendición poder entregarse a un trabajo que desde el primer día le facilitó una coartada que justificara su aparente indiferencia por el rápido deterioro de su relación. No tenía tiempo para atormentarse por algo que escapaba a su control. Al fin y al cabo, no era el primer policía cuya vida familiar se derrumbaba bajo las presiones del trabajo. Apartó esos dolorosos recuerdos y los reemplazó por otros más placenteros. Se esforzó por evocar los sentimientos que Carla despertó en él cuando se conocieron. Aquella sensación de estar abriendo una puerta para que entrara una nueva brisa en su vida, capaz de arrastrar los amargos posos que su experiencia en Washington había dejado en su corazón. Un soplo de aire fresco, que deseaba que nunca llegara a convertirse en el frío vendaval que arrasó su matrimonio.

Abrió los ojos y se disponía a salir para buscar un café cuando reparó en una de las carpetas que había apartado minutos antes. La abrió y comprobó que se trataba del informe sobre la autopsia del vagabundo. Le asombró que la hubieran practicado con tanta celeridad y pensó que la prensa seguía siendo el cuarto poder. Estaba impaciente por saber si el ADN del naranjito confirmaba o desmentía que los ojos recibidos por correo eran los suyos, pero para su desesperación, aún tardaría al menos otras cuarenta y ocho horas en obtener esos resultados.

Leyó el informe completo y al acabar empezó de nuevo, esta vez de manera más atenta y subrayando algunos datos que consideró importantes. El vagabundo llevaba muerto más de una semana cuando fue encontrado. Su estado general de salud era desolador: presentaba problemas de malnutrición; diferentes tipos de eccemas en brazos y piernas por infecciones mal curadas; los pocos dientes que todavía conservaba tenían un aspecto deplorable; el estado de sus pulmones revelaba que había sufrido de bronquitis crónica; pero sobre todo, la avanzada cirrosis que padecía, indicaba que hubiera muerto de todas maneras en pocos meses. Pero a pesar de todo ello, la verdadera causa de su muerte había sido un paro cardíaco. Y esto no era lo más sorprendente. Lo que más desconcertó al inspector Altarriba fue descubrir que los ojos le fueron extraídos cuando ya llevaba muerto varios días.

Tenía que hablar con Espinosa. Necesitaba una copia de la autopsia de Goran para comparar las heridas del cadáver de este con las del vagabundo. Quería comprobar si existía algún indicio que le permitiera relacionar los dos casos de alguna manera o si solo se trataba de una macabra coincidencia, aunque su experiencia le advertía que ese tipo de coincidencias no solían ocurrir.

Llamó al comisario por teléfono y le resumió lo ocurrido con el vagabundo. Espinosa prometió enviarle por correo electrónico una copia del informe forense, pero le adelantó que no creía que los dos casos estuvieran relacionados.

—A Goran le sacaron los ojos estando todavía vivo y luego le seccionaron la carótida. No tuvo una muerte rápida, ni mucho menos indolora.

Jorge tuvo un estremecimiento involuntario. Trató de imaginar los últimos minutos de ese hombre mientras sentía que la vida se le escapaba a borbotones por la garganta en medio de una oscuridad aterradora. Tal vez sus únicos pensamientos fueron para la mujer que había provocado su caída. ¿Se arrepintió por haberse dejado arrastrar a un amor sin futuro o murió convencido de que había valido la pena transgredir lo prohibido? Quizá ya había aceptado su castigo en el mismo instante en que eligió rendirse a la pasión en lugar de ceder al miedo.

—¿Lo has hecho?

Se dio cuenta de que Espinosa seguía hablando y que acababa de hacerle una pregunta que no había escuchado.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Que si has vuelto a hablar con Milos o con su hermana después de nuestra visita.

—No... ¿por qué lo preguntas? —inquirió receloso.

—Por nada. Tuve la impresión de que te hubiera gustado hablar algo más con la chica —dijo de manera vaga.

Jorge no creyó su explicación ni por un instante.

Había pasado toda la mañana y parte de la tarde encerrado en el despacho y su cuerpo comenzaba a acusar la falta de movilidad de los últimos días. No estaba acostumbrado a permanecer quieto durante tanto tiempo, así que decidió acercarse hasta el gimnasio para hacer un poco de ejercicio antes de ir a casa. Cogió su chaqueta del respaldo de la silla y se dispuso a marcharse. Pero de nuevo los hados se empeñaron en negarle aquel pequeño placer que tanto comenzaba a necesitar. No había llegado a la puerta cuando sonó el teléfono que estaba sobre su mesa.

—Inspector, tengo al teléfono a un hombre que se niega a identificarse, pero afirma tener información sobre la muerte del vagabundo.

—Pues pídale que venga a comisaría y tómele declaración.

—Dice que solo hablará con usted.

—¿Ha preguntado por mí en particular?

—No exactamente...

Jorge aguardó a que el agente se explicara.

—A dicho que quería hablar con..., bueno, sus palabras textuales han sido: «quiero hablar con ese poli calvo que se parece al Zidane».

Incluso a través del teléfono el inspector pudo percibir la sonrisa maliciosa del agente.

—Pásame con él.

Un ruidoso griterío de fondo le indicó que el hombre llamaba desde algún lugar abarrotado de gente.

—Inspector Altarriba. ¿Con quién hablo?

—¿Es usted el poli calvo que sale en la tele?

Aquella frase fue suficiente para formarse una imagen de su interlocutor. Hombre, no muy joven, sin estudios, y por la manera de vocalizar, probablemente bebido. Estuvo tentado de colgar.

—Soy el inspector Altarriba. —Hizo una breve pausa—. Le ha dicho al agente que tenía información sobre el hombre que apareció muerto ayer cerca del parque.

—Sí, tío. Yo le vi, ¿sabes? Al que se lo hizo.

—¿A quién vio?

—No, no, no, tío. Esto vale una pasta, ¿sabes?

De nuevo sintió la tentación de colgar.

—La policía no paga por la información. Si vio algo que pueda ayudarnos...

—Corta el rollo, tío. Que yo sé muy bien que pagáis a los soplones, así que si quieres saber a quién vi, tendrás que soltarme una pasta gansa. Que esto es muy fuerte, ¿sabes?

—Entonces, ¿qué es lo que vio?

—Tío, le vi hacerlo. Vi cómo le sacaba los ojos y se los guardaba, tío. Muy fuerte.

—¿Vio al que lo hizo? ¿Podría reconocerle?

—Ya lo creo. —Hizo un ruido nasal seguido por un carraspeo antes de añadir—. Fue el domingo, ¿sabes?

—¿Ayer?

—No, tío. El domingo pasado.

La autopsia había confirmado que *El naranjito* llevaba muerto más de una semana cuando le encontraron, así que el tipo debía saber algo.

—¿Dónde podemos vernos?

—Primero tenemos que hablar de la pasta, ¿sabes?

—Habla de todo. ¿Dónde...?

No pudo acabar la pregunta. La comunicación se cortó o el tipo había cambiado de idea antes de quedar en un lugar para encontrarse.

Marcó la extensión de la centralita y preguntó si podían averiguar desde dónde se

había hecho la llamada. La recepcionista le confirmó que se trataba de un teléfono fijo y Altarriba esperó, tamborileando impaciente sobre la mesa, mientras la mujer localizaba la dirección de dicho número.

—Lo tengo, inspector. Pertenece a una cabina pública de la estación de Chamartín.

Antes de salir ordenó a uno de los agentes que llamara al centro de seguridad de Adif y les preguntara si alguna de las cámaras de vigilancia de la estación enfocaba a los teléfonos públicos. Dudaba que fuera así, ya que existían demasiados lugares que vigilar, pero no quería descartar esa remota posibilidad de antemano. Pidió a uno de los agentes que le acompañara y los dos se dirigieron hacia allí.

La estación de Chamartín no tenía la vistosidad de la de Atocha. Aquí no había esa profusión de plantas que confundía a los viajeros a su llegada, dándoles la impresión de que acababan de adentrarse en algún cálido paraíso tropical. Esta era una estación más sobria, pero que bullía de actividad. Debido a la hora, el lugar estaba abarrotado y numerosas personas hormigueaban por todas partes: las escaleras mecánicas, las puertas de acceso, las paradas de taxi. El latido cotidiano de la vida martilleaba con fuerza en ese lugar de paso.

Los dos policías deambularon por la zona donde se hallaban los teléfonos públicos. En aquel momento estaban todos libres, a pesar de que numerosos viajeros hablaban por teléfono mientras se dirigían a sus lugares de destino. En una sociedad en que la mayoría de gente lleva a cuestas su propia cabina telefónica, las auténticas parecían simples elementos decorativos cuya única finalidad era la de recordar un estilo de vida que pertenecía ya al pasado. Recorrieron con la vista la enorme sala. Era imposible tratar de adivinar quién había efectuado la llamada.

Un hombre joven captó la atención del inspector Altarriba. Acababa de detenerse junto a los teléfonos y sacaba unas monedas del bolsillo delantero de su pantalón. En el suelo, sujetándola entre las piernas, tenía una mochila de color verde militar. Era alto, casi un metro ochenta, desgarbado y con el pelo oscuro recogido en una coleta. Vestía una cazadora marrón y unos vaqueros desgastados medio caídos. Por arriba de los pantalones asomaban unos calzoncillos negros con unas vistosas letras blancas: Calvin Klein, Calvin Klein, Calvin Klein. El inspector pensó en su propio hijo, quien también se convertía cada día en un hombre-anuncio de su ropa interior.

Se acercó hasta el chico de la cazadora al verle introducir las monedas en la ranura del teléfono. Se mantuvo a la escucha para comprobar si reconocía la voz. El joven intercambió unas frases con su interlocutor y se quedó mirando al inspector desafiante:

—¡Eh, tío! Es una conversación privada, si no te importa.

Altarriba le respondió en un tono igual de retador.

—Me importa. Así que ya estás colgando. Tengo que hacerte algunas preguntas.

—Y para subrayar la seriedad de su petición, le mostró su placa de policía.

Los ojos del joven se dilataron y su boca quedó entreabierta, confiriéndole un aspecto de absoluta estupidez. Balbuceó alguna frase de despedida y colgó el teléfono, lanzando miradas recelosas tanto al inspector Altarriba como al agente que se había acercado al ver a su superior sacar la placa.

—¿Qué es lo que pasa? Yo no he hecho nada.

—Identifíquese, por favor.

El joven se agachó para coger su mochila. Altarriba observó que le temblaban las manos mientras abría la cremallera y rebuscaba por el interior. Sacó el DNI y se lo tendió al policía. Con voz nerviosa preguntó de nuevo:

—¿Pasa algo?

El inspector se limitó a leer los datos: Pablo Calatayud Sileros. Nacido en Madrid el 11-11-1992. *Diecinueve años, apenas tres más que Adam*, pensó. Le devolvió el carnet y le preguntó con quién hablaba por teléfono.

—Con mi madre. Estaba avisándola que llegaría tarde para cenar.

—¿Y por qué la llamas desde un teléfono público? ¿No tienes móvil? —dijo señalando la abultada mochila.

—No. Lo perdí hace unas semanas y mis padres no quieren comprarme otro.

Los ojos del joven se desplazaban nerviosos de un policía al otro. Su nuez se movió de manera abrupta al tragar saliva. Altarriba imaginó que el joven debía tener la boca seca y de pronto se sintió como un matón de colegio acosando a un niño de preescolar. *¿Qué mundo es este en el que hablar por un teléfono público nos convierte en sospechosos?*

—¿Has visto a alguien llamando desde aquí antes de que tú lo hicieras?

Hizo la pregunta en un tono más amable y el joven captó de inmediato su cambio de actitud. Soltó una ligera exhalación antes de responder más calmado:

—No me he fijado. Pero creo que no había nadie.

Altarriba le dio las gracias y dejó que se marchara, no sin sentir un ligero remordimiento por la actitud chulesca adoptada con el muchacho. Deambularon por la estación durante más de una hora hasta que Jorge tuvo que aceptar que buscar a alguien en aquel lugar, sin tener la menor idea de cuál era su aspecto, era una pérdida de tiempo.

Al regresar a comisaría preguntó por el policía al que había encargado que llamara a la central de vigilancia.

—Se ha marchado ya a casa —le informó uno de los agentes de guardia—, pero creo que le ha dejado unas notas sobre su mesa.

Se encaminó al despacho y al abrir la puerta le sorprendió encontrar a su hijo reclinado en su silla, con los pies sobre la mesa y jugando con la Play Station.

—Adam, ¿qué haces aquí a estas horas? ¿No deberías estar en casa con mamá

hace rato?

Su hijo quitó los pies de la mesa, apagó el dispositivo y lo guardó en el bolsillo de la sudadera. Se levantó con gesto de fastidio y se dirigió hacia la puerta. Al llegar junto a su padre musitó:

—Sabía que te olvidarías.

Le dio un empujón con el hombro para abrirse paso, pero su padre le detuvo:

—¿Olvidaría el qué?

Y de pronto lo recordó. Había prometido comprar entradas para el partido de fútbol que se jugaba esa noche en el Bernabéu.

—Vaya Adam, lo siento.

—Da igual —dijo con un encogimiento de hombros—, de todas maneras la liga está ya sentenciada este año.

Jorge sintió como si le acabaran de golpear en el estómago. Un sabor amargo se extendió por su boca y cuando trató de sonreír a su hijo, los labios se negaron a obedecerle, limitándose a contraerse en un rictus doloroso. Buscó algo que justificara su olvido, pero de pronto tuvo consciencia de que era una escena muchas veces repetida. Demasiados olvidos, demasiadas excusas, demasiadas veces la misma historia.

—Te llevaré a casa —dijo en tono apagado, sintiendo un tremendo cansancio. Trató de agarrar a su hijo por los hombros, pero él se escabulló de su abrazo con un ágil movimiento y se encaminó solo hacia la calle.

Aparcó frente a la puerta de la que había sido su casa durante años y cuando su hijo le preguntó si no iba a entrar para saludar a su madre, le contestó sin mucha convicción:

—No le gustará que aparezca sin avisar. Seguro que está ya en pijama.

Su hijo se quedó contemplando el suelo del automóvil, se levantó la capucha de la sudadera de manera que su rostro quedara medio oculto a la mirada de su padre y, tras permanecer en silencio unos segundos, abrió la puerta del coche y se marchó sin despedirse.

Jorge colocó los brazos sobre el volante del coche, se inclinó hacia adelante y escondió la cabeza entre las manos. Sentía que la relación con su hijo se deslizaba por una escurridiza pendiente cuyo final era incapaz de vislumbrar. Tenía que detener aquella caída y conseguir darle un nuevo giro a la situación, porque intuía que no era nada agradable lo que les aguardaba en el fondo del abismo en el que se estaban hundiendo. Se preguntó cómo habían llegado a aquel punto, aunque conocía de sobra la respuesta. Volvió a maldecir el día en que decidió aceptar la oferta del departamento para realizar el curso de formación con el F. B. I.

Desde que llegaron a Estados Unidos su vida familiar comenzó a verse sacudida por diferentes temblores, cada uno mayor que el anterior, hasta acabar destrozada de manera traumática por un auténtico terremoto que les trajo de regreso a Madrid.

Apartó las imágenes que comenzaron a centellejar frente a él: las lágrimas que Adam trataba de ocultar las primeras semanas al regresar de clase, quejándose de no encajar en aquel entorno de niños privilegiados; la tarta de su cumpleaños intacta, tras esperar inútilmente a que aparecieran los compañeros de clase a los que había invitado; las feroces burlas sobre su acné acompañadas por dibujos ofensivos que colgaban en el muro del instituto; la fiesta de final de curso a la que Adam se negó a ir, tras ser rechazado de manera despectiva por todas las compañeras a las que pidió que fueran su pareja; los brutales intentos de su hijo por encajar en un entorno, cuya cruel hostilidad nadie advirtió hasta que fue demasiado tarde.

Levantó la cabeza y bajó la ventanilla. Aspiró el aire fresco de la noche con la misma avidez que lo haría tras permanecer sumergido en el agua durante varios minutos. Sabía cuál sería la siguiente imagen que desfilaría ante sus ojos y trató de apartarla dando dos enérgicos manotazos sobre el volante. Pero fue un intento inútil. El rostro atormentado de su hijo emergió de la nada. La cabeza apoyada sobre la blanca almohada del hospital. El rostro demacrado, con unos mechones sudorosos pegados en la frente y las mejillas cruelmente marcadas por las horribles cicatrices dejadas por los granos. Los brazos, pálidos y esqueléticos, extendidos a lo largo del cuerpo, con unas blancas vendas entorno a sus muñecas que ocultaban los brutales cortes verticales. Unas vendas que, tanto él como Susana, fueron incapaces de mirar durante todo el tiempo que Adam permaneció en el hospital.

Luego llegaron las sesiones con el psicólogo; la recomendación de proporcionar a su hijo un nuevo entorno; las recriminaciones cruzadas por no haber sido capaces de percibir su sufrimiento; los reproches encubiertos en cada comentario; la renuncia de Jorge a continuar con el programa; el regreso precipitado a España; la sensación de fracaso que les acompañó durante todo el proceso. Las cicatrices de por vida en las muñecas de Adam y en el alma de todos.

Puso en marcha el motor y se alejó de allí con la esperanza de que el aire que entraba por la ventanilla despejara el enrarecido ambiente que se había generado en el interior del coche.

Abrió la puerta del apartamento y Carla le recibió con una sonrisa desde el sofá en el que estaba tumbada. Dejó sobre la mesa el libro que estaba leyendo y se acercó hasta él para abrazarle.

—No sabía si vendrías a cenar, así que me he comido un par de yogurts hace un rato. ¿Tienes hambre?

—Estoy más cansado que hambriento —respondió, dejándose caer en el sofá, que todavía guardaba el calor de su cuerpo.

—¿Quieres que te prepare una *omelette* a las finas hierbas?

—Bonito eufemismo para una vulgar tortilla francesa —dijo riendo.

Ella se acurrucó a su lado.

—Cuando aceptaste el lote ya sabías que no incluía una cocinera. Me temo que una tortilla o una *pizza* descongelada es lo máximo que puedo ofrecerte.

—Cualquier cosa que me ofrezcas será bien recibida —contestó mordisqueándole una oreja.

—Me alegra comprobar que el hombre del que me enamoré ha regresado. ¿Dónde se había metido estos días, inspector?

Media hora más tarde yacían tumbados sobre la cama con la respiración todavía jadeante. Las sábanas, manchadas y arrugadas, se enroscaban sobre sus cuerpos sudorosos. Carla se levantó para buscar un cigarrillo y Jorge la siguió con la mirada. Contempló su desnudez y pensó que nunca estaría más hermosa que en aquel instante. Sintió una repentina añoranza, como si acabara de descubrir que ya había comenzado a perderla. Ella regresó a la cama, con el cigarrillo entre los labios, y se entretuvo lanzando anillos de humo hacia el techo. Se la veía relajada y satisfecha. Jorge la observó en silencio, deseando aplazar las preguntas que romperían la placidez de ese momento.

—Ayer, cuando estábamos en el restaurante... —comenzó a decir sin demasiadas ganas.

—Ahora eres tú quien utiliza eufemismos para referirte a ese lugar —respondió irónica.

—Cuando saliste a fumar. ¿Con quién hablabas?

—Con un hombre muy simpático —dijo lanzando una nube de humo a través de sus labios en forma de O.

—¿Le conocías?

—¿Estás celoso? —preguntó con traviesa sonrisa—. No me digas que te molesta que hable con otros hombres.

—Claro que no —contestó Jorge forzando un tono desenfadado—, pero me resultó familiar. ¿De qué le conoces?

—De nada. Me ofreció fuego cuando salí a fumar.

—Todo un caballero —dijo con sorna.

—Caballero no sé, pero un poco ligón sí que era. —Y soltó una risita culpable—. Me preguntó si el joven con el que estaba era mi hermano, porque una mujer «tan bella y tan joven» no podía tener un hijo de esa edad.

Jorge se incorporó en la cama al oírla y abandonó el tono festivo.

—¿Cómo sabía con quién estabas?

—¡Eh, tranquilo! Supongo que me vería en la mesa con Adam —y retomando la actitud provocadora añadió—, pero no tienes de qué preocuparte. Le dejé bien claro que no era mi hijo, sino el hijo de mi novio.

Jorge se quedó mirándola tratando de sondear la verdad que ocultaban aquellos hermosos ojos. En su frente reaparecieron otra vez los profundos surcos que tenía

cuando llegó a casa.

—Entonces, ¿no le conocías de nada?

—Ya te he dicho que no —respondió molesta por su insistencia—. Además, estaba esperando a una joven muy guapa que llegó antes de que acabáramos de fumar. Y a ella no pareció importarle que su novio estuviera hablando conmigo.

Carla se levantó de la cama, entró en el cuarto de baño y tiró la colilla en el inodoro.

—¿Dijo ella que era su novio?

—¿Pero qué demonios te pasa? —preguntó Carla mirándole desde la puerta del baño.

Jorge permaneció callado. Le preocupaba que Sasa hubiera estado sonsacando información sobre su hijo de manera tan taimada. Aquello no podía ser una casualidad. Apenas reparó en que Carla lanzaba un bufido de mal humor antes de meterse bajo la ducha.

## QUINCE MESES ANTES

Franky reduce la velocidad antes de doblar a la derecha y detenerse frente a la verja cerrada de una casa de campo. Baja la ventanilla y saca el brazo para pulsar el interfono. Estoy tan entusiasmada que apenas me he fijado en el camino que hemos recorrido para llegar hasta aquí. Este lugar me resulta totalmente desconocido.

—¿Sí? —contesta una voz de hombre.

—Soy Franky.

La puerta de hierro comienza a abrirse con un sonido chirriante. Alguien debería echarle un poco de aceite a los engranajes. El desagradable sonido pronto queda sofocado por la algarabía que se monta alrededor del coche en cuanto nos adentramos en la propiedad. Tres perros negros y enormes nos reciben con unos aterradores ladridos que nos acompañan durante el resto del trayecto.

La casa que se ve al final del camino es bonita, aunque las paredes necesitan con urgencia una nueva capa de pintura y el jardín está bastante descuidado. También las farolas de hierro forjado que iluminan la entrada se ven herrumbrosas, aunque los dos vehículos aparcados frente a la puerta, un Opel gris oscuro y un Audi negro, están relucientes.

—No hay muchos coches, para tratarse de una fiesta. —Señala mi hermana desde el asiento trasero, recuperando su tono de desconfianza.

Franky, sin apenas inmutarse por el aparente mosqueo, le responde desenfadado:

—Claro que no. Esta gente casi nunca conducen ellos mismos. Prefieren que les traiga y les recoja el chofer. Así no tienen que preocuparse por sentarse al volante con alguna copa de más.

Aparca y quita la llave del contacto. Los perros siguen ladrando furiosos, arañando las puertas con las uñas y llenando las ventanillas de babas. Él parece estar acostumbrado a semejante recibimiento y apenas les presta atención, pero yo me siento un poco asustada. Nos quedamos dentro del coche a la espera de que alguien salga a sujetar a esas fieras y, mientras tanto, Franky apoya el brazo sobre el respaldo de su asiento y se da media vuelta para observarnos a las dos. Con una sonrisa maliciosa nos pregunta:

—¿Preparadas para conocer a Brad Pitt?

Yo intercambio una mirada cómplice con mi hermana, pero esta parece haber perdido su entusiasmo inicial y no deja de mirar por la ventanilla. Un vigilante asoma por la puerta de la casa y con un agudo silbido llama a los perros, los cuales dejan de ladrar y corren a su encuentro. Mientras salimos del coche apenas puedo disimular mi creciente nerviosismo y le pregunto a Franky:

—¿De verdad es tan guapo como en las películas?

—Será mejor que lo juzguéis vosotras mismas. Pero os puedo asegurar que todas

se quedan con la boca abierta cuando le conocen.

Y entonces comienza a reír como si fuera el mejor chiste que hubiera oído nunca. Debe tratarse de alguna broma privada, porque a mí no me parece tan gracioso lo que ha dicho. Le sigo con pasos vacilantes hasta la puerta, seguida por mi hermana, que mira contrariada mis altísimos tacones y murmura algo en voz baja.

Franky saluda divertido al gigante que nos espera junto a la puerta. Es un hombre enorme, vestido todo de negro, con un traje tan ajustado que las costuras de las mangas parecen a punto de reventar. Debe ser el guardaespaldas de alguien muy importante por el aspecto tan imponente que tiene. Desde dentro de la casa llega amortiguado el sonido de la música y murmullos de conversaciones. A juzgar por el ruido, la fiesta debe estar a tope de gente.

—Buenas noches, Rado. ¿Te ha avisado Dimitri de que traería a dos invitadas?

El guardaespaldas nos lanza una inquisitiva mirada, pero debemos gustarle porque se aparta de la entrada para dejarnos pasar. Intenta sonreírnos pero se nota que es algo que no hace con frecuencia.

—Adelante. Os está esperando.

Franky le cede el paso a mi hermana y me tiende la mano para ayudarme a subir los dos escalones de la entrada. Me siento ridícula con estos zapatos, con los que apenas puedo dar dos pasos sin que se me doble el pie. No quiero que él me vea caminar como si fuera un pato mareado, así que le pido que vaya delante de mí. Y de paso aprovecho para echarle un buen vistazo, ya que nunca le había visto tan elegante. Lleva un traje azul marino con rayas diplomáticas que le queda tan bien que me resulta imposible creer que Brad Pitt pueda gustarme más que él.

Nos adentramos por un largo pasillo muy poco iluminado. Supongo que lo mantienen en penumbra para evitar que los invitados vean el estado en que está la casa, pero a pesar de la poca luz, percibo que la alfombra está medio raída en los laterales y cubierta por manchas de humedad. De las paredes cuelgan unos cuadros que a mí me parecen horrorosos. Desde luego, este sitio no es en absoluto como lo esperaba. No tiene nada de *glamour*. Pero las risas que llegan desde el salón me distraen y mi corazón se acelera de nuevo al escuchar una voz que sobresale sobre las demás gritando algo en inglés, seguido por nuevas carcajadas. ¡Dios mío! ¿Será esa la voz de Brad? ¡No puedo creer que esté a solo unos pasos de conocerle!

Ahora la música *suen*a mucho más alta y reconozco una canción de Cold Play. Veo a mi hermana entrar en la sala pero Franky, en lugar de seguirla, se detiene junto a la puerta para esperarme y me tiende la mano. Inspiro hondo antes de dar el siguiente paso. La brillante luz del interior me deslumbra por un instante y me obliga a cerrar los ojos. Cuando los abro tengo que parpadear un par de veces antes de poder asimilar lo que estoy viendo.

Sobre la mesa del salón hay un anticuado equipo de música del que surgen voces y risas grabadas con un fondo de entrecuchar de copas. La canción de Cold Play suena a gran volumen desde un pequeño iPod conectado a dos altavoces que hay

también sobre la mesa. Y al fondo del salón, en unos destartados sofás, hay cinco mujeres.

Me cuesta comprender por qué están sentadas en esas posturas tan extrañas, hasta que advierto que tienen los brazos atados a la espalda y que sus ojos reflejan un terror que comienza a calarme produciéndome un escalofrío que me paraliza. Observo horrorizada sus rostros y reparo en los restos de rímel corrido bajos sus ojos, los regueros de lágrimas diluidos con el maquillaje y el grueso esparadrapo cubriéndoles la boca.

El resto del salón parece desierto hasta que me doy la vuelta y mis ojos se encuentran con la mirada aterrorizada de mi hermana. Un tipo con camiseta de manga corta y pantalones vaqueros la tiene agarrada por el cuello con un brazo mientras le cubre la boca con la otra mano.

Solo entonces advierto que mi mano sigue aferrada a la de Franky y cuando busco sus ojos para que desmienta lo que los míos se niegan a creer, me suelta y de un empujón me lanza a los brazos del gigante que nos ha abierto la puerta, el cual me mira regocijado.

## CAPÍTULO 5 - MARTES

El comisario Altarriba entró en comisaría y dio los buenos días en un tono apagado que contrastaba con su habitual energía. A su paso, algunas cabezas se volvieron para mirarle. Cruzó las dependencias con gesto de preocupación y sin obsequiarles con una de sus generosas sonrisas. Tan solo se detuvo para pedirle a uno de los agentes que le llevara un café. Luego se encerró en su despacho.

Su mesa seguía cubierta de expedientes y carpetas. Las observó con desánimo, los codos apoyados sobre las pilas de papeles, mientras decidía si conectaba el ordenador y perdía media mañana respondiendo a los correos electrónicos atrasados, o se centraba en los informes que ya comenzaban a acumularse. Su móvil tomó la decisión por él. Reconoció el número de la trabajadora social y se apresuró a contestar.

—Buenos días Jorge. No me preguntes cómo, pero he conseguido lo que me pediste. Tengo un piso de acogida para la mujer de la que hablamos.

—Eso es estupendo. ¿Cuándo puede trasladarse allí?

—Hoy mismo, si quiere. Las otras mujeres ya están avisadas.

—¿Tendrá que compartirlo?

—Me temo que un piso para ella sola es un lujo que no podemos permitirnos. Tiene que ser eso o una de las residencias de religiosas que colaboran con el programa de ayuda a mujeres.

—¿Unas monjas? Ni hablar. Ni siquiera sé a qué religión pertenece, si es que tiene alguna.

—Pues en ese caso...

Percibió que su respuesta le había molestado y se disculpó.

—Perdona Rosana. Hoy tengo un mal día, pero te estoy muy agradecido.

—Lo entiendo. Yo también tengo días en que me gustaría mandarlo todo a paseo. ¿Te mando un correo con la dirección del piso?

—No. No lo envíes todavía. Primero quiero hablar con ella. Te llamaré dentro de un rato.

Colgó y buscó el número de Jelena, pero antes de acabar de marcarlo colgó de nuevo. Aquello debía hablarlo cara a cara con ella, así que volvió a ponerse la chaqueta y salió. Justo en la puerta se cruzó con el agente al que le había pedido el café. Sin cruzar una palabra, se lo quitó de las manos, se bebió el contenido de un trago y le devolvió el vaso de plástico vacío. El agente le enseñó el sobre que llevaba en la otra mano y comentó:

—Supongo que no quiere azúcar.

El trayecto hasta Boadilla del Monte mejoró su ánimo. Tal vez fue por el radiante día de primavera que se mostraba con un cielo azul sin nubes. O por la promesa del verano que se colaba a través de las ventanillas bajadas. O tal vez por la perspectiva de ver de nuevo a la bella serbia. Cualquiera que fuera el motivo, lo cierto es que aparcó frente a la casa de Milos habiendo recobrado su talante animoso habitual.

La voz áspera de Sasa respondió por el interfono:

—Buenos días inspector. El señor Zeljac no está en casa.

—Quiero hablar con Jelena.

—No sé si está.

—Pues será mejor que lo compruebes —contestó desabrido—, porque estoy seguro de que sí está en casa.

—Será mejor que vuelva cuando el señor Zeljac esté de regreso.

—Si no abres ahora mismo volveré, pero con una orden para interrogaros a los dos en comisaría. ¿Crees que eso le gustará a Milos?

Jorge estaba seguro de que no habría conseguido esa orden, pero por suerte el serbio lo ignoraba. O quizá no, porque este respondió desafiante:

—Puede que cuando regrese con esa orden no nos encuentre en casa.

—Puede. Y también puedo esperar aquí en la puerta a que me la traigan.

La amenaza surtió efecto, ya que escuchó el sonido metálico de la puerta al abrirse. Avanzó por el camino de grava y subió las escaleras. Al igual que en su visita anterior, la puerta de la vivienda no se abrió hasta que estuvo frente a ella. Sasa le recibió con gesto adusto.

—Bajaré enseguida. ¿Quiere pasar?

—Esperaré a que salga.

Aguardaron en silencio bajo la imponente marquesina, vigilados por las pétreas cabezas de león que guardaban la escalinata. Los ojos de Sasa se mantuvieron impasibles, anclados en algún punto del horizonte. El inspector se entretuvo admirando el cuidado jardín que se extendía a ambos lados de la casa. Cuando Jelena apareció, los dos hombres intercambiaron una mirada cargada de advertencias.

—Buenos días, inspector —dijo la mujer con su tonalidad cadenciosa—. ¿Quiere hablar conmigo?

—Tengo algunas preguntas sobre Goran. ¿Tienes unos minutos?

—Sí tengo. ¿No quiere entrar?

El inspector Altarriba señaló al luminoso cielo y dijo en tono desenfadado:

—Prefiero hablar aquí fuera. Hace un día tan magnífico que es una pena encerrarse en casa, ¿no crees? ¿Te importa que demos un paseo mientras hablamos?

La joven lanzó una furtiva mirada a Sasa, pero este seguía tan inexpresivo como de costumbre, así que asintió y comenzó a bajar los escalones seguida por el policía.

Recorrieron el camino de grava que llevaba hasta la verja, la cual volvía a estar

cerrada. Unos metros antes de llegar a esta se desviaron hacia la derecha, siguiendo un pequeño sendero marcado por grandes piedras blancas entre las que crecía un delicado césped. En cuanto Jelena comprobó que se habían alejado lo suficiente para que Sasa no les oyera le soltó con enfado:

—No debía venir aquí. Debía esperar a que yo llamara.

—Tenía que hablar contigo. Tengo un sitio donde puedes esconderte durante un tiempo.

—¿Y mi pasaporte? —preguntó esperanzada.

—Está en marcha —mintió—, pero tardará unos días.

—Si no hay pasaporte no podré salir de España y mi hermano encontrará a mí.

—No tienes que preocuparte por eso. Tendrás tu pasaporte y me aseguraré de que tu hermano no te encuentre. Pero ahora soy yo quien necesita tu ayuda.

La mujer le miró con aquellos inmensos ojos que recordaban el cielo de una tarde de verano. La tristeza que exhibían el día que la conoció seguía asomando por ellos, pero Jorge percibió un nuevo brillo. No supo si era la esperanza de poder huir de aquel entorno o la voluntad de vengar la muerte de Goran, pero ya no mostraban esa doliente indiferencia hacia todo lo que la rodeaba.

—Me pediste que no hablara con el comisario Espinosa. Tengo que saber por qué.

—¿El comisario gordo?

Jorge asintió y la mujer echó un vistazo en dirección a Sasa antes de añadir:

—Esa es información que daré cuando tenga pasaporte.

—Jelena, tienes que confiar en mí si quieres que te ayude a salir de aquí. No puedo actuar sin saber qué es lo que ocurre.

—Yo digo información antes de pasaporte, ya no tengo nada y tú te vas y yo sin pasaporte.

El inspector trató de descifrar semejante galimatías. El nerviosismo de la mujer convertía sus frases en pequeños jeroglíficos.

—Tienes miedo de darme la información antes de tener el pasaporte por si me marchó y ya no me preocupo de conseguírtelo. ¿Es eso?

Ella agitó la cabeza.

—Primero yo tengo pasaporte. Después yo digo información.

Jorge la cogió por los hombros y la obligó a mirarle.

—Escúchame, voy a conseguirte un pasaporte. Te lo prometo. Pero tengo que saber qué ocurre con el comisario. Si no lo sé mis jefes me obligarán a informarle y entonces conocerá tus planes de huida. Tengo que saber por qué no te fías de él.

La joven le observó con desconfianza, ladeó la cabeza y miró los oscuros ojos del inspector. Él también la miró. Parecían dos enamorados, observándose frente a frente, incapaces de desenganchar sus ojos del otro, sin necesidad de palabras que arruinaran el momento. Pero la tensión de sus cuerpos delataba que no se trataba de una tierna escena de amor.

Por fin la mujer pareció tomar una decisión. Bajó los ojos y comenzó a caminar

de nuevo. Cuando habló, lo hizo en voz tan baja, que obligó al inspector a acercarse.

—Ese comisario gordo, Espinosa, no bueno. Él es hombre con dos caras.

—¿A qué te refieres con dos caras?

—Una cara como policía, pero otra cuando solo con Sasa.

—Explícamelo. ¿Qué ocurre entre Espinosa y Sasa?

—Hace unos días Sasa dejó a mí en casa de amiga. Ella trabaja allí y yo voy para que ella haga... —soltó unas palabras en serbio antes de continuar—, bueno, para que haga cosas bonitas con pelo —dijo enroscando su melena entre los dedos y mostrándole unos tirabuzones.

—¿Una peluquera?

—Sí. Peluquera. Yo olvidé foto de pelo bonito en coche y volví para buscar foto. Sasa esperaba a mí en bar frente casa amiga y yo busqué Sasa para coger foto. Pero antes yo veo por ventana a Sasa con comisario gordo. ¿Entiende?

Jorge repitió lo que acababa de decirle.

—Sasa te dejó en la peluquería de tu amiga y dijo que te esperaba en el bar. Cuando saliste a buscar la foto que habías olvidado en el coche, viste a través de la ventana a Sasa hablando con el comisario.

La mujer asintió satisfecha y continuó:

—Yo escondí y miré por ventana. No entré en bar. Tenían sobres en la mesa. Un sobre muy grande con papeles y fotos. Sasa hablaba y comisario señalaba fotos. Luego vi sobre más pequeño. Tenía muchos billetes.

Jorge le pidió con un gesto que lo aclarara.

—Dinero. Billetes de euros.

—¿Quién entregó el dinero? ¿Se lo entregó el comisario a Sasa o fue al contrario? Ella pareció meditarlo. Hizo un pequeño frunce antes de admitir:

—No segura. No vi bien. Sasa contó billetes y comisario también contó.

—Tienes que recordar quien sacó el dinero. Es muy importante. Necesito saber quién está pagando a quien, porque hay una gran diferencia. ¿Lo entiendes?

—Claro que entiendo —contestó enfadada—. Yo hablo mal idioma, pero no soy tonta. Problema es que yo escondida y no podía mirar mucho. ¿Entiendes tú?

El inspector se quedó sorprendido por ese estallido de amor propio. Luego recordó toda la tensión a la que estaba sometida la joven y contestó:

—Lo siento, Jelena. No he pensado, ni por un segundo, que seas tonta. Creo que eres una mujer inteligente y muy valiente.

Continuaron caminado, cada vez más alejados de la atenta mirada de Sasa. El inspector volvió a referirse al piso de acogida y la joven se mostró de acuerdo en abandonar la casa de su hermano cuanto antes. Entre los dos trazaron un plan que les permitiera burlar la estrecha vigilancia del escolta. Revisaron los detalles y cuando consideraron que el plan podría funcionar regresaron hacia la casa. El esbirro continuaba en el mismo lugar y con la misma pose. Parecía no haber movido ni un solo músculo desde que se plantó en la puerta.

Altarriba agradeció a la mujer su ayuda y se encaminó a la salida. Sasa bajó los escalones con una agilidad que no cuadraba con su musculosa anatomía y le acompañó hasta la calle. Antes de cerrar la puerta de nuevo le dedicó una taimada sonrisa y le dijo:

—Tiene usted una novia muy guapa, inspector. Cuídela bien.

Jorge sintió deseos de abalanzarse sobre el matón y borrarle la sonrisa a puñetazos. Pero dominó su impulso y se limitó a entrar en el coche fingiendo que no había escuchado la amenaza implícita en el comentario.

De vuelta en comisaría buscó a su jefe, pero este había salido. Decidió esperar a que regresara para informarle sobre lo que Jelena acababa de decirle. Era un asunto demasiado delicado para decírselo por teléfono.

—Avísame en cuanto llegue —pidió a uno de los agentes.

Decidió aprovechar la espera para adelantar el papeleo que comenzaba a acumularse sobre su mesa. Encontró la nota dejada la noche anterior por uno de los agentes. Le informaba que la central de vigilancia había confirmado que ninguna de las cámaras de la estación de Chamartín enfocaba a los teléfonos públicos. Anotó la información en el expediente abierto con el nombre «Naranjito» y tiró la nota a la papelera. Siguió revisando las diferentes carpetas. Reconoció el logo del departamento científico en uno de los informes y lo leyó. No se habían encontrado huellas en el paquete que contenía los ojos. Ni tampoco en la hoja de papel que los acompañaba. Jorge se preguntó qué pretendía el que envió aquel mensaje al llamarle ciego. ¿Se trataba de una acusación o era, tal y como algunos habían interpretado, una amenaza?

La siguiente hora la dedicó a leer y clasificar toda la información que se hacinaba sobre su escritorio. Consultó el reloj. Todavía faltaban unas horas para que Jelena pusiera en marcha el plan trazado. Encendió el ordenador y salió para buscar un café. Cuando se sentó de nuevo frente a la pantalla, con la taza sobre la mesa, empezó a leer, clasificar y borrar los correos electrónicos. De vez en cuando respondía alguno, pero la mayoría carecían de importancia. Estuvo a punto de tirar a la papelera uno cuyo remitente era una sucesión de letras, números y signos indescifrables. No tenía asunto pero llevaba adjunto un archivo de Power Point con el nombre «1, 2, Next». Se preguntó si sería algún virus, pero supuso que en ese caso el programa antivirus lo habría detectado, así que cedió a la curiosidad e hizo doble clic sobre él.

El archivo se abrió y apareció una diapositiva con el número uno ocupando toda la pantalla. Apretó la tecla de avance para ver la siguiente diapositiva. Jorge dio un respingo en su silla cuando el rostro de su hijo, martirizado por el acné, surgió como por arte de magia. Pulsó de nuevo el avance y la pantalla mostró el número dos. Un nuevo clic y el número desapareció para dar paso a una fotografía de Susana. Golpeó otra vez la tecla y la palabra NEXT se desplegó ante sus ojos. Avanzó una vez más y

el rostro de Carla sustituyó a la diapositiva anterior. Pulsó el avance, preguntándose quién sería el siguiente en asomar, pero la diapositiva tan solo mostraba un fondo negro. Intrigado, intentó avanzar de nuevo, pero era la última página, así que retrocedió hasta el principio para verlas de nuevo, esta vez con más detenimiento.

La fotografía de Adam era un primer plano de su hijo. Llevaba la capucha de la sudadera puesta, como siempre, y unos oscuros mechones de pelo le caían sobre la frente. Tenía la boca entreabierta, dando la impresión de que le hubieran fotografiado mientras hablaba. Sus mejillas mostraban aquellas terribles cicatrices dejadas por los granos. Algunas zonas seguían inflamadas y enrojecidas. Adam no miraba a la cámara. Sus hermosos ojos, del mismo color chocolate que los de su padre, se ocultaban tras unas oscuras gafas de sol. *Lo más bonito de su rostro y siempre los oculta*, pensó con tristeza. Pero lo que más le dolió ver fue la funesta marca rosada que cruzaba la muñeca de su mano levantada.

Pasó a la fotografía de Susana. Esta había sido tomada desde lejos, en lo que parecía ser el interior de un supermercado. Iba vestida con un chándal, que él reconoció pues era una de las prendas que solía llevar por casa. Su rostro se veía demacrado, sin rastro de maquillaje, y Jorge sintió una punzada de culpabilidad al constatar su deterioro. A su lado tenía un carro de la compra medio vacío. Susana sostenía en sus manos algo que acababa de coger de la estantería. Jorge amplió la diapositiva para acercar la imagen y comprobó que se trataba de una botella de Stolichnaya. Su exmujer se aficionó en Estados Unidos el *screwdriver*, un cóctel hecho a base de zumo de naranja natural y vodka, y su consumo era, con toda seguridad, la única costumbre americana que seguía practicando desde que regresó de allí.

Por último, la fotografía en la que aparecía Carla había sido recortada, ya que estaba hablando con alguien sentado junto a ella. De su interlocutor solo quedaba un trozo de pierna enfundada en un vaquero y la manga de una camisa negra. Carla estaba gesticulando con las manos, en un gesto que empleaba siempre al hablar. Jorge solía bromear con ella aprisionándole los brazos, con lo que lograba hacerla callar de inmediato.

Después pasó a la última diapositiva. La que parecía ser una página en negro. Se preguntó qué podría significar. Su mano derecha comenzó a tamborilear sobre el ratón sin apartar los ojos de la negra pantalla. Dio un empujón involuntario al dispositivo y el puntero electrónico hizo una pirueta sobre aquel fondo negro resaltando algo que estaba escrito. Jorge mantuvo el botón izquierdo presionado mientras hacía descender el puntero y el fondo de la diapositiva cambió de color. Un mensaje escrito en letras negras se hizo visible. Se quedó mirando la pantalla, sin apenas pestañear, hasta que tuvo la sensación de que las letras comenzaban a bailar frente a sus ojos. Se obligó a cerrarlos y los frotó con dos dedos. Tenía las manos húmedas y sintió un agudo dolor en la base del cuello. Su cuerpo acusaba la terrible tensión que estaba ejerciendo en todos sus músculos desde que descubrió las dos

palabras que se ocultaban en el fondo negro.

Jelena entró en el vestidor de su habitación y observó las estanterías. Allí se amontonaba toda la amplia gama de bolsos que una mujer joven y caprichosa, sin restricciones económicas, pudiera desear. Carteras de fiesta con apliques dorados y brillantes cadenas. Mochilas, bandoleras, bolsos de mano. Bolsas con divertidos diseños compradas en rastrillos y modelos adquiridos en las tiendas más exclusivas: Hermes, Chanel, Louis Vuitton, Prada. Bolsos de todos los colores y materiales imaginables. Los miró con ojo crítico. Necesitaba uno lo bastante grande para que cupiera en él todo lo que se llevaría, pero que al mismo tiempo resultara discreto para no alertar a Sasa.

Se decidió por un enorme bolso de cuero marrón. Sus largas asas resultaban cómodas de llevar y la cremallera impediría que se viera su contenido. Y a pesar de sus grandes dimensiones, no daba la impresión de ser una improvisada maleta.

Metió dentro algo de ropa interior, un par de camisetas y unos vaqueros bien doblados para reducir su volumen. Seleccionar los productos de aseo fue más complicado, pero acabó renunciando a todo lo que consideró demasiado superfluo. Puso unas deportivas en una bolsa de plástico y las incluyó en el equipaje. Luego cogió una caja de madera con adornos de marquetería y vació su contenido sobre la cama. Apartó todas las piezas de bisutería barata y seleccionó los artículos de auténtico valor: un collar de perlas de una simetría perfecta y de gran tamaño; unos pendientes de brillantes, regalo de su hermano; una par de anillos con piedras preciosas; cadenas de oro; relojes de precios estrambóticos. Lo guardó todo dentro de un calcetín y anudó el extremo. Luego contempló el anillo engarzado con un brillante de gran tamaño. Había sido el regalo de Siznic por su cumpleaños. Aunque formalmente no se trataba de un anillo de compromiso, todos los asistentes a la fiesta organizada por su hermano lo interpretaron como tal. Le tentó la idea de abandonarlo junto con el resto de adornos desechables, pero decidió que sería más provechoso llevárselo. Iba a necesitar dinero para salir del país y aquel anillo debía valer una buena suma. Lo colocó en su dedo corazón y alargó la mano frente a ella para verlo mejor. Los destellos de la piedra le resultaron igual de ofensivos que la confiada sonrisa de Siznic al entregárselo.

Repasó la habitación y añadió un par de objetos más en la bolsa. Cuando comprobó que no olvidaba nada importante cerró el bolso, lo colgó sobre sus hombros y bajó al salón. Lo dejó de manera descuidada a los pies del sofá y se sentó, dispuesta a esperar a que Sasa acabara su sesión de entrenamiento en el gimnasio. De pronto tuvo una inspiración. Se levantó apresurada y se acercó hasta las escaleras que bajaban al sótano. Aguzó el oído y pudo escuchar los golpes metálicos de las pesas al caer y los jadeos de Sasa. Seguía con sus ejercicios.

Retrocedió en silencio hasta la cocina. Abrió el arcón congelador y buscó por el

fondo hasta dar con un pequeño tarro de cristal. Sus manos temblaron al entrar en contacto con la fría superficie. Cerró el arcón y abrió la puerta superior de la nevera donde guardaban las verduras congeladas. Encontró una bolsa de guisantes medio vacía. Enterró el tarro de cristal entre las brillantes bolitas verdes y volvió a colocar la bolsa al fondo del estante, escondida detrás de patatas congeladas, pizzas precocinadas y una caja de helados. Regresó al sofá y se tumbó con una sonrisa de satisfacción en los labios.

Media hora más tarde, Sasa la encontró leyendo apaciblemente una revista de moda. Levantó los ojos de las coloridas páginas y le dijo en tono desenvuelto:

—Podrías acercarme al salón de Ivana. Estoy pensando en cambiar de peinado. ¿Crees que un corte como este me quedaría bien?

Se levantó y le mostró la fotografía de una joven modelo luciendo una melena despuntada. Sasa apenas le dedicó un vistazo, pero respondió con su marcado acento montenegrino:

—Tú estás bonita con cualquier peinado que te hagas.

La joven agradeció el halago con una sonrisa cargada de coquetería.

—Entonces vámonos. He hablado con Ivana y me ha dicho que hoy no tiene mucha gente. Quizá me cambie el color también.

Cogió el bolso del suelo y se encaminó hacia la puerta.

—¿No sería mejor esperar a que regrese tu hermano? —preguntó reacio.

—Sasa..., estoy aburrida de permanecer encerrada en esta casa. Y no necesito el permiso de mi hermano para hacer con mi melena lo que quiera. Si tú no me llevas llamaré a un taxi para que venga a buscarme.

El hombre siguió mostrándose indeciso, por lo que ella se apresuró a añadir:

—Y mientras esperas, puedes acercarte a buscar unas botellas de Remelluri. No queda vino blanco y esta noche podríamos tomar una copa para acompañar las langostas que aún quedan en el congelador.

Aquello pareció acabar de convencerle, ya que la siguió hacia la calle. Antes de llegar a la puerta, Jelena abrió el armario ropero que había en el espacioso recibidor y descolgó un chaquetón de cuero negro. Al verlo, Sasa comentó:

—Hace demasiado calor para ese abrigo.

—No es para mí. Ivana me ha pedido que se lo deje. Se va el fin de semana con su nuevo novio a la sierra.

Continuó parlotando de trivialidades durante todo el camino hasta llegar a Madrid. Sasa detuvo el coche frente al edificio donde Ivana tenía instalada una peluquería clandestina a la que acudían, sobre todo, jóvenes serbias. El lugar no solo servía como salón de belleza, sino como centro de reunión en donde poder olvidar, durante unas horas, su condición de inmigrantes.

—Me parece que al final sí que me cambiaré el color —dijo, dando la impresión de que acababa de decidirlo en aquel momento—, así que tardaré por lo menos tres horas. Nos vemos más tarde.

Bajó con el bolso colgando de su hombro y el chaquetón doblado sobre su brazo. Subió por las escalares, demasiado excitada para esperar el ascensor.

—¿Lo tienes? —le preguntó a bocajarro tan pronto Ivana abrió la puerta.

Esta le indicó por señas que bajara la voz y preguntó:

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? Tu hermano se volverá loco cuando lo descubra.

—Por mí como si decide pegarse un tiro —respondió en un tono cargado de rencor—. No quiero verle nunca más. Dejó de ser mi hermano cuando ordenó matar a Goran.

Las dos mujeres avanzaron en silencio por un estrecho pasillo, pero no entraron en la sala en la que Ivana atendía a sus clientes. Fueron hasta el dormitorio que quedaba más alejado de la entrada. Sobre la pequeña cama se veía una mochila de loneta azul y una peluca. Jelena comenzó a traspasar a la mochila todas las pertenencias que llevaba en su bolso. Cuando acabó, se lo entregó a Ivana para que se deshiciera de él. Luego levantó la peluca y la estudió. Era negra, con flequillo recto y tan corta por detrás que apenas cubría la nuca. Recordaba el estilo Charleston.

—Lo siento, pero no pude encontrar otra cosa con tan poco tiempo.

—Es perfecta, Ivana. Muchas gracias.

La joven se abalanzó sobre ella y le rodeó el cuello con los brazos. Permanecieron unidas en un abrazo silencioso, conscientes de que podría tratarse de su última despedida.

En cuanto escuchó la voz del inspector jefe entrando en comisaría, Altarriba salió a buscarle. Este le vio y le indicó por gestos que lo siguiera hasta su despacho. Entraron y cerraron la puerta tras ellos.

—Acabo de mantener una reunión con los responsables de comunicaciones. Consideran que la prensa nos está tomando la delantera en todo el asunto del asesinato de los ojos. Tenemos que activar como sea la investigación de esos dos asesinatos.

—No tenemos dos asesinatos. El vagabundo murió por causas naturales. Y lo del serbio no le corresponde a nuestro departamento.

—Cierto, pero arrancarle los ojos a un muerto y enviarlos por correo no es nada natural. Si no encontramos la manera de desmontar esta locura de especulaciones dentro de poco tendremos a medio país pidiendo a gritos nuestras cabezas.

Jorge le dejó hablar mientras consideraba la mejor manera de abordar el asunto que le inquietaba. Su superior hizo una pequeña pausa antes de informarle:

—Me han pedido que colaboremos con los de la BCDE.

—Precisamente quería hablar sobre eso.

Relató de manera concisa lo que Jelena le había contado sobre Espinosa. Su jefe le escuchó, mordisqueando el capuchón del bolígrafo. Aunque llevaba más de dos años sin fumar, continuaba mostrando la necesidad de llevarse algo a la boca en

situaciones de tensión.

—Esa es una acusación muy seria. ¿Tienes algo que pruebe que lo que te contó esa mujer sea cierto?

—No. Solo su palabra.

El inspector jefe atacó con saña la maltrecha capucha de plástico. La hizo rodar entre sus dedos un par de veces, buscando el mejor ángulo para morderla.

—¿Tú la crees? —preguntó por fin, tirando a la papelera un trozo de plástico que sacó de entre sus dientes.

—Sí. Estoy seguro de que les vio intercambiar dinero. El problema es que no sabemos qué se llevan entre manos.

—Deberíamos informar a los de asuntos internos.

—Creo que será mejor esperar un poco. No nos interesa alertar a Espinosa por ahora. Jelena ha prometido darnos más información en cuanto esté lejos de su hermano. Tal vez entonces descubramos algo más sobre lo que están haciendo ese matón albino y el comisario.

—Ya veo... ¿Qué propones?

Jorge le habló del plan acordado con la mujer y de su intención de esconderla en el piso de acogida.

—Haré unas llamadas para conseguirle ese pasaporte.

Jorge mostró su satisfacción con la respuesta. Luego frunció el ceño, se pasó la mano por la brillante calva y añadió:

—Hay algo más.

Cogió unos folios que había dejado sobre la mesa y se los entregó a su jefe. Esté los desdobló y miró su contenido. Se trataban de las fotografías recibidas días atrás, en las que aparecía el rostro de Altarriba con los ojos tachados. El inspector jefe las estudió sin decir palabra. Cuando acabó, le miró preocupado.

—¿Qué significa esto?

Jorge explicó que las había recibido la semana pasada.

—No le di importancia. Desde que salí en televisión recibo correos de gente que trata de captar mi atención con cualquier excusa. Pensé que era uno más, enviado por cualquier pirado, así que borré el mensaje. Ni siquiera sé por qué guardé una copia. Pero esta mañana llegó este otro mensaje, el que empieza con el número uno.

Su jefe apartó las primeras fotografías y buscó las que Jorge le indicaba. Miró la hoja con el número 1 seguida por la fotografía de Adam; el número dos seguido de la de Susana y la que tenía la palabra «next» seguida por la fotografía de Carla.

—Ya no se trata solo de mí —añadió Altarriba sin ocultar la intranquilidad que sentía—. Ahora también atañen a mi familia. Y lo más inquietante es el mensaje final.

El inspector jefe cogió la última hoja y leyó: «Estás ciego».

—Es lo mismo que decía la nota que encontramos dentro de la caja en la que enviaron los ojos.

Ivana regresó con sus clientas y pasó los siguientes minutos quejándose de los vendedores a domicilio:

—Cada día son más los que llaman a la puerta para vender todo tipo de cosas. Estos de ahora —explicó— querían venderme un seguro para la casa. Les he dicho, más de diez veces, que no me interesaba y ellos como si nada. Pues para el coche, han dicho. ¿Para qué quiero yo un seguro de coche si ni siquiera tengo carnet? Al final he tenido que cerrar la puerta en sus narices. No puedo pasar toda la tarde escuchándoles mientras tengo la casa llena, ¿verdad?

Las clientas corroboraron lo pesados que resultaban y aportaron diversas anécdotas sobre las visitas que también recibían en sus casas. Después de media hora intercambiando quejas, todas estaban dispuestas a jurar que Ivana solo había salido de la sala unos minutos para atender la llamada de unos pesados vendedores de seguros.

Mientras tanto, en la habitación del fondo, Jelena ultimaba los detalles de su disfraz sin dejar de consultar su reloj cada pocos minutos. Volvió a mirarse en el espejo para comprobar que llevaba la peluca bien puesta. Se ajustó un rubio mechón que sobresalía por debajo de la negra melena antes de ponerse las gafas de sol. Se colgó la mochila a la espalda, sobre una vieja cazadora vaquera y comprobó su imagen en el espejo una vez más. Estaba casi segura de que Sasa no la reconocería vestida de aquella manera, pero prefería no arriesgarse. No sabía cuánto tardaría en comprar las botellas de vino, así que lanzó una última mirada a la habitación para asegurarse de que no olvidaba nada y recorrió el pasillo en absoluto silencio. Abrió la puerta de la calle y lanzó un beso al aire en dirección a la puerta entornada del salón, tras la que Ivana seguía parloteando con absoluta naturalidad.

Consiguió llegar al portal sin cruzarse con ningún vecino. Allí se detuvo un instante. Miró a ambos lados de la calle y no vio el coche de Sasa por ninguna parte. Era una buena señal, así que inspiró aire con fuerza, agachó la cabeza, y comenzó a alejarse de allí. Caminaba pegándose a la pared tanto como podía sin llamar la atención. Intentaba fundirse con el entorno, tratando de no sobresalir de ninguna manera. En la calle había poca gente y eso era un problema. Cada vez que oía un coche acercándose agachaba el rostro, de manera que el conductor solo pudiera atisbar la parte superior de una cabeza morena.

Llegó al cruce de una calle más transitada y siguió por ella con un suspiro de alivio. Sentía su corazón bombeando con fuerza. Cada vez era mayor la necesidad de echar a correr, pero se obligó a mantener el paso. Los ojos bajos, sin apartarlos del suelo; las manos aferradas a las correas de su mochila. Siguió caminando sin detenerse ni mirar hacia atrás. Después de atravesar varias manzanas, comenzó a adentrarse por diversas calles, sin seguir un rumbo fijo. Tan solo la guiaba el deseo de alejarse de allí cuanto pudiera.

Estaba sudando. Notó algunas gotas deslizándose por su cuello. La peluca le daba mucho calor y la cabeza comenzaba a picarle. Aflojó el ritmo que se había impuesto

y empezó a respirar más calmada. Levantó la vista del suelo y miró donde se encontraba. Reconoció la calle. Había estado por allí de compras alguna vez. Buscó un cigarrillo en el bolsillo de la cazadora, lo encendió y le dio una larga bocanada. Se dispuso a sacar el móvil para llamar al inspector Altarriba, cuando notó una mano sobre su hombro.

Jorge Altarriba tenía el teléfono sobre la mesa y no dejaba de lanzarle miradas impacientes. Jelena ya debería haber llamado para decirle donde recogerla. Se arrepentía por haberse dejado convencer por ella de que un plan tan infantil podría funcionar. Seguro que Sasa no la había dejado ir sola a casa de esa amiga peluquera y seguía vigilándola, sin darle oportunidad para avisarle. Fijó los ojos en la pantalla del teléfono, como si el hecho de no apartarlos de allí pudiera acelerar la llamada que esperaba. ¡Y funcionó! La pantalla se iluminó segundos antes de que comenzara a sonar.

—¿Dónde estás?

—En la redacción del periódico. Pero puedo acercarme a comisaria si tienes algo nuevo.

Reconoció la voz y sintió deseos de estrellar el teléfono contra la pared.

—Acevedo, estoy esperando una llamada importante, así que ahora no tengo tiempo para hablar.

—Espera, espera —insistió el periodista—, dime solo si ya sabéis a quien pertenecen los ojos que llegaron por correo.

—Emitiremos un comunicado en cuanto lo sepamos. Tengo que colgar.

Tan pronto recibió la llamada de Jelena Altarriba fue a buscarla, aunque le costó reconocerla con aquella peluca. Estaba medio oculta en un portal, con unas enormes gafas de sol cubriéndole la cara, el flequillo tapándole la frente y mordisqueando el pañuelo que llevaba enrollado al cuello. Supo que era ella porque sabía dónde buscarla. De otra manera hubiera pasado a su lado sin apenas mirarla. Ella en cambio le divisó enseguida. Cuando el coche se detuvo frente al edificio en el que permanecía agazapada, salió del improvisado escondite y entró con sorprendente rapidez en el vehículo.

—¿Ese es todo tu equipaje? —preguntó el inspector Altarriba señalando la mochila que Jelena había dejado a sus pies para abrocharse el cinturón de seguridad.

—No quiero nada de Milos —contestó altiva. Luego añadió con una media sonrisa—, aunque he cogido cosas que podrán ayudar a mí. Pienso que es mejor ser un poco lista que muy orgullosa.

—¿Qué cosas son esas? —preguntó divertido por semejante declaración de principios.

—Regalos... —Y le mostró el anillo que llevaba en su mano izquierda.

El inspector ladeó la cabeza para mirar la mano que extendió frente a él. El tamaño del brillante hizo que sus pupilas se dilataran.

—¡Caramba! No deberías llevar semejante pedrusco por la calle.

—No llevaré mucho tiempo. Será lo primero que yo vendo.

Altarriba volvió a centrar su atención en el tráfico que comenzaba a ser denso. La joven permanecía callada, con un gesto de determinación en su rostro. Cruzaron una amplia avenida y se adentraron por calles adyacentes, tratando de evitar la congestión que saturaba las grandes vías.

—¿No tuviste ningún problema con Sasa? —preguntó tras detenerse frente a un semáforo en rojo.

La joven le contó cómo había logrado escabullirse.

—Espero que Ivana no tenga problemas por ayudar a mí. Ella muy valiente, pero yo tengo miedo para ella.

La miró sorprendido antes de decirle:

—Tú también eres muy valiente.

—Yo no valiente. Cuando salí de casa Ivana mi corazón parecía tambor. Pom, pom. Pom, pom. Pom, pom. —Y acompañó sus palabras con unos expresivos movimientos de manos que imitaban los latidos sobre su pecho. Luego añadió—: Cuando yo paro de caminar, enciendo un cigarrillo y un hombre toca mí por detrás para pedir uno. —Lanzó una risita antes de seguir—. Yo tanto miedo que grito muy fuerte. El hombre sale corriendo sin esperar cigarrillo.

Los dos empezaron a reír. La risa de la mujer resultaba contagiosa y por alguna extraña razón su sonido le recordó a Jorge las vacaciones de su adolescencia. El semáforo cambió de color y los dos dejaron de reír.

—¿Así qué fumas? —preguntó retomando la marcha.

—Solo cuando muy nerviosa. Estos días fumo mucho.

—Deberías dejarlo.

La joven se quedó de nuevo callada y Altarriba pensó que se había molestado por el consejo, pero tras unos minutos le oyó decir con tristeza:

—El olor recuerda a Goran. Su ropa olía a humo.

Altarriba detuvo el coche junto a la acera para consultar la dirección del piso que buscaba. Comprobó que estaban cerca y arrancó de nuevo.

—¿Has pensado a dónde irás cuando tengas el pasaporte?

—Quizá Sudamérica. Quiero aprender mejor español. —Luego añadió con nostalgia—. Goran gustaba mucho de Brasil.

—Pues el español de Brasil no es muy bueno.

La joven le sonrió, aunque sus ojos volvían a estar tristes.

—Ya no voy a Brasil. No sin él.

Después de dejarla en el piso Jorge se acercó hasta su antigua casa. Tenía que hablar con Adam y Susana y ponerles sobre aviso. Aparcó el coche unas calles antes de llegar y caminó por la acera con fingida tranquilidad. Con mirada experta examinó cada posible escondrijo y observó con detenimiento a cada persona con quien se cruzaba. Unos metros antes de llegar al portal reconoció el coche de vigilancia aparcado frente a la puerta. Era un Renault Megane de color gris oscuro. Jorge le hizo una ligera seña al hombre sentado frente al volante y este se tocó la frente con dos dedos para responder a su saludo.

Fue Susana quien le abrió. Se sorprendió tanto de verle allí que tardó en reaccionar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz pastosa.

—¿Está Adam en casa? Tengo que hablar con los dos.

La mujer asintió y preguntó alarmada:

—¿Ocurre algo?

Jorge respondió con un gesto vago, quitándole importancia, y le pidió que avisara a Adam. Mientras ella se acercaba a la habitación de su hijo, él entró en la sala y se sentó a esperarles. Se percibía un fuerte olor a cerrado, como si no se hubieran abierto las ventanas en muchos días. Una pátina de polvo cubría las repisas de la estantería. Varios cojines estaban desperdigados por el suelo y bajo uno de ellos asomaban unas zapatillas deportivas. Sobre la mesa había un vaso vacío con restos anaranjados y los cercos de humedad delataban que tampoco ese mueble había sido limpiado recientemente. Apoyados en el brazo del sofá se veían dos almohadones que todavía guardaban la forma de la cabeza que momentos antes descansaba sobre ellos.

—Hola papá.

Se levantó para besar a su hijo. Este aceptó con cierto embarazo el abrazo de su padre. Luego los tres se sentaron. Jorge les habló de las fotografías, tanto de las recibidas unos días atrás, en las que él era el único protagonista, como de las que habían llegado esa misma mañana y en las que aparecían ellos dos. Omitió mencionar que Carla había sido incluida en el grupo. Luego les habló del macabro paquete con los ojos, aunque ya habían oído hablar de ello, y del escueto mensaje que relacionaba los dos envíos. Les explicó las implicaciones que todo ello podía tener y cómo les afectaba a ellos de manera directa. Intentó suavizar sus palabras para no alarmarles en exceso, pero subrayó la importancia de que se mantuvieran alerta ante cualquier hecho extraño y les advirtió que debían desconfiar de cualquier desconocido que se les acercara.

Su hijo le escuchaba en silencio, mordiéndose las uñas, sin levantar los ojos del suelo. Susana también le atendía sin hacer preguntas, pero no daba muestras de estar preocupada. Actuaba como si nada de todo aquello tuviera que ver con ella. Incluso se había levantado en mitad de una frase para ir a la cocina. Antes le había

preguntado a su exmarido si quería beber algo, pero ante la negativa de él, regresó con una nueva bebida en la mano y se dedicó a darle pequeños sorbos mientras retomaba su actitud ligeramente ausente.

Por último Jorge les informó que había un policía apostado en la calle vigilando la casa.

—Si veis algo extraño, avisadle de inmediato —dijo dejando sobre la mesa una cuartilla de papel con varios números de teléfono—. Los próximos días será mejor que no salgáis, a menos que sea necesario. Y si lo hacéis, el agente de vigilancia os acompañará.

—¿Quieres decir que tengo que quedarme en casa? —preguntó su hijo malhumorado.

—No he dicho eso, Adam. Pero me sentiré más tranquilo sabiendo que no os exponéis a ningún peligro.

Susana apuró su bebida con un último trago. Dejó el vaso con un fuerte golpe sobre la mesa y le dirigió una sonrisa sarcástica.

—Todo se reduce a eso, ¿verdad? Dejar que otros se ocupen de nosotros para que tú puedas estar tranquilo. Pues no hace falta que te preocupes. Sabemos apañarnoslas sin tu ayuda.

—No seas absurda. Me preocupo por vosotros y hasta que esto acabe quiero...

—Lo que tú quieres me tiene sin cuidado. No voy a permitir que me digas cuando puedo salir de mi casa. Saldré cuando me apetezca. Si quiero salir a la calle, lo haré.

—¿Que más te da? —murmuró su hijo—. Desde que cogiste la baja nunca sales.

—¿Estás de baja? —Preguntó Jorge sorprendido—. ¿Desde cuándo?

—No es asunto tuyo. No tengo que darte explicaciones. —Sus palabras fueron perdiendo claridad según aumentaba el tono de su voz—. Ya no vives aquí, así que no tienes ningún derecho a venir aquí a hurgar en nuestras vidas.

Jorge iba a responderle pero la furia que vio en los ojos de Susana le detuvo. Alargó la mano y cogió el vaso vacío de la mesa. Se lo acercó a la nariz y lo olió.

—¿Cuántos de estos te has tomado?

—¿También vas a controlarme eso? —preguntó la mujer desafiante.

Se enzarzaron en una discusión en la que ambos sacaron a relucir antiguas ofensas, intercambiaron idénticos reproches y se acusaron de los mismos errores. Jorge se marchó dando un portazo sin percatarse de que su hijo, una vez más, había desaparecido de la sala para refugiarse en su cuarto.

El teléfono sonó cuando acababa de dormirse. Respondió en tono bajo para no despertar a Carla y el grosero comentario le pilló por sorpresa.

—Altarriba, ¿se puede saber a qué coño estás jugando?

—Buenos noches comisario.

Espinosa ignoró el sarcasmo y continuó en el mismo tono desabrido con que

había comenzado.

—¿Dónde está la hermana de Milos?

—¿La hermana de Milos? —Jorge hizo una pausa, como si tratara de recordar de quien hablaba—. ¿Se refiere a Jelena?

—Sabes muy bien a quien me refiero. Déjate de mariconadas.

—¿Qué ocurre con ella?

—Ha desaparecido.

—¿Y quiere que investigue su desaparición ahora? —preguntó con fingida inocencia.

—Altarriba, no me toques los cojones. Quiero saber de qué hablaste con ella y si tienes algo que ver con su huida.

—¿Por qué supone eso comisario? ¿Y cómo sabe que hablé con ella?

—Escúchame, capullo engreído. Llevo detrás de Milos varios años y por fin le tengo justo donde quería. Así que no voy a permitir que un inspector de mierda meta sus narices en mi terreno porque se le calienta la bragueta cada vez que se cruza con una mujer guapa.

Jorge contó hasta diez, al igual que hacía cuando hablaba con Susana, antes de responder:

—Si tiene alguna queja sobre mi conducta, comisario, debería trasladarla a mis superiores.

—Ten por seguro que lo haré. Y te prometo, que si has tenido algo que ver con esto, me ocuparé personalmente de acabar con tu carrera.

## QUINCE MESES ANTES

El empujón de Franky me lanza con tal fuerza contra el gigante vestido de negro que siento como si acabara de estrellarme contra un muro de hormigón. Oigo un zumbido en mi oído izquierdo, en la parte que me he golpeado, y trato de apartarme medio aturdida, pero unos brazos, que parecen de acero fundido, me sujetan y me impiden moverme. Me aprieta tan fuerte que me cuesta respirar. Abro la boca, buscando un poco de aire y un estertor ronco surge de mi garganta.

—No seas bruto Rado, vas a ahogarla. Muerta no nos sirve.

El comentario de Franky acaba por noquearme del todo. Soy incapaz de procesar todo lo que está ocurriendo. En apenas un segundo he comprendido que no hay ninguna fiesta y que nunca voy a conocer a Brad Pitt, porque la voz y las risas que escuché no son más que una grabación casera. Y también que mi hermana y yo estamos a merced de unos tipos a los que nunca antes he visto y que pronto estaremos igual que las mujeres que hay tiradas en los sofás: atadas y amordazadas y con el miedo reflejado en nuestras caras. Pero lo que no soy capaz de entender es cómo puede Franky hablar sobre mí con esa brutalidad e indiferencia.

Trato de girar la cabeza, para buscar sus ojos, pero la manaza de Rado me sujeta por la barbilla y me obliga a mirarle. Cuando me habla, su aliento apesta a tabaco y cerveza:

—Ahora vas a estarte quietecita si no quieres que te parta algún hueso. ¿Entendido? —Y me arrastra hasta uno de los sofás con la misma facilidad con la que llevaría un peluche.

El otro tipo ya le ha sellado la boca a mi hermana con esparadrapo y está atándole las manos a la espalda. Veo los ojos desorbitados de Anja y las lágrimas comienzan a brotar impidiéndome mirarla. ¡Dios mío! Esto no puede estar ocurriendo.

—¿A qué hora llegará el camión para recogerlas? —pregunta Franky, dándole una calada al cigarrillo que acaba de encender.

—Dentro de una hora —contesta Rado, mientras desenrolla un trozo de cuerda para atarme las manos—. Quieren cruzar la frontera durante el turno de Slobodan.

—Entonces tengo que darme prisa —dice Franky—, todavía tengo que traer a otra amiga a la «fiesta».

Los tres hombres comienzan a reír. El de la camiseta blanca ha terminado de atar a mi hermana y se acerca a mí con un trozo de esparadrapo en la mano. Me lo pega tan cerca de la nariz que me resulta difícil respirar. Agito la cabeza para que se dé cuenta, pero me suelta una bofetada con tal furia que me tira sobre una de las chicas que están en el sofá. Esta lanza un leve quejido y trata de apartarse.

—¡Dimitri! —Grita Franky—. Ya sabes que no las quieren con moratones. Y a esa en concreto —dice señalándome con la barbilla— hay que cuidarla bien.

¡Le importo! ¡Sí que se preocupa por mí! Todo esto debe tratarse de una broma pesada que ha tramado con mi hermana para darme una lección. Veo que se aparta de la mesa en la que está apoyado y se aproxima.

—Esta jovencita —dice con voz tierna— es muy valiosa.

Mira sonriente a sus dos amigos antes de añadir:

—Está por estrenar. Así que nos pagarán el doble por ella.

Sus amigos lanzan una risotada y él se acuclilla frente a mí. Luego, acariciándome la cara con sus dedos me dice en voz baja:

—La verdad es que me hubiera gustado follarte al menos una vez. Pero por ahora eres un bocado demasiado caro, así que tendré que esperar a que estés un poco usada y valgas menos.

¡No puede ser cierto! Le miro con ojos desorbitados, rogando que escuche mi grito silencioso, ya que la mordaza no me deja articular una palabra. «*Dijiste que me respetabas y que debíamos esperar un tiempo antes de acostarnos juntos. Lo dijiste porque me querías*». No soy consciente de que estoy llorando hasta que sus dedos se deslizan bajo mis ojos para secarme las lágrimas.

—De todas maneras te prometo que en unos meses iré a buscarte y pasaremos un buen rato juntos. —Y deslizando la mano bajo mi vestido añade—. Este coñito me apetece mucho.

Después de eso ya no soy capaz de oír nada de lo que ocurre a mi alrededor, ni de ver a nadie, ni de pensar en nada. Solo siento un dolor agudo que comienza a extenderse absorbiéndolo todo y dejando a su paso un desgarrador vacío.

## CAPÍTULO 6 - MIÉRCOLES

Ivana se había servido su primer café de la mañana cuando escuchó el timbre de la puerta. Salió de la cocina con gesto resignado, la humeante taza todavía en la mano. *Qué madrugadoras son algunas.* Descorrió el cerrojo de seguridad y rodó la llave. Todas las noches se aseguraba de que la puerta quedaba bien cerrada antes de acostarse, ya que necesitaba sentirse a salvo para poder conciliar el sueño.

Puso la mano sobre la manija y destrabó el cierre. La puerta se abrió con un empujón tan violento que golpeó contra la pared mientras ella salía despedida hacia atrás. Oyó el sonido de la taza quebrándose en mil pedazos. Su cabeza chocó, con un sonido seco, contra la consola que había en la entrada antes de caer al suelo. Todo se volvió negro a su alrededor. Sintió un agudo dolor en el punto donde había impactado con el mueble y unas chispas brillantes comenzaron a bailar frente a sus párpados. La voz de Milos, en un tono bajo aterrador, sonó junto a su oído:

—¿Dónde está Jelena?

Fue incapaz de responder. El hombre la agarró del pelo y tiró de ella hacia arriba. La levantó un palmo del suelo y la empujó contra la pared. Quedó sentada sobre las frías baldosas, desmadejada como una marioneta con los hilos rotos. Notó algo cálido bajándole por la nuca y supo que estaba sangrando. Milos se sentó a horcajadas sobre sus piernas, inmovilizándola.

—¿Dónde está mi hermana?

—¿Tu hermana? —balbuceó—. Hace días que no la veo.

El golpe llegó tan de improviso que la mujer no hizo ningún gesto para cubrirse. Sintió una quemazón en el labio y un gusto salobre llenó su boca. Trató de llevarse la mano al rostro pero él se lo impidió. Se acercó a ella hasta casi rozar sus frentes. Ivana percibió su repugnante aliento cuando volvió a preguntarle, lanzándole diminutas gotas de saliva a la cara:

—¿Dónde está?

La mujer se enderezó y logró apartar la cara lo suficiente para tomar una bocanada de aire. El oxígeno entró en su organismo y despejó su aturdimiento. Su mente comenzó a funcionar de nuevo.

—Te juro que no he visto a tu hermana desde hace días. ¿Por qué piensas que sé dónde está?

El hombre apartó los ojos de ella y miró a Sasa, quien permanecía detrás de él observando la escena sin abrir la boca.

—Él la trajo ayer aquí. Había quedado contigo.

Ivana estiró las piernas y logró sentarse más erguida. Controlando el temblor de su voz afirmó:

—Te repito que no la he visto. —Miró por encima del hombro de Milos y clavó

sus ojos desafiantes en el silencioso secuzaz—. Si él dice que la trajo aquí está mintiendo. Pregúntale qué ha hecho con ella.

El aludido apenas reaccionó. Solo un leve destello de sus ojos casi blancos, le indicó a la mujer que había encontrado un pequeño resquicio por donde escabullirse.

—Deja que me levante —pidió sumisa— y te demostraré que no miento. Puedes registrar toda la casa. Estoy sola.

Milos ignoró su petición. Levantó un brazo en dirección a Sasa y chasqueó los dedos. Este hurgó dentro de la bolsa que llevaba en la mano y sacó unas tenazas de cortar alambre. Ivana notó una corriente de miedo atravesándole la espalda. Un sudor frío le cubrió la frente y su respiración se volvió fatigosa. No podía apartar los ojos de los afilados bordes metálicos de la herramienta.

—Si me mientes —susurró Milos— te haré una manicura muy especial.

Agarró la mano de la mujer, que se revolvió agitada. Trató de zafarse, pero el hombre clavó sus dedos con brutalidad alrededor de su muñeca. Deslizó las tenazas sobre la pálida piel y comenzó a realizar extraños dibujos sobre ella. Ivana seguía el tortuoso recorrido con ojos desorbitados y sin atreverse a respirar. Los cortantes filos presionaban cada vez más su epidermis, dejando unas rosadas marcas a su paso. Milos recorrió cada uno de los dedos con desesperante lentitud. Cuando llegaba a la uña, abría las tenazas, comprobaba con ellas el grosor del dedo, y comenzaba de nuevo su pausado deambular sobre la mano. Parecía estar decidiendo por donde comenzar a cortar.

Cuando llegó al pulgar lo rodeó y presionó ligeramente, lo suficiente para que la mujer sintiera la mordedura del acero sobre su carne. Ella emitió un gemido involuntario al tiempo que unas brillantes gotas escarlatas brotaban en su piel.

—Espera, espera... —exclamó con la voz asfixiada por el pánico.

—Shhh... —La interrumpió Milos.

Los ojos del hombre tenían un brillo salvaje. Ivana comprendió horrorizada que él estaba disfrutando con aquello.

—¿Sabes para qué sirve una mano sin el pulgar? —le susurró Milos, con los labios pegados a su oído—. Para nada. Es una mano inútil que no puede agarrar nada.

Apartó la cara y la obligó a mirarlo asiéndola por la barbilla. Le sonrió con fiereza, mostrando unos colmillos que recordaban los de un lobo. Aflojó la presión de las tenazas y se acercó la mano herida de la mujer a la boca. Sacó su lengua húmeda y comenzó a lamer las gotas de sangre de manera obscena. Ella notó sobre sus piernas que el hombre estaba teniendo una erección. Un nuevo temblor la sacudió de arriba a abajo.

Trató desesperada de decir algo capaz de detenerle, pero el miedo se aferraba a su garganta impidiéndole hablar. Sentía los horribles tentáculos del pánico expandiéndose por su interior y anulando cualquier pensamiento racional. El hombre comenzó a restregarse contra sus piernas, de manera imperceptible al principio. Fue aumentando el ritmo poco a poco sin dejar de mirarla, con aquella sonrisa

escalofriante en sus labios. Era un depredador saboreando por anticipado el festín.

Y de pronto Ivana supo qué debía hacer. Envió órdenes urgentes a cada uno de sus músculos exigiéndoles que se relajaran. Respiró hondo y soltó el aire con deliberada lentitud. Lanzó una mirada provocativa a la entrepierna de Milos y le sonrió seductora.

—¿Crees que me atrevería a desafiar a un hombre de tú categoría por una niñata consentida como tu hermana? Jelena no sabe apreciar la suerte que tiene de poder contar contigo.

Supo que había dado en el blanco. No era ella quien le excitaba. Ni era su cuerpo el que despertaba su lujuria. Lo que lo enardecía era la sensación de poder que sentía al verla subyugada bajo sus manos; tenerla sometida, humillada, dominada. La mujer siguió hablando con voz sugerente:

—Podemos aclarar todo esto de una manera más agradable para los dos.

Presionó sus muslos contra la abultada bragueta y acompañó los rítmicos movimientos del hombre con ondulantes oscilaciones de caderas. Pasó la punta de su lengua sobre los labios para humedecerlos y notó la hinchazón producida por el golpe. Él le lanzó una mirada de desprecio y dejó de moverse. Su erección había desaparecido. Con sorprendente agilidad se puso en pie y la obligó a levantarse, tirándole del cabello.

—No eres más que una furcia barata. ¡Vamos, muévete!

La empujó al interior de la vivienda sin soltar las tenazas. Los tres recorrieron una a una todas las habitaciones de la casa. Milos vigilaba el rostro de la mujer tratando de descifrar su expresión, mientras Sasa registraba cualquier posible escondrijo. Este rebuscó en los armarios, miró bajo las camas, incluso abrió los cajones que por su tamaño podrían ocultar a una persona. Al inspeccionar el último dormitorio, Sasa encontró en el suelo, junto a la cama, un pequeño cilindro envuelto en brillante papel amarillo. Se lo mostró a Milos y este le preguntó a la mujer:

—¿Qué es eso?

Ivana lo reconoció. Debió caérsele a Jelena del bolso cuando puso sus cosas en la mochila, puesto que ella no utilizaba esa marca de tampones. Por suerte los hombres desconocían ese detalle.

—Higiene femenina —contestó con fingido pudor.

—¿Qué hace en una habitación que dices que nadie usa?

Buscó desesperada una respuesta. Tenía que despejar cualquier duda si pretendía salir indemne de aquella situación.

—Verás —comenzó titubeante—, es que duermo aquí cuando..., ya sabes. Esos días. Para evitar manchar la cama grande.

Milos sondeó su expresión entrecerrando los ojos. Pero ella mantuvo la mirada firme, rogando que su miedo no la delatara. Finalmente él pareció aceptar la explicación. Salieron del dormitorio, entraron en el cuarto de baño y de allí pasaron al salón, donde Ivana tenía montado su negocio. La mujer buscó la libreta que utilizaba

para anotar las citas y se la mostró a Milos.

—Puedes comprobar tú mismo que ayer tuve un día muy ocupado. ¿A qué hora dice ese que la trajo?

—La dejé en el portal poco antes de las cuatro y media —respondió el propio Sasa.

—Dice que la dejó en el portal —repitió ella dirigiéndose a Milos e ignorando de manera deliberada al guardaespaldas—. Pero nadie la vio entrar. Tu hermana pudo esperar en la escalera y aprovechar un descuido de él para escapar. Si es verdad que la acompañó hasta aquí...

Milos miró a su esbirro con suspicacia. Este negó con la cabeza, pero comenzaba a mostrarse intranquilo.

—Mira —dijo la mujer señalando la agenda—, estuve con clientas desde las dos de la tarde hasta pasadas las ocho. Puedes llamarlas y preguntarles —sugirió—, son todas serbias y muchas conocen a Jelena. Te dirán que no salí del salón ni un segundo. Y confirmarán que tu hermana no apareció en todo el día.

Milos seguía sujetando las tenazas. Comenzó a golpearse la mano izquierda con ellas mientras reflexionaba. Al cabo de un momento, detuvo el golpeteo y le preguntó a Sasa:

—¿Dónde fuiste cuando la dejaste?

—Me quedé esperando en el coche, como siempre.

De pronto ya no parecía tan seguro y su sangre fría comenzaba a entibiarse. La mujer aprovechó su vacilación para añadir con malicia:

—Quizá él mismo la ayudó a escapar. No sería el primero en caer rendido ante sus encantos.

Sasa dio un paso hacia ella, pero Milos le detuvo con un gesto seco. Miró a la mujer y soltó una especie de gruñido, luego arrancó la hoja de la agenda, la metió en su bolsillo y le dijo a su acompañante, sin apenas mirarle:

—Vámonos. Tenemos trabajo.

Antes de marcharse, se acercó de nuevo a Ivana y, con aquella voz susurrante que producía escalofríos, le dijo:

—Si descubro que me has mentado, volveré.

Los dos hombres abandonaron la casa. Ivana cerró la puerta tras ellos, se apoyó en la pared y se deslizó hasta el suelo sacudida por fuertes temblores.

El inspector Altarriba acababa de salir de la ducha cuando recibió una llamada de comisaría:

—Buenos días, inspector. Acaba de llegar el informe del ADN confirmando que los ojos del paquete de correos eran los del vagabundo. Pensé que querría saberlo cuanto antes.

—Gracias agente. Estaré ahí en media hora.

¿Así que eran los del Naranjito? No tenía claro que fuera una buena noticia. Por un lado se alegraba de poder desmontar la teoría urdida por la prensa. Técnicamente, el Naranjito murió de un paro cardíaco, y eso lo descartaba como víctima de asesinato. Los medios pronto perderían interés por el caso, puesto que averiguar por qué alguien se había tomado las molestias de sacarle los ojos a un vagabundo muerto no resultaba tan interesante como especular sobre un posible psicópata. Y cuando dentro de poco detuvieran a Milos por la ejecución de Goran, demostrarían que esa otra muerte fue un ajuste de cuentas entre bandas mafiosas y toda la teoría en torno al asesino de los ojos se desmoronaría igual que un castillo de naipes.

Pero por otra parte, la confirmación de que los ojos enviados a su atención pertenecían al vagabundo le produjo una gran inquietud. Le resultaba difícil comprender qué pretendía la persona que lo hizo. Tenía claro que se trataba de algún tipo de amenaza dirigida directamente a él. Y que estaba relacionada con las fotografías recibidas por correo electrónico. Pero no lograba interpretar el mensaje.

Cuando investigaba un asesinato podía ponerse en la piel del asesino y comprender cómo había llegado a ese punto. Había estudiado los motivos que movían a una persona, en apariencia normal, a cometer todo tipo de delitos: celos, avaricia, lujuria, ira, venganza, miedo. Emociones que todo el mundo sentía en alguna ocasión, aunque la mayoría no cedía al impulso de dejarse arrastrar por ellas. Esa falta de control para manejarlas era lo que marcaba la diferencia. Una situación se interpretaba de manera errónea, las emociones se desbordaban y se perdía el control. El caparazón en el que nos envolvemos se agrieta y es incapaz de reprimir unos sentimientos exacerbados por la intensidad del momento. Esa cubierta protectora se resquebraja, igual que una frágil capa de hielo al pisar sobre ella, y nos convertimos en alguien muy diferente cuando volvemos a emerger a la superficie. Jorge conocía bien los caminos que podían conducir a esa transformación. Ese entendimiento lo había adquirido en su trabajo.

Pero este caso, la obscena mutilación de un cadáver, escapaba de su entendimiento. No lograba comprender qué se ocultaba detrás de un acto tan descabellado. No sabía qué emoción latía detrás de la mano que arrancó los ojos a un hombre muerto. No era el placer de acabar con la vida de alguien, puesto que el hombre ya estaba muerto. No era la sensación de poder, ni la venganza ni el miedo. No alcanzaba a ver lo que pretendía con ese acto tan absurdo y eso le desconcertaba. Se preguntó cómo debía interpretarlo. ¿Estaban amenazándole con dejarle ciego? ¿Le acusaban de estar ciego? Era obvio que se trataba de un desafío. Pero ¿qué se esperaba de él?

El vaho originado por la ducha ya se había evaporado y él seguía allí de pie, desnudo frente al espejo. De pronto tomó conciencia de que llevaba más de quince minutos observando su reflejo, sin haberse visto. Se miró a los ojos y le preguntó a su imagen: *¿Estoy volviéndome ciego?*

Adam observó a través del cristal del portón de la calle el vehículo aparcado en la acera. El hombre sentado al volante no era el mismo de la noche anterior. Supuso que un trabajo de vigilancia como aquel debía ser muy aburrido, por lo que los agentes se turnarían cada pocas horas para evitar quedarse dormidos.

Su padre había dado instrucciones para que le llevaran y le recogieran del instituto los próximos días, pero él no estaba dispuesto a acatar aquella orden. *No es un coche oficial y no van de uniforme, así que nadie sabrá que son policías.* El argumento de su padre no le convencía. Adam estaba furioso con él. Ponerle vigilancia como si fuera un niño pequeño, era la manera más cómoda que tenía para tranquilizar su conciencia, pero en realidad le daba igual lo que les ocurriera a él y a su madre. Si le importaran de verdad se ocuparía de protegerles él mismo. Una vez más, su padre se desentendía de ellos y les abandonaba a su suerte. Pero Adam no estaba dispuesto a facilitarle las cosas. Ya no.

Tras comprobar que el policía seguía dentro del coche, el joven retrocedió hasta el fondo del vestíbulo. Junto a las escaleras de acceso a la vivienda había un pequeño pasillo que, tras rodear el hueco del ascensor acababa frente a una puerta que nunca se cerraba con llave. Era el cuarto de los contadores, donde también se guardaban los útiles de limpieza. En una de las paredes había una pequeña ventana que daba a un callejón lateral. Adam se encaramó sobre un desvencijado taburete de dos peldaños y trató de descorrer el pestillo. Hacía años que la ventana no se abría y el polvo acumulado se había endurecido de tal modo que el cerrojo parecía soldado al marco metálico. Tras varios intentos, el cierre continuaba igual de rígido y el muchacho solo había conseguido hacerse una ampolla en uno de sus dedos.

Bajó del taburete y miró por el cuarto. En un rincón vio dos cubos de plástico con sendas fregonas y una pila de trapos. Al lado había una caja de cartón con diferentes productos de limpieza. Leyó las etiquetas: friegasuelos con olor a pino, lejía perfumada, vinagre, amoniaco. Se preguntó si alguna de aquellas sustancias serviría para aflojar el pestillo. Apartó la caja y una de las botellas cayó derribando una chapa de madera que estaba apoyada contra la pared. Tras ella apareció un viejo destornillador y una herrumbrosa llave inglesa. Adam sonrió al verla.

Utilizando la llave a modo de improvisado martillo golpeó con fuerza el pestillo de la ventana. El sonido retumbó en el pequeño cuarto como si fuera una campana. Adam contuvo la respiración. *¡Mierda, eso se habrá oído hasta en el ático!* Esperó unos segundos, con la respiración contenida, temiendo ver aparecer algún vecino alarmado. Bajó del taburete y se asomó al pasillo. Todo seguía en silencio.

Cogió uno de los trapos del suelo y lo enrolló alrededor de la llave inglesa para amortiguar el ruido. Comenzó a golpear sin preocuparse ya por el sonido. Tras varios martillazos oyó un chasquido y el cerrojo se soltó. Dejó caer la llave al suelo y abrió la ventana. El bullicio del tráfico se coló por ella. Adam recogió su mochila y la tabla de skate, las metió por el hueco y las dejó caer a la calle. Se encaramó hasta la abertura y tras algunas torsiones pudo introducirse él también y saltar al callejón.

Se acercó con sigilo hasta la esquina. El policía seguía dentro del coche. Tenía la ventanilla abierta y unas azuladas volutas de humo escapaban por ella. Adam le dedicó un gesto obsceno con el dedo corazón antes de alejarse en dirección opuesta.

Desde que salieron del piso de Ivana los dos hombres se mantenían inusualmente callados. Milos se preguntaba si la imperturbable actitud de Sasa no sería más que una pose bien ensayada. Incluso a través del silencio en que estaban sumergidos, podía detectar cómo el nerviosismo del hombre sentado a su lado, con las manos agarradas al volante con excesiva firmeza, crecía a cada segundo. Recostado en el asiento del copiloto, con los pulgares apoyados en el mentón, Milos vigilaba con atención el perfil de su esbirro, esperando captar el más mínimo gesto que le delatara. Pero este simulaba estar pendiente del tráfico, indiferente al escrutinio al que su jefe le sometía. No obstante, sus mandíbulas apretadas, desmentían su aparente calma.

Las insinuaciones lanzadas por Ivana habían hecho mella en Milos. El serbio se preguntaba cuanta verdad habría en la acusación de la mujer. ¿Cabía la posibilidad de que el impenetrable Sasa hubiera sucumbido a los encantos de su hermana, al igual que lo hizo Goran? Para él fue una desagradable sorpresa descubrir lo que estaba ocurriendo entre ellos dos, ya que nunca consideró la posibilidad de que uno de sus hombres se arriesgara a traicionarle de aquella manera, y mucho menos por una mujer. Y sin embargo había ocurrido. Él mismo fue testigo de ello. Así que bien podría estar pasando otra vez. Quizá bajo esa masa de músculos bien disciplinados y esa fachada de gélida indiferencia, bullían unas pasiones cuya fuerza era incapaz de vislumbrar.

Milos conocía muy bien el efecto devastador que su hermana causaba en algunos hombres. No fue Goran el único que cayó rendido a sus pies. También Siznic, quien tenía una merecida fama de hombre cruel y despiadado, había quedado seducido como un colegial después de cruzar con ella apenas unas palabras. Resultaba incomprensible que un hombre así, de quien se rumoreaba que había pertenecido a *Los Escorpiones*, pudiera rendirse de manera tan absoluta ante una mujer.

La sola mención de *Los Escorpiones* continuaba erizando el vello de cualquier persona que hubiera vivido en Bosnia durante la guerra de los Balcanes. Incluso a un nacionalista serbio convencido como Milos, el recuerdo de lo ocurrido le producía una desagradable sensación de incomodidad.

En julio de 1995, el ejército de la república Serbia, al mando del general Ratko Mladic, llevó a cabo una de las acciones más atroces y vergonzantes de las ocurridas durante la disolución de la antigua Yugoslavia. Tras varios meses de asedio, durante los cuales se llegó a interrumpir el suministro de cualquier alimento, medicinas e incluso agua corriente, las fuerzas serbias lograron tomar la ciudad de Srebrenica. Una ciudad que había sido declarada enclave seguro por la ONU y que contaba con la supuesta protección de los cascos azules. Los miles de desplazados que allí se

hacían, aterrorizados y en estado de *shock* tras meses sitiados por el hambre y la locura, asistieron horrorizados a las mayores vilezas que el ser humano es capaz de cometer: Violaciones sistemáticas y salvajes a mujeres y niñas; torturas y mutilaciones indiscriminadas; niños arrancados de los brazos de sus padres y degollados ante ellos; hombres sacados a golpes de sus casas entre los gritos impotentes de sus esposas e hijos.

El doce de julio de 1995, más de ocho mil varones bosnios, de entre doce y setenta años, fueron ejecutados ante la mirada indiferente de Europa y el silencio cómplice del resto del mundo. La limpieza étnica, para lograr una Serbia pura, alcanzó su punto álgido en la ciudad de Srebrenica. En aquella masacre destacó la participación de un grupo paramilitar serbio llamado *Los Escorpiones*. Siznic nunca negó ser uno de ellos.

Milos sabía que tenía que encontrar a su hermana si no quería tener que enfrentarse a la ira de su compatriota. Aquel no era un hombre al que se podía defraudar y salir indemne. Ahora no solo le necesitaba como aliado, si no que le temía como enemigo. Así que estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de satisfacerle, aunque ello implicara sacrificar a Jelena y a todos los hombres que se cruzaran en su camino tratando de ayudarla.

Sasa aparcó el coche en el garaje y se disponía a bajar para seguir a Milos al interior de la casa, cuando este le detuvo:

—Pasa a recoger a Marko y Aleksandar y que te ayuden a seguir buscando a Jelena. Será mejor que la encontréis antes de que Siznic comience a preguntar por ella. Yo tengo trabajo que hacer.

Esperó a que su lacayo abandonara la propiedad antes de entrar en la casa y dirigirse a su despacho. Allí desplegó la hoja arrancada de la agenda de Ivana y comenzó a realizar llamadas. Quince minutos más tarde estaba convencido de que Ivana no le había mentado. Comenzó a caminar por el despacho, golpeándose la mano izquierda con el puño derecho. Parecía estar marcando el ritmo al que desfilaban sus ideas. De pronto se detuvo en mitad de la estancia. Un estridente sonido de alarma comenzó a sonar en su cabeza. Salió disparado de la habitación y entró en la cocina.

Comenzó a rebuscar por el arcón congelador con gestos bruscos y lanzando gruñidos de frustración. Tras varios infructuosos minutos tenía las manos ateridas y sus dedos comenzaban a mostrarse rígidos, incapaces de moverse con la destreza que necesitaba. Fue hasta el armario de la entrada y cogió un par de guantes de uno de los cajones.

Cuando regresó su rostro era una auténtica máscara de furia. Expulsaba el aire por la nariz con toscos resoplidos y un espumarajo comenzaba a deslizarse por la comisura de sus labios. Con las manos enfundadas atacó de nuevo el congelador. Esta vez sacó uno a uno cada envoltorio que encontraba. Lo examinaba y, tras asegurarse de que allí no estaba lo que buscaba, lo tiraba al suelo sin la menor consideración. Cuando el arcón estuvo totalmente vacío, la emprendió a patadas con los bultos

esparcidos por el suelo.

—¡Putas! —gritó—. Puta, puta, puta.

Con cada nuevo golpe repetía el insulto destinado a su hermana. Agarró un paquete de bistecs congelados y los lanzó contra la pared con tanto ímpetu, que uno de los azulejos se quebró llenando la encimera de pequeñas esquirlas de cerámica. Tuvo que aceptar que los ojos de Goran habían desaparecido.

El carillón de la puerta avisó de la entrada de un cliente. Carla apartó los ojos del ordenador y le sonrió. Se levantó para saludarle mientras le indicaba con un gesto que tomara asiento frente a ella.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

El hombre le devolvió la sonrisa parapetado tras unas oscuras gafas de sol. Se sentó y la silla pareció reducirse de tamaño bajo aquella mole de músculos.

—Deseo información para comprar unos billetes de avión.

Carla ladeó la cabeza y le miró interrogante. El fuerte acento eslavo del hombre le resultó familiar, aunque no pudo recordar dónde lo había oído antes.

—¿Le hemos organizado ya algún viaje antes?

El hombre levantó las gafas y las apoyó sobre su cabello canoso. Le sonrió mostrando unos ojos azules que parecían casi blancos.

—¡Vaya! Es usted —exclamó sorprendida—. Me ofreció fuego en la puerta de Tony Roma's hace unos días. ¿Se acuerda?

—Cómo iba a olvidar a una mujer tan hermosa —contestó adulador—. Si hubiera sabido que trabajabas aquí habría venido a verte mucho antes.

Ella dejó escapar una risita nerviosa y se pasó la mano por el cabello en un gesto automático. Apartó los ojos y cambió el ángulo de su silla para colocarse frente a la pantalla.

—Así que necesitas unos billetes. ¿Para cuantas personas? —dijo adoptando un aire profesional.

—Para dos personas. De Belgrado a Madrid.

Carla comenzó a teclear en el ordenador.

—Me temo que no hay vuelos directos. Tendrán que hacer escala. Pueden ir vía Frankfurt o Múnich, o... A ver con Alitalia...

—Es para mis padres. Quiero regalarles el viaje para que vengan a pasar unos días conmigo.

—Es un bonito detalle de tu parte —le dijo sonriéndole—. ¿Eres de Serbia?

El hombre asintió y le informó que su familia vivía en Belgrado. Intercambiaron algunos comentarios triviales mientras Carla buscaba diversas opciones para el viaje. Tras unos minutos le tendió una hoja impresa con los horarios y los precios de algunas combinaciones.

El hombre le echó un vistazo superficial antes de doblarla y guardarla en su

chaqueta.

—Tendré que consultar con ellos antes de tomar una decisión. Pero me alegro de tener una excusa para volver.

Ella volvió a reír por el descaro del hombre y le tendió una de las tarjetas de la agencia. Él leyó el nombre impreso y lo pronunció en voz alta. Parecía disponerse a marchar, cuando comentó:

—Me pareció reconocer al hombre con el que estabas cuando regresaste a tu mesa en el restaurante. ¿No era el inspector Altarriba?

Carla le miró sorprendida.

—Mucha gente le reconoce —admitió—, aunque pocos recuerdan su nombre. Suelen referirse a él como *el Inspector Zidane*.

El hombre sonrió por el comentario.

—Es un viejo amigo al que hacía tiempo que no veía. Es una pena que tuviera que irme tan rápido y no pudiera entrar a saludarle.

Se quedó pensativo y de pronto pareció tener una idea.

—¿Serías tan amable de darle algo de mi parte? —preguntó mientras se agachaba para rebuscar dentro de la bolsa que había dejado en el suelo. Sacó una botella de cristal con un líquido de color ámbar y la dejó sobre la mesa.

—Es Slivovitz, un aguardiente de ciruelas. Al Inspector le gustó mucho cuando lo probó.

Carla observó la etiqueta y vio que estaba escrita con caracteres cirílicos. El hombre siguió hablando:

—Prometimos intercambiar unas botellas, pero nunca lo hicimos. Ahora puede ser la ocasión perfecta. Una botella de Slivovitz por una de un aguardiente español, aunque no recuerdo el nombre. Pero seguro que él sí lo recuerda. Será mejor que le deje una nota para ayudarle a hacer memoria.

—No creo que sea necesario. Estoy segura de que Jorge lo recordará.

—De todas maneras le escribiré unas palabras. ¿Puedo? —preguntó señalando un taco de hojas adhesivas que había sobre la mesa.

La mujer le tendió un bolígrafo y le acercó el papel. Estaba un poco sorprendida y tenía la impresión de estar viendo una escena preparada de antemano. Le miró con desconfianza mientras escribía:

«*Con los mejores deseos de Milos*».

Luego arrancó un segundo *post-it*, escribió algo más y pegó las dos notas amarillas sobre el cristal de la botella. Se levantó y estrechó la mano de la mujer. La sonrisa que ella le devolvió resultó forzada.

—Saluda al inspector de mi parte.

Carla esperó a que el hombre saliera de la oficina para leer lo que había escrito. Esa segunda nota le resultó mucho más enigmática:

«*Una por otra. Devuélveme mi botella o me llevaré la tuya*».

## QUINCE MESES ANTES

Cuando vuelvo a tomar conciencia de donde estoy Franky ya se ha ido y en el salón sigue sonando la música. Miro a mi alrededor y busco a mi hermana. Está encogida en una esquina, con la cabeza medio oculta y algo apartada de las otras dos mujeres que ocupan el mismo sofá. Veo que también ella está llorando y que su cuerpo se estremece con angustiosas sacudidas.

Rado está sentado junto a la puerta tarareando la canción que suena por los altavoces, mientras espera a que Franky regrese con su próxima víctima. Se ha quitado la chaqueta y lleva las mangas de la camisa remangadas. Un tigre de brillantes colores ocupa todo su antebrazo derecho y en el izquierdo luce una extraña cruz tatuada en negro.

Dimitri apura el contenido de una lata de cerveza y la estruja con la mano antes de lanzarla contra la mesa. Luego tira al suelo el cigarrillo que ha estado fumando y lo aplasta con la puntera de su bota. Está sudando y unas asquerosas manchas tiñen de amarillo su camiseta bajo las axilas.

—Bien, chicas —exclama con voz festiva mientras se dirige al sofá en el que está mi hermana—. Es hora de presentaros a Brad Pitt.

Su tono de voz resulta aterrador y cuando le veo llevarse las manos al cinturón, sé que algo terrible está a punto de ocurrir. Mira a las tres mujeres y ellas se revuelven inquietas, esquivando las miradas lascivas que él les lanza. Se acerca un poco más y se desabrocha el botón del pantalón. Luego, con una sonrisa escabrosa, comienza a bajarse la cremallera lentamente.

Miro espantada a mi hermana, pero sus ojos están pendientes del obscuro espectáculo que se desarrolla frente a ella. Dimitri se ha sacado su «cosa» de la bragueta, y la sostiene sobre la palma de la mano. Es fea y repugnante y no deja de manoseársela mientras se la acerca a las chicas. Ellas tratan de apartarse, pero él las agarra del pelo y les restriega su miembro por la cara mientras pregunta:

—Bien, ¿cuál de vosotras quiere ser la primera en besar a Brad Pitt?

Rado, que observa excitado toda la escena, se levanta de la silla y responde por ellas:

—Que te la chupe esa del medio. Tiene cara de viciosa.

Y Dimitri obedece. Arranca de un tirón la tira de esparadrapo de la chica que está junto a mi hermana y le mete el pene en la boca. La muchacha comienza a gemir, pero el sonido llega amortiguado. Se agita entre las piernas de Dimitri, tratando de escabullirse, pero este la mantiene bien sujeta con las dos manos y la obliga a seguir chupando. Siento ganas de vomitar y noto una arcada ascendiendo hasta mi garganta. Cierro los ojos y trato de aspirar con fuerza a través de la nariz. El corazón me bombea tan desbocado que temo que vaya a sufrir un ataque. La habitación comienza

a oscilar a mi alrededor y un sudor frío se desliza por mi frente, empapándome el cabello. Creo que voy a desmayarme. Entonces resuenan en mi cabeza las palabras de Franky: «*Os puedo asegurar que todas se quedan con la boca abierta cuando le conocen*» y el sonido de su risa sádica martillea mis oídos.

Los apagados gemidos de la joven se entremezclan con los jadeos cada vez más audibles de Dimitri y las imprecaciones de Rado:

—Así, guarra. Sigue así. Se nota que te gusta.

De pronto la habitación parece cargarse de electricidad. Los jadeos se convierten en resoplidos cada vez más acelerados hasta acabar convertidos en un ronco y estremecedor rugido. Cuando todo queda en silencio abro los ojos y veo a la joven hecha un ovillo a los pies de Dimitri. Este sigue de pie, pero ha dejado de sujetarle la cabeza y sus brazos cuelgan flácidos a lo largo del cuerpo. Tiene la cabeza echada hacia atrás, mantiene los ojos cerrados y un hilillo de baba le cuelga de su estúpida sonrisa.

Rado se agacha y de un tirón levanta a la joven del suelo, la cual aparta la mirada humillada mientras él le limpia la boca con un trapo antes de volver a ponerle el esparadrapo. Luego se da la vuelta y le da un codazo a Dimitri, que sigue en la misma postura.

—Guárdate a Brad Pitt y vigila. Ahora me toca a mí. —Y agarra a mi hermana por un brazo y la tira al suelo. Le sube la falda de un manotazo y antes de tumbarse sobre ella le baja las bragas hasta los tobillos.

Oigo los gritos amordazados de Anja y trato de levantarme para ayudarla, pero antes de que me dé cuenta Dimitri me suelta un nuevo revés con su mano y me grita:

—Quietecita ahí si no quieres que te parta la cara. Y si vuelves a moverte, cuando él acabe me la follaré yo también. ¿Entendido?

Siento la cara ardiendo en la zona en que me ha golpeado y el zumbido del oído vuelve a aparecer. No quiero ver lo que ese hombre le está haciendo a Anja, así que cierro los ojos mientras un torrente de lágrimas anega mi cara y siento tal opresión que estoy convencida de que voy a morir.

## CAPÍTULO 7 - MIÉRCOLES TARDE

Adam decidió saltarse la última clase. No soportaba la idea de seguir ni un minuto más encerrado en esa aula llena de gilipollas. Seguro que el profe de historia ni se enteraba de que se había ido. Además, ¿qué le importaba a él la revolución industrial? Lo único que se consiguió con ella fue trasladar la esclavitud de los campos a la esclavitud de las fábricas. *Que les den*, se dijo mientras se alejaba.

Recorrió el pasillo pegado a la pared y con la cabeza gacha. Se le daba bien moverse entre la gente sin que nadie reparara en él. Cruzó frente a la garita del bedel y se encaminó hacia la puerta de salida. Se detuvo junto a la verja para recoger su tabla de skate. Como no les permitían entrarlas a clase habían ideado una especie de aparcamiento para ellas. Usaban unos cierres con candado, similares a los utilizados para las bicicletas, y las ataban a una verja pasando la cadena entre la madera y las ruedas. Tardó poco en localizar la suya y desatarla.

Se puso la mochila, colocó la tabla entre esta y su espalda, apoyándola sobre las correas, y salió del instituto. Quería acercarse al parque para practicar un nuevo salto. Llevaba días intentando el Darkslide, pero no acababa de salirle del modo que deseaba. Ponía demasiada presión en su pie derecho cuando aterrizaba sobre la tabla después de saltar. Y es que cada vez le motivaba menos. Desde que descubrió el *kitesurfing*, el *skate* había perdido todo su atractivo. Era un juego de niños comparado con aquello.

Joder, que ganas tenía de volver a sentir la enorme cometa sobrevolando sobre su cabeza y arrastrándole en un desbocado galope hasta fusionarse con las olas. ¡Eso sí que era una gozada!

Durante las últimas vacaciones que pasó junto a sus padres, cuando aún eran una familia, Adam quedó fascinado por un grupo de jóvenes a los que observó practicando *kitesurfing* en la playa. Desde el primer instante supo que tenía que probarlo y comenzó a tomar clases. En tan solo unos días aprendió a controlar la cometa y pronto pudo convencer a su instructor de que estaba preparado para entrar en el agua. No quería desperdiciar todo el verano aprendiendo teoría sobre las direcciones del viento, los ángulos de ataque, las corrientes, los nudos y los largos, para luego contentarse con realizar unos rutinarios y frustrantes ejercicios en la arena. Lo que él ansiaba, desde el primer día en que les vio, era meterse en el agua y enfrentarse al viento para sentir que formaba parte de algo grande.

Su instructor, a quien todos llamaban Flipper, le reprendía por su impaciencia. «*No tengas tanta prisa, Adam. El mar y el viento seguirán ahí mañana*». Flipper no podía entender la urgencia que apremiaba al joven. Para él era fácil esperar, pero no para Adam.

El instructor tenía unos treinta o quizá cuarenta años (como a la mayoría de

adolescentes, a Adam le resultaba difícil calcular la edad de los adultos). Era delgado, pero con un cuerpo fibroso y ágil, de músculos torneados bajo el sol que mantenía en plena forma gracias a su trabajo. Siempre lucía un incipiente esbozo de barba, que acentuaba sus rasgos angulosos y le daban el aspecto de estar recién salido de la cama sin haber tenido tiempo para afeitarse. Su rostro, sin ningún tipo de marcas, cicatrices, ni granos, era perfecto. O al menos así se lo parecía a Adam, que soñaba con despertar un día y descubrir una cara semejante frente al espejo. Su desmedida admiración hacia su monitor le había convencido de que todo lo que se refería a él resultaba interesante. Su vida era real, plena, intensa. Por eso Flipper podía tomarse las cosas con calma. Pero no Adam.

Él vivía entre las sombras, rodeado de una penumbra persistente que le ocultaba de las miradas del mundo. Se sentía como un borrón, un dibujo imperfecto e inacabado al que nadie se molestaba en mirar. Y deseaba con todas sus fuerzas abandonar ese anonimato indeseado para salir a la superficie y poder brillar con luz propia, bajo un cielo azul resplandeciente. Quería formar parte de ese mundo deslumbrante que se desplegaba bajo los colores vibrantes de las cometas. Encaramado sobre la tabla, remolcado por las soberbias alas de colores y alejado de la orilla, también él podría irradiar un fulgor desacostumbrado. Podría ser visto y admirado. Pertener, por una vez, al grupo de los elegidos.

No tardó en descubrir que el *kite* le ofrecía mucho más que eso. Desde el primer momento en que tocó el agua, equipado con todos los aparejos que el deporte requería, su cuerpo reaccionó como si hubiera estado esperado aquello desde siempre. Sintió los arneses aferrándose a su cintura con una agradable familiaridad. Sus músculos respondieron a cada empuje del viento con una seguridad absoluta. Sabía de manera instintiva cuando debía aflojar la tensión de sus brazos y durante cuánto tiempo mantenerla; de qué modo debía manejar la botavara para atrapar las mejores corrientes y poder derivar sobre el agua alejándose de la orilla.

A partir de entonces, si bien su admiración por Flipper no decayó, ya no deseó con la misma intensidad llegar a ser igual que él. Al menos no por los motivos que le empujaron a acercarse al grupo. Le había envidiado por ser el centro de atención de la playa. Por su cuerpo permanentemente bronceado, que despertaba admiración con sus saltos espectaculares y sus movimientos teatrales. Por la forma en que todos le reconocían al divisar una cometa verde fosforescente tatuada con franjas negras que recordaban antiguos dibujos tribales. Por ser, como el mismo Flipper decía, el puto amo de la playa. Pero ya no era esa admiración la que Adam buscaba.

Ahora deseaba llegar a ser tan hábil como él para poder disfrutar con total plenitud de la exaltación que sentía cuando se abandonaba entre las olas. Lo que ahora ambicionaba era sentir la fuerza del viento aliándose con su cuerpo para emprender una enloquecida carrera entre el cielo y el agua. Sentir la espuma salada encabritándose sobre la tabla, lamiéndole cada músculo, como una amante enfervorizada. Ver el reflejo del sol cegándole con sus guiños descarados. Saborear el

gusto acre de la sal en los labios; notar la piel recalentada y azotada por las corrientes; estremecerse al sentir su cuerpo tenso, con todos los músculos alerta, preparados para responder al menor cambio en la dirección del viento. Afrontar un continuo desafío cuyo final era siempre el mismo: el cuerpo agotado; el espíritu enardecido; el corazón rendido ante el ímpetu de la naturaleza.

Apartó esas imágenes con un gruñido de frustración. Todavía faltaban meses hasta que pudiera regresar a la playa. Y ni siquiera sabía si este año podrían volver a Oliva. Con lo mal que estaba su madre, lo más seguro es que se quedaran en Madrid todo el verano. ¡Qué mierda!

La zona de skate estaba casi vacía a esas horas. Solo había dos chicos algo menores que él practicando con los *skates*. Adam les conocía de haberles visto por allí otras veces, aunque nunca había hablado con ellos. Tampoco esta vez lo hizo. Dejó la mochila junto a un árbol y la ató con la cadena de la tabla. No es que le preocupara demasiado que le robaran la mochila, pero prefería evitarlo si con ello se libraba de una nueva bronca en casa.

Comenzó a realizar algunos saltos fáciles para calentar las piernas. Luego siguió con unos *ollies*, un par de *helpflips*, algún *kick-flip*. Volvía a sentir la conexión con el skate. Las ruedas se deslizaban siguiendo las órdenes que la presión de sus músculos le trasmitían: una ligera variación y la tabla tomaba un nuevo rumbo, cambiaba de dirección, frenaba antes de realizar un salto. La madera le obedecía como un caballo bien entrenado bajo sus pies. Adam adoraba la sensación de estar al mando. Dejó de pensar en el siguiente movimiento y se limitó a dejarse llevar, deslizándose sobre aquella plataforma con ruedas que se plegaba a todos sus deseos.

De pronto tuvo la sensación de ser observado. Realizó un nuevo salto y detuvo la tabla en seco. Levantó la cabeza y miró a su alrededor. Los dos jóvenes seguían practicando sobre una improvisada plataforma hecha con tablones. En aquel momento estaban de espaldas a Adam. Un poco más lejos, en la zona de los columpios, había un reducido grupo de mujeres con sillitas de bebe junto a ellas. Ninguna prestaba atención a los *skaters*.

Recorrió con la vista el resto del parque pero no vio nada extraño, sin embargo la sensación de que alguien le vigilaba era cada vez más fuerte. Se volvió de nuevo hacia la zona destinada a los patinadores. Y entonces le vio. Estaba de pie, apoyado contra un muro lleno de grafitis. Los coloridos dibujos habían enmascarado su presencia. Se apoyaba justo contra la letra K de un enorme rótulo pintado en *spray* negro y rojo: «*Skate or die*».

El hombre le miraba sin ningún disimulo. Llevaba una vieja cazadora y unos vaqueros ajustados que resaltaban una delgadez casi enfermiza. El pelo grasiento caía lacio sobre sus escuálidos hombros. La intensidad de su mirada contradecía su aparente fragilidad. Adam pensó que no era la primera vez que le veía, aunque no pudo recordar de qué le conocía.

Dejó de mirarle y se dispuso a realizar un nuevo salto. Esta vez le dio demasiado

impulso a la tabla y su pie derecho falló, golpeándose el tobillo con una de las ruedas. Lanzó una exclamación en voz baja y miró de reojo hacia el hombre. Estaba en el mismo lugar siguiendo con atención cada uno de sus movimientos. Adam comenzó a intranquilizarse. ¿Quién demonios era ese tío? ¿Y qué es lo que quería de él? Y de pronto supo quién era.

Se sentía incómodo y una desasosegante sensación comenzó a invadirle. Salió de la zona de skate, recogió su mochila del suelo y se dirigió hacia la salida del parque, lanzando escurridizas miradas sobre el hombro según se alejaba. El tipo le seguía a distancia. Adam aceleró el paso y comprobó que su perseguidor también lo hacía. En cuanto llegó a la calle comenzó a correr en dirección a la boca de metro más cercana.

Bajó las escaleras saltando los escalones de tres en tres, con el corazón golpeando violentamente en su pecho. Estuvo a punto de derribar a una mujer que no se apartó con la suficiente rapidez. Balbuceó una disculpa, sin apenas detenerse, y llegó al andén justo cuando las puertas del vagón comenzaban a cerrarse. Se lanzó dentro empujando a un par de chicos. Su mochila se atascó en la puerta, pero de un fuerte tirón logró desengancharla antes de que la alarma del tren comenzara a sonar. Se quedó vigilando el andén desde detrás del cristal hasta que abandonaron la estación y se adentraron en el oscuro túnel. Solo entonces se permitió respirar con desahogo. Avanzó por el vagón con la mirada baja, ocultando su rostro bajo la capucha, y se refugió en una esquina. Metió las manos en los bolsillos para ocultar el temblor que las sacudía.

Carla llamó a Jorge un par de veces, pero siempre saltaba el contestador. No dejó ningún mensaje. La visita de aquel hombre la inquietaba. Aunque no había dicho nada que justificara sus recelos, no podía apartar la idea de que tras sus amables palabras se ocultaba una velada amenaza. Sin embargo cabía la posibilidad de que solo fueran imaginaciones suyas. En ese caso quizá Jorge pensara que estaba utilizando aquello como excusa para llamar su atención. Esperaría a verle en casa para hablarle de lo ocurrido. Seguro que Jorge se reiría de sus temores cuando se lo contara.

Finalmente optó por llamar a Felipe. Al menos él siempre tenía tiempo y ganas para escucharla.

Adam pasó junto al coche de vigilancia sin mirar al hombre sentado frente al volante. No le preocupó que el policía le viera regresar al edificio. A esas alturas ya habría comprendido que esa mañana le había dado esquinazo, aunque ahora ya no se sentía tan ufano por haberlo hecho. En realidad, estaba asustado. Muy asustado.

Subió por las escaleras corriendo, demasiado nervioso para esperar al ascensor. Abrió la puerta y avisó a su madre con el grito de siempre: «*Ya estoy aquí*». Luego se

dirigió a su cuarto, tiró la mochila en un rincón y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la cama. Sus piernas seguían temblando y las rodeó con los brazos para detener aquel bailoteo. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? Esto no era ningún juego. Era serio. Muy serio. Tenía que tranquilizarse y decidir qué iba a hacer. Su madre no tardaría en irrumpir en su habitación llamándole para comer y no debía verle en semejante estado. Respiró un par de veces con la boca abierta. Sentía la lengua seca y rasposa después de la alocada carrera desde el parque. Estiró un brazo frente a él, con la palma hacia abajo y observó que había dejado de temblar. Al menos de manera visible. Se levantó del suelo, se quitó la cazadora y entró en el cuarto de baño. El agua fría le calmó y borró en parte la expresión de espanto que se le había quedado en el rostro. Ya más sosegado salió de su habitación.

Era extraño que su madre no hubiese entrado a buscarle. Tampoco había contestado a su saludo, si es que el grito dado desde la puerta podía considerarse como tal. Recorrió el pasillo sintiendo que el miedo volvía a estrujarle las entrañas. ¿Por qué había tanto silencio?

—¿Mamá? —llamó en voz alta.

Entró en la sala y comprobó que estaba vacía. El bolso de su madre estaba sobre la silla, en el mismo lugar de siempre. Su corazón comenzó a desbocarse de nuevo. Algo no marchaba bien.

—¿Mamá? —repitió en tono chillón.

Tampoco esta vez hubo respuesta. Se asomó a la cocina y sintió que las piernas le flojeaban. El estómago le dio una sacudida y creyó que iba a vomitar. Un reguero de sangre llegaba hasta la puerta. Se apoyó en la pared para no caerse. Tomó una gran bocanada de aire antes de obligarse a entrar. Algo crujió bajo sus pies cuando se adentró en la estancia. No necesitó mirar para saber que eran pequeños cristales esparcidos por el suelo. Tampoco los habría visto de haberlos buscado, puesto que sus ojos eran incapaces de ver nada que no fuera el desmadejado cuerpo tendido sobre las baldosas. Su madre yacía, con las piernas dobladas, en medio de un charco de sangre.

El inspector Altarriba reconoció el número del policía que realizaba la vigilancia frente a la casa de su exmujer y respondió con fastidio. Esperaba escuchar una nueva queja de Susana o las mismas protestas de Adam.

—¿Qué ocurre Segrelles, algún problema?

—Inspector, se trata de su mujer, su exmujer... —se corrigió con voz nerviosa— está camino del hospital. Su hijo va con ella en la ambulancia.

Jorge sintió un zarpazo frío retorciéndole el estómago y el sabor amargo de la bilis llenó su boca.

—¿Qué ha pasado? ¿A qué hospital la llevan?

Salió disparado del despacho mientras seguía escuchando los detalles que le daba el agente. Antes de llegar a la puerta les gritó a sus hombres:

—Salgado, ven conmigo. Martín, manda una patrulla a casa de mi mujer y que averigüen qué demonios ha pasado.

El rostro desencajado del inspector acalló cualquier pregunta.

Ya en el coche, mientras se dirigía hacia el hospital, conectó el manos libres y le pidió al policía que le repitiera otra vez lo ocurrido. El sonido de la sirena apenas le permitía entender lo que el hombre le decía.

—... Y al ver la ambulancia... su hijo... cocina... sangre en el suelo... paramédicos la... con ella.

Exasperado comenzó a realizar adelantamientos en zigzag tratando de sortear los coches que atestaban las calles a esas horas. Su ayudante permanecía callado a su lado, observando con preocupación las gotas de sudor que brotaban sobre su rasurada cabeza. Cuando por fin logró acceder a la entrada de urgencias del hospital saltó del coche, casi antes de que este se detuviera.

—Aparca y reúnete conmigo dentro —le gritó a su subalterno.

La sala de urgencias estaba atestada. Una mezcla de olor a desinfectante, lejía y sudor rancio inundaba los pasillos. La luz de los tubos de neón confería una palidez enfermiza a los rostros que allí aguardaban. Una pareja de ancianos esperaban junto a la puerta. La mujer movía los labios sin parar, como si recitara en voz baja alguna plegaria. El hombre sentado a su lado, con las manos entrelazadas y la espalda encorvada, se mecía hacia adelante y hacia atrás en un movimiento continuo. Un poco más alejada, una mujer joven trataba de ocultar bajo un pañuelo los moratones y heridas que tenía en el rostro. Uno de sus ojos permanecía cerrado bajo una incipiente hinchazón. Algo más alejada, otra mujer acariciaba la frente sudorosa del bebe que se revolvía en su regazo, lanzando débiles gemidos. El hombre que la acompañaba la asía de la mano con ternura. En la pared del fondo, apoyado contra la esquina, Adam permanecía con la cabeza gacha rodeándose la cintura con los brazos.

Altarriba se dirigió hacia él.

—¿Estás bien, hijo? ¿Qué ha pasado?

El muchacho levantó la cara y al ver a su padre, el gesto de angustia y miedo de su rostro cambió por completo. Jorge sintió una sacudida al ver la mirada cargada de odio que le dedicó su hijo. Sin darle tiempo a reaccionar, Adam se lanzó contra él y le golpeó en el pecho con el puño cerrado.

—Todo es por tu culpa, cabrón. Es por tu culpa, por tu culpa...

El muchacho continuó descargando su ira, mientras su padre trataba de detener aquel aluvión de golpes e insultos. Por fin pudo sujetarle las manos, y sin soltarlas, ciñó el cuerpo de su hijo y le abrazó con fuerza. Inmovilizado de tal guisa, Adam dejó de resistirse y estalló en sollozos sobre su hombro, sin dejar de repetir entre balbuceos:

—Es por tu culpa, por tu culpa, por tu culpa...

Jorge le retuvo junto a él hasta que sintió que el arrebato de furia remitía. Solo entonces comenzó a aflojar su abrazo. Levantó la cara que había mantenido pegada a la cabeza de su hijo y comprobó que la gente se había apartado asustada, dejándoles solos en aquel rincón de la sala. En voz baja, tratando de tranquilizarle, le dijo:

—Ahora voy a soltarte y me contarás qué ha ocurrido, ¿de acuerdo?

Adam asintió al tiempo que sorbía los mocos. Jorge sacó un paquete de pañuelos del bolsillo y se lo tendió. El muchacho comenzó a sonarse de manera ruidosa y se dejó guiar fuera de la sala. Una vez allí comenzó a hablar con frases entrecortadas:

—Había mucha sangre en el suelo. Mamá estaba allí tirada y no dejaba de sangrar. Y había vidrios por todas partes. Yo no sabía si estaba muerta... el de la ambulancia dice que ha perdido mucha sangre... no me han dejado entrar con ella. Me han dicho que espere aquí, pero no sé a dónde se la han llevado... —Y comenzó a llorar de nuevo.

Su padre le abrazó. Se apartó cuando vio que Salgado entraba por la puerta tras aparcar el coche.

—Quédate con él —le pidió—. Voy a enterarme de cómo está Susana.

Y dirigiéndose a su hijo añadió:

—Vuelvo enseguida.

Se acercó hasta la ventanilla y pasó un rato hablando con la mujer de mediana edad que se ocupaba de las admisiones de urgencias. Regresó al cabo de diez minutos.

—Está en quirófano. Han tenido que hacerle una transfusión. Nos avisarán tan pronto acaben para que podamos hablar con el médico. No podemos hacer nada, excepto esperar.

—¿Pero se salvará? —preguntó su hijo con la voz quebrada.

Jorge se acercó de nuevo a él y le pasó un brazo alrededor de los hombros.

—Se pondrá bien. Ya lo verás.

—No. No se pondrá bien. Nunca se pondrá bien. —Adam siguió murmurando, como si hablara consigo mismo, evitando mirar a su padre—. Es culpa tuya que esté así. No te importamos. Solo piensas en ti y te da igual lo que nos ocurra.

—¡Adam! Sabes que eso no es cierto —le atajó—. Mamá saldrá adelante y ahora no es el momento de empezar con los reproches.

—Nunca lo es. Nunca tienes tiempo para nosotros.

El joven se apartó de su padre y comenzó a alejarse, pero cuando este trató de detenerle, su hijo se revolvió furioso.

—¡Déjame! —gritó—. ¡Te odio, te odio!

Una enfermera asomó por una de las puertas y les amonestó:

—Esto es un hospital. Tendrán que salir a la calle si van a seguir dando esos gritos.

El inspector se disculpó y prometió que no volvería a repetirse. La mujer le lanzó una mirada reprobadora antes de regresar a la sala de la que había salido. Cuando

Jorge se dio la vuelta para pedirle a su hijo que le acompañara a tomar un poco de aire, este había desaparecido.

Adam empujó la puerta batiente, ignorando el cartel que prohibía el paso y se adentró por el desierto corredor. Uno de los tubos de neón parpadeaba de manera intermitente, chisporroteando de vez en cuando. Se escuchaba el ronroneo incesante de un motor cercano. Caminó sin dirigirse a ningún lugar. Solo quería alejarse de su padre. ¡Le odiaba! Era un egoísta que no pensaba en nadie más que en él. Siempre lo había sido, pero desde que se marchó de casa solo se preocupaba por su trabajo y por esa imbécil de novia que se había buscado.

A ella también la odiaba. Era una hipócrita que trataba de hacerse la simpática, pero a él no le engañaba. La había descubierto un par de veces, cuando creía que él no la veía, mirándole con gesto de disgusto. No. De asco. Eso era. Le miraba con asco. Seguro que en su adolescencia nunca tuvo ni una espinilla. Ella siempre había sido bonita, con esa piel perfecta, sin ninguna mancha. La gente guapa lo tenía todo muy fácil. Igual que su padre.

Él era un hombre atractivo y las mujeres se le pegaban como moscas. Hasta le quedaba bien haberse quedado calvo. Para él resultaba fácil decirle que no se preocupara, que los granos acabarían desapareciendo en unos años. ¡Una mierda! Adam sabía muy bien que siempre sería el bicho raro, el asqueroso de los granos. El que no había conseguido nunca mirar a una chica sin que esta apartara los ojos.

Le dio una patada a una camilla vacía que vio junto a la pared. La cama chocó contra los azulejos y un estridente sonido metálico se expandió por el pasillo en todas direcciones. Se asustó por el estruendo que él mismo había provocado y sintió los músculos de su cuerpo tensándose como las cuerdas de un violín. Se quedó quieto, con el corazón palpitando alocadamente. Miró a ambos lados del pasillo, temiendo ver aparecer a alguien que le obligara a regresar a la sala de espera junto a su padre. A unos metros de donde se encontraba había una puerta y Adam corrió hasta ella. Un pequeño cartel indicaba que solo se permitía el paso a personal autorizado. La abrió y se refugió en la habitación. Esperó en la oscuridad, aguzando el oído, mientras su corazón recuperaba su ritmo normal.

No se oía nada, no obstante permaneció alerta hasta convencerse de que nadie había escuchado el golpe dado a la camilla. El pasillo seguía tan silencioso como al principio, antes de que hiciera aquella estupidez. Relajó los músculos y miró a su alrededor. Poco a poco sus ojos se acostumbraron a la oscuridad de allí dentro y pudo percibir algunas de las cosas que llenaban la habitación en la que se había colado. Varias camillas se alineaban junto a las paredes, cada una con su soporte para colgar los goteros. Parecían estandartes desnudos a la espera de una bandera.

Hacía frío allí dentro y olía a lejía. Se acercó hasta la estantería que cubría toda la pared del fondo. Hurgó dentro de una caja de cartón y sacó un montón de batas de

papel y peucos para cubrir los zapatos. De otra caja sacó un puñado de mascarillas, también de papel. En el estante de arriba vio un montón de sábanas blancas, planchadas y dobladas. Junto a ellas una pila de empapadores de cama. Siguió cotilleando entre los estantes hasta que un sonido le alertó.

Fue algo muy leve, apenas un susurro. Retrocedió sin hacer ruido hasta la puerta y escuchó de nuevo, totalmente alerta. Zsss, zsss, zsss. Alguien se acercaba, pero, quien quiera que fuera, se movía con cautela, tratando de amortiguar el sonido de sus pisadas. Adam miró a su alrededor, buscando un lugar donde ocultarse. Si le pillaban, tendría problemas para explicar qué estaba haciendo allí dentro. Recorrió toda la habitación sin descubrir ningún escondrijo. ¡Mierda! El sonido estaba cada vez más cerca, confirmándole que se trataba de los pasos de alguien que avanzaba con mucho sigilo. Y entonces tuvo una idea.

Cogió un par de sábanas de la estantería, las desplegó y cubrió con ellas una de las camillas, dejando que colgaran hasta el suelo por el frente. Luego se agazapó bajo la estructura, ocultándose tras la tela. Aún estaba colocándose en el improvisado escondite, cuando la puerta comenzó a abrirse. Permaneció inmóvil, controlando su respiración, para hacer el menor ruido posible.

Desde donde estaba solo podía atisbar una parte de la puerta. La luz del pasillo entró en la habitación permitiéndole ver dos piernas que se detenían en el umbral. El recién llegado permaneció allí un momento antes de adentrarse en el cuarto. La puerta comenzó a cerrarse tras él.

Adam sintió que el pulso se le aceleraba y se cubrió la boca con las manos. El sonido de su respiración resonaba en ese pequeño habitáculo como un viejo fuelle. Se preguntó por qué el hombre no encendía la luz. Pero antes de poder encontrar una respuesta la sábana que le ocultaba comenzó a levantarse dejándole al descubierto. Un rostro asomó bajo la camilla y dos ojos le miraron con malicia.

El inspector Altarriba y su compañero interrumpieron la búsqueda de Adam cuando les avisaron de que la intervención de Susana había terminado y el cirujano saldría a informarles sobre su estado.

—Hemos conseguido estabilizarla, aunque ha habido que hacerle una transfusión. Había perdido mucha sangre. Los paramédicos llegaron justo a tiempo. Unos minutos más y...

—¿Pero está fuera de peligro? —preguntó Jorge anhelante.

—Sí. Se recuperará. Las heridas de la pierna tardarán algún tiempo en sanar, pero no creo que le impidan volver a caminar con normalidad. El resto de los cortes son más superficiales.

—¿Puede decirnos algo sobre el tipo de arma utilizada?

—¿Arma? —El médico les miró como si desconociera el significado de la palabra —. ¿Quiere decir que no fue un accidente?

Los dos policías miraron al médico con la misma cara de estupor con que él les miraba a los dos.

—¿Qué le causó las heridas? —insistió Jorge.

—Son cortes producidos por cristales. Por la disposición de las heridas pensé que se trataba de algún accidente doméstico. Todas las incisiones están en la parte anterior izquierda del cuerpo, cerca de la pelvis, dando la impresión de haber caído sobre un montón de vidrios rotos. Tras detener la hemorragia de la femoral, hemos limpiado los cortes y extraído multitud de esquirlas de cristal. En la frente tiene algunos rasguños sin importancia.

Altarriba intercambió una mirada con su compañero, pero no hizo más comentarios. Se limitó a escuchar las explicaciones del médico hasta que este se despidió porque tenía otros pacientes a los que atender.

Se disponían a retomar la búsqueda de Adam cuando le vieron salir por una de las puertas de acceso a los quirófanos escoltado por un camillero. El hombre se acercó hasta los dos policías:

—Estaba escondido en uno de los almacenes de lencería. Ya le he explicado que no puede entrar allí. Creo que se ha llevado un buen susto.

Luego se alejó dedicándole una compasiva sonrisa a Adam, quien apartó la vista con gesto huraño.

Era ya de madrugada cuando Sasa entró en el club. El local estaba casi vacío. Apenas un par de clientes se mantenían junto a la barra aferrados a sus cubatas aguados. Parecían viejos conocidos, ya que ninguna de las chicas les hacía el menor caso. Una de las jóvenes dormitaba en el sofá de un reservado con la boca entreabierta. Un poco de saliva resbalaba por la comisura de sus labios arrastrando a su paso restos de carmín.

La llegada del serbio no despertó ningún interés entre las mujeres. Se limitaron a saludarle con indiferente familiaridad. Él preguntó por Vesna. Mientras esperaba pidió una botella de agua, que apuró de un solo trago.

Una atractiva morena, de ojos verdes y piel pálida bajó al cabo de un minuto. El hombretón no movió un músculo cuando la mujer se le acercó con andares insinuantes y una desvergonzada sonrisa en los labios. Entrecerró los ojos para observarla y una sombra de desconfianza brilló tras ellos.

—Me alegro de verte, Sasa.

—Dijiste que querías hablar conmigo. Aquí estoy.

—En realidad, solo me apetecía charlar un rato. Hace tanto tiempo que no vienes por aquí... ¿Quieres beber algo?

Sasa señaló la botella de agua vacía. La mujer rodeó la barra y vertió un generoso chorretón de vodka en dos vasos. Sin hielo. Regresó junto a él y se encaramó a uno de los taburetes. Sus muslos, apenas cubiertos por una escueta minifalda rozaron las

rodillas del hombre, quien apenas les dirigió una fría mirada. La mujer cogió uno de los vasos y tras lanzarle un guiño lo apuró de un solo trago. El hombre la imitó. Los dejaron al mismo tiempo sobre la barra con un único golpe seco.

—Pareces cansado. ¿Por qué no me acompañas arriba y te relajas un poco mientras hablamos?

El hombre apartó los ojos de ella y observó el local. Uno de los clientes se había marchado y el otro parecía estar dudando entre irse a dormir o pedir una última copa. La música había dejado de sonar y tan solo se escuchaba el sonido de algún coche circulando por la calle.

Vesna deslizó un brazo sobre los hombros y le acarició la nuca con sus largas uñas pintadas de negro, obligándole a mirarla de nuevo.

—¿Qué pasa Sasa, ya no te gusto?

Por toda respuesta, el hombre se levantó y se dirigió hacia las escaleras que llevaban a las habitaciones. La mujer le siguió, olvidando su contoneo, pero luciendo la misma sonrisa maliciosa. Antes de subir, indicó por señas a las mujeres que echaran al último cliente y cerraran el local.

El cuarto olía a sudor y a tabaco. Las sábanas se veían arrugadas y no parecían muy limpias. Antes de acercarse a la cama, Sasa abrió la puerta del diminuto baño y escudriñó su interior. Estaba vacío.

La mujer se le acercó y apoyó sus manos sobre los marcados pectorales que se dibujaban bajo la camiseta. Comenzó a bajarlas despacio, tanteando con sus dedos los endurecidos músculos. El hombre se dejó acariciar sin soltar una palabra. Se limitó a mirarla entrecerrando los ojos y a retroceder lentamente hasta acabar apoyado contra la pared. Ella pegó su cuerpo al de él y le susurró:

—Sigues machacándote en el gimnasio, por lo que veo. Deberías darte un respiro de vez en cuando.

Comenzó a mordisquearle la oreja. Le pasó la lengua por el borde del lóbulo y recorrió con sus labios el musculado cuello, dejando un rastro brillante de saliva. Las manos habían llegado al borde de la camiseta y se perdieron bajo esta. No tardaron en descender de nuevo, para jugar con los botones de la bragueta. Con dedos ágiles recorrió el espacio que quedaba entre la cinturilla del pantalón y la piel del hombre. Aunque él seguía manteniendo una pose de abandonado desdén, y continuaba sin responder de manera activa a las caricias de la mujer, Vesna sintió crecer la erección contra sus muslos. Sonrió y con deliberada lentitud empezó a bajarle la cremallera de la bragueta.

—He oído que vas a marcharte pronto —le susurró al oído—. Deberíamos aprovechar, ya que puede ser nuestro último encuentro.

El cuerpo del hombre se tensó.

—¿De qué hablas? —preguntó cortante.

La mujer no permitió que su ánimo decayera. Deslizó una mano dentro del *slip* y comenzó a acariciarle con hábiles movimientos.

—Dicen que Jelena ha encontrado a quien le haga olvidar a Goran y que pronto te reunirás con ella.

Aquello acabó con la fingida indiferencia en que se había mantenido hasta entonces. Con un ronco resoplido la agarró por las caderas y la levantó como si fuera una muñeca. La apoyó contra la pared y le levantó la falda hasta la cintura. Con gesto brusco le arrancó las bragas y comenzó a manosearle las nalgas. Sus enormes manos las cubrían por completo, dejando unas marcas sonrosadas bajo la presión de sus dedos. La mujer lanzó un gemido cuando él mordió uno de sus pechos.

—Un poco más suave, Sasa —musitó.

Con movimientos precipitados el hombre se bajó los pantalones y los calzoncillos y los dejó caer alrededor de sus tobillos. Agarró a la mujer y la puso de espaldas, obligándola a pegar su rostro contra la pared. La penetró sin ningún cuidado, indiferente a los roncossonidos de ella. Sintió su delgado cuerpo revolverse y tratar de escapar de aquel forzado abrazo, pero no aflojó la presión. Sus embestidas se tornaron más agresivas. Siguió bombeando con furia dispuesto a exprimir hasta la última gota de energía de su propio cuerpo. Su voluntad quedó reducida al simple movimiento de empujar y retroceder, ignorando los entrecortados quejidos que la mujer soltaba con cada nueva arremetida.

Cuando acabó, utilizó la falda de Vesna para limpiarse antes de volver a vestirse. Se apartó de ella y se dirigió a la puerta. Desde allí le lanzó una última mirada.

—Diles qué encontraré a Jelena y la traeré de vuelta. —Y añadió con resentimiento—. Tú deberías saber mejor que nadie que no he tenido nada que ver con su huida.

Ella le observó entre furiosa y humillada. Sasa rebuscó en su bolsillo y sacó un par de billetes arrugados que tiró sobre la cama. La mujer le dijo molesta:

—Nunca te he pedido dinero.

—Esta vez solo era trabajo.

Luego bajó las solitarias escaleras y abandonó el club.

## QUINCE MESES ANTES

El camión ha vuelto a detenerse y Anja se despierta de golpe.

—¿Dónde estamos? —pregunta en voz baja mientras se incorpora. Se sienta a mi lado y apoya la espalda contra el interior metálico del cuchitril en el que estamos encerradas. La chica que está junto a la puerta responde entre susurros:

—Creo que nos hemos detenido en otra gasolinera. —Y pega su oreja a la pared tratando de captar algún sonido que nos indique qué está ocurriendo ahí afuera.

Llevamos tanto tiempo aquí encerradas que hemos dejado de contar las horas. Ahora nos limitamos a dejar pasar el tiempo en medio de un angustioso silencio. Ni siquiera nos atrevemos a hablar en voz alta.

La primera vez que el camión se detuvo comenzamos a gritar con la esperanza de que alguien nos oyera y viniera en nuestra ayuda. Pero el camión arrancó de nuevo sin que nuestros gritos hubieran servido para nada. Poco después escuchamos una voz que salía de la rejilla que hay en el techo del cubículo. Lo que nos dijo arrancó de cuajo las pocas esperanzas que todavía albergábamos y nos sumió en la más negra desesperación.

—Escuchadme bien, putitas, porque no lo voy a repetir dos veces.

Dejamos de llorar y le prestamos atención, sabiendo que de aquellas palabras podían depender nuestras vidas.

—Estáis en un cajón de acero, totalmente insonorizado, y oculto en el falso fondo de un camión contenedor. Así que ahorraros los gritos porque nadie va a escucharlos. Yo soy el único que puede hacerlo y si me molestáis demasiado solo tengo que apretar un botón para dejar de oíros. ¿Ha quedado claro?

Nos miramos con el miedo prendido en nuestros rostros pero no dijimos nada, por lo que el hombre volvió a preguntar, esta vez gritando:

—¡He dicho que si ha quedado claro!

Una de las mujeres se atrevió a responder con un tímido sí.

—Muy bien. Veo que vais entendiendo. Estaréis calladitas y quietecitas porque el viaje será largo. Si os portáis bien, dentro de un rato os llevaré algo de beber, porque en cuanto salga el sol comenzará a hacer mucho calor ahí dentro y no quiero que ninguna se muera deshidratada por el camino. Pero al menor intento de darme problemas apago el botón y os dejo asaros ahí hasta que lleguemos a nuestro destino. ¿Ha quedado claro?

—¿Y si tenemos que ir al baño? —se atrevió a preguntar una de las chicas.

—En el rincón hay un bidón de plástico. Usadlo. Y cuidado con no mear fuera, porque os lo haré limpiar a vosotras cuando lleguemos.

Así que desde entonces nos hemos limitado a hablar entre susurros para que él no nos oiga. Creo que esta es la cuarta vez que nos detenemos para repostar. Las botellas

de agua que nos pasó a través de una pequeña ranura después de la segunda parada ya hace tiempo que están vacías. Debe ser de noche otra vez porque al menos ahora ya no hace tanto calor. Pero seguimos sin saber dónde estamos ni a dónde nos lleva.

La chica que está junto a la puerta nos hace una seña de que algo está ocurriendo. De pronto, un sonido chirriante nos despierta a todas y hace que nuestros corazones comiencen a latir de manera acelerada. Tras unos angustiosos minutos la puerta comienza a abrirse y una voz de hombre empieza a darnos órdenes a gritos:

—Vamos, id saliendo. ¡Rápido!

Busco la mano de mi hermana y ella me la aprieta con fuerza, pero tenemos que soltarnos para poder salir gateando del cajón. Cuando por fin bajamos del camión aspiro con fuerza el aire fresco de la noche. Después de tantas horas respirando la fétida atmósfera de nuestra celda esa pureza me resulta dolorosamente reconfortante. Hay cuatro hombres y una mujer esperándonos. Nos observan con una frialdad insultante. Parece que estén examinando el ganado que se disponen a comprar.

La mujer es la primera en acercarse y nos dedica una sonrisa tan falsa que solo consigue que retrocedamos asustadas.

—Mis pobres chicas. Un viaje tan largo. Estaréis cansadas. Pero no os preocupéis, ahora podréis cenar y daros un baño. Seguro que eso os reanimará.

Coge de la barbilla a una de las chicas y le levanta la cara para examinarla. Primero un lado y luego el otro. Cuando la suelta dice, como hablando con ella misma:

—Muy bonita. Vaya que sí.

Después se acerca hacia mí. Yo sigo aferrada a la mano de mi hermana y trato de ocultarme detrás de ella. Pero la mujer me agarra del brazo y me obliga a dar un paso adelante.

—Tú debes ser la virgencita. —Y lanza una risotada que me hace sentir sucia—. Hay alguien con muchas ganas de conocerte, pero antes tendremos que adecentarte un poco. Hueles a establo.

Empieza a caminar hacia la casa arrastrándome del brazo, pero yo me resisto y comienzo a llamar a Anja entre sollozos. Mi hermana ni siquiera intenta ayudarme. Se queda mirándome con enorme tristeza mientras las fluorescentes luces de neón iluminan las lágrimas que vuelven a correr por sus mejillas. El cartel que hay a su espalda anuncia con su parpadeo de brillantes colores: «CLUB PARAÍSO. HOT GIRLS».

## CAPÍTULO 8 - JUEVES

Cuando Jorge y Adam llegaron al apartamento, Carla llevaba horas durmiendo. Tratando de no hacer ruido para no despertarla, arreglaron la cama que Adam utilizaba en las contadas ocasiones en que se quedaba a pasar la noche en el piso de su padre. Jorge ignoró el comentario de su hijo cuando este señaló que en aquella habitación la cama nunca tenía sábanas puestas. Allí nunca se esperaba su compañía.

Esa noche el inspector Altarriba durmió mal. Se despertó un par de veces con la boca seca y una fuerte quemazón en el estómago. Carla ocupaba todo el colchón y su cuerpo despedía un calor que se le antojó insoportable. Trató de apartarla, pero ella se dio la vuelta y, sin llegar a despertarse, le rodeó con sus brazos. A Jorge le costó retomar el sueño por lo que acabó levantándose y yéndose a dormir al sofá. Sin saber por qué, ese cambio de escenario le hizo pensar en Jelena.

No sabía nada de ella desde que la dejó en el piso de acogida dos días atrás. Le preocupaba que Milos estuviera buscándola o, peor todavía, que el comisario Espinosa recurriera a sus contactos para averiguar dónde se escondía. Quizá debería buscarle otro lugar y trasladarla sin decírselo a nadie en comisaría. Era la única manera de asegurarse de que no la localizarían. Su pasaporte aún tardaría unos días en estar listo y eran muchas las cosas que podían ocurrir mientras tanto.

Al pensar en todo lo que podía torcerse, la imagen de Susana tendida en la cama del hospital y rodeada de goteros le asaltó de nuevo. Se preguntó si en verdad había sido un accidente casero como el médico pensaba o si algo más turbio se ocultaba tras ello. Los agentes que habían acudido a la casa confirmaron que la puerta de entrada no había sido forzada y tampoco encontraron señales que hicieran pensar que alguien se hubiera colado allí. En la cocina, si no se prestaba atención al espeluznante reguero de sangre que teñía todas las baldosas de un púrpura escandaloso, nada parecía estar fuera de sitio, a excepción de los cristales rotos de una botella y un par de vasos. Quizá fue un accidente, después de todo, sin ninguna relación con las fotografías recibidas. Pensándolo bien, esas fotos no podían considerarse como una amenaza. Eran de mal gusto, eso sí, pero no amenazantes. Esas fotos...

Cuando Carla le despertó, tuvo la sensación de que acababa de cerrar los ojos.

—¿Cómo está Susana? —le preguntó su novia acercándose para darle un beso—. Anoche no te oí llegar.

—Se nos hizo muy tarde. Adam está durmiendo en la otra habitación. Se quedará unos días con nosotros, hasta que le den el alta a su madre.

Con gesto cansado, Jorge se obligó a levantarse del sofá y se metió en la ducha. Tenía un horrible dolor de cabeza y notaba los músculos entumecidos. Llevaba varios días sin acudir al gimnasio y su cuerpo acusaba la falta de actividad. Tendría que sacar tiempo de donde fuera para hacer un poco de deporte o acabaría oxidándose

como un clavo viejo.

Entró en la cocina, ya vestido, y le pidió a Carla un ibuprofeno. Se lo tragó sin agua y luego se tomó el café que ella le tendió.

—¿No deberías despertar a Adam? Llegará tarde a clase.

—Déjale que descanse. Llamaré al instituto para avisarles de que hoy no irá. ¿Y eso de ahí? —preguntó atraído por los extraños caracteres escritos en una botella que había sobre la encimera.

—¡Ah! Me la dio ese tipo del otro día. —Carla trató de recordar el nombre—. Dijo que te conocía. Escribió una nota un poco extraña. Está ahí.

El inspector Altarriba dejó la taza y cogió la botella. Su rostro se descompuso cuando leyó el mensaje.

—¿Cuándo te dio esto? —Preguntó iracundo—. ¿Por qué no me habías dicho nada?

Carla se dio la vuelta y le miró sorprendida. Sus ojos castaños se agrandaron desconcertados por el tono empleado.

—Te llamé un par de veces, pero tenías el móvil apagado. Y después con todo lo que pasó con Susana... me olvidé.

—¿Cuándo te lo dio? ¿Vino aquí, a casa?

—No... ¿Qué es lo que ocurre?

—¿Dónde le viste? —insistió Jorge agarrándola del brazo.

—¡Suéltame! Me haces daño.

Carla se apartó de él y le miró acalorada. Jorge se disculpó por su brusquedad y volvió a preguntar, esta vez menos agresivo:

—Por favor Carla, es importante. ¿Estuvo aquí?

—No, ya te lo he dicho. Vino a la agencia. Dijo que quería comprar unos billetes y... —Al ver el gesto suspicaz de Jorge pareció comprender de pronto—. Supongo que no era más que una excusa, ¿verdad? Que estúpida. Debí darme cuenta.

—¿Qué más te dijo? —insistió él.

Carla le relató la visita y al acabar preguntó preocupada:

—¿Vas a decirme quién es ese hombre y por qué te has alterado tanto? ¿Qué significa esa nota?

Jorge la hizo sentarse y le contó quien era Sasa y para quien trabajaba. Le habló del tipo de negocios en los que andaban metidos y su implicación en la muerte de Goran. Luego le relató cómo había ayudado a escapar a Jelena. Carla se había puesto pálida según le escuchaba. Por fin, cuando logró comprender lo que significaba la nota exclamó:

—¿Están amenazándote para que les digas dónde está esa chica? ¿Crees que han tenido algo que ver con el accidente de Susana?

Jorge negó que hubiera alguna relación entre lo ocurrido y la desaparición de la joven, pero su respuesta no resultó muy convincente.

—Creo que los serbios no tuvieron nada que ver. Los policías que vigilaban la

casa de Susana no vieron a nadie y la puerta no estaba forzada. Seguro que fue un accidente. Ella misma podrá confirmarlo cuando despierte.

—¿Los policías que vigilaban la casa de Susana? —preguntó sorprendida.

—Sí, llevaban un par de días allí. Solo por precaución.

Carla se levantó de la silla, con movimientos pausados y le miró sin decir una palabra. Agitó la cabeza un par de veces, tratando de negar algo que solo ella era capaz de escuchar. Se dio la vuelta y salió de la cocina.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jorge levantándose también y siguiéndola hasta la habitación—. ¿Qué te pasa?

Como única respuesta, la mujer sacó una maleta de debajo de la cama y comenzó a lanzar dentro la ropa que iba descolgando del armario. Jorge la miraba atónito, incapaz de comprender su reacción.

—Carla, ¿qué estás haciendo?

Ella siguió con su tarea, pretendiendo no haberle oído. Paso junto a él, sin apenas mirarle, y abrió los cajones de la cómoda. Con las dos manos sacó todo el contenido de uno de ellos y lo soltó sobre la cama. Luego comenzó a seleccionar lo que quería. Jorge la agarró por los hombros y la obligó a darse la vuelta para mirarle.

—¿Qué demonios te ocurre?

—Me marchó. No quiero seguir contigo.

Su voz sonó cansada, desprovista de emoción. Y Jorge retrocedió al escucharla. Se llevó las manos a la cabeza y se la frotó con las yemas de los dedos. Con fuerza. Como si quisiera borrar alguna idea molesta que se negaba a desaparecer.

Carla se sentó en el borde de la cama, dejó sus manos desmayadas en el regazo y le miró a los ojos por fin:

—Esto es un error. Nuestra historia no funciona y no lo hará nunca.

—¿Qué es lo que no funciona? Creía que estábamos adaptándonos bien el uno al otro.

—No. Yo me estoy adaptando a ti. —Su voz comenzó a adquirir un tono más vivo—. Tú no te adaptas nunca. Eres egoísta, desconsiderado... en realidad no te interesas por nadie.

Jorge la dejó hablar. Todo aquello le resultaba tan familiar... Los mismos reproches, la misma ira contenida, el mismo dolor. La mujer siguió hablando. Su voz había adquirido un matiz crispado y algunas de sus palabras acababan convertidas en agudos gritos.

—Felipe me lo advirtió. Me dijo que era un error venir a vivir contigo, pero no quise escucharle.

—Tu amigo Felipe no es el más indicado para darte consejos. Sus relaciones empiezan en un bar gay y acaban al día siguiente, después de una ducha.

Carla ignoró el comentario despectivo y añadió irritada:

—Yo creía que te importaba, pero veo que no es así.

—Claro que me importas. Sé que estos últimos días he andado muy liado y

apenas hemos tenido tiempo para...

—¿Te importo? ¿De veras te importo? —preguntó con afilada animosidad—. Si de verdad te importo, ¿cómo es posible que solo te hayas preocupado por la seguridad de tu hijo y de Susana, olvidándote de mí? A ellos les envías policías para protegerles y a mí ni siquiera te molestas en avisarme para que pueda estar prevenida. ¿Es así como te preocupas por mí?

Jorge apartó los ojos y lanzó un prolongado soplido a través de sus labios. Ella se levantó y cerró la maleta. La arrastró hasta la puerta, indiferente al sonido chirriante que las ruedas producían al deslizarse por las baldosas.

Permaneció sentado sobre la cama, con la cabeza escondida entre sus manos, hasta mucho después de que aquel sonido, junto con los pasos de Carla, dejara de oírse. Cuando por fin abrió los ojos vio a su hijo apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos ceñidos alrededor de la cintura y un extraño brillo en su mirada.

—¿Se ha marchado?

—No. Bueno, si... pero hablaré con ella más tarde —respondió mientras se levantaba de la cama y se acercaba hasta él—. ¿Tú cómo estás? ¿Has descansado?

—Es mejor que se haya largado —dijo Adam, ignorando la pregunta de su padre. Y añadió—. Estaremos mejor sin ella.

Jorge no tenía ánimos para discutir, así que le pasó el brazo sobre los hombros y se encaminó hacia la cocina.

—La llamaré esta tarde cuando esté más calmada. Ahora vamos a tomar algo antes de ir al hospital para ver cómo está mamá. ¿Qué desayunas?

Adam sacó un cartón de leche de la nevera y se preparó un bol de cereales. Jorge introdujo una cápsula nueva de café en la máquina y tiró por el fregadero el que Carla le había servido. Estaba tan frío como fría había sido su despedida.

—No la llames —dijo el joven con la boca llena. Una gota de leche le resbaló por la comisura del labio y la atrapó con la punta de la lengua antes de seguir—. Olvídate de ella, papá. Que se haya marchado es lo mejor que podía pasarnos.

—Pensaba que Carla te caía bien —contestó molesto por la vehemencia de su hijo.

—No tiene nada que ver con que me caiga bien. Ella no es de la familia. Está de sobra. Ahora podrás volver con mamá y conmigo.

Jorge le miró preocupado. El muchacho seguía engullendo los cereales sin levantar la cabeza. Antes de tragar el bocado anterior ya estaba metiéndose una nueva cucharada en la boca.

—No puedes hablar en serio, Adam. Sabes muy bien que los problemas entre tu madre y yo no tienen nada que ver con Carla.

Su hijo siguió comiendo, y sin levantar los ojos del desayuno añadió categórico:

—Si ella no hubiera aparecido no te habrías marchado de casa. Ahora que se ha ido volveremos a ser una familia.

—Escucha hijo, las cosas no son tan simples. Tu madre y yo...

—Voy a lavarme los dientes —le interrumpió el joven, levantándose y haciendo rechinar las patas de la silla. Tiró el bol dentro del fregadero y salió de la cocina dejando a su padre con las palabras colgadas de la boca.

De camino al hospital se detuvieron en la casa de Susana para recoger la mochila de Adam y algo de ropa para los próximos días, sin olvidar la tabla de skate y el ordenador portátil. Una vez allí, comprobaron decepcionados que la mujer seguía dormida, por lo que acordaron regresar más tarde, al finalizar las clases. El inspector Altarriba pidió al policía apostado en la habitación que le avisará en cuanto hubiera algún cambio. Luego dejó a su hijo en la puerta del instituto antes de dirigirse a la comisaría. Durante el trayecto, ninguno de los dos volvió a mencionar a Carla.

Jelena se apartó de la ventana con gesto resuelto. Estaba harta de permanecer encerrada en el piso, sola y sin posibilidad de intercambiar una palabra con nadie. Las dos mujeres con las que debía compartir esa vivienda se levantaban muy temprano, antes de que se despertara, y no regresaban hasta altas horas de la madrugada, encerrándose en sus propias habitaciones sin apenas saludarla. Sabía que recelaban de ella, pues era evidente que su caso no era el de una mujer maltratada que huía de un marido o un novio psicópata. Su presencia en el piso las incomodaba, así que estaban decididas a rehuir su compañía mientras estuviera allí.

Llevaba metida en aquel apartamento claustrofóbico más de cuarenta y ocho horas, sin poder ocupar el tiempo en nada que la distrajera. Cuando llegó no le preocupó el hecho de que en la vivienda no hubiera ningún televisor ni un ordenador que funcionara. Se conformó con la compañía de una vieja radio en la que apenas se podían sintonizar un par de emisoras. Pero tras varias horas de escuchar las mismas canciones machaconas repetidas hasta la saciedad, acabó apagándola para no caer en la tentación de lanzarla por la ventana o estrellarla contra la pared.

En la estantería de la sala descubrió algunos libros, pero su español no era lo bastante bueno para poder seguir las historias que narraban. Así que se entretuvo ojeando dos revistas atrasadas que encontró en el baño. A estas alturas las había repasado tantas veces que conocía a los personajes de cada fotografía como si fueran amigos íntimos. Luego comenzó a caminar.

Recorrió el pequeño pasillo que comunicaba las habitaciones con la cocina más de quinientas veces, contando los pasos que podía dar en todas las direcciones. Desde la puerta de la calle hasta su habitación: catorce pasos. De la cocina al final de la sala: nueve y medio. De la sala al cuarto de baño: doce pasos. Catorce si entraba dentro de la ducha.

Decidió que no era capaz de aguantar ni un minuto más allí encerrada. Si no salía a respirar un poco de aire fresco y a estirar las piernas se volvería loca. Utilizaría de nuevo el disfraz que usó para escapar de Sasa y daría un pequeño paseo. Solo diez minutos. El tiempo suficiente para comprar nuevas revistas con las que entretenerse

los próximos días. Tal vez podría acercarse hasta el parque cercano que se divisaba desde la ventana y disfrutar unos minutos sentada en un banco al aire libre. Era casi imposible que su hermano y sus secuaces la buscaran por allí.

Cuando sonó el móvil, Jorge Altarriba contestó al primer timbrazo con la esperanza de que llamaran del hospital para informarle de que Susana había despertado.

—Inspector, preguntan por «el Zidane». Creo que es el mismo tipo que llamó hace unos días.

—Pásemelo —contestó con avidez— y trate de localizar desde dónde llama esta vez.

Carraspeó para aclararse la voz antes de responder:

—Soy el inspector Altarriba.

—Tío, ha vuelto ¿sabes? Le estoy viendo. —La voz sonaba agitada, pero a pesar de ello el inspector tuvo claro que se trataba del mismo hombre de días atrás.

—¿A quién estás viendo?

—Al del otro día, tío. Al que le sacó los ojos a ese vagabundo. Está aquí.

El cuerpo del policía se tensó activado por un resorte de alerta y se levantó de la silla.

—¿Dónde estás?

—Aquí. En el parque.

—¿El parque del Oeste, donde encontramos al vagabundo?

—Sí tío, al lado de los columpios, ¿sabes? ¡Qué fuerte! Le estoy viendo. —Soltó una risita divertida seguida por un sonido nasal de sorber mocos—. A lo mejor le gustó eso de arrancar los ojos y está buscando a otro tío para hacerle lo mismo.

El inspector sintió un escalofrío al escuchar la frivolidad con que su interlocutor soltaba semejante comentario. Aquel tipo le producía náuseas.

—Estaremos ahí en quince minutos. Esta vez espéranos —ordenó saliendo de su despacho.

—Claro que os espero, pero trae mi pasta, tío. Por lo menos doscientos euracos si quieres que te diga quién es.

—Vale, llevaré el dinero. ¿Cómo te reconozco?

—No te preocupes que yo sí que te conozco a ti. ¡Ostias! Me ha visto, tío.

—¿Qué significa que te ha visto? ¿Te conoce? —preguntó alarmado el inspector. Indicó por señas a un par de agentes que le acompañaran y sin dejar de hablar con aquel desagradable tipejo, los tres policías salieron de la comisaria y entraron en el coche.

—Creo que me ha reconocido, tío. Seguro que me vio el otro día. —Soltó una nueva risita, esta vez un tanto nerviosa—. Me está mirando. Si se acerca le voy a meter una...

—Ni se te ocurra acercarte a él. ¿Me oyes? Ese hombre puede ser peligroso.

—Ese no tiene ni media ostia. Como trate de meterse conmigo...

—Mantente alejado de él, pero procura no perderle de vista.

Adam había esperado a que el coche de su padre se perdiera entre el tráfico para dar media vuelta y alejarse del instituto. Necesitaba reflexionar y no podía hacerlo encerrado dentro de un aula y con la charla insustancial de sus profesores como sonido de fondo. Se encaminó hacia el parque con la tabla de skate colgada de la mochila.

Marchaba ajeno a lo que le rodeaba, con un millón de ideas hormigueando por su cabeza. La solución a todo era que Carla desapareciera de sus vidas, para que ellos tres volvieran a estar juntos en casa. Lo que su padre sentía por ella no podía ser nada serio. Desde luego no era amor de verdad. Tan solo se trataba de un capricho pasajero, un ligue más, igual que tantas otras. Aunque él no se hubiera dado cuenta todavía. Así que había llegado el momento de entrar en acción. Si quería recuperar a su familia y que sus padres volvieran a estar juntos tendría que ocuparse él mismo. Ya no podía esperar a que su padre reaccionara e hiciera lo correcto. Llevaba demasiado tiempo mandándole señales que este era incapaz de entender.

Comenzó a considerar diversas alternativas para lograr que la marcha de Carla fuera definitiva. Descartó algunas opciones por ser demasiado infantiles y otras por poco prácticas. Necesitaba algo contundente. Irreversible. Poco a poco una idea comenzó a empujar con fuerza sobre las demás. Era arriesgada y peligrosa, pero valía la pena intentarlo. Seguro que su padre acabaría agradeciéndoselo cuando volvieran a ser una familia.

Cuando llegó al parque, su plan estaba ya decidido. Lanzó un vistazo a su alrededor y le fastidió la cantidad de gente que vio por allí. Era un día soleado y la zona bullía de visitantes. Parecían afanosas hormigas entrecruzando sus caminos, con sus grotescas cargas a cuestas. Unos ancianos repantigados en un banco le hicieron pensar en las lagartijas tendidas al sol en verano. Agachó la cabeza y enfiló hacia el área de skate, sin molestarse en pedir disculpas a una joven de pelo negro a la que casi derribó de un empujón. Siguió caminando, indiferente a la mirada irritada que esta le lanzó, mientras pensaba: *Ya podría cortarse ese ridículo flequillo. Parece que lleve una peluca.*

Ató la mochila al mismo árbol que otras veces y sacó la tabla para practicar unos saltos. Incluso los *ollies* más sencillos se le resistían hoy. Estaba tan enfrascado perfilando los detalles de su plan, que apenas prestaba atención a lo que sus piernas hacían por cuenta propia. Llamaría a Carla y le diría... No, por teléfono no. Iría a casa de su amigo Felipe a buscarla para hablar con ella... aunque quizá se negara a verle, después de la bronca de esta mañana. Mejor esperarla a la salida del trabajo y decirle que iba de parte de su padre. Aunque conociéndola, querría esperar a que... Adam tenía claro que no iba a esperar.

Apenas tuvo tiempo de reaccionar. La rueda de su tabla se enganchó en una grieta del bordillo y salió despedido hacia delante, golpeándose el codo contra el asfalto. Soltó un juramento y se quedó sentado en el suelo, frotándose el brazo magullado. Fue entonces cuando le vio de nuevo.

Era el mismo hombre de la otra vez y también ahora le observaba. Toda la irritación que había estado acumulando pareció concentrarse de pronto y una ira sorda empezó a burbujearle por dentro. Adam se levantó sin dejar de mirarle. El hombre simulaba hablar por teléfono, pero el joven no se dejó engañar. Recogió la tabla y se dirigió sin prisas al árbol para desatar su mochila. Esta vez no iba a salir huyendo. No era ningún cobarde.

Comenzó a caminar en dirección opuesta a la puerta por la que llegó al parque. Sabía que al otro lado de los columpios había una salida que daba a un paso subterráneo que permitía cruzar la avenida. Echó un vistazo sobre su hombro y comprobó que el hombre, al igual que la vez anterior, le seguía a cierta distancia. Caminó con calma hasta salir del parque y llegar a las escaleras. Las bajó con un trotecillo despreocupado pero cuando llegó abajo comenzó a correr hasta doblar la esquina. Entonces se paró en seco.

Dejó caer la mochila al suelo y con gesto crispado agarró el skate con las dos manos. Asió la tabla con fuerza y la levantó sobre su hombro izquierdo preparándose para golpear. Luego esperó, con la respiración jadeante, pegado a la pared.

Pronto escuchó los pasos de alguien bajando las escaleras. El sonido se propagó por aquel túnel que permanecía en constante penumbra. Su perseguidor se acercaba con pasos rápidos y firmes, confiando en poder continuar la caza por el largo pasadizo. Adam sintió las palmas húmedas y se aferró con fuerza a la áspera superficie de la tabla. El sonido fatigoso de su propia respiración quedaba amortiguado por el rítmico golpeteo de las pisadas que se aproximaban.

Cuando al fin el hombre dobló la esquina, Adam se abalanzó sobre él y le golpeó con furia. Un sonido hueco, como de nuez partida, rebotó por las paredes al mismo tiempo que el hombre caía desplomado al suelo. Sin concederse tiempo para pensar en lo que hacía se inclinó sobre el caído y le golpeó de nuevo. Un chorretón cálido y brillante le salpicó las manos y pintó su tabla de un agresivo color escarlata.

Luego recogió la mochila, agarró la tabla bajo el brazo y echó a correr alejándose de allí. No se detuvo hasta llegar a casa. Solo entonces se preguntó si el hombre estaría muerto.

El tráfico era denso a esas horas y al inspector se le hicieron eternos los cuarenta minutos que tardaron en llegar a esa parte de la ciudad. Cuando se aproximaban al parque escucharon el sonido estridente de una ambulancia seguido por la sirena de un coche patrulla. Los dos vehículos pararon frente a la entrada segundos antes de hacerlo ellos.

—¿Quién coño ha pedido una patrulla? Con el escándalo que están metiendo nuestro hombre habrá desaparecido otra vez. ¡Mierda!

Dejó el coche sobre la acera, justo detrás del otro vehículo policial y bajó mascullando imprecaciones. Se aproximó a los agentes de uniforme y les increpó en un tono desabrido. Pero cuando por fin estos pudieron explicarse le informaron que acudían para atender la llamada de una mujer, la cual había encontrado a un hombre malherido en uno de los túneles subterráneos cerca del parque.

—Parece que le han dado una paliza. Seguro que para robarle. La mujer ha dicho que el hombre tenía un golpe en la frente del que manaba mucha sangre. Por eso hemos llamado a la ambulancia. Estaba muy nerviosa y parecía un poco incoherente.

Jorge se frotó la calva con las yemas de los dedos y, tras disculparse con ellos, les permitió que siguieran a los dos paramédicos que ya se adentraban en el parque.

—Joder, que putada —exclamó dirigiéndose a sus hombres—. Vamos a tener que esperar a que llame otra vez el cretino ese, porque seguro que se habrá largado al oír todo este jaleo. ¡Mierda!

—Este parque se está volviendo muy peligroso —les gritó un anciano que les observaba desde un desvencijado banco—. Deberían expulsar a todos esos inmigrantes y se acabarían los problemas.

Los policías se adentraron en el parque sin responder a la provocación del viejo.

Adam intentó meter la llave en la cerradura por tercera vez. El incontrolable temblor de sus manos se lo impidió y las escondió de nuevo en los bolsillos. Echó una ojeada a su alrededor. Nadie de los que pasaban por la calle parecía reparar en él. Como siempre. Se frotó las palmas contra el interior del bolsillo. Las sentía pegajosas tras haber intentado limpiar los restos de sangre de la tabla, aunque solo había conseguido embadurnarla más todavía. Aquella viscosidad le daba asco, pero no era el momento de pensar en ello. Respiró hondo mientras se repetía: «Cálmate. Ahora todo está bajo control».

Lo intentó de nuevo y esta vez lo consiguió. Giró la llave, abrió la puerta y entró a la ansiada penumbra del vestíbulo. Se apoyó contra la pared y logró por fin respirar con la intensidad que su cuerpo le exigía. Comenzó a jadear. Su corazón bombeaba con tanto estrépito que no le permitía escuchar ningún otro sonido. Tenía la camiseta empapada bajo la chaqueta y seguía sudando. Un temblor frío le recorrió la espalda cuando miró sus manos. Las manchas se habían secado sobre su piel y mostraban un color parduzco. La sangre se había colado bajo las uñas manchándolas de un oscuro carmesí.

Subió las escaleras, entró en casa y recorrió el pasillo sin hacer ningún ruido, aun sabiendo que nadie podía oírle. Se metió en el cuarto de baño, abrió el grifo, extendió las manos y se quedó mirando el agua teñirse de rojo. Su frío contacto le relajó. Se enjabonó las manos y siguió frotando hasta que desaparecieron bajo una blanca nube

de espuma. Volvió a enjabonarlas una vez más. La sensación de viscosidad no desaparecía. Reparó en que tenía las mangas de la sudadera empapadas e intentó remangarlas, pero se le pegaban a los brazos como una amante molesta. Continuó lavándose sin importarle la chaqueta. Cuando acabó, levantó las manos y las miró de nuevo.

Las cicatrices de sus muñecas estaban brillantes, de un rosado intenso, ceñidas como dos viejas pulseras deshilachadas. Recorrió con el índice aquel trazo irregular de su mano izquierda y lo acarició con ternura. Comenzó a frotarlo con las yemas de los dedos suavemente, con ligeros movimientos circulares. Fue aumentando la presión poco a poco, clavando las uñas con más fuerza cada vez. Siguió rascando con feroces arañazos hasta que la vieja herida comenzó a sangrar de nuevo. Entonces sonrió, dejó que goteara en el lavabo y volvió a abrir el grifo para que el agua arrastrara también su propia sangre.

Se desnudó y entornó los ojos para evocar mejor lo ocurrido tiempo atrás. Cerró los dedos alrededor de un cuchillo imaginario y apretó con fuerza. Su cuerpo reaccionó al revivir la sensación de poder. Ahora volvía a sentir lo mismo. De nuevo tenía el control. Era él quien imponía las normas. Por fin era el puto amo de la playa. Un nuevo escalofrío le recorrió el cuerpo. Revivió la sensación de miedo y excitación que experimentó en el parque, y comprobó con regocijo que tenía una inesperada erección.

## QUINCE MESES ANTES

Estoy sola y tengo miedo. La mujer me ha dicho que me dé una ducha mientras ella va a buscarme algo de comida. Hace dos días que no he comido, pero no tengo hambre. Creo que el miedo no me deja sentirlo. Lo único que quiero es ir con Anja. No me gusta estar aquí sola.

Sobre la cama ha dejado ropa limpia, pero cuando voy a ponérmela compruebo que es un vestido de niña absurdamente ridículo, lleno de puntillas y lazos y demasiado corto. Ni siquiera me molesto en probármelo y lo tiro con rabia sobre la cama. Busco mi ropa para volver a ponérmela, pero ya no está donde la dejé, así que me envuelvo en la toalla de baño y me siento a esperar sobre la cama. Empiezo a temblar, aunque no hace frío.

La mujer regresa cargando una bandeja con comida caliente que deja sobre la mesita de noche. No sé lo que es pero parece apetitoso y huele tan bien que mi estómago comienza a gruñir como si fuera un cachorro herido. Me abalanzo sobre el plato, pero ella me golpea la mano y me aparta con brusquedad.

—Todavía no. —Me recrimina con voz agria.

Me obliga a ponerme en pie y de un tirón me arranca la toalla. Trato de cubrirme con las manos, porque me da vergüenza que me vea desnuda, pero me golpea de nuevo, esta vez algo más fuerte y me dice enfadada:

—Déjate de tonterías. Quiero verte.

Examina mi cuerpo con mirada experta y tuerce el gesto.

—Demasiado crecidita —exclama con desagrado—. Tendremos que hacer algo con eso —dice señalando a mi entrepierna.

Me cubro con una mano mientras doy un paso atrás para apartarme. Vuelve a zarandearme para que deje de taparme y tira de mi vello púbico con malicia. Lanzo un grito porque me hace daño.

—Esto hay que quitarlo —concluye tajante.

Entra en el cuarto de baño y se pone a rebuscar en el armario. Yo aprovecho para volver a cubrirme con la toalla. Al cabo de un minuto me llama para que acuda junto a ella, pero le digo que no quiero hacerlo. Entonces se asoma por la puerta, con un tubo de crema en la mano y me dice:

—Podemos hacer esto de dos maneras: a las buenas o a las malas, pero en cualquier caso esos rizos van a desaparecer. Si eres lista dejarás que me encargue de todo. Tengo experiencia, así que no te dolerá y apenas tardaremos unos minutos.

—Pero yo no quiero depilarme... ahí —le digo alarmada, señalando con timidez mis partes íntimas.

—Pero si prefieres que lo hagamos a las malas —continúa sin hacer caso de mis objeciones— llamaré a uno de los hombres para que te sujete mientras yo limpio esa

zona. Te aseguro que resultará mucho más humillante. Tú decides.

Mientras habla ha cogido el plato de la bandeja y ahora me lo pasa por debajo de la nariz. Su olor vuelve a avivar mi estómago y siento una repentina debilidad en las piernas.

—Y nada de comida hasta que no hayamos quitado todo ese pelo. Así que decídetelo pronto porque nos están esperando.

Comienzo a llorar de nuevo mientras la sigo resignada hacia el baño. Por el espejo veo que está sonriendo. Es una sonrisa perversa que hace que se me erice la piel.

Mientras la mujer extiende una gruesa capa de crema por toda la zona, intento no pensar en por qué tiene tanto empeño en depilarme y lo que eso puede significar, ya que no me gusta ninguna de las razones que se me ocurren. Aparto la mirada asqueada, deseando que acabe pronto, mientras las imágenes de Rado revolcándose sobre mi hermana y la cara de la chica arrodillada frente a Dimitri no dejan de repetirse en mi mente. Por fin la mujer dice que ha terminado y me da permiso para comer, pero me avisa que lo haga rápido, ya que tenemos que marcharnos.

Me pongo el vestido que ella ha vuelto a dejar bien estirado sobre la cama, sabiendo que será inútil resistirme. Tal y como temía es muy corto y me aprieta tanto los pechos que me hace daño. Cuando acabo de vestirme la mujer me da un último vistazo y me ordena que la siga.

Salimos a la calle. El camión en el que hemos llegado ya no está, ni tampoco hay señales de Anja ni las otras chicas. Frente a la casa hay un coche negro con el motor en marcha. Un hombre se acerca y abre la puerta trasera. Yo me resisto a entrar en el vehículo, pero la mujer me da un empujón para que suba. Luego se sienta a mi lado y cierra la puerta con mirada desdeñosa. El hombre rodea el coche y se sienta al volante. Luego arranca sin decir una palabra.

—¿Adónde vamos? —pregunto asustada—. ¿Dónde está mi hermana?

—Vas a conocer a alguien muy importante —responde la mujer sacando de su bolso un paquete de tabaco—. Si te portas bien con él y eres una buena chica no tendrás ningún problema. Es un hombre amable, pero será mejor que no le hagas enfadar.

Luego se dedica a fumar su cigarrillo mientras mira aburrída por la ventanilla. Es una carretera solitaria y apenas circulan coches. Trato de buscar algún cartel para hacerme una idea de donde estamos, pero el coche va demasiado rápido y no puedo leerlos. Después de unos diez minutos, o un poco más, cogemos un desvío y nos adentramos en una urbanización muy distinguida. Los moradores deben ser muy ricos, porque las casas son muy elegantes, rodeadas de jardines muy bonitos y bien cuidados. Todas están bordeadas por setos o muros de piedra que delimitan donde acaba cada una.

La mujer hace una llamada desde su móvil, pero no entiendo nada de lo que dice. Sus palabras suenan a italiano o quizá español, pero no estoy muy segura. Por fin nos

detenemos frente a una reja metálica y esperamos en silencio mientras esta se abre. Mi cuerpo empieza a temblar con convulsas sacudidas, como si estuviera recibiendo una descarga eléctrica, sorprendiéndome a mí misma. Y de pronto entiendo por qué. La visión de esa verja metálica me traslada frente a otra verja. Esa que yo creí que me estaba franqueando la entrada a una fantástica fiesta guiada por la mano de Franky.

## CAPÍTULO 9 - JUEVES TARDE

Altarriba y sus hombres entraron en la comisaría sin ocultar el fastidio que sentían por el tiempo que habían perdido buscando al esquivo confidente. Tal y como temían este no apareció por el parque tras el jaleo que se montó con la llegada de la ambulancia y los coches patrulla. El inspector se acercó a la máquina de café y pulsó la tecla de luz parpadeante. Esperó unos segundos sin que nada sucediera. Pulsó de nuevo y se agachó para comprobar a través de la rendija si quedaban vasos disponibles.

—Se ha vuelto a estropear —le informó un agente—. ¿Le traigo uno del bar?

—No hace falta. Últimamente tomo demasiado café.

—Puede que este lo necesite —sugirió señalando hacia el despacho del fondo del pasillo—. El inspector jefe le está esperando desde hace rato. Y no está solo.

—En ese caso será mejor que me lo traigas —aceptó antes de dirigirse hacia allí. Se preguntó si estarían esperándole para una nueva reunión con el gilipollas encargado de las relaciones con la prensa.

Abrió la puerta y su expresión de fastidio se trocó en una auténtica mueca de disgusto.

—¿Qué está haciendo ese aquí?

Aunque la pregunta iba dirigida a su jefe, el inspector Altarriba no apartó su mirada vigilante del inexpresivo rostro de Sasa. El aludido se limitó a saludarle con un leve movimiento de cabeza al tiempo que entornaba sus pálidos ojos. A su lado, el comisario Espinosa a duras penas lograba encajar su voluminosa anatomía en uno de los sillones.

—Estábamos esperándote Jorge. Siéntate —le saludó su jefe—. Creo que ya conoces al comisario Espinosa y al señor Vuckovic.

Altarriba apartó uno de los sillones y lo colocó de manera que pudiera observar de frente a los dos visitantes.

—¿Señor Vuckovic? ¿Ahora tratamos de señor a los matones que amenazan a mujeres? —preguntó irónico.

El viejo comisario se agitó en su sillón y carraspeó de manera audible disponiéndose a hablar, pero Sasa se le adelantó:

—Siento haber asustado a su novia, inspector. Le pido disculpas —dijo en tono respetuoso.

De tratarse de otra persona Jorge hubiera creído que estaba siendo sincero. Pero no en este caso.

—¿Lo sientes? —preguntó desafiante, abandonando el sarcasmo—. Si vuelves a acercarte a ella te meteré esa botella de vino barato por el culo. ¿Me has entendido? Ya verás como entonces sí que lo sientes.

—Será mejor que se calme, inspector —le aconsejó el comisario en tono condescendiente.

—¿Qué me calme? Ese hijo de puta se presentó en el trabajo de mi novia y la utilizó para enviarme una nota amenazante pegada en una jodida botella de vino. Si vuelve a acercarse a ella...

—Sí, sí, ya hemos oído todos lo que le hará —le interrumpió de nuevo el comisario—. ¿Podemos olvidarnos de su novia por ahora y centrarnos en el asunto que nos ha traído aquí?

El inspector jefe se revolvió incómodo en su butaca. Podía sentir crecer la tensión en aquel reducido espacio. No era así como había previsto encauzar la reunión, así que trató de atajar el duelo de miradas que se estaba desarrollando entre los tres hombres sentados al otro lado de la mesa.

—Bien, si les parece podemos comenzar...

El inspector Altarriba no pareció escucharle, ya que se encaró de nuevo con el comisario para decirle irritado:

—Supongo que para algunos las amenazas son un asunto secundario, pero yo me las tomo muy en serio. —Y señalando a Sasa advirtió—. Será mejor que mantenga a ese saco de anabolizantes alejado de mi novia.

El comisario emitió una risita y comenzó a rascarse la entrepierna mientras observaba a Altarriba con gesto burlón. Cuando acabó de acomodar ciertas partes de su anatomía añadió en tono desdeñoso:

—Y ahora que ya ha dejado claro quién es el macho alfa de la manada, inspector, ¿podríamos hablar de cosas importantes?

—Serás cabrón... —Se levantó del asiento con los ojos cargados de furia, pero su jefe le detuvo con un grito destemplado:

—¡Altarriba, siéntate! —Y moderando el tono añadió—. Y usted, comisario, suavice su lenguaje. Recuerde por qué está aquí y colabore.

Jorge se sentó de nuevo sin apartar la mirada del obeso comisario. Este sacó del bolsillo de la chaqueta un manoseado pañuelo de algodón y se puso a limpiar los cristales de sus gafas de sol con cachazuda afectación.

Sasa, mientras tanto, no había movido ni un solo músculo y mantenía una actitud tan flemática como siempre.

—Bien... —retomó de nuevo la palabra el inspector jefe— será mejor que todos nos calmemos. Si hemos de colaborar tendremos que dejar de lado nuestras antipatías personales.

Los tres hombres se mantuvieron en silencio, sin prestar excesiva atención a sus palabras, pero dejando que el tono reposado de su voz fuera calmando los ánimos. La entrada de un agente llevando varios cafés en una bandeja ayudó a rebajar la tensión, así que tan pronto este salió del despacho, el inspector jefe aprovechó para ir al grano:

—El comisario Espinosa ha venido a pedir nuestra ayuda —dijo dirigiéndose a

Altarriba—. Creo que deberías escucharle. Y deberías hacerlo sin ideas preconcebidas —le avisó.

Jorge se tomó el café de un trago y dejó la taza sobre la mesa del escritorio, junto a la cucharilla y el intacto sobre de azúcar. Luego se recostó en el asiento, se frotó la calva con los dedos y asintió con la cabeza.

—Le escucho comisario —indicó sin disimular su animadversión.

Este no se dejó amilanar por su semblante adusto y comenzó a hablar, tras aclararse la garganta con dos ruidosos carraspeos:

—Según le informé llevamos tiempo investigando a Milos Zeljac. Sabemos que comenzó traficando con armas pero que pronto se pasó al robo de vehículos de alta gama. Conocemos bien cómo actúa y, en estos momentos, tenemos identificadas a casi todas las personas que trabajan bajo sus órdenes. Incluso sabemos en qué tipo de delitos está especializado cada uno, o como ellos mismos denominan, a qué «equipo de trabajo» pertenecen. Se dividen en varios grupos: los que efectúan los robos de los vehículos aquí en España; los que los camuflan y borran los números de serie; los que los sacan por la frontera; y por último los que los reciben en el país de destino y los distribuyen para su venta.

—Si conocen tantos detalles sobre su manera de actuar, ¿por qué no les detienen? —preguntó Altarriba con cierta arrogancia.

—Andamos detrás de algo mucho más grande —contestó el comisario, desviando sus ojos hacia Sasa.

El hombretón se revolvió incómodo en su silla y, por primera vez, la sombra de una emoción se reflejó en su cara. Sus ojos se oscurecieron hasta alcanzar la tonalidad de un azul más profundo.

El comisario continuó su relato:

—Hace unos meses el señor Vuckovic —y señaló al serbio con la mano— se puso en contacto con la BCDE para ofrecernos su ayuda. Desde entonces viene colaborando con nosotros y sus informaciones han resultado decisivas para descubrir todos los entresijos de los negocios de Milos.

—Así que el «señor Vuckovic» —repitió el inspector Altarriba mordaz— no es más que un soplón que está vendiendo a su jefe. ¿Y qué es lo que desea de mí, comisario? ¿Quiere que les dé dos palmaditas en la espalda a usted y a su chivato?

El comisario soltó de nuevo una risita y negó con la cabeza. Entrelazó sus manos y las apoyó sobre su voluminosa barriga antes de continuar:

—Tiene usted muy mala leche, inspector —y volvió a reír por lo bajo—, pero será mejor que continúe escuchando antes de volver a enseñarnos sus dientes.

—Prosiga, comisario, estoy impaciente por oír el resto. —Y le dedicó una amplia sonrisa asegurándose de mostrar sus bien cuidados incisivos.

—Gracias a los informes de Sasa supimos que Milos estaba comenzando a establecer una alianza con Siznic, un pez mucho más gordo. —El comisario hizo una pausa dramática antes de añadir:— Y también mucho más peligroso. ¿Sabe quién es

Siznic, inspector?

Altarriba intercambió un cruce de miradas con su jefe antes de responder:

—He oído su nombre.

—Supongo que Jelena le habló de él —afirmó el comisario escudriñándole con sus astutos ojillos.

Jorge no respondió a la pregunta y tampoco apartó la mirada. El viejo policía trataba de averiguar cuál había sido su implicación en la huida de Jelena, pero no estaba dispuesto a facilitarle ninguna información por el momento.

—Le contaría —prosiguió el comisario— que Siznic está enamorado de ella y que eso complace mucho a su hermano Milos. Pero seguro que Jelena no le contó —y al decir esto clavó de nuevo sus ojos en el inspector Altarriba— que Siznic, y ahora también su hermano Milos, controlan todas las redes de prostitución serbia en España.

Por segunda vez, Sasa se agitó en su asiento. El inspector Altarriba le miró y le sorprendió la expresión de angustia que mostraba. Se preguntó qué era lo que alteraba tanto a aquel hombre, cuyo rostro, por lo general, parecía estar tallado en piedra.

—Estamos a punto de concluir la investigación —continuó el comisario con voz grave— y realizar tantas detenciones que nos permitirán dismantelar una organización que trafica con miles de mujeres. Comprenderá que no podemos permitir que, después de meses de trabajo, la huida caprichosa de Jelena dé al traste con toda la operación.

Al inspector Altarriba le molestó el tono acusador de esa última frase.

—No veo cómo puede interferir en esas detenciones la huida de Jelena —replicó—. Pero le recuerdo comisario, que ella también es una mujer que se siente atrapada y desea comenzar una nueva vida.

—No sabe de lo que habla inspector. —La voz ronca de Sasa, con su marcado acento eslavo, resonó como un latigazo—. Le aseguro que la situación de Jelena es privilegiada comparada con las mujeres de las que hablamos.

—Supongo que tú sí sabes de lo que hablas. Debes conocer muy bien esos prostíbulos.

El tono sarcástico del policía no pareció molestar al serbio, quien se limitó a contestar con voz apagada:

—Los conozco demasiado bien.

Altarriba levantó una ceja y le miró desconcertado, pero este rehuyó su mirada y desvió el rostro para mirar por la ventana. Aprovechando esa pausa momentánea, el viejo comisario indicó al inspector mediante gestos que dejará de zaherir al hombre de los ojos pálidos y esperara. Para sorpresa de todos, Altarriba decidió obedecer aquella orden dada de manera tan silenciosa. Al menos por ahora.

—Entonces ¿qué es lo que desea de mí, comisario? —preguntó en un tono algo más conciliador.

—Queremos que Sasa lleve a Jelena de vuelta con su hermano.

Los dos policías se miraron midiendo sus fuerzas. Jorge esbozó una sonrisa despectiva.

—No sé dónde está —mintió. Y buscó la aprobación de su jefe, pero este negó con la cabeza.

—Déjese de juegos Altarriba —tronó el comisario—. Sabemos que usted la ayudó a escapar, que la mantiene escondida en algún lugar y está a la espera de que le entreguen un nuevo pasaporte para ayudarla a salir del país.

Altarriba miró furioso a su jefe. Había confiado en él y este le había traicionado. No podía creerlo. El muy hijo de...

—Se lo que estás pensando, Jorge. Pero te equivocas. —La voz del inspector jefe interrumpió la sarta de insultos que se disponía a dedicarle—. No he sido yo quien les ha informado.

Contempló a los tres hombres con desconfianza antes de añadir:

—Sigo sin comprender en qué puede ayudarles el hecho de que Jelena regrese con ese cabrón de su hermano.

Parecía dispuesto a no ceder. Así que fue Sasa quien respondió a su pregunta:

—Debo llevar a Jelena de vuelta a casa para demostrarle a Milos que no tuve nada que ver con su huida y que puede seguir confiando en mí. En los últimos meses he logrado convertirme en su hombre de confianza, lo que me ha permitido acceder a mucha información importante. Ahora estoy a punto de conseguir algo que les hará caer definitivamente. Sé donde guarda Siznic algunos datos muy valiosos y puedo hacerme con ellos, pero para eso necesito un poco más de tiempo. No podré lograrlo si desconfían de mí. Acabarán conmigo en cuanto tengan la menor duda sobre mi lealtad.

—Así que quieres entregar a Jelena para salvar tu culo —afirmó Jorge en tono despectivo—. Su libertad a cambio de tu vida.

—¡No! No me importa morir —exclamó elevando la voz—, pero antes debo conseguir esa información y entregársela al comisario. Después, le aseguro inspector, que me dará igual que me mate Siznic, Milos o usted mismo si lo prefiere.

Al inspector le impresionó la desesperación que destilaban sus palabras. A pesar de ello, seguía desconfiando de aquel tipo, por lo que no pudo evitar un comentario sarcástico:

—No te tenía por alguien tan altruista, Sasa.

—No entiendo esa palabra. Pero necesito que confíe en mí. —Y con voz casi suplicante añadió—, Jelena solo tiene que volver con su hermano unos días. Solo hasta que yo pueda conseguir esa información.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso, Inspector Altarriba —apremió el comisario—. Nos estamos moviendo sobre un terreno muy peligroso. Y debemos actuar rápido. En cuanto detengamos a Siznic y a Milos, Jelena podrá marcharse a donde quiera sin tener que ocultarse, porque será realmente libre. Y recuerde que la vida de muchas mujeres está en juego.

El inspector observó a los dos hombres que tenía frente a él tratando de ver más allá de sus rostros. La ansiedad de Sasa armonizaba con la impaciencia del viejo policía. Altarriba comenzó a masajearse la cabeza con vigorosos movimientos de sus dedos y un pesado silencio se extendió por la habitación.

—¿Podría dejarnos solos un momento? —preguntó por fin el inspector jefe mirando a Sasa.

El aludido se levantó y se dirigió a la puerta. Había recobrado su impávida apariencia y su voz sonó tan calmada como de costumbre.

—Esperaré afuera.

Cuando ya se disponía a salir, Altarriba le preguntó:

—¿Por qué fuiste a ver a Carla?

Este se dio la vuelta y esbozó una fina sonrisa. Sus ojos volvían a ser de un azul pálido, casi transparente.

—Fue idea de Milos, para ponerle nervioso. Él también piensa que usted ayudó a escapar a Jelena y me pidió que le hiciera una visita a su novia para asustarle un poco. —Luego añadió en tono preocupado—. Aunque temo que, a estas alturas, ya ha comenzado a desconfiar de mí también.

Una vez que hubo salido, el inspector jefe retomó la palabra:

—Hay algo sobre lo que debemos hablar antes de seguir adelante. —Inspiró hondo antes de declarar—. He solicitado un informe interno sobre usted, comisario.

—¿Y por qué coño ha hecho algo así? —bramó el viejo policía.

—Ahora soy yo quien le pido que se calme —respondió conciliador— y continúe escuchando.

Abrió un cajón del que extrajo una carpeta de papel manila con la palabra CONFIDENCIAL impresa en la tapa.

—El inspector Altarriba me informó de que un testigo les vio a usted y a Sasa intercambiando dinero en circunstancias... un tanto dudosas. Así que me sentí en la obligación de informar sobre lo ocurrido a asuntos internos.

El rostro del comisario se crispó en una mueca de fastidio y su ojo izquierdo se contrajo hasta convertirse en una temblorosa ranura. Dejó de mirar al inspector jefe y se encaró con Altarriba, aunque para poder hacerlo tuvo que incorporarse y girar su voluminoso torso en una maniobra fatigosa.

—¿De verdad cree que me he vendido a esos cabrones? —Preguntó en tono irritado—. ¿Qué le hace pensar eso? ¿Acaso es por la ropa de marca que visto? ¿O por los coches de lujo que conduzco? ¿O por la mierda de piso en la que vivo? Écheme un buen vistazo y dígame si le parezco alguien a quien le sobra el dinero sucio.

Un ataque de tos interrumpió la cabreada diatriba del comisario. Comenzó a toser de manera tan agónica, que el inspector jefe le ofreció el botellín de agua del que había estado bebiendo él mismo durante la reunión. El comisario no puso ningún reparo en aceptarla y darle un buen trago. Altarriba esperó a que acabara de beber

antes de responderle:

—Soy desconfiado por naturaleza, comisario. Y la experiencia me ha demostrado que resulta muy útil mantenerse alerta.

—¡Que hijo de puta! —exclamó con voz rasposa cuando fue capaz de hablar de nuevo—. No se fía ni de su padre. Igual que yo. —Y comenzó a reír por lo bajo en tono malicioso. Dejó de reír con la misma rapidez con que comenzó para preguntar en tono grave:

—¿Quién es ese testigo?

Altarriba dio un respingo, pero su jefe extendió la mano en su dirección para apaciguarle.

—Volveremos a eso más tarde, comisario. Ahora me gustaría leer, con su permiso, la información que aquí se detalla. —Y dedicándole una sonrisa cómplice añadió—. Creo que el inspector Altarriba encontrará dicha información... tranquilizadora.

El viejo comisario se arrellanó en el sillón y se dispuso a escuchar. El inspector jefe abrió la carpeta y comenzó a exponer en voz alta lo que consideró más relevante, saltándose el resto:

—Comisario Oscar Espinosa,... más de cuarenta años como policía, los últimos quince en la Brigada Central de Delincuencia Especializada, Sección bandas del Este. Desde finales del 2011 está al frente de la operación «Lisístrata». —Y mirando al comisario comentó—. Curioso nombre el que han elegido.

—Fue idea de uno de los agentes. Dijo que esa tal Lisístrata consiguió hace más de dos mil años que las mujeres de toda una ciudad dejaran de... —Y soltó dos ligeros silbidos acompañados por un obscuro movimiento de pelvis que no dejaba lugar a dudas sobre cuál fue la actividad que dejaron de practicar las féminas—. Y algo parecido ocurrirá si logramos desmantelar todos esos prostíbulos, ¿no cree?

—Bueno, creo que la huelga de sexo que promovió Lisístrata fue para detener una guerra —dijo el inspector con una media sonrisa—, aunque no es mal nombre para una operación de este tipo —volvió a consultar la hoja que mantenía entre sus manos antes de continuar—. El informe también indica que la operación está llevándose a cabo bajo el más riguroso control. Se han aprobado en tres ocasiones entregas de fondos para un confidente externo cuyo nombre se omite, aunque creo que a estas alturas los tres sabemos quién es ese confidente.

Levantó la cabeza para mirar a los dos hombres, pero como ninguno hizo el menor comentario, cerró la carpeta y la guardó de nuevo en el cajón.

—En definitiva, Jorge, la reputación del comisario, dentro y fuera del BCDE es excelente y su expediente es absolutamente intachable. Su colaboración con Sasa es lícita y ha sido autorizada. Creo que deberíamos darle un voto de confianza, puesto que parece saber muy bien lo que lleva entre manos.

El grueso comisario había escuchado las alabanzas hacia su trayectoria profesional con una cierta incomodidad. Parecía preferir los comentarios mordaces, o

incluso los gritos, así que dio por zanjado el tema y se centró de nuevo en lo que le preocupaba.

—Quiero saber quién es el testigo que nos vio para valorar si representa un peligro para la operación.

—Se trata de tu testigo, Altarriba. Tú decides. —Declaró su jefe.

Altarriba miró al viejo comisario y pareció ver por primera vez al hombre que se escondía detrás del traje barato, la corbata salpicada de manchas y la calvicie mal asumida. Observó su rostro ajado, cruzado de arrugas; la sonrisa torcida, que le confería un aspecto desconfiado; y aquellos ojos desnivelados y agitados por extraños tics, a pesar de lo cual, seguían mostrando un brillo astuto y lleno de vida. El inspector inspiró hondo antes de admitir:

—Fue Jelena. Ella les vio.

—¿Jelena? —Preguntó sorprendido—. Me estoy volviendo descuidado. —Soltó una risita, seguida de un carraspeo y añadió—. Por eso se mostraba tan esquiva conmigo. Me tomaba por uno más a las órdenes de su hermano. Bien, inspector, ¿nos dirá ahora dónde la esconde?

Jorge permaneció callado, debatiéndose con sus propios prejuicios. Tras unos angustiosos momentos en los que trató de desechar las dudas que seguían acechándole, hizo una última pregunta:

—¿Realmente confía en ese hombre, comisario? ¿Confía en Sasa?

El aludido afirmó con total seriedad:

—Inspector, usted también lo hará cuando le conozca.

—En ese caso —claudicó— hablaré con Jelena. Le expondré la situación y será ella quien decida.

—No te preocupes, mamá. A partir de ahora, voy a encargarme de todo, ya lo verás. Volveremos a ser una familia de verdad.

El joven sentado sobre la cama apartó con ternura unos mechones que sobresalían por debajo de las vendas, se inclinó sobre su madre y la besó en la frente. Luego se acurrucó a su lado y siguió hablándole, como si su voz fuera capaz de atravesar la pesada niebla inducida por los narcóticos.

—Pero tienes que recuperarte y ponerte bien para cuando papá vuelva a casa. Y habrá que cambiar algunas cosas a partir de ahora, porque no le gustará que todo esté tan descuidado. Aunque no tienes que preocuparte, yo te ayudaré. Entre tú y yo la convertiremos en un auténtico hogar y él estará tan orgulloso de nosotros que no volverá a dejarnos. Te lo prometo. Todo volverá a ser igual que antes. Será como si nunca nos hubiésemos marchado.

Se quedó en silencio, disfrutando de la calidez que desprendía el cuerpo maltrecho de su madre. La abrazó, pasándole un brazo alrededor de los hombros y enterró la cabeza en el hueco de su cuello, aspirando el olor de su piel.

—¿Te acuerdas de cómo eran las cosas antes de que nos marcháramos allí? Papá llegaba pronto por las noches y tú preparabas la mesa en el comedor, con aquellos manteles tan estrechitos. ¿Cómo los llamabas? ¿Calles de mesa? No... Era algo parecido, aunque ahora no lo recuerdo.

Cambió de postura, apoyó la cabeza sobre la almohada, junto a la de su madre y se quedó mirando al techo. Buscó a tientas su mano, que reposaba exánime sobre el embozo de la cama y entrecruzó sus dedos con los de ella.

—¿Recuerdas la canción que solías cantarme antes de dormir? —Y comenzó a tararear en voz queda una tonadilla infantil—. «*La señora luna, le pidió al naranjo, un vestido verde y un velito blanco*»... Siempre pensé que era una canción de niñas, pero a ti parecía gustarte tanto... ¡Caminos! Ahora me acuerdo. Se llamaban caminos de mesa. Lo pasábamos bien, ¿verdad mamá? Papá y tú os reíais todo el tiempo. Siempre estabais de buen humor y con ganas de hacer cosas juntos. ¿Te acuerdas de cómo se quejaba porque tú y yo preferíamos comer quicos en lugar de palomitas cuando alquilábamos una peli los domingos? Protestaba porque no le dejábamos oír nada con nuestro continuo crujido —acercó los labios a la oreja de su madre y con exagerados movimientos de boca imitó el sonido—: crunch, crunch, crunch... ¿Te acuerdas? Era divertido, ¿verdad?

Sonrió y volvió a tararear en voz baja la misma cancioncilla de antes. La respiración de la mujer seguía con su ritmo pausado. Adam le levantó una mano y se la acercó a los labios para besarla. Luego deslizó los dedos de ella por su propia cara, robándole una caricia.

—Te gustaba acariciarme así, con delicadeza. Y me llamabas tu niño precioso. ¿Te acuerdas, mamá? De eso hace ya mucho tiempo. Yo aún no me había convertido en un monstruo espantoso y mi piel era tan suave como la tuya. Puede que ya no lo recuerdes, pero yo sí. Mi piel era suave y bonita y nadie apartaba los ojos cuando me miraba. Y tú me decías que era muy guapo y que de mayor me parecería a papá. Pero no ha sido así, ¿verdad, mamá? No me parezco a él y ya no te gusto. Y a papá tampoco.

Dejó de hablar y se sumió en un largo silencio. Le había soltado la mano y ahora las dos, la de su madre y la suya propia, reposaban lacias sobre las sábanas, una junto a la otra, pero sin llegar a tocarse. Cuando comenzó a hablar de nuevo lo hizo sin abrir los ojos.

—¿Por qué se torció todo, mamá? ¿Cuándo dejó de querernos?

Unas furtivas lágrimas asomaron entre sus pestañas. Se deslizaron tímidamente por su rostro hasta alcanzar la comisura de la boca. Entonces, con un enérgico manotazo, las enjugó con la manga de la sudadera. Se incorporó para quedar sentado sobre la cama, y apoyó la espalda contra la pared. La cabeza de su madre quedó a la altura de sus muslos, por lo que la levantó con cuidado y dejó que reposara sobre sus piernas. Luego comenzó a masajearle las sienes mientras seguía con su charla:

—Pero no tenemos que estar tristes. Ya no. Porque voy a ocuparme de todo y las

cosas volverán a ser como antes. Lo importante ahora es que te recuperes y podamos volver pronto a casa. Aunque cuando lo hagamos tendrás que dejar de beber. Ya has visto que el vodka con naranja no te ayuda en nada. Tendrás que dejarlo, al menos al principio. Luego, cuando ya estés mejor, podrás volver a tomar alguno cuando salgas a cenar con papá. Aunque dicen que es mejor dejarlo del todo y no volver a probarlo, porque es fácil recaer. Pero eso no debe preocuparte, porque papá estará allí para ayudarte. Y yo también.

Bajó los ojos y se quedó mirándola, como si esperara de ella una señal indicándole que lo haría.

—Te pondrás muy guapa y él volverá a quererte. Nadie volverá a interponerse entre nosotros. —Y respondiendo a una muda pregunta de su madre añadió—: Por Carla no tienes que preocuparte. Saldrá de nuestras vidas, te lo prometo. Ella lo entenderá.

Apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. Su rostro estaba sereno y una apacible sonrisa asomó entre sus labios.

—Y en verano iremos los tres juntos a la playa. Tú te tumarás al sol y papá se quedará junto a la orilla mirando como hago *kite*. Ya verás la cara que se le queda cuando vea lo que he mejorado.

Soltó una risita anticipando el regocijo que aquella idea le producía.

—¿Te acuerdas del primer verano que estuvimos en Oliva después de regresar de Estados Unidos? Fue el año en que descubrimos el *kite*. Papá se quedó flipado viendo las cosas que esos locos *kiteros* eran capaces de hacer sobre las olas. Fue él quien se acercó para hablar con ellos. ¿Te acuerdas de Flipper y de los otros? Del «Capi», de «Xerpa», de los hermanos Moti, «Little Moti y Big Moti» les llamaban,... ¡Qué bien se lo montaban! Es una pena que papá ya no volviera con nosotros después de ese verano, cuando aprendí a controlar la cometa y por fin pude entrar en el agua igual que ellos. Cuando me vea se quedará flipado, te lo digo yo. Verá lo bueno que soy y me mirará con la misma admiración y respeto con que les miraba a ellos. Ya verás lo orgulloso que se siente de mí cuando me vea volar sobre las olas. Cuando vea que yo también puedo ser el puto amo de la playa.

Su voz había ido subiendo de tono contagiada por el entusiasmo que tales pensamientos le producían. Se levantó de la cama y comenzó a caminar por la habitación dando grandes zancadas, hablando de las sensaciones que sentía cuando estaba sobre la tabla, explicando cuales eran los saltos más complicados y las situaciones más arriesgadas. De pronto pareció recordar algo y detuvo su agitado deambular, se acercó a su madre y le dio un beso de despedida en la frente.

—Ahora debo marcharme. Tengo muchas cosas que hacer para prepararlo todo, pero volveré pronto. Tú descansa y no te preocupes por nada. Yo me ocuparé de todo.

El inspector Altarriba todavía tenía el dedo sobre el timbre de la puerta cuando esta se

abrió de par en par.

—¿Estabas esperándome? —preguntó sorprendido mientras desplegaba una de sus seductoras sonrisas.

Jelena lanzó una divertida carcajada antes de responder:

—Estoy haciendo mi paseo de tarde. Cincuenta veces ir y volver desde habitación hasta puerta. Por las mañanas voy desde cocina hasta baño.

Le invitó a pasar mientras preguntaba esperanzada:

—¿Traes pasaporte?

—Eh..., todavía no. ¿Podemos hablar?

La joven le condujo hasta la sala y le indicó que tomara asiento en uno de los sillones. El policía lanzó una aprensiva mirada a la manchada tapicería.

—Están un poco viejos, pero son cómodos. Y aunque no parece, sí están limpios.

Jorge esbozó una mueca escéptica antes de sentarse en el que parecía más limpio. Se interesó por cómo estaba soportando aquella forzada reclusión y al notar que la joven tenía ganas de hablar, la dejó hacerlo sin interrumpirla. Ella le contó las rutinas que se había impuesto para no enloquecer con el lento avance de las horas encerrada en la vivienda. Le habló de sus recorridos a lo largo del pasillo contando incansable cada paso que daba; de las tablas de gimnasia ideadas por ella misma y que realizaba tres veces al día, justo antes de cada comida; y le mostró orgullosa la nueva disposición de los libros en la estantería:

—Primero ordené por letras de nombre de autor, pero esta mañana todo cambiado. Mira. —Se levantó y señaló satisfecha los estantes donde había colocado todos los libros encontrados por la casa—. Parte baja solo revistas y periódicos. Y aquí libros por título. Mejor, ¿no crees? Es más fácil buscar título que nombre de escritor, que nadie recuerda nunca.

Siguieron charlando durante un rato hasta que Jorge decidió abordar el asunto que le llevaba hasta allí.

—Jelena, tenemos que hablar sobre tu hermano.

El rostro de la joven cambió al instante. La sonrisa desapareció de sus labios y un brillo acerado centelleó en sus ojos. El inspector le informó sobre la operación que estaba llevando a cabo el comisario Espinosa y la participación que su hermano estaba comenzando a tener en los negocios de Siznic. Luego le expuso con todo detalle la naturaleza de dichos negocios: la trata de mujeres, la explotación sexual de estas, las condiciones en las que las mantenían. La joven le escuchó en silencio y según el inspector se adentraba en los detalles, no ocultó la repugnancia que todo aquel asunto le causaba. Cuando Altarriba acabó de hablar, ella bajó la mirada avergonzada y con voz abatida afirmó:

—Sabía que él no hombre bueno. A mí nunca gustó. Y mi hermano tampoco bueno.

Entonces el inspector le explicó el papel que Sasa estaba jugando en todo aquello y le habló de la difícil situación en que se encontraba a causa de su huida.

—¿Sasa trabaja para comisario gordo? —preguntó sorprendida—. ¿Tú seguro que trabaja para comisario y no es trampa de mi hermano? Milos confía mucho en Sasa.

Altarriba trató de apaciguar sus recelos y le contó lo que él mismo acababa de descubrir sobre el comisario Espinosa. Le aseguró que Sasa llevaba colaborando con la Brigada desde hacía varios meses, pero la joven no parecía convencida. Cuando Jorge le sugirió la idea de regresar a casa con su hermano por unos días, Jelena saltó de la silla.

—Si yo vuelvo a casa, Milos nunca dejará marchar. Pondrá guardián para mí hasta en habitación.

—No estarás sola. Sasa estará contigo y nosotros vigilaremos de cerca cada movimiento que haga tu hermano.

—No quiero volver con él —exclamó medio llorando.

Se la veía tan angustiada, que por un momento el inspector Altarriba sintió deseos de abandonar todo el proyecto y decirle que no tenía que hacerlo. Pero recordó la expresión de Sasa al mencionar las condiciones en que estaban aquellas mujeres y decidió hacer un último intento.

—¿Por qué no hablas con Sasa? Podemos concertar una reunión con él y con el comisario. Escúchales y luego decides.

La mujer le observó recelosa, temiendo que tras la propuesta se escondiera alguna trampa. Pero la mirada del inspector parecía sincera.

—¿Tú estarás en reunión conmigo?

Él asintió.

—¿Y si yo no de acuerdo, puedo irme y volver aquí?

—Te prometo que se hará lo que tú decidas. Y podrás volver aquí cuando quieras.

—¿Y qué pasa con mi pasaporte si yo no quiere volver con Milos?

—Tendrás tu pasaporte, decidas lo que decidas.

La joven respiró hondo y comenzó a mordisquearse el labio inferior. Le miró, con aquellos ojos azules que recordaban a las tardes de verano y tras una tensa pausa asintió:

—Está bien. Iré a reunión.

En la misma calle en la que vivía Adam, a pocos metros del portal de casa, había un solar en construcción acotado por vallas. Del anterior edificio solo quedaba en pie la fachada, ya que al tener un cierto interés arquitectónico el constructor se vio obligado a respetarla antes de demoler el resto. Comenzaron a construir con la esperanza de poder esquivar la normativa urbanística en unos meses, pero no contaban con que la crisis acabaría ganándoles la partida. Así que las obras llevaba paradas desde principios de año, por lo que cuando Adam se adentró en ellas, ignorando los carteles que prohibían el paso, el lugar estaba vacío.

Los trabajos de cimentación ya habían comenzado y el suelo estaba sembrado de

varas metálicas marcando los lugares donde se levantarían los pilares. Visto bajo aquella luz menguante el solar parecía un bosquecillo de árboles decapitados. Adam recorrió la zona escudriñando cada rincón mientras trataba de localizar cualquier cosa que pudiera servirle para su propósito.

Caminó con cuidado por entre los oxidados hierros y se dirigió a la pequeña caseta donde supuso que se guardarían algunas herramientas. Antes de llegar tropezó con una carretilla volcada que no había visto. Lanzó un gruñido de dolor y se disponía a contratacar con una contundente patada cuando cambió de opinión. La levantó del suelo y comprobó que funcionaba. La rueda chirrió un poco pero se deslizó hacia adelante sin ningún problema. Esbozó una sonrisa mientras pensaba «*Esto facilitará mucho las cosas*». Agarró los mangos de la carretilla y la llevó hasta la puerta de la caseta.

El cierre estaba roto y dentro apenas quedaba nada de valor. Estaba claro que alguien había estado hurgando por allí antes que él. En un rincón encontró varios sacos de cemento vacíos y un saco con algo de arena. Junto a estos había una herramienta que no supo identificar, pero tras estudiarla con detenimiento volvió a tirarla al suelo. Era poco lo que allí podía servirle, así que cogió unos cuantos sacos vacíos y los puso sobre la carretilla antes de salir. La dejó en la puerta de la caseta para volver a buscarla más tarde.

Se encaminó a la zona más alejada de la calle, donde las obras parecían estar algo más avanzadas, y recorrió con mirada escrutadora cada palmo del lugar. Sabía lo que necesitaba y estaba convencido de que lo encontraría. Tras merodear unos minutos localizó justo lo que buscaba. Era el lugar perfecto. Sonriendo regresó a por la carretilla y se encaminó a su casa, llevando los sacos vacíos en ella. Antes de abandonar la obra encontró un casco tirado junto a una de las vallas y sin pensárselo dos veces se lo colocó en la cabeza. Salió silbando y sintiéndose un auténtico obrero de la construcción.

## QUINCE MESES ANTES

El coche no aparca frente a la casa, si no que continúa por un camino lateral que conduce a la parte trasera y se detiene frente a una puerta de madera. Un hombre de mediana edad, alto y muy estirado, nos está esperando. A pesar de vestir de *sport*, con una chaqueta de punto y pantalones de pinzas, su porte es muy distinguido, pero su mirada altiva tiene cierto aire desdeñoso. Saluda a la mujer sin estrecharle la mano y nos indica por gestos que le sigamos sin hacer ruido. Entramos por la cocina, donde aún perduran los aromas de la cena, y recorremos un largo pasillo hasta llegar frente a una sólida puerta de roble. Aunque todo está en penumbra puedo ver que esta sí es una casa de gente rica. Las alfombras que pisamos, los muebles que se vislumbran a través de las puertas entreabiertas, las esculturas que adornan los rincones,... incluso el olor que emana la propia casa. Todo aquí huele a riqueza.

El hombre nos hace entrar en una habitación y cierra la puerta detrás de él. Es una estancia imponente que infunde mucho respeto. Debe ser su lugar de trabajo, ya que hay un pesado escritorio de madera tallada frente a la ventana y varios sillones de cuero que parecen antiguos. Sobre la mesa veo un montón de carpetas y papeles esparcidos y también varios libros abiertos, como si nuestra llegada hubiese interrumpido su tarea. Las paredes están forradas con librerías de madera que llegan hasta el techo. En ellas no hay ni un solo hueco y todos los volúmenes parecen iguales. Me recuerdan a los libros que tenía el padre de Iván en su bufete de abogado.

El dueño de la casa nos señala los sillones que hay frente a la mesa y él se sienta al otro lado del escritorio. Comienza a conversar con la mujer, mientras me lanza fugaces miradas. No entiendo lo que hablan, pero me señala un par de veces y parece decepcionado. Creo que no le gusto. La mujer no deja de sonreírle y utiliza un tono de voz suave y melosa cuando se dirige a él, pero el viejo no parece convencido.

Detrás del hombre, justo sobre su cabeza, hay una fotografía en la que aparece vestido con una larga toga negra, con las manos cruzadas, como si deseara mostrar las enormes puntillas blancas que le cubren los puños. En la parte izquierda del pecho lleva prendida una gran medalla dorada con un escudo de colores en el centro. Debe ser una foto antigua porque se le ve mucho más joven. Y al lado de esa instantánea hay otra un poco más grande en la que aparece junto a varios hombres vestidos con toga igual que él, posando muy serios al lado de una figura central que destaca entre todos ellos. Debe ser alguien importante porque, aunque no lleva la toga, sino un elegante traje oscuro, es el que más estrellas doradas luce. La banda de color azul claro que le cruza el pecho le da una apariencia realmente aristocrática. Me pregunto quién será. La voz de la mujer hace que vuelva a centrar mi atención en ella.

—Ponte en pie, preciosa. —Me pide con una amabilidad que contrasta con la aspereza que ha utilizado hasta ahora.

Como tardo unos segundos en hacer lo que me dice sonrío y me dedica una mirada tierna y cariñosa, mientras sisea en voz baja en serbio:

—Si no haces lo que te digo, tu hermana va a pasarlo muy mal esta noche.

Me pongo en pie sobresaltada y mis rodillas comienzan a temblar de nuevo. La amenaza proferida contra mi hermana, con ese fingimiento tan sibilino, me provoca una angustia tal que los ojos empiezan a picarme y a llenarse de lágrimas. No quiero llorar, pero mi cuerpo es incapaz de dejar de agitarse, igual que una hoja a merced del viento. Eso parece gustarle al viejo, porque por primera vez desde nuestra llegada deja asomar una ligera sonrisa acompañada por un brillo vidrioso en sus ojos.

Me hace dar un par de vueltas y tras intercambiar nuevas palabras con la mujer saca del bolsillo de su pantalón una llave y abre el cajón superior del escritorio. De él extrae un abultado sobre, mira el contenido y retira unos billetes que se guarda en el bolsillo antes de entregárselo a la mujer. Esta comienza a contar el dinero con una eficiencia sorprendente.

El hombre aparta la mirada, como si le produjera pudor asistir al recuento de la transacción comercial que están llevando a cabo. Aunque no ha mostrado ninguna vergüenza a la hora de escatimar unos billetes al precio final. Igual que si estuviera regateando en unas vulgares rebajas.

La mujer acaba de contar el dinero y los dos se levantan para dirigirse hacia el fondo de la sala. El hombre se pone a manipular uno de los libros y observo incrédula como se abre una puerta disimulada entre los estantes.

—Te acompañaré a tu habitación. Vamos —me dice ella recuperando su tono áspero.

—No quiero quedarme con él —le imploro sabiendo que es inútil.

—No seas niña. —Me increpa empujándome para que me adentre en aquella abertura inquietante, al final de la cual se adivinan unos escalones—. Y recuerda que si haces alguna tontería, será tu hermana la que pague las consecuencias.

La escalera es muy estrecha y está mal iluminada. Tropiezo un par de veces y me agarro a las paredes para no caerme. El aire aquí dentro es frío y húmedo y huele a cerrado. El pánico comienza a atenazarme de nuevo y siento que no me llega bastante oxígeno a los pulmones. Comienzo a boquear, como un pez fuera del agua, mientras empiezo a sollozar de nuevo:

—Por favor no me encierres aquí. No me dejes con él. Tengo miedo.

Ya no me importa que me vean llorar. Lo único que siento es un terror inmenso estrujándome las entrañas y dejo que mis lágrimas fluyan libremente, sin tratar de dominarlas. La escalera acaba frente a una puerta metálica. El hombre saca otra llave y la hace girar varias veces en la cerradura antes de abrirla. Se adelanta al interior y enciende la luz.

Con una sonrisa cargada de orgullo me muestra la habitación. Lo que veo me deja sin aliento. Mi atormentada imaginación estaba anticipando la visión de un sótano terrorífico, lleno de cadenas herrumbrosas colgando de las paredes y todo tipo de

instrumentos y artefactos aterradores. En cambio el aposento que se ofrece ante mis ojos es un lugar muy diferente a lo esperado.

Se trata de una vivienda al completo pero sin muros que separen las diferentes estancias. En el centro hay una sala de estar con un coquetón sofá y dos sillones frente a una mesita baja. En una de las esquinas está montada una diminuta cocina, con fogones, fregadero y una pequeña nevera como las utilizadas en las habitaciones de hotel. También hay una mesa redonda, cubierta con un mantel blanco, y dos sillas. En la esquina opuesta está la zona del baño, con un lavabo individual, la taza del váter medio oculta tras un parabán de tela para proporcionar un poco de intimidad y una antigua bañera con patas metálicas frente a un gran espejo. Y por último, destacando sobre el resto de los muebles, hay una enorme cama con dosel que ocupa casi un tercio de la estancia.

Pero no es la visión de esta vivienda en miniatura lo que me deja sin habla, sino la artificiosidad de todo lo que allí se encuentra. Las paredes están cubiertas por un papel pintado en tonos pastel, entre los que predomina el rosa, y con diferentes dibujos infantiles que delimitan cada zona. La tapicería del sofá y los sillones también es rosa, aunque combinada con finas franjas de un amarillo pálido. Los almohadones del sofá son pequeños corazones ribeteados por puntillas blancas. La misma tela se ha utilizado para confeccionar las cortinas que cuelgan del dosel de la cama y que están recogidas con delicados lazos de encaje. Todos los muebles están pintados de blanco. Cada detalle ha sido creado con la más exquisita precisión para conferirle a la vivienda la inequívoca apariencia de una auténtica casa de muñecas victoriana.

El hombre me sonrío complacido por mi asombro y me dice unas palabras que no entiendo. Su sonrisa es repulsiva y comprendo horrorizada que su satisfacción está causada porque acaba de comprarse un nuevo juguete. Yo soy su nueva muñeca.

## CAPÍTULO 10 - VIERNES

Carla se sobresaltó al ver a Adam sentado en la acera, junto al portal del que ella acababa de salir.

—¿Pero, qué estás haciendo aquí?

—Esperándote —respondió el chico con una sonrisa.

Aquello acabó de desconcertarla. Que ella recordara, era la primera vez que le veía sonreír desde que le conocía.

—¿A mí? ¿Y tú como sabías que estaba aquí?

El joven se levantó del suelo y se sacudió con las manos el fondillo del pantalón. Luego con un encogimiento de hombros respondió:

—He supuesto que estarías con tu amigo Felipe. Es el único sitio que se me ocurrió al que podías haber venido al marcharte ayer del piso.

Carla le miró sorprendida. Jamás hubiera imaginado que Adam la conociera hasta ese punto. Siempre había pensado que el hijo de Jorge la detestaba y se limitaba a soportar su presencia con un mal disimulado resentimiento. En sus días amables, se contentaba con ignorarla.

—Bueno, pues tú dirás. ¿No te habrá enviado tu padre, verdad?

—No. Mi padre no sabe que estoy aquí. Es que...

El joven parecía azorado y bajó los ojos. Llevaba puesta la capucha de la sudadera y por un instante pareció que su cabeza se replegaba al interior de la prenda, como si se tratase del caparazón de una tortuga.

—¿Qué ocurre, Adam? —preguntó esforzándose por sonar amable.

—Necesito pedirte un favor —murmuró con los ojos todavía bajos.

—Bueno, pues sí puedo hacerlo...

No parecía muy dispuesta, pero sentía cierta curiosidad por lo que ese joven, que siempre le había resultado tan extraño, pudiera pedirle.

—Es que mi padre está en una de esas reuniones en las que no se le puede molestar y tengo que recoger de casa unas cosas para llevárselas a mi madre al hospital...

—¿Se ha despertado ya? ¿Cómo se encuentra? —se interesó Carla.

—Está bien. Me ha pedido que le lleve algunas cosas... —pareció atragantarse con las palabras y su rostro enrojeció—... de mujeres y eso.

La joven comenzó a vislumbrar el tipo de favor que necesitaba y le sonrió comprensiva.

—Así que quieres que te acompañe a casa de tu madre para ayudarte a buscar lo que te ha pedido. —Agitó la cabeza con incredulidad antes de añadir—. No creo que le haga mucha gracia saber que, precisamente yo, ando rebuscando por sus cajones.

—Es que no pensaba decirle que me habías ayudado. Y a mi padre tampoco —

aclaró el joven con franqueza.

—Ya veo. ¿Y no hay nadie más a quien puedas...? —dejó la pregunta inacabada. De sobra sabía que no había nadie más—. Está bien. Vamos. Cogemos un taxi.

El inspector Altarriba estaba en el despacho de su jefe preparando la reunión de esa tarde. Trataba de arrancarle a este la promesa de que si Jelena se negaba a colaborar, tras escuchar a Sasa y al comisario Espinosa, esa decisión no paralizaría la tramitación de su pasaporte.

—Está asustada y, ahora que ha descubierto a qué se dedica su hermano, le tiene más miedo que antes. Es fácil entender que no quiera volver con él, aunque solo sea por unos días.

El sonido del móvil cortó su discurso. Reconoció el número y se disculpó antes de atender la llamada.

—Es del hospital.

Su superior aprovechó esa pausa para salir a buscar un café. Cuando regresó, con una taza en cada mano, Altarriba le informó sonriendo:

—Susana se ha despertado. Voy a acercarme hasta allí para ver cómo se encuentra.

—Salúdala de mi parte —le pidió su jefe—. ¿Quieres que envíe a alguien a recoger a Jelena en tu lugar? Así podrás quedarte más tiempo en el hospital.

—No. Iré a recogerla yo mismo cuando salga. —Y como si se le acabara de ocurrir añadió—. Tengo que llamar a Adam. Querrá acompañarme.

Salió del despacho y marcó el número de su hijo. En vista de que este no contestaba decidió pasar por casa a recogerle.

Adam abrió la puerta y se apartó con galantería para cederle el paso a Carla. *Al final resultará que sí se parece un poco a su padre*, pensó sorprendida por su gesto. Cruzó el vestíbulo y se detuvo junto a la puerta abierta del salón. Era la primera vez que entraba en aquella casa y se sentía incómoda. No debería estar allí, invadiendo la intimidad de una familia que no era la suya.

—¿Estáis haciendo reformas? —preguntó señalando una cochambrosa carretilla que había junto a la pared.

—Eh..., no. Eso es para... Es para un proyecto de clase.

—¿Un proyecto de clase? ¿Y necesitas una carretilla para llevarlo? —dijo bromeando.

—La habitación de mi madre está por aquí —le indicó Adam.

Carla le siguió por el pasillo y entró en el dormitorio. La cama estaba por hacer y un revoltijo de ropa usada se apilaba sobre la banqueta que había junto a la pared. Por el suelo se veían varios pares de zapatos, dejados caer de cualquier manera y más

montones de ropa sucia. Estuvo tentada de arreglar un poco el desorden, pero se abstuvo de hacerlo, convencida de que a Susana no le gustaría que lo hiciera.

—¿Tienes alguna bolsa donde podamos ir metiendo sus cosas?

—Voy a traerla. Mientras puedes ir mirando ahí dentro. —Y le indicó una puerta entreabierta que había a su derecha.

Carla entró en el cuarto de baño y comprobó que también allí había un gran desorden. Toallas usadas tiradas por el suelo; la alfombrilla de la ducha estrujada en un rincón y convertida en un amasijo húmedo y mugriento; el cesto de la ropa sucia lleno a rebosar. Ignoró todo aquello, decidida a no analizar el significado de tales muestras de desidia, y se centró en lo que Adam le había pedido. Abrió el mueble que había bajo los dos lavabos y comenzó a rebuscar por el interior. Fue sacando los artículos que consideró que Susana necesitaría y dejándolos en el suelo a su lado. Escuchó los pasos de Adam a su espalda y sin levantarse le dijo:

—Ve metiendo todo esto en la bolsa.

No llegó a escuchar la respuesta del joven porque un segundo más tarde todo se volvió silencio y oscuridad a su alrededor. Su cuerpo se desplomó sobre el frío suelo sin apenas hacer ruido. Solo se escuchó el sonido de la tabla de skate al caer junto a ella.

Adam sacó de su mochila el rollo de cinta adhesiva que había comprado y le ató las manos a la espalda. Cuando acabó cortó un nuevo trozo y se lo pegó sobre la boca, asegurándose de que quedara bien fijado. No quería que Carla comenzara a gritar cuando se despertara y alertara a todos los vecinos. Intentó levantarla pero comprobó que pesaba más de lo esperado, así que se incorporó y, mientras se rascaba la cabeza con un gesto que recordaba mucho a su padre, evaluó las distintas opciones que tenía para sacarla del baño y llevarla hasta su habitación. Podía arrastrarla por los tobillos y una vez allí intentar subirla a la cama para que estuviera más comfortable. También podía traer la carretilla hasta el baño y trasladarla en ella. Aunque el problema estaba en poder cargarla sobre la tolva. Y una última opción era dejarla allí y esperar a que despertara. Pero aunque esta era la alternativa más cómoda para él, no le gustaba la idea de dejarla tirada sobre aquel suelo duro y frío, así que finalmente salió a buscar la carretilla y la llevó al baño. Le iría bien acostumbrarse a manejarla cargada con peso para lo que debería hacer más tarde.

Miró a la joven tendida en el suelo y se preguntó cuánto tiempo tardaría en despertarse. Esperaba que no fuera mucho, ya que no la había golpeado muy fuerte. Solo lo necesario para dejarla sin sentido y poder prepararla. Desde luego no le había dado tan fuerte como al hombre de la sudadera roja del parque. Pero es que a ese sí que quería hacerle daño. ¡El miedo que le hizo pasar el muy capullo el día que volvió a verle!

Recordó lo nervioso que se puso cuando le descubrió el primer día espiándole en

el parque y la huida tan vergonzosa que protagonizó corriendo a esconderse en el metro como una niña asustada. La verdad es que ese día pasó mucho miedo cuando comprendió porque le seguía aquel tipo. Estaba claro que le había reconocido y que tal vez pensaba contarle a la policía lo que le había visto hacerle al vagabundo... Adam prefería no seguir pensando en ello. Ese problema estaba ya resuelto. El capullo se lo había puesto fácil al seguirle por segunda vez. Seguro que no se esperaba que le tendiera una trampa en el túnel.

Ahora lo importante era prepararse para lo que tenía que hacer. Sabía lo que debía decirle a Carla cuando despertara. Ella no tendría más remedio que escucharle y cuando lo hiciera comprendería los motivos de Adam para hacer aquello. Estaba seguro de que al final lo entendería y acabaría aceptando su decisión. No le gustaría, claro, pero convendría con él en que no quedaba otra salida...

El timbre de la puerta resonó por toda la casa. Adam se quedó paralizado y tardó unos segundos en reaccionar. Salió del cuarto de baño y cerró la puerta tras él. Luego se acercó sigiloso hasta la entrada. El timbre sonó de nuevo haciéndole dar un respingo.

—¿Adam? ¿Estás en casa?

La voz de su padre le llegó nítida a través de la madera que les separaba. Su garganta reaccionó más rápida que su mente, porque antes de que pudiera decidir si debía contestarle o no, se oyó a sí mismo diciendo:

—Ahora abro.

Descorrió el cierre y se enfrentó a la mirada escrutadora de su padre.

—¿Por qué no contestas al teléfono? Te he llamado varias veces y te he dejado un par de recados en tu buzón de voz.

Adam tanteó los bolsillos de su sudadera buscando el móvil, pero recordó que lo tenía en la mochila.

—Debe estar sin batería —respondió—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Vamos al hospital. Mamá ha despertado.

Los dos hombres intercambiaron una mirada optimista y la misma sonrisa de satisfacción se dibujó en sus rostros.

—Entonces vámonos —dijo el joven saliendo al rellano y disponiéndose a cerrar la puerta.

—Espera —interrumpió su padre—. Tengo que echar una meada antes.

Y se encaminó por el pasillo hacia el que había sido su dormitorio. Adam se le adelantó y se plantó frente a él, justo en la puerta de la habitación, impidiéndole el paso.

—No, no uses este... este baño. Ves al mío. —Su voz sonó nerviosa y algo tartamudeante.

Su padre le miró desconfiado y el joven se apresuró a añadir:

—Es que acabo de usarlo y... —dio unas manotadas al aire y las acompañó con una risita culpable— y apesta... Es mejor que entres en el mío.

Jorge se preguntó qué era en realidad lo que su hijo trataba de esconder de una manera tan torpe. Pero pensó que si entraba, a pesar de las advertencias, y descubriría que olía a marihuana tendría que afrontar una larga charla con su hijo sobre los porros y otras drogas. Y aquel no era el mejor momento para ello, así que fingió aceptar la excusa de Adam y se dio la vuelta para ir al otro cuarto de baño.

Unos minutos más tarde, los dos abandonaban la casa camino del hospital.

Susana tenía peor aspecto ahora que estaba despierta. Al menos estando dormida sus ojos no mostraban aquella mirada de profundo sufrimiento, como la de alguien que se está ahogando y es incapaz de salir a flote. Cuando entraron en la habitación, los dos se mostraron encantados de verla despierta, pero ella se limitó a responder a sus efusivos comentarios con una voz frágil y quebradiza. Adam se sentó junto a ella en la cama y le acarició las manos y la cara con una ternura desacostumbrada en él. Jorge acercó un sillón y se limitó a observarles, escuchando las débiles respuestas que ella iba dando a las preguntas de su hijo. Seguía aturdida por los sedantes y en ocasiones sus palabras resultaban difíciles de entender.

—Creo que resbalé... No recuerdo lo que llevaba en las manos pero me caí y... Supongo que me corté con algún vaso...

Adam se inclinó y la abrazó. Se quedó recostado junto a ella y comenzó a susurrarle en voz baja:

—Ya no tienes que preocuparte de nada. Vamos a cuidar de ti y todo volverá a ser como antes. Ya lo verás. No tienes que preocuparte por nada.

Susana cerró los ojos y se dejó acunar por su hijo. Unas lágrimas comenzaron a resbalar por su cara mientras Adam seguía abrazándola y repitiendo entre dientes su consoladora letanía. Jorge se levantó del sillón y se puso a mirar por la ventana, dándoles la espalda. Sentía abrirse de nuevo la vieja herida, la misma sensación de culpabilidad que le acompañaba desde hacía tanto tiempo.

Escuchó agradecido el sonido del teléfono que le ofrecía una excusa para salir de allí.

—Tengo que volver al despacho —anunció antes siquiera de ver quien le llamaba.

Su exmujer abrió los ojos y le miró. Apartó el rostro de Adam, el cual se acurrucó junto a ella y siguió murmurando en voz baja, como si hubiera olvidado que sus padres estaban allí.

—Jorge, tenemos que hablar.

—Lo sé, Susana —asintió—. Volveré esta tarde cuando acabe y hablaremos los tres.

La mujer pasó una mano trémula sobre el oscuro cabello de su hijo y añadió:

—Tenemos que hablar.

Altarriba se acercó hasta ella y la besó en la frente.

—Volveré pronto. Te lo prometo. Mientras tanto, intenta descansar.

Luego se dirigió a su hijo, que seguía abrazado a su madre:

—¿Quieres que te acompañe a casa? Deberíamos dejar descansar a mamá.

—No. Me quedaré un rato con ella. Ya cogeré el autobús más tarde. No te preocupes por nosotros. Estaremos bien.

El inspector Altarriba y Jelena fueron los últimos en llegar a la reunión y su entrada interrumpió la conversación de los tres hombres que les aguardaban. La mujer examinó la habitación con aquellos intensos ojos azules antes de tomar asiento y se limitó a saludar a los presentes con una inclinación de cabeza.

—Среџан сам да те видим, Елена —le dijo Sasa a modo de bienvenida.

—No hables en serbio —le ordenó tajante—. Quiero que todos entiendan cada palabra que tú digas a mí.

—Tienes razón —se disculpó—. Te doy las gracias por venir.

—Todos te lo agradecemos —añadió afable el inspector jefe—. Sabemos que estamos pidiéndote algo muy difícil y valoramos mucho tu ayuda.

La joven asintió con la cabeza y luego cruzó una mirada con el comisario Espinosa, quien no había dicho una palabra todavía. Jelena seguía desconfiando de él y no le importaba que este lo percibiera.

—Estoy aquí por inspector Altarriba —afirmó. Y dirigiéndose a Sasa continuó desafiante—. Él ha contado a mí tu historia, pero yo no segura de creerte. Pienso que puede ser trampa de Milos.

El serbio negó con la cabeza, pero no trató de rebatir su desconfianza.

—Deberías esperar a conocer todos los detalles —le aconsejó el comisario—. El inspector Altarriba solo te ha contado una parte, porque no conoce el resto.

El aludido miró a Jelena y le dio a entender que no sabía a qué se refería el viejo policía.

—Te hemos pedido que vinieras —continuó Espinosa con aparente calma— para que escuches por boca de Sasa el relato completo de su historia.

La joven frunció el ceño y miró a su compatriota. Este se puso en pie y sacó del bolsillo trasero de su pantalón una cartera. De ella extrajo una manoseada fotografía y la contempló durante unos instantes antes de entregársela a Jelena sin mediar palabra. Ella tardó unos segundos en aceptarla, como si temiera que al acceder a mirarla se estuviera comprometiendo de alguna manera.

La fotografía parecía reciente, aunque estaba un poco deteriorada por los bordes. En ella aparecían tres mujeres. La de más edad estaba sentada en una silla de madera, con la espalda erguida y mirando fijamente a la cámara. Las otras dos estaban de pie a su lado y apoyaban las manos sobre el respaldo de la silla. Una de ellas, la más joven, mostraba una sonrisa abierta mientras que la otra trataba de mantener un semblante serio sin acabar de conseguirlo. Debían ser madre e hijas ya que tenían un gran parecido. Pero lo que más destacaba en las tres era el color de ojos que

compartían: un azul casi transparente.

—Estas son mi madre y mis hermanas —comenzó Sasa vacilante—. Anja tenía veintidós años y Marija acababa de cumplir los quince cuando las dos desaparecieron. Eso ocurrió hace más de un año y no he dejado de buscarlas desde entonces.

Con voz firme comenzó a narrar su historia. Habían crecido en un apartado pueblo de Serbia y él tuvo que trabajar desde muy joven, ya que su padre murió meses antes de nacer Marija.

—Pero nunca me gustó vivir en un pueblo tan pequeño y mi madre lo sabía. Por eso, cuando Anja encontró un buen trabajo, mi madre me animó a marcharme a Belgrado. Ella sabía que mi sueño era vivir en una gran ciudad y abrir mi propio gimnasio. Me aseguró que ellas tres estarían bien y yo prometí enviarles dinero todos los meses hasta que Marija acabara sus estudios. Así que me marché. Alquilé un apartamento, abrí mi gimnasio y comencé a disfrutar de la gran ciudad. Después de seis meses le pedí a mi madre que viniera a pasar unos días en Belgrado para que viera el lugar donde vivía y poder mostrarle todo lo que había conseguido en tan poco tiempo. —Se detuvo un instante antes de añadir con nostalgia—. Lo pasamos muy bien juntos esos días. Ella estaba muy orgullosa de mí. —Luego miró a Jelena y su timbre cambió—. Fue la última vez que la vi sonreír.

El inspector jefe aprovechó esa pausa para acercarle un botellín de agua. Sasa le dio un largo trago antes de continuar:

—Cuando mi madre regresó a casa, mis dos hermanas habían desaparecido. Nadie las había visto ni sabían dónde estaban. Parecía que se las hubiera tragado la tierra. Así que cerré el gimnasio, vacié el piso y me dediqué a buscarlas. No he hecho otra cosa desde entonces.

Jelena miró de nuevo la fotografía. Sus manos temblaron al sostenerla y tuvo que aclararse la voz antes de preguntar:

—Y ¿has descubierto qué les ocurrió?

—Sí.

Tras la escueta afirmación, pronunciada en voz grave, el silencio se extendió por la habitación como un pesado manto. Parecía que todos los presentes hubieran dejado de respirar. Fue Sasa quien volvió a retomar la palabra:

—Las dos fueron secuestradas muy cerca de casa, transportadas igual que ganado en un camión que atravesó media Europa hasta llegar aquí y vendidas como simple mercancía en un burdel.

Los ojos de Jelena se agrandaron y a pesar de su tamaño parecieron incapaces de retener las lágrimas que comenzaban a asomar entre sus pestañas.

—¿Tuvo Milos algo que ver con eso? —preguntó angustiada—. ¿Fue él quien se las llevó?

Sasa esbozó una sonrisa triste y negó con la cabeza.

—No. Tu hermano no había descubierto aún cuánto dinero se podía ganar con «ese placentero negocio».

Jelena sintió que un escalofrío la sacudía de arriba abajo al escuchar las palabras de Sasa. Recordó con dolorosa claridad la noche en que su hermano, durante una cena con Siznic, pronunció esa misma frase. Ella apenas le había prestado atención y ni siquiera se preguntó a qué negocio se refería. Se había limitado a seguir coqueteando con el joven sentado a su lado. Sasa inspiró aire de manera ruidosa antes de continuar:

—Descubrí que fueron los hombres de Siznic los que hicieron el trabajo. Aunque me llevó mucho tiempo averiguarlo.

Jelena se llevó la mano a la boca y exclamó:

—¡Dios mío! ¿Y dónde están ahora?

—Siznic las separó en cuanto llegaron aquí. Anja fue vendida a un burdel cerca de Madrid, pero a Marija se la llevaron a otro lugar. Por lo visto hay gente dispuesta a pagar mucho dinero por una joven sin estrenar. Las vírgenes, sobre todo las niñas, tienen mucha demanda.

—¿Y cómo has llegado a saber todo eso? —preguntó Jelena con voz entrecortada y sin molestarse en ocultar que estaba llorando.

—Hace unos meses, por fin encontré a Anja. La descubrí en uno de los clubs de carretera de Siznic. Cuando la vi, apenas pude reconocerla. Por suerte yo la vi primero. Así que pude acercarme hasta ella y susurrarle al oído, como si estuviera contratando sus servicios: «*Finge que no me conoces y subamos a una de las habitaciones*». Creí que iba a ponerse a llorar allí mismo, así que tuve que darle un azote en el trasero y gritarle en voz alta: «*Vamos mujer, muévete que no tengo todo el día*». Esa misma noche contacté con el comisario Espinosa para pedirle su ayuda.

El comisario carraspeó de manera ruidosa dando a entender que se disponía a hablar:

—Sasa nos ofreció su colaboración para que le ayudáramos a rescatar a su hermana y a cambio nos entregaría toda la información que había ido recopilando sobre las redes de Siznic y Milos. Pero debíamos hacerlo de manera que él quedara fuera de toda sospecha para que pudiera seguir buscando a Marija. Organizamos una redada...

Unos golpes interrumpieron su relato. Un policía asomó por la puerta y se disculpó:

—Lo siento jefe, sé que había pedido que no les molestáramos, pero hay una llamada para el inspector Altarriba y el que llama insiste en que es muy urgente.

El comisario continuó con su historia mientras Jorge salía del despacho para atender el teléfono. Este contestó en tono seco al reconocer la voz del amigo de Carla.

—¿Qué ocurre, Felipe? Estoy en una reunión muy importante.

—Lo sé Jorge, y no te molestaría si no estuviera preocupado de veras. Pero es que Carla salió temprano esta mañana y aún no ha regresado. Llevo tratando de localizarla todo el día, pero ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido? ¿La has llamado al trabajo?

—No está allí. Llamó para decirles que hoy no iría a trabajar. Estaba de bajón y un poco depre. Por lo vuestro, ya sabes. No sabía qué hacer y decidió quedarse en casa para hablar conmigo sobre lo ocurrido. Yo no tenía que...

El inspector le atajó para que fuese al grano. No soportaba la manera de hablar de Felipe, que siempre necesitaba dar un montón de explicaciones para llegar al asunto central. Carla solía reprocharle que su impaciencia con él tenía un tufillo homofóbico.

—La cuestión es que salió a comprar unas cosas que necesitaba y yo me quedé preparando el desayuno para los dos. Y aún no ha regresado. La he llamado un millón de veces, pero su teléfono está apagado. De verdad estoy preocupado, Jorge. Es capaz de haber hecho cualquier locura.

—No seas exagerado, Felipe. Se habrá encontrado con alguien y ha olvidado avisarte.

—Te digo que le ha ocurrido algo —insistió testarudo.

—Está bien. Le diré a uno de mis hombres que trate de localizarla. En cuanto sepa algo te llamaré.

—Deberías buscarla tú mismo. Esa mujer está...

—¡Felipe! Sé lo que tengo que hacer. —Sonó más crispado de lo que pretendía, por lo que corrigió el tono—. Escucha, sé que Carla te considera su mejor amigo y que tu preocupación por ella es sincera, pero no me digas cómo debo hacer mi trabajo. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Regresó al despacho más preocupado de lo que estaba dispuesto a admitir. Lo cierto es que no era propio de ella dejar plantado a Felipe de ese modo sin dar ninguna explicación.

En la habitación el comisario seguía contando cómo lograron sacar a Anja de aquel antro y contaba el relato tan estremecedor que esta les hizo sobre su secuestro y posterior traslado. Lo peor, según ella misma afirmó, fue la situación de absoluta esclavitud a la que se vio sometida desde el primer día, obligada a copular con hombres inmundos noche tras noche, siempre con la angustia de no saber qué suerte había corrido su hermana Marija.

Jelena estaba horrorizada y apenas podía articular palabra.

—Hace poco oí a Siznic referirse a una especie de agenda —intervino Sasa de nuevo dirigiéndose a ella— donde guarda información sobre los que él llama los «sibaritas». Son hombres dispuestos a comprar niñas de cualquier edad. Tengo que conseguir esa lista, porque al menos uno de ellos sabrá qué ha sido de Marija.

A pesar de todos los horrores escuchados, o quizá por eso mismo, la joven seguía mostrándose reacia a colaborar. Preguntó por qué no detenían a Siznic y registraban su vivienda hasta dar con esa información, pero el comisario admitió que no querían solicitar todavía una orden de registro.

—En cuanto nos acerquemos a él, todo su equipo de carísimos abogados se pondrán en marcha. Para cuando encontremos esa lista de clientes las jóvenes habrán sido trasladadas a cualquier otro lugar y ya no podremos dar con ellas. Tenemos que

localizarlas antes de que Siznic sospeche que andamos tras ellas o la pista de Marija se borrará para siempre.

Sasa se acercó hasta Jelena y se arrodilló frente a ella. Le agarró las manos y con voz rota le imploró:

—Te ruego que me ayudes Jelena. Молим!

Ver a aquel hombre, al que consideraba un témpano sin sentimientos, humillándose frente a ella de esa manera, le hizo sentir una enorme vergüenza.

—Por favor, Sasa. Levántate —le pidió azorada tirándole de los brazos para incorporarle.

El hombre obedeció. Se presionó los párpados con los dedos y respiró por la nariz de manera ruidosa. Luego se excusó diciendo que necesitaba ir al baño y salió del despacho, dejándoles a todos con la desagradable sensación de ser, de algún modo, culpables de aquella ignominia.

—Es horrible secuestrar mujeres para obligarlas a prostituirse —dijo Jelena sobrecogida.

—Todas están obligadas —sentenció el comisario—. Ninguna lo hace de manera voluntaria.

La joven levantó la cabeza y le miró sorprendida.

—Cuando la miseria y la ignorancia te cierran todas las puertas —continuó el policía—, escoger la única salida que queda abierta no es una elección libre.

Aquella afirmación fue seguida por un bochornoso silencio. Altarriba recordó la discusión que mantuvo años atrás con una mujer policía cuando ambos participaban en un cursillo sobre delitos sexuales. Su compañera opinaba que el origen del problema radicaba en la educación tan diferente que recibían los dos sexos. A los hombres se les educaba de manera que llegaban a considerar que el sexo era un derecho inherente a su género. Y a las mujeres, por el contrario, se las enseñaba a aceptarlo como una obligación. Por eso, en cualquier sociedad, los hombres seguían sin sentir ningún tipo de culpabilidad al exigir o tomar a la fuerza lo que consideraban que era un derecho natural. Un derecho que las mujeres estaban obligadas a satisfacer.

Cuando Sasa regresó, minutos más tarde, había recobrado su entereza. Se sentó en la silla y esperó en silencio. Jelena mientras tanto se había levantado y estaba de espaldas a todos mirando por la ventana. Cuando le oyó entrar, se dio la vuelta y le preguntó a bocajarro:

—¿Participaste en la muerte de Goran?

Sasa la miró. Sus ojos volvían a tener ese matiz pálido sin apenas color. Tragó saliva antes de responder:

—En cierta manera sí.

—¿En qué manera? ¿Le mataste tú?

—No. Pero oí a Milos ordenar su muerte y no hice nada por avisarle.

Los dos clavaron sus miradas en el otro durante una eternidad. Después Jelena

volvió a hablar:

—¿Y ahora pides que yo ayude a ti? ¿Aunque tú no ayudaste a Goran?

—Sí.

Esa fue toda su respuesta. Jelena abrió la boca y aspiró aire de manera ruidosa. Se acercó con pasos vacilantes hasta su silla y se sentó de nuevo. Cuando habló su voz sonó segura.

—Volveré con Milos.

La tensión del ambiente pareció desinflarse como un globo pinchado. Se escucharon varios suspiros de alivio y Sasa se cubrió la cara con las manos y comenzó a llorar.

—Pero lo haré por Marija —añadió altiva—. No por ti.

## QUINCE MESES ANTES

El viejo y la mujer hace rato que se han marchado. Salieron sin decir nada así que no sé qué debo hacer ahora. Estoy muy cansada pero no quiero dormirme. Y no pienso tumbarme en esa cama, cuya sola visión me produce escalofríos. Así que para mantenerme despierta me dedico a escudriñar cada rincón de este sitio.

Arrimado a la pared, frente a la cama, hay un armario con tres puertas. Abro dos de ellas y descubro un montón de delicados vestidos colgando de las perchas. Trajecitos de niña confeccionados con sedas, organzas y muselinas, y adornados con todo tipo de puntillas, lazos y bordados. En el suelo, ordenados por colores, hay una gran colección de zapatitos a juego con esas prendas, pero dudo mucho que mis pies quepan en ninguno de ellos. Empiezo a entender el rechazo inicial del hombre. Soy una muñeca demasiado grande con la que jugar. En el estante superior hay varias cajas redondas llenas de ridículos sombreritos. Todo muy acorde con esta siniestra casa de muñecas.

Cierro hastiada de tanto encaje y trato de abrir la tercera puerta. Está cerrada con llave y aunque la busco por toda la estancia no consigo dar con ella. Frustrada empiezo a hurgar por los cajones de la cómoda cuando oigo el sonido de una llave girando en la cerradura. Me doy la vuelta en el mismo instante en que el viejo reaparece. Se ha cambiado de ropa y lleva una bata de seda granate con un pijama azul marino debajo. Debe haberse dado una ducha porque su pelo todavía está mojado.

Vuelve a cerrar con llave y se acerca hasta mí. El corazón vuelve a desbocárseme y retrocedo atemorizada, pero él me agarra de la mano y empieza a hablarme dulcemente mientras me lleva hasta el sofá. No entiendo nada de lo que dice, pero su tono es el mismo que emplearía para tranquilizar a un niño asustado. Nos sentamos en el sofá y él se arrima hasta quedar pegado a mí. Luego me rodea los hombros y me reclina la cabeza para que descansa sobre su pecho. Comienza a pasar su mano por mi cabello, acariciándome como si fuera un cachorrito, mientras sigue susurrándome palabras tranquilizadoras.

Permanecemos así un rato y por fin empiezo a relajarme. Mi respiración ha vuelto a recuperar su ritmo normal y he dejado de temblar. Un agradable sopor comienza a invadirme y se me escapa un bostezo. Entonces me aparta con delicadeza y se levanta para acercarse a la bañera. Comienza a manipular los grifos y regula la temperatura del agua antes de poner el tapón para que empiece a llenarse.

Yo le digo que no necesito un baño, pero él sonrío ante mis incomprensibles palabras y niega con la cabeza. Trato de hacerme entender por gestos, pero lo único que consigo es una nueva sonrisa. Entonces se acerca hasta mí y trata de desabrocharme el vestido. Le aparto la mano e intento zafarme de él, pero con una

fuerza sorprendente para su edad me agarra del brazo y tira de mí. Le miro a los ojos y le pido que no me desnude, pero su mirada ya no es cálida ni sus palabras consoladoras. Ahora muestra sin disimulos el rostro lascivo de quien está saboreando por anticipado el disfrute de sus más bajas pasiones.

Trato de soltarme, pero su mano aferra mi muñeca como una garra. Con el otro brazo me inmoviliza por completo. Y tirando de mí se acerca hasta la puerta cerrada del armario. Del bolsillo de su bata saca una llave y veo horrorizada el contenido. Todo un despliegue de fustas, cinturones y látigos, de diferentes largos y grosores, están perfectamente alineados en los estantes del guardarropa. Con experta mirada elige una pequeña palmeta de madera, plana y delgada, y con ella en la mano me arrastra hasta la cama. Se sienta en el borde de esta y antes de que me dé cuenta me tumba sobre sus rodillas trabándome las manos por la espalda, me baja las bragas hasta los tobillos y comienza a azotarme.

Chillo y pataleo y trato de soltarme de su brutal sujeción, pero él sigue golpeando indiferente a mis gritos. Siento las nalgas ardiendo y con cada nuevo golpe la quemazón se reaviva y me arranca alaridos de dolor. Las lágrimas corren por mi cara, mezclándose con mocos y saliva que dejan una mancha oscura y húmeda sobre su bata de seda. Y tras cada azote me escupe una única palabra. La primera que aprendo en este nuevo idioma: Mala, mala, mala...

Por fin se detiene y me tumba bocabajo sobre el colchón. Se levanta dando un suspiro de satisfacción y se acerca hasta la bañera para cerrar el grifo. Comprueba la temperatura del agua antes de volver a mi lado. Yo escondo la cara entre los almohadones y sigo sollozando entre hipidos y temblores.

El viejo se arrodilla junto a la cama y de nuevo empieza a acariciarme el cabello y a susurrarme palabras en voz queda, pero ya no me engaña su hipócrita ternura. Cuando noto su mano desabrochando los botones de mi vestido no me resisto. Le dejo que me desnude sin oponerme y le acompaño hasta la bañera cuando así me lo indica por gestos.

A través del enorme espejo que ocupa media pared compruebo que tengo las nalgas enrojecidas y llenas de verdugones, pero aparto la mirada avergonzada. Esas marcas resultan mucho más humillantes que el afilado dolor que me agujonea.

Me meto en el agua y dejo que el viejo empiece a enjabonarme. Lo hace como si siguiera algún ritual que ha practicado muchas veces. Primero deja caer un poco de gel sobre una esponja, la aprieta varias veces para que empiece a brotar la espuma y comienza a frotar cada parte de mi cuerpo. Comienza por los pies y va subiendo por mis piernas hasta llegar a los muslos. Luego sigue con las manos y los brazos hasta acabar en los hombros. En ese momento me indica que me ponga en pie, sin salir de la bañera, y también él se levanta. Con desesperante lentitud comienza a frotarme la parte alta de la espalda para ir descendiendo poco a poco hasta llegar a las nalgas. Cuando las roza lanzo un involuntario quejido y tengo que hacer un auténtico esfuerzo para no apartarme cuando sus asquerosos labios besan esa zona dolorida.

Luego me da la vuelta y sigue lavándose. Cierro los ojos para no ver los suyos recorriendo voraces cada palmo de mi piel. Me enjabona el cuello y arrastra la esponja hasta mis pechos. Allí se demora un rato frotando con movimientos circulares alrededor de mis pezones. Aprieto las manos y las mandíbulas con tanta fuerza que puedo sentir todos mis músculos tensos y preparados para saltar. Pero el palpitante dolor que sigue latiendo en mi trasero me disuade de hacer nada para apartarme de él.

Baja la esponja hasta mi ombligo y con la mano me indica que abra las piernas. Estoy tan aterrada que se me escapa un poco de pipí que cae sobre sus dedos, pero no parece importarle porque se ríe y se limita a llamarme mala en tono divertido. Entonces comienza a frotarme con pausados movimientos. Siento tanto asco que tengo que morderme los labios para no gritar. Los ojos se me han vuelto a llenar de lágrimas y dejo que caigan por mi cara sin importarme que me vea. Lo único que deseo es que acabe de una vez y pare de manosearme.

Por fin parece satisfecho y me indica que salga de la bañera. Despliega una toalla frente a mí y me envuelve con ella, dándome leves golpecitos para secarme. Vuelve a llevarme hasta la cama y me indica que me tienda bocabajo de nuevo. Le obedezco, ya que de todas maneras no creo que pueda tumbarme de ningún otro modo. Y entonces saca del cajón de la mesita un tubo de pomada y empieza a extenderla por las zonas más castigadas de mi trasero. Mientras me embadurna vuelve a emplear ese odioso tono de falso afecto paternal. No sé de qué está hecho el ungüento, pero comienzo a notar sus efectos de inmediato. Cuando acaba, el escozor ha disminuido tanto que, cuando me doy la vuelta obedeciendo una nueva orden suya, y me quedo tumbada de espaldas, el dolor es mucho más soportable de lo que esperaba.

Entonces veo como se desprende de su bata y la deja caer al suelo. Se desabrocha la camisa del pijama y muestra sin recato un torso macilento y cubierto de canas. Los brazos, que en alguna época debieron ser fuertes y musculosos, ahora muestran unos repulsivos colgajos de carne fofa cerca de las axilas. Comienza a bajarse los pantalones y entonces cierro los ojos. En voz baja empiezo a llamar a mamá porque sé que ese aterrador momento ha llegado.

## CAPÍTULO 11 - VIERNES TARDE

El comisario Espinosa se levantó de la silla con un sonoro bufido. No se había movido desde que empezaron la reunión y sus rodillas crujieron bajo su peso. Se acercó hasta la ventana con andar reposado y sacó del bolsillo de la chaqueta un paquete de chicles. Con pasmosa cachaza le quitó el envoltorio a uno y comenzó a masticarlo de manera ruidosa. Observó a la mujer sentada al otro lado de la habitación, con ese ojo medio cerrado que le confería el aspecto de alguien permanentemente desconfiado.

—Eres una mujer sorprendente, Jelena —dijo en voz alta.

Ella se dio la vuelta para mirarle, pero no preguntó a qué se refería. Se limitó a esperar que siguiera hablando.

—No te fías de mí y detestas a Sasa —y con una media sonrisa aclaró— y que conste que no es un reproche, porque puede que tengas un buen motivo para las dos cosas; y sin embargo, estás dispuesta a ayudarnos para salvar a una mujer a la que ni siquiera conoces. Realmente sorprendente.

La joven no se molestó en contestarle. Le dio la espalda de nuevo y siguió leyendo las notas que el inspector jefe le había entregado antes de salir del despacho.

—La verdad es que no esperaba que lográramos convencerte con tanta facilidad —continuó el comisario—. Incluso hubiera apostado que exigirías a cambio algo bastante... —Se frotó los dedos índice y corazón con el pulgar, sopesando cual hubiera sido ese algo que la persuadiera.

Esta vez la mujer sí reaccionó. Apartó las hojas escritas y le miró iracunda. Bajó la voz y sin apenas mover los labios dijo:

—No todas estamos en venta.

—¡Uhhhh! Que susceptible —exclamó con una mueca burlona—. No pretendía ofenderte.

—No es a mí a quien ofendes. Ofendes a ti.

El comisario ladeó la cabeza en un gesto de extrañeza. La joven continuó mirándole con aquellos ojos insondables:

—Si crees que todo puede comprarse es porque tú también tienes un precio.

El viejo policía dejó de sonreír y entornó los párpados, como si de pronto sus cansados ojos necesitaran hacer un esfuerzo para enfocar a la mujer con claridad. El regreso de los otros hombres, que habían salido al pasillo para tomarse un pequeño descanso, interrumpió el diálogo. Los recién llegados volvieron a ocupar sus asientos, ajenos a la conversación que mantenían el viejo policía y la joven mujer. Cogieron cada uno una copia de las notas que el inspector jefe había esbozado como parte del plan a seguir a partir de aquel momento.

—Hermosa, inteligente y con principios —siguió diciendo el comisario en voz

alta, dando la impresión de estar hablando consigo mismo—. Una combinación irresistible. Si tuviera veinte años menos, puede que yo también me enamorara de ti.

Y regresó a su sillón, al tiempo que soltaba una risita maliciosa mirando hacia donde se encontraba el inspector Altarriba. Este no advirtió el cruce de miradas y sonrisas que intercambiaron el resto de los presentes. Estaba distraído escuchando, una vez más, como saltaba el contestador de Carla, por lo que la contestación de Jelena le pilló por sorpresa.

—Usted muy cínico. No puede enamorarse de nadie —dijo esta sin levantar los ojos de los documentos que intentaba leer.

—¿Enamorarse de quién? ¿De qué hablas? —preguntó Altarriba dejando el móvil sobre la mesa y desistiendo de su intento de hablar con Carla.

—De mí —aclaró el comisario con una teatral reverencia—. Le preguntaba a esta preciosa joven si podría algún día enamorarse de mí.

Todos estallaron en carcajadas, incluida la propia Jelena. Jorge les miró desconcertado. Aquello logró relajar el ambiente mucho más que la pausa de diez minutos que acababan de tomarse.

—Bien —anunció el inspector jefe tomando de nuevo el control—, repasemos los detalles de cómo vamos a proceder a partir de...

El teléfono de Sasa comenzó a vibrar y este se disculpó, pero al ver el nombre que aparecía en la pantalla su expresión cambió por completo. Con voz grave anunció:

—Es Milos. ¿Qué le digo si pregunta por su hermana?

—No le digas nada todavía —advirtió Altarriba—. Aún tenemos que coordinar el modo de hacerlo.

Todos aguardaron en silencio, pendientes de las palabras del serbio, a pesar de que solamente Jelena era capaz de entenderlas. Sasa se había puesto en pie y respondía con breves monosílabos, limitándose a escuchar con rostro inexpresivo. Pero de pronto su voz sonó diferente.

—Ел си сигуран да она зна где е Елена?

Aunque ninguno de los policías entendió la frase, los tres le habían oído claramente pronunciar el nombre de Jelena. Miraron a la mujer y vieron que ella también se había puesto en pie y observaba expectante a su compatriota. Cuando este colgó, los dos intercambiaron una mirada de preocupación.

—¿Qué te ha dicho? ¿Qué ocurre? —preguntó Altarriba contagiado por la alarma de sus rostros.

—Вхич воман ис хе талкинг абоут? —preguntó Jelena, hablando por primera vez en su idioma.

—Не знам —le respondió Sasa.

—¿Qué coño está pasando, Sasa? —tronó el comisario.

El grito sirvió para que el aludido reaccionara. Se guardó el teléfono en la chaqueta y se sentó de nuevo. Estaba pálido y en sus sienes brillaban diminutas gotas de sudor.

—Me ha pedido que vaya a casa. Él y Siznic me esperan. —Su nuez se movió con brusquedad antes de añadir—. Es una trampa. Y eso significa que ya no confían en mí.

—¿Cómo sabes que es una trampa? —inquirió Altarriba.

El serbio miró de nuevo a la joven antes de responder:

—Porque dicen que tienen a una mujer que nos dirá dónde está Jelena y quieren que les ayude a interrogarla.

Un inquietante desasosiego se extendió por la habitación contagiándoles a todos. Altarriba se llevó las manos a la cabeza y comenzó a frotársela con rápidos movimientos. El comisario se levantó de la silla y se acercó hasta el serbio, que permanecía sentado con el cuerpo encorvado hacia delante.

—¿Te ha dicho de quién se trata? —le preguntó, pero cuando Sasa negó con la cabeza se encaró con Jelena para preguntarle—. ¿Alguien más sabe dónde estás? ¿Has hablado con alguna amiga?

Pero antes de que ella pudiera responder, el inspector Altarriba afirmó:

—No es ninguna trampa.

Todos se volvieron para mirarle y entonces, con voz cargada de malos presagios, anunció:

—Creo que tienen a Carla.

Adam contempló a la joven que seguía inconsciente sobre el suelo de su habitación. Había logrado trasladarla hasta allí y acomodarla sobre la alfombra, pero ahora se preguntaba si había sido una buena idea. Tenía que haberlo pensado mejor antes de hacer aquel esfuerzo, ya que ahora veía claro que el baño era un lugar mucho más práctico que el dormitorio para hacer lo que tenía que hacer. Así que tendría que volver a llevarla hasta allí. Pero esta vez esperaría a que estuviera despierta. No se sentía con fuerzas para arrastrarla de nuevo.

Colocó una almohada bajo la cabeza de la joven y ladeó su cuerpo para que el peso de este no recayera sobre sus manos que estaban atadas a la espalda. Estiró sus piernas y se aseguró de que la cinta sobre su boca siguiera firmemente pegada. Luego se tumbó sobre la cama y comenzó a repasar en voz alta lo que le diría cuando despertara.

Sus argumentos tenían que ser claros y directos para que los entendiera a la primera. Era lo menos que merecía. Saber por qué iba a morir.

Cuando el inspector Altarriba les habló de la llamada del amigo de Carla todos dieron por sentado que, efectivamente, era ella la mujer a la que se había referido Milos. Fue Jelena la primera en reaccionar, una vez superada la parálisis inicial que les sobrevino a todos tras la conmoción por la noticia.

—Es hora de irnos, Sasa.

La joven cogió su mochila, se la colgó de un hombro y con gestos apremiantes indicó a su compatriota que se levantara para marcharse. Luego se acercó a Altarriba, el cual permanecía sentado con los ojos clavados en la pantalla de su móvil.

—No se preocupe, inspector —le animó—. Mi hermano dejará que ella se vaya cuando vea a mí.

Jorge trató de agradecerle su apoyo, pero la sonrisa que esbozó quedó convertida en una mueca grotesca. Tenía la boca seca y un gusto amargo le subía desde el estómago. Sentía la lengua como si la tuviera cubierta de arena.

—No irás con Sasa, Jelena.

La afirmación del comisario les sorprendió a todos. La mujer, que ya se disponía a abrir la puerta para salir, se detuvo y se volvió para mirar al viejo policía.

—¿Qué? —preguntó desconcertada—. ¿No quieres ayudar a novia del inspector?

Altarriba también le miró y captó de inmediato el cruce de miradas que se produjo entre Espinosa y el inspector jefe.

—Creía que estábamos de acuerdo en que Jelena regresara a casa con Sasa —dijo suspicaz.

—Ese ya no es un buen plan —afirmó el comisario mirándole a los ojos.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué no lo es? —preguntó encrespado.

—Porque si Sasa aparece con Jelena justo ahora, no hará más que confirmarle a Milos que sus sospechas eran ciertas. Pensará que efectivamente era él quien la mantenía escondida todo el tiempo y que se ha asustado al recibir la llamada. Sasa quedará al descubierto.

—Me importa una mierda que le descubran —estalló Altarriba plantándose de un salto frente al comisario—. No voy a permitir que utilice a Carla para proteger a su hombre. Milos es un...

—No estoy tratando de proteger a Sasa —gritó el comisario—. Si le entregamos a Jelena nos quedamos sin nada con lo que negociar. ¿Es que no aprendiste nada en Quántico?

Altarriba dio un paso atrás y se frotó la cabeza. Las gotas de sudor se escurrieron entre sus dedos bajo las enérgicas sacudidas de su mano.

Sasa y Jelena, que permanecían de pie junto a la puerta, regresaron a sus asientos dispuestos a escuchar al viejo comisario. Este carraspeó de nuevo antes de hablar:

—Sasa debe ir solo y averiguar qué está tramando Milos. Sí de verdad tiene a Carla, tal y como suponemos, puede que aún siga confiando en él. —El comisario miró a su confidente y añadió categórico—. No te habría dicho nada si recelara de ti. Hubiera intentando sonsacarle información sin tu ayuda.

—¿Por qué no mandas policía a casa de mi hermano y coges a Carla? —apuntó Jelena reanimada ante la idea de no tener que regresar a la odiada vivienda.

—Sí hacemos eso, la operación Lisístrata estará acabada. Existen otras opciones que debemos intentar antes de entrar allí por la fuerza —dijo concluyente—. Hay que

actuar de manera que Sasa no quede al descubierto todavía.

Se levantó de la silla y comenzó a recorrer la estancia farfullando en voz alta. Todos se mantenían expectantes atentos a sus palabras:

—Sasa tiene que convencerles de que puede persuadir al inspector Altarriba para que le diga dónde está Jelena a cambio de devolverle a su novia sana y salva.

—Eso les hará desconfiar de mí. Hacer tratos con la policía es algo que siempre levanta sospechas. —Rebatió el serbio.

—Pero tú no negociarás con el inspector como policía, sino con el hombre que teme por su novia y está dispuesto a ceder a tu chantaje.

Sasa se mostró desalentado. Veía alejarse rápidamente sus posibilidades de encontrar a su hermana.

—Aunque consiga que liberen a Carla no creo que Siznic me permita, después de eso, acercarme a él lo suficiente para averiguar dónde está Marija —dijo desanimado.

—Tendrás que jugar bien tus cartas para que la incluyan en el trato.

—Pero eso me delatará. Cuando sepan quién soy...

—No les digas que es tu hermana —sugirió Altarriba—. Diles que los padres de Marija contactaron contigo para que la encontraras y están dispuestos a pagarte una bonita suma por llevarla de vuelta a casa. Eso se lo creerán.

—Si le digo a Milos que estaba tramando algo así a sus espaldas soy hombre muerto. No tolerará que le haga quedar mal delante de su socio. Le importa demasiado la opinión que Siznic tenga de él. —Y para ilustrar a qué se refería, añadió—. Todavía no se ha atrevido a decirle que los ojos de Goran han desaparecido, porque teme la reacción de este cuando sepa lo descuidado que ha sido.

Jelena se levantó, como impulsada por un resorte y se plantó frente a él. Le asió con violencia por las solapas de la chaqueta y le preguntó furiosa:

—¿Qué tiene Siznic que ver con la muerte de Goran?

Sasa la miró y pareció contagiarse de su irritación, porque levantando la voz le gritó:

—¡Todo! Siznic fue quien le pidió a Milos que acabara con él. No soportaba la idea de que se hubiera acostado contigo. Así que cuando los dos acordaron tu compromiso, este le pidió a tu hermano los ojos de Goran para sellar el acuerdo.

Jelena se derrumbó y comenzó a lanzar exclamaciones en serbio mientras golpeaba el suelo con los puños. Lloraba y maldecía mientras las lágrimas empapaban su hermoso rostro contraído por el dolor y la ira. Cuando comenzó a calmarse Altarriba se inclinó sobre ella y le tendió un pañuelo. Ella se sonó la nariz y aceptó su ayuda para levantarse. Caminó hasta la ventana y les dio la espalda. Miró hacia la calle y pareció tomar una decisión. Se pasó el dorso de la mano por los ojos para arrastrar unas últimas lágrimas, sorbió de manera ruidosa y se dio la vuelta. Levantando la barbilla se encaró con Sasa de nuevo para decirle altiva:

—Pues será Goran quien ayude a salvar tu hermana. Yo escondí sus ojos y te diré dónde están para que puedas negociar con Milos.

Los coches, sin distintivo policial, aparcaron unos trescientos metros antes de llegar a la lujosa mansión del serbio. La calle estaba tranquila y poco iluminada a esas horas. Mientras los policías se acercaban sigilosos hasta la puerta de la vivienda, esquivando la vigilante mirada de las cámaras de seguridad, el comisario Espinosa, el inspector Altarriba y Sasa repasaban por última vez los detalles, observados por la expectante mirada del traductor de serbio que les acompañaba.

—En cuanto abras la verja mis hombres entraran en la parcela y tomaran posiciones en los lugares que nos has indicado. Espera unos minutos antes de entrar en la casa para darles tiempo a situarse.

—¿Estás seguro de que no quieres llevar el sistema de escucha? —insistió una vez más Altarriba.

—Si me descubren con un micro no me darán ocasión de explicarlo —respondió Sasa—. Creo que lo del móvil es menos arriesgado.

—Entonces asegúrate de que el volumen está al mínimo. No queremos que les llegue ningún sonido que pueda alertarles.

—Será mejor que comprobemos que funciona antes de que entres. Llama a mi número —le ordenó Espinosa— y guárdate el teléfono en el bolsillo. Quiero comprobar que se te escucha sin problemas.

El hombretón hizo lo que se le indicaba y con el móvil metido en el bolsillo se alejó del coche del comisario y comenzó a hablar en voz alta. Espinosa conectó el sistema de manos libres de su vehículo y se sentó a escuchar junto al traductor. La voz de Sasa llegaba algo apagada, pero lo bastante clara para entender cada una de sus palabras.

Cuando el comisario bajó del vehículo y le indicó por gestos que le oía perfectamente, el serbio se metió en su propio coche y arrancó en dirección a la casa. Altarriba le hizo detenerse cuando pasó junto a ellos y a través de la ventanilla le recordó:

—Al menor problema nos das la señal para que entremos. ¿Está claro? Utiliza la palabra «agua» si crees que Carla o cualquier otro pueden estar en peligro —insistió.

El hombre asintió. Luego miró al viejo policía, quien le contemplaba con gesto preocupado, y le dijo:

—Prométame que si algo sale mal seguirá buscando a mi hermana.

El comisario torció el gesto por esa muestra de desconfianza, pero antes de que llegara a responderle, Jelena se adelantó y declaró con absoluta determinación:

—Yo te lo prometo.

La verja se abrió silenciosa y Sasa aparcó el coche en el mismo lugar de siempre. Por el retrovisor observó las fugaces sombras que se adentraban en el jardín y desaparecían pegándose a los muros de la casa. Tanteó el móvil dentro del bolsillo y

subió la escalinata con pasos seguros. Nada en su aspecto delataba la tremenda opresión que sentía en el pecho. Con manos firmes abrió la puerta de la casa, la dejó entornada tras de sí y se adentró por el oscuro pasillo. Escuchó voces que provenían del sótano y se detuvo en lo alto de la escalera para susurrarle a su bolsillo en donde se encontraban sus compatriotas. Luego saludó en voz alta y comenzó a bajar los escalones.

—¡Por fin! —Le recibió Milos con rostro sonriente—. Comenzábamos a preguntarnos por qué tardabas tanto.

El sótano ocupaba toda la planta de la vivienda y allí había instalado su dueño un completo gimnasio con los más avanzados aparatos para ejercitar el cuerpo. Al igual que Sasa, el mafioso dedicaba varias horas al día a mantener su cuerpo en forma.

Unos alargados tragaluces, muy cerca del techo, permitían la entrada de luz natural durante el día, pero a aquellas horas la iluminación provenía de unos potentes focos que colgaban del techo. Milos y Siznic estaban sentados en sendos sillones, con las piernas extendidas sobre una mesa y unos botes de cerveza frente a ellos. Sasa sintió que el estómago se le contraía al descubrir varias pistolas y una caja de municiones sobre la manchada superficie del mueble.

—¿Has visto el último juguete de Siznic? —preguntó Milos apuntándole con una Heckler Koch de 9 mm.

—¿Una USP? —preguntó sin alterarse, fingiendo una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

—No. Una P30. La puta Mona Lisa de las pistolas. Mira que agarre, ¿no es fantástica?

—Se le puede acoplar un puntero láser —señaló orgulloso su propietario, dando un largo trago al bote de cerveza.

El recién llegado simuló interesarse por el resto de las armas que había sobre la mesa y reparó en que su propia pistola también estaba allí. Milos había seguido su mirada y se apresuró a aclarar:

—Es la tuya. La cogí de tu habitación para mostrársela a Siznic. Nunca había disparado una Taurus.

—Demasiado pesada para mi gusto —sentenció este tras soltar un sonoro eructo.

Hasta ese momento Sasa había evitado deliberadamente mirar a la mujer que permanecía recostada sobre una de las máquinas de musculación. Estaba sentada a horcajadas sobre el banco, con las piernas muy abiertas a cada lado, la espalda reclinada hacia atrás y las manos atadas sobre su cabeza con una brida de plástico sujeta a la barra que soportaba las pesas. La atadura estaba hecha de tal manera, que para poder soltarse, tendría que levantar los 180 kilos de placas de acero que se acumulaban en la barra guía. Una proeza titánica para aquel ser frágil y asustado que se mantenía en absoluto silencio.

Estaba descalza, vestida con una ligera blusa y una falda arrugada y medio enrollada, que dejaba al descubierto sus muslos desnudos. Pero lo que más estremecía

de su vestimenta era la siniestra capucha negra que le cubría la cabeza.

—¿Qué te parece nuestra amiguita? —preguntó Siznic levantándose del sillón y acercándose hasta ella—. Está buena, ¿no crees?

La mujer comenzó a estremecerse al presentir que alguien se acercaba. El exmilitar se situó detrás de ella, sentándose también a horcajadas sobre el banco y la rodeó con sus brazos. Comenzó a sobarle los pechos por encima de la camisa, le desabrochó dos botones e introdujo una mano por debajo del sujetador. La joven apenas podía moverse por la forzada postura en la que se encontraba, pero su cuerpo comenzó a agitarse con violentos temblores. Por el sonido apagado que salía del interior del capuchón, Sasa dedujo que también estaba amordazada.

Siznic siguió estrujándole los pechos hasta que decidió compartir tan placentera actividad con sus compañeros. De manera brutal le abrió la camisa y apartando el sujetador sacó uno de los senos sosteniéndolo sobre la palma de su mano.

—Mirad que preciosidad, cabe perfectamente en una mano. Tócalo —le instó a Sasa.

Como este no mostró intención de moverse, Milos se acercó por detrás y le dio un ligero empujón.

—Vamos hombre, tócalo. No te hará ningún daño. —Y agarrándole la mano se la colocó sobre el pecho izquierdo de la mujer que quedó oculto bajo su palma.

Esta comenzó a zarsearse con violencia, tratando de esquivar aquel contacto indeseado, pero Siznic le pellizcó con saña el pezón derecho mientras le reñía divertido:

—Estate quieta, fierecilla.

Luego soltó una carcajada al ver la inmóvil manaza de Sasa sobre el busto de la mujer y dijo:

—Te gustan las tetas más grandes, ¿verdad? A mí también. Pero seguro que esta te cabe entera en la boca. ¿Porque no la pruebas? —Y levantando el pecho que seguía sosteniendo en su mano se lo ofreció a su rubio compatriota con una sonrisa lasciva—. Te aseguro que sabe tan dulce como un bocado de Krempita<sup>[1]</sup>.

Sasa retiró la mano y dio un paso atrás mostrando que no deseaba participar en aquel juego.

—¿No serás maricón, verdad? —le preguntó Milos desafiante colocándose a su lado.

Siznic le observaba desde el banco con una sonrisa aviesa y, sin dejar de manosear a la joven prisionera, le preguntó también:

—¿Es verdad eso, Sasa? ¿No te gustan los conejitos?

Sin apartar la mirada bajó la mano hasta la entrepierna de la joven, le levantó la falda dejando a la vista las bragas y deslizó un dedo por debajo de estas. La joven se revolvió desesperada, sacudiendo la cabeza a los lados y tratando inútilmente de apartarse, pero las ataduras la mantenían en su sitio.

—No creo que esta sea la mejor forma de conseguir que nos diga dónde está

Jelena —comentó Sasa ocultando el asco que la situación le producía—. Deberíamos averiguar lo que sabe y dejarla marchar.

—No te preocupes por eso —respondió Milos con inquietante tranquilidad—. Antes de que acabe la noche sabremos dónde está mi hermana. Así que antes podemos divertirnos un rato.

Siznic se levantó y comenzó a hurgar entre los bloques de pesas. Utilizó la pieza de seguridad para trabarlas y tiró de la joven, de manera que esta quedó tumbada sobre el banco, con los brazos extendidos hacia atrás férreamente atados a la barra. Luego volvió a destrabar las pesas para que siguieran inmovilizándola. Comprobó que las piernas seguían separadas a ambos lados del banco y afianzó mejor la barra horizontal que había cruzado entre sus piernas, a la altura de los tobillos, para impedir que las cerrara.

—Me gustaría ver cómo te la follas —le dijo a Sasa una vez que tuvo a la mujer colocada a su gusto.

Este le miró desafiante tratando de decidir si había llegado el momento de pedir ayuda, pero se contuvo al ver por el rabillo del ojo que Milos merodeaba cerca de la mesa donde estaban las armas.

—Deberíamos quitarle la capucha —dijo tratando de ganar algo de tiempo.

Milos se acercó hasta él y le palmeó la espalda riendo.

—Hay algunas a las que es preferible no verles la cara. ¡Aprovéchate! La tienes toda para ti. Seguro que le encanta una buena tranca como la tuya, ¿verdad Siznic?

—Yo creo que lo está deseando, así que no la defraudes —respondió el aludido apremiante.

Sasa se acercó hasta la mujer y percibió la fatigosa respiración de esta a través de la pesada tela que le cubría. Vio que la capucha no estaba atada, sino tan solo dejada caer sobre la cabeza.

—Voy a quitarle esto para que pueda respirar mejor. Parece que se está ahogando.

Percibió una oleada de excitación recorriendo a los dos hombres que se mantenían a sus espaldas y supo que algo estaba a punto de ocurrir. La voz de Milos sonó siniestra cuando le dijo:

—Puede que sea una buena idea que le veas la cara antes de follártela.

El comentario fue coreado con una obscena carcajada por parte de Siznic. Sasa comenzó a retirar la capucha para desvelar el rostro de la joven. Cuando lo hizo fue como si hubiera recibido un mazazo en plena frente que le dejó aturdido. Las rodillas se le aflojaron y notó que el suelo cedía bajo sus pies. Tuvo que agarrarse al banco para no caer. Se quedó sin aliento y comenzó a boquear tratando de volver a llenar de aire sus colapsados pulmones. Al retirar el macabro envoltorio unos ojos anegados en lágrimas se clavaron en los suyos. Reflejaban un terror infinito y su color hizo que el mundo se detuviera para Sasa. Eran de un azul casi transparente.

Cuando descubrió que aquel lastimoso guiñapo, herido y humillado, era su hermana Marija, toda la rabia contenida durante los últimos quince meses explotó dentro de su cuerpo. Como un auténtico volcán que estalla sin previo aviso, su garganta se desgarró un alarido tan brutal que el eco de su voz retumbó por toda la casa, se propagó por el jardín y continuó expandiéndose, atravesando media Europa, hasta llegar al corazón de la Gran Serbia.

Se tiró sobre su hermana, para protegerla con su propio cuerpo, al tiempo que lanzaba un alarido desgarrador: ¡Aguaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Aunque los dos serbios aguardaban expectantes su reacción, esta no fue la esperada y quedaron paralizados por la sorpresa durante unos segundos. Fue tiempo suficiente para que los botes de humo lacrimógeno, lanzados a través de los tragaluces, le concedieran a Sasa la pequeña ventaja que necesitaba. Para cuando los secuestradores de Marija quisieron reaccionar, el sótano estaba llenándose de un humo acre y espeso que les impedía ver a los policías que, con máscaras antigás y fusiles de asalto, comenzaron a asomar por las escaleras.

La acción fue tan rápida que en pocos minutos todos estuvieron fuera de la casa respirando ávidas bocanadas de aire fresco. Sasa se sentó sobre el húmedo césped del jardín, cobijando entre sus brazos el maltrecho cuerpo de su hermana. Con irreprimibles sollozos la envolvió en su chaqueta y la arropó con mimo bajo su abrazo protector. La joven era incapaz de dejar de temblar y apenas podía articular una palabra. Se dejó besar y acariciar por su hermano, sin dejar de llorar inconsolable, dejando fluir todo el horror vivido durante aquellos largos meses que le pesaban como décadas. Su corazón era incapaz de retener tanto sufrimiento y este comenzó a desparramarse salpicando de dolor a todos los que la rodeaban. Permanecieron allí sentados, abrazados uno al otro, sin que nadie se atreviera a interrumpir aquel amargo reencuentro.

Por fin se levantaron y se encaminaron hasta el grupo de policías que les observaban conmovidos. Aceptaron la sugerencia de trasladar a Marija al hospital para que la atendiera un equipo médico, pero antes Sasa echó un último vistazo a los dos hombres que permanecían esposados junto a uno de los vehículos. Siznic le observaba desde la distancia con un afectado gesto de decepción y cuando sus miradas se cruzaron este le indicó por señas que se aproximara. El hombre de los ojos pálidos dudó pero, una vez que hubo acomodado a su hermana en la ambulancia, se acercó y se plantó frente a él, con los ojos enrojecidos pero en actitud altiva. El exmilitar chasqueó la lengua y movió la cabeza desilusionado. Luego se arrimó para susurrarle en voz baja:

—Tendrías que habértela tirado antes de quitarle la capucha. Si hubieras oído los gritos de placer que soltó mientras nos la follábamos los dos al mismo tiempo...

El golpe fue tan rápido que sorprendió a todos. La nariz de Siznic crujió como

una rama seca al astillarse y antes de que el matón llegara a tocar el suelo su rostro estaba cubierto de sangre. Dos policías se interpusieron entre ellos y Altarriba se acercó a la carrera para preguntar qué estaba ocurriendo.

—No ha ocurrido nada importante, inspector —le informó Espinosa con voz sosegada—. Parece que nuestro amigo, que sigue aturdido por los efectos del gas, ha tropezado y se ha caído. ¿No es así?

Su pregunta iba dirigida a los dos policías que estaban ayudando al serbio a levantarse del suelo. Estos miraron perplejos al comisario, pero finalmente asintieron.

—Será mejor que andes con cuidado y mires por donde pisas, no vayas a caerte de nuevo y hacerte daño de veras —le aconsejó el viejo policía tendiéndole un paquete de *kleenex* para que se limpiara.

El hombre escupió a los pies del comisario antes de aceptar el pañuelo que este le ofrecía. Junto con el sanguinolento salivazo cayeron varios fragmentos de dientes.

El comisario Espinosa se acomodó con dificultad en el asiento del copiloto de Altarriba. Un furgón policial se había ocupado de trasladar a los dos detenidos hasta las dependencias de la Brigada Central donde les esperaba una larga noche de interrogatorios, ya que a raíz de los últimos acontecimientos los altos mandos habían dado luz verde a la operación Lisístrata. Sasa y Jelena también estaban camino del hospital junto con Marija. Al principio el orgulloso serbio había rechazado la oferta de Jelena de acompañarles, alegando que a partir de ahora él se ocuparía de cuidar de su hermana, pero la joven ignoró su negativa. Le advirtió que en las próximas horas Marija necesitaría una mano amiga a la que aferrarse y estaba segura de que en algún momento agradecería que esa mano fuera la de una mujer. Así que desoyendo sus protestas se metió en la ambulancia con ellos.

Espinosa recordó la última conversación mantenida con Sasa antes de que este también se subiera al furgón de los paramédicos.

—Espero que puedas llevártela muy pronto a casa —le dijo el policía lanzando una preocupada mirada hacia la quebradiza mujer que se removía inquieta sobre la camilla—. Creo que lo que más le ayudará ahora serán los cuidados y el apoyo de las personas que la quieren.

—Eso espero yo también. Mi madre y Anja estarán impacientes por abrazarla y podrán aliviar su sufrimiento mejor que nadie.

—Deben sentirse muy orgullosas de ti, Sasa —dijo con auténtica sinceridad el comisario—. Conseguiste salvar a tus dos hermanas de las garras de esos depravados. Pocos lo hubieran conseguido. Te mereces un buen descanso junto a tu familia.

—Todavía tengo algo que hacer. Mi tarea aún no ha terminado.

El comisario entrecerró su ojo izquierdo y le miró suspicaz.

—Tengo que buscar a Franky —afirmó con voz fría, transmitiendo una emoción difícil de catalogar.

Pero su tono se volvió amenazante cuando dijo:

—También a él le encontraré.

Los dos hombres se despidieron con un fuerte apretón de manos, deseando que sus caminos nunca volvieran a cruzarse en unas circunstancias como las vividas.

Por su parte Altarriba también estaba sumido en sus propios pensamientos, los cuales giraban en torno a Carla. Una vez que hubo comprobado que los mafiosos no habían tenido nada que ver con la desaparición de la joven, Jorge se sintió aliviado, pero no por ello dejaba de preguntarse dónde se habría metido.

—¿Puedes acercarme a una parada de taxis? —preguntó el comisario cuando tomaron una de las grandes vías—. Me pasaré por la central a ver quién se está encargando de interrogar a esos cerdos. Me apetece verles sudar un rato.

—¿Te va bien la parada del hospital? —respondió Altarriba abstraído—. Quiero ver qué tal sigue Susana antes de ponerme a buscar a Carla.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció el viejo policía reparando en el aspecto cansado de su compañero.

—No. Se me ocurren un par de sitios donde puede estar. Debe seguir enfadada y por eso no responde a mis llamadas.

Altarriba se pasó la mano por la frente y acabó frotándose la calva con los dedos, en un gesto que al comisario ya le resultaba muy familiar.

—Demasiadas mujeres en tu vida —sentenció el viejo policía—. La próxima vez que cambies de pareja búscate una mayor que tú.

Jorge sonrió sin apartar la vista del tráfico. El comisario siguió hablando:

—Las mujeres maduras esperan poco y exigen menos. Es más fácil vivir con ellas. —Hablaba con la convicción que otorga el paso del tiempo—. Mi mujer tenía once años más que yo cuando nos casamos y mi vida fue un remanso de paz hasta que murió.

Los dos hombres permanecieron en silencio, cada uno con sus propias cavilaciones. Las luces de la avenida creaban curiosas sombras sobre sus rostros taciturnos.

—Todavía la echo de menos —añadió el comisario al cabo de un rato.

—¿Tienes hijos?

—Una hija. Y un nieto —agregó con una sonrisa de satisfacción—. Mi hija salió a su madre: tranquila, alegre y cariñosa. Pero en el aspecto físico se parece a mí, así que, por suerte para ella, nunca ha sido una mujer guapa. Eso le ha permitido ser feliz.

—¿Por qué dices que es una suerte para ella? Seguro que ella no opina lo mismo, si cree que no es hermosa.

—La belleza pasa facturas muy altas a las mujeres. Para algunas puede convertirse en una auténtica maldición. Fíjate en...

—¡Joder! —le interrumpió Altarriba— no he hablado con mi hijo desde esta mañana. Estará preguntándose dónde me he metido yo. ¿Puedes marcar su número?

Le entregó su móvil y esperó a que el manos libres se conectara. Al igual que con Carla, tampoco obtuvo ninguna respuesta de su hijo. Colgó frustrado y deseó que el día acabara pronto. Lo que más necesitaba en aquel momento era una buena ducha y meterse bajo las sábanas. Pero el nudo de su estómago le advirtió que aún le quedaba una larga noche por delante.

El pasillo del hospital estaba desierto. Abrió la puerta de la habitación y se asomó para comprobar si Susana dormía. A pesar de la tenue luz, ella reconoció su silueta y le invitó a pasar con voz cansada. La cama de al lado estaba vacía y Jorge se apoyó en ella, pero su exmujer dio unos golpecitos sobre el borde de su cama para indicarle que se sentará a su lado. Sorprendido, se acercó y dejó que ella le cogiera de la mano. La notó seca y caliente y pensó que debía tener algunas décimas de fiebre.

—¿Cómo te encuentras? ¿Has podido descansar?

La mujer negó con la cabeza y encendió una lamparilla que tenía junto al cabezal. Se la veía demacrada y con unas profundas ojeras.

—¿Dónde está Adam? —preguntó, pasándose la lengua por los labios. Los tenía secos y agrietados.

Jorge experimentó una punzada de culpabilidad por no poder responder a una simple pregunta y mintió para no escuchar los reproches de siempre.

—Está en casa. Vendrá mañana antes de ir a clase.

Se quedaron callados, incómodos por esa proximidad a la que ya no estaban acostumbrados. Susana cerró los ojos y cuando los volvió a abrir los tenía húmedos. Le pidió que le acercara el vaso que había sobre la mesilla y dio unos sorbos de agua. Se aclaró la garganta, pero a pesar de ello, cuando habló, su voz sonó rota, como el graznido de un cuervo.

—Necesito que me ayudes.

Aquellas sencillas palabras, tan escuetas y desnudas, provocaron en Jorge una tremenda tristeza. Apretó la mano de su exmujer, pero esta se soltó para indicarle que la dejara continuar.

—No voy a pedirte que vuelvas a quererme, porque he comprendido que no está en tus manos decidirlo. Pero necesito que me ayudes a salir de este pozo en el que me estoy ahogando.

—Susana, sabes que haré cualquier...

—Déjame seguir, por favor. Tu marcha me causó tanto dolor, que mi vida dejó de tener sentido. Me daba tanta pena a mí misma que solo era capaz de sentir una rabia intensa y una desesperación negra y profunda. Me abandoné a la autocompasión... — se le escapó un sollozo y se llevó la mano sobre la boca para impedir que el llanto estallara. Un par de lágrimas asomaron entre sus párpados, pero las apartó antes de continuar—, y desde entonces mi vida no es más que un barco a la deriva que se hunde en un mar de vodka. Quería olvidarte y pensé que así lo lograría, pero...

necesito que me ayudes a salir de este infierno, porque no puedo hacerlo yo sola.

Jorge cerró los ojos, incapaz de afrontar su mirada ni de encontrar las palabras que les redimieran a los dos. La mujer comenzó a llorar, con un llanto manso y calmado, cargado de un dolor imperecedero que seguía doliendo tanto como el primer día. Cuando dejó de hacerlo, volvió a hablar, esta vez más serena:

—Tienes que ayudarme. Si no quieres hacerlo por mí, hazlo por Adam. Él nos necesita y le hemos fallado los dos. Espero que pueda perdonarnos algún día.

—No pienses en eso ahora —respondió rechazando la inquietud de su exmujer—. Lo importante es que te recuperes y puedas salir del hospital pronto. Cuando lo hagas te acompañaré y juntos buscaremos ayuda. Estaré a tu lado y saldrás de esta, te lo prometo.

La mujer asintió, deseando confiar en su palabra.

—Tendrás que ocuparte de Adam, mientras tanto.

—Por supuesto. Se quedará conmigo todo el tiempo que haga falta.

—No me refiero a eso. Hablo de que te intereses por él de verdad. Vuelve a estar mal. Igual que entonces.

—¿Qué insinúas? —preguntó alarmado.

—¡Por Dios, Jorge! —Su tono se crispó—. ¿Cómo puedes ser tan perspicaz en tu trabajo y tan rematadamente obtuso en todo lo que atañe a tu hijo? ¿De verdad no te das cuenta de lo solo y perdido que está?

—Vamos Susana, no dramáticas. Sabes que Adam siempre ha sido un poco difícil.

—Ya me acusaste una vez de dramatizar —le increpó con fiereza— y estuvimos a punto de perderle.

—Eso no va a volver a ocurrir. Confía en mí.

La mujer se tapó la cara con las manos y lanzó una ruidosa exhalación. Permaneció así unos instantes hasta que preguntó, con el rostro todavía cubierto:

—¿Cómo voy a confiar en ti, si eres incapaz de ver lo perturbado que está nuestro hijo?

Apartó las manos y miró a su exmarido. Sus ojos reflejaban una profunda decepción y su voz sonó triste cuando le dijo:

—Te pasas la vida persiguiendo monstruos, pero sigues sin saber de qué materia están hechos. Adam tiene razón al decir que estás ciego. No eres capaz de entender...

—¿Qué has dicho? —preguntó levantándose de un salto.

La mujer se sobresaltó por aquella reacción inesperada.

—He dicho que te pasas la vida persiguiendo...

—No, no —la interrumpió de nuevo—. Lo de Adam. ¿Qué has dicho sobre Adam?

—Que siempre se queja de que estás ciego y...

—¡Oh, Dios mío! No puede ser... ¡Por Dios!

Comenzó a caminar por la habitación a grandes zancadas, frotándose la cabeza

con las manos, sin dejar de soltar exclamaciones. La mujer se incorporó alarmada.

—Jorge, ¿qué ocurre?

Él no pareció escucharla por que continuó con su deambular agitado. Las fotografías de Susana, rodeada por botellas de vodka, comenzaron a proyectarse en su cabeza. También las de su hijo, con las marcas en las muñecas siempre bien visibles. Y esas mismas palabras que por fin entendía: «Estás ciego». Una acusación repetida en cada mensaje.

—¡Jorge! Me estás asustando. Por favor, dime qué pasa.

Dejó de caminar y la miró. Se preguntó si debía compartir con ella sus temores o esperar hasta encontrar a su hijo. Su expresión angustiada y la fragilidad de su cuerpo maltrecho le aconsejaron esperar.

—Susana, tengo que marcharme, pero te juro que volveré en cuanto pueda.

—Se trata de Adam, ¿verdad? —preguntó con un hilo de voz—. Dime que él está bien.

—Te lo explicaré todo cuando vuelva, pero ahora he de irme. Por favor Susana, ten fe en mí.

—La Fe es para los que no buscan la verdad —le contestó gritando— y yo quiero saber qué le ocurre a mi hijo.

—Tengo que marcharme.

—No vuelvas a salir huyendo —le suplicó llorando abiertamente.

El hombre la abrazó con fuerza. Hacía mucho tiempo que no se rozaban, pero se enlazaron con la naturalidad que proporciona haber compartido muchas noches, reconociendo de inmediato cada curva y cada arista del cuerpo del otro. La mujer comenzó a sollozar y a agitarse como un árbol sacudido por la tormenta.

—No estoy huyendo —le dijo apartándose y levantándole el rostro para mirarla a los ojos—. Voy a buscar a nuestro hijo y lo traeré a tu lado. Para que los dos podamos cuidarle como lo necesita.

Adam se había cansado de esperar a que la mujer despertara, así que renunció a su discurso de despedida y se puso en marcha tan pronto anocheció. Cargó el desvanecido cuerpo sobre la carretilla, lo envolvió con los viejos sacos de cemento y se encaminó hacia la construcción abandonada.

Altarriba salió a la calle con la adrenalina circulando desbocada por sus venas. El corazón bombeaba con tanta fuerza que podía sentir cada latido golpeándole las sienes. El aire fresco de la noche le sentó bien. Se pasó la mano por la brillante calva y comprobó que la tenía húmeda, perlada de gotas diminutas.

De camino al coche llamó a los móviles de su hijo y de Carla sin obtener ningún resultado. Hizo un tercer intento y marcó el número del teléfono fijo de su propia

vivienda. Tampoco allí obtuvo respuesta, así que cuando subió al coche se quedó escrutando la oscuridad que quedaba al otro lado del parabrisas sin saber hacia dónde dirigirse.

Si hubiera creído en Dios aquel habría sido el momento adecuado para comenzar a rezar y rogarle que sus temores no se confirmaran. Pero según repasaba cada incidente, recordando una a una las fotografías y los mensajes recibidos, más nítidas se le revelaban las intenciones de su hijo. Este había estado enviándole desesperadas señales de auxilio que él, como un auténtico ciego, no había sido capaz de descifrar. Las fotografías en las que mostraba los estragos que el alcohol estaba causándole a su madre. Las propias cicatrices de sus manos expuestas sin ningún pudor para recordarle a su padre la tremenda soledad que le había derrotado unos años atrás y que seguía sumiéndolo en el más terrible desamparo.

Se golpeó la frente con los puños, clavándose los nudillos con tanta fuerza como si pretendiera abrir una brecha para que las imágenes que le torturaban escaparan por ella. Y de pronto supo donde tenía que buscarles. En el único lugar en el que su hijo se sentía a salvo. La casa en la que creció y que seguía considerando su único refugio, a pesar de que todo dentro de ella se estaba desmoronando. La casa que los tres habían considerado su hogar antes de convertirse en una familia mutilada. La casa de Susana.

Arrancó el coche y apenas fue consciente de las calles por las que circulaba. No reparó en si había mucho o poco tráfico o si se saltó algún semáforo en rojo. En su desesperada carrera solo era consciente del intenso dolor que comenzaba a golpearle el pecho y que le oprimía impidiéndole respirar con normalidad. Bajó la ventanilla para tragar con avidez el aire que entraba por ella. Parecía un náufrago sediento sumergiendo impotente la cabeza en un arroyo que apenas arrastraba unas tristes gotas de agua.

Aparcó el coche sobre la acera y no se molestó siquiera en cerrarlo con llave. Cruzó la calle a la carrera y subió los escalones de dos en dos con la respiración entrecortada. Jadeante se detuvo frente a la puerta y llamó al timbre. Sus manos temblaban mientras rebuscaba en el bolsillo la copia de las llaves. Las sacó y pudo abrir. Las luces del pasillo estaban encendidas, pero un silencio opresivo reinaba en toda la casa.

—¡Adam!

Su voz sonó extraña en medio de aquella quietud. Avanzó cauteloso hacia el cuarto de su hijo. La puerta estaba entornada y la luz encendida. Se asomó y vio la cama desecha, pero ni rastro de Adam o Carla. Abrió la puerta del baño, que también estaba vacío, y cuando ya se disponía a salir un objeto en el suelo captó su atención. Se agachó y sintió que el corazón le daba un vuelco al comprobar que se trataba de un grueso rollo de cinta aislante. Exactamente del tipo que se utilizaría para impedir que alguien gritara.

Con el rollo en la mano regresó a la habitación y echó un nuevo vistazo con más

detenimiento. Reparó en un montoncito de arena que había sobre la alfombra, se agachó y la restregó entre las yemas de los dedos. Había más restos de tierra un poco más lejos. Fue siguiendo el reguero de arenilla que salía de la habitación y continuaba a lo largo del pasillo hasta llegar a la puerta. Le chocó encontrar un viejo casco de albañil en el suelo, junto a la consola. Lo miró atónito, incapaz de comprender qué hacía semejante objeto en aquella casa. Y fue entonces cuando recordó que muy cerca de allí, a pocos metros de donde había aparcado, había un solar en construcción cuyas obras llevaban paralizadas varios meses.

Emprendió una nueva carrera y solo se detuvo para sacar de la guantera del coche una linterna. Apartó la valla que prohibía el paso y se adentró en el terreno. Encendió la linterna y enfocó a su alrededor. Contuvo la respiración para escuchar cualquier sonido que le indicara que su instinto le había guiado hasta el lugar adecuado.

Comenzó a adentrarse con pasos inseguros, tropezando con los cascotes que había desparramados por todas partes y resbalando entre montículos de arena. Estuvo a punto de caerse cuando metió un pie en una zanja a medio cavar, pero logró recuperar el equilibrio sin que se le cayera la linterna. Soltó una maldición en voz baja y justo en ese momento escuchó un sonido que le confirmó su peor pesadilla. Alguien arrojaba rítmicas paletadas de tierra muy cerca de allí. En aquel lugar abandonado; a esas horas de la noche y en medio de la oscuridad, solo podía tratarse de una persona: su desdichado, perturbado y, ahora también, peligroso hijo.

Se dirigió hacia el lugar de donde provenía el ruido y enfocó la zona con la linterna. El haz de luz iluminó una figura encorvada, que sujetaba una pala entre las manos y se cubría la cabeza con la capucha de una sudadera.

—¡Adam!

El joven se volvió y la pala se le escapó de las manos al encontrarse frente a su padre. La herramienta cayó al suelo con un sonido metálico que se propagó en el silencio de la noche.

—¿Qué has hecho? —preguntó Altarriba con la voz estremecida y sin atreverse a mirar lo que su hijo estaba cubriendo de tierra.

—No deberías estar aquí, papá —contestó en tono acusador—. Ahora yo me ocupo de todo. ¡Vete!

Altarriba se acercó a su hijo, pero el joven retrocedió y le rechazó con violencia.

—¡Vete! —insistió gritando—. Déjame acabar mi trabajo.

—¡Por Dios, Adam! ¿Qué has hecho?

Se acercó hasta la zanja y vio horrorizado el cuerpo de Carla medio sepultado por la gruesa tierra que su hijo estaba amontonando sobre ella. Altarriba sintió que las piernas le flaqueaban, como si alguien le hubiese cortado todos los tendones y cayó de rodillas frente a su hijo. Se llevó las manos a la cabeza y comenzó a mecerse hacia adelante y hacia atrás, sin dejar de repetir:

—¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?

Su hijo se agachó junto a él y le abrazó en un gesto protector.

—Es lo mejor para todos, papá —afirmó para consolarle—. Ahora volveremos a ser una familia.

El tiempo se detuvo para Altarriba. Dejó de sentir el frío de la noche y los sonidos distantes de la ciudad; el cansancio de su cuerpo y la voz de su hijo. Todo fue engullido por una bruma negra que se coló por su garganta y le dejó un sabor amargo que perduraría para siempre.

Se quedó en aquella postura durante tanto tiempo que cuando más tarde trató de incorporarse sus músculos tardaron en obedecerle por estar entumecidos. Poco a poco fue recuperando los sentidos y su cerebro empezó a funcionar de nuevo, aunque la espesa bruma seguía envolviéndole y ralentizaba sus pensamientos.

—Me enviaste todas esas fotos para que supiera lo que estaba ocurriendo con mamá y contigo —dijo en voz baja, hablando más para él mismo que para su hijo.

—Tú no parecías darte cuenta de nada y yo no sabía cómo hablar contigo —admitió este.

—Pero mandarme esos ojos fue algo tan...

Adam soltó una risita, como si le resultara divertido recordar aquello.

—Es algo que no planeé —reconoció con sencillez—. Una tarde, mientras practicaba skate en el parque, tropecé por casualidad con ese hombre. Estaba tendido en el suelo, medio oculto por los arbustos y totalmente frío. Ni siquiera estaba rígido ya. Pero sus ojos seguían abiertos mirando al inmenso cielo que tenía sobre él. Y fue entonces cuando pensé: «Así debería mirarme mi padre. Con los ojos bien abiertos para verme». Y se me ocurrió que sería una buena idea mandártelos por correo. Me dio un poco de asco sacárselos, pero sabía que eso te haría pensar y tal vez comprendieras lo que intentaba decirte.

Altarriba ahogó un sollozo y abrazó más fuerte a su hijo. El relato de este, tan inconsciente sobre la gravedad de su acción y tan desprovisto de cualquier remordimiento, le llenó de horror. Se preguntó cómo había llegado a convertirse él mismo en un ser tan ruin, capaz de transmutar, con el poder de su indiferencia, a su desamparado, extraviado y desorientado hijo en esa monstruosidad totalmente inconsciente del espanto que sus acciones causaban.

Seguían arrodillados en el suelo cuando escucharon un leve gemido que procedía de la zanja. Altarriba se levantó de un salto.

—¡Está viva! —exclamó alborozado—. Tenemos que sacarla. ¡Ayúdame!

Y comenzó a apartar a manotazos la tierra que la cubría. Adam se arrojó sobre él y trató de detenerle.

—No, papá. Es mejor así. Déjala.

Su padre vio la desesperación que el rostro de su hijo reflejaba y comprendió al fin por qué este no se sentía culpable. Sus ojos expresaban el terror primitivo a ser abandonado. El miedo a quedar solo y perdido en mitad de la jungla. Para Adam eliminar cualquier obstáculo que le impidiera recuperar a su padre era una simple cuestión de supervivencia.

—Tengo que salvarla, Adam —le dijo con una ternura que sorprendió al muchacho—, para que nos podamos salvar todos.

Luego le abrazó y le susurró al oído:

—Te quiero, hijo.

El joven se quedó inmóvil mientras su padre desenterraba el cuerpo de Carla, apartando la tierra con desesperados manotazos y comprobaba aliviado que esta seguía respirando. Altarriba sacó su móvil y pidió una ambulancia. Luego abrazó de nuevo a su hijo y este le dijo en voz muy queda:

—Nunca me lo habías dicho, papá.

Permanecieron abrazados y en silencio hasta que la noche comenzó a llenarse del estruendoso sonido de una sirena acercándose.

## EPÍLOGO

Jorge Altarriba y su hijo salieron a la calle al acabar la sesión de terapia. Llevaban cerca de un año asistiendo dos veces por semana a la consulta de un psiquiatra especializado en terapia familiar y su relación comenzaba a ser menos tormentosa. Adam, por orden del tribunal de menores que le juzgó, debía seguir asistiendo a esas sesiones hasta cumplir la mayoría de edad, pero tanto él como su padre habían acordado no abandonarlas hasta no decidirlo de mutuo acuerdo. El joven estaba aprendiendo a aceptar que la separación de sus padres no tenía marcha atrás, pero ahora comprendía que siempre les tendría cerca, pues él también era parte de sus vidas.

Los dos eran conscientes de la gravedad de los delitos cometidos por el joven y de lo cerca que estuvieron de precipitarse en el tenebroso abismo que se abrió ante ellos aquella fatídica noche. Ambos intuían que los hados les habían ofrecido, de manera casi milagrosa, una segunda oportunidad y estaban dispuestos a aprovecharla al máximo.

Se dirigían hacia el coche cuando Altarriba reconoció, caminando por la otra acera, a Felipe. Por un momento sintió el impulso de acercarse hasta él y preguntarle por Carla. Pero se contuvo. Después de lo ocurrido, la mujer se negó a verle, ni siquiera para aceptar sus disculpas por lo que su hijo estuvo a punto de hacer. Desde entonces no se habían vuelto a ver y Jorge pensó que era mejor que las cosas siguieran así.

Apartó la mirada, rodeó el hombro de su hijo con un brazo y le preguntó en tono cómplice:

—¿Cuándo hacemos una escapada a Oliva? Dentro de poco empezará a soplar el Garbí y tenemos que aprovechar si queremos hacer un poco de *kite*, antes de que la playa se llene de bañistas.

Adam, que había seguido la trayectoria de los ojos de su padre con vigilante recelo, ocultó la inquietante sonrisa que comenzaba a esbozar y afirmó en tono retador:

—Iremos los dos solos. ¿Verdad?

Con el correo de la mañana el inspector Altarriba recibió una tarjeta postal. En ella se veía una luminosa playa de arena blanca, con majestuosas palmeras recortándose contra un intenso mar turquesa y unas tentadoras hamacas en primer plano. Hacía años que nadie le escribía a través de aquel medio tan pasado de moda, pero fue una grata sorpresa. El texto, escrito a mano, le transmitió una gran calidez y su maltrecho corazón agradeció aquellas palabras rebosantes de esperanza:

*He conocido a una mujer extraordinaria. Su nombre es Lydia<sup>[2]</sup> y me está enseñando a aliviar la culpa que arrastro. Me acompañó a un refugio donde ayudan a sanar las heridas del alma de muchas jóvenes que se vieron atrapadas en las redes de la trata sexual. Ahora yo también colaboro con ellas. Cada día conozco a mujeres que me recuerdan a Marija y me cruzo con hombres que me recuerdan a Milos. Por suerte, también he encontrado a alguien que, aunque no se parece a Goran, me hace sentir feliz, casi tanto como lo hizo él durante el poco tiempo que le tuve a mi lado. Lydia, y todos los que como ella no se rinden, me han enseñado a creer que otro mundo es posible.*



DIANA CERDÁ nació en Valencia y creció en Vallada. Al finalizar el Bachiller se trasladó a Philadelphia (USA) para cursar estudios universitarios. Se licenció en Psicología y Sociología en la West Virginia University y realizó un máster en Psicología Clínica en la New School for Social Research de Nueva York.

A su regreso a España desarrolló diversas funciones en el área de Recursos Humanos en varias empresas antes de crear, junto a miembros de su familia, una empresa dedicada a productos de descanso. En la actualidad compagina su trabajo en dicha empresa como responsable de exportación e importación con su afición literaria.

# Notas

[1] Dulce típico de los Balcanes. <<

[2] Lydia Cacho es una periodista mexicana, valiente y comprometida, que a pesar de vivir bajo amenazas, sigue dispuesta a jugarse la vida cada día para ofrecer su voz a todos aquellos a quienes les ha sido arrebatada. Es el único ser real de esta novela. Desgraciadamente, aunque el resto de personajes son ficticios, no lo son las redes que trafican con niños y mujeres por todo el planeta, engrosando un negocio que mueve cada año más de 680.000 millones de euros. Esto supone el 1.5% del PIB mundial. Quienes deseen conocer más a fondo este sórdido negocio de la trata sexual, les recomiendo el libro de esta periodista *Esclavas del poder*. <<